



INEVI TABLE

UNA NOVELA DE

LAURA SANZ

Inevitable

Laura Sanz

© 2023, Laura Sanz

Diseño de cubierta: Nune Martínez
www.nunemartinez.com

Diseño interior y maquetación: Nerea Pérez Expósito
de www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

No encuentro forma alguna de olvidarte
Porque seguir amándote es inevitable.

Inevitable - Shakira

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Lista de canciones

Agradecimientos

Sobre la autora

Prólogo

Lukas

—Estoy embarazada.

Lukas soltó una risa. Ni siquiera se molestó en alzar la cara. No era la primera vez que bromeaban con el tema del embarazo. Siguió jugando al *Candy Crush*, imperturbable.

—En serio, Lukas —insistió Eva.

—Venga, va, que sí.

—Joder, ¿quieres hacer el favor de mirarme?

Con desidia, apartó la vista del móvil y la miró.

—Mira. No te miento.

Agitaba algo semejante a un boli blanco en el aire.

Lukas frunció el ceño y se puso de pie. Se acercó a ella y echó un vistazo a lo que sostenía en la mano. Era una prueba de embarazo.

—¿Estás de coña? —inquirió mientras sus ojos se posaban en el artillero con una mezcla de desconfianza e incredulidad.

—De coña nada, ¿no ves las dos rayitas? —dijo muy seria.

Le arrebató el palito y lo contempló con fijeza, taladrándolo. Había dos rayitas rosas en el visor.

—¿Estás segura? A lo mejor dos rayitas significa que no estás embarazada.

Eva resopló.

—No soy tonta, Lukas. Además, me he leído las instrucciones.

—Pero si estás tomando la píldora desde hace años... —balbuceó. Seguía mirando el test como si le fuera la vida en ello.

—A veces falla —replicó ella.

Después, se dejó caer sobre el sofá y subió las piernas al asiento. Se las rodeó con los brazos y enterró la cara en las rodillas desnudas. Solo llevaba el bikini y una camiseta corta. Estaba descalza.

Lukas la miró sin saber cómo reaccionar, luego volvió a echarle un vistazo al visor. Las dos franjas rosas parecían haber aumentado de tamaño.

Estaba en estado de shock.

Embarazada.

Un bebé.

Aquello no podía estar pasando.

No tenía sentido.

Notaba el corazón acelerado y las manos habían empezado a sudarle. Cerró los ojos mientras trataba de serenarse. Cuando volvió a abrirlos, los posó sobre su novia. Parecía muy pequeña y desvalida encogida sobre el sofá. Se maldijo internamente por no haber sabido reaccionar a tiempo.

Se sentó a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Eva —susurró con toda la seguridad que pudo imprimir a su voz—. Mírame, vamos a hablarlo. No te preocupes. Estamos juntos en esto. Somos un equipo.

Ella no reaccionó y él le acarició el pelo con gentileza; lo tenía largo y era suave como el terciopelo. Le encantaba su melena oscura y sabía que a ella le gustaba que enredara los dedos en sus guedejas.

Cinco años hacía que estaban juntos, desde el instituto. Habían roto unas cuantas veces, pero siempre volvían a intentarlo porque, como ella decía —y él pensaba lo mismo—, eran la noche y el día, muy diferentes pero complementarios. Sin día no había noche y sin noche no había día. Eso eran ellos; Eva era noche y Lukas, día.

Al cabo de unos minutos, ella alzó la vista por fin y le miró. Una mueca de indecisión curvaba su boca.

—¿Qué hacemos? —le preguntó.

Él tardó en contestar.

—¿Tú qué quieres?

—No lo sé.

—¿Sabes de cuánto estás?

—Hace dos meses que no me viene la regla... Bueno, en realidad, tres.

—¿En serio? ¿Tanto? —Se sorprendió—. No me habías dicho nada.

—Ya sabes que soy muy irregular con los periodos y no me preocupé, pero llevo unos días que tengo las tetas muy duras y me duelen... —se detuvo y soltó un suspiro—. ¿Qué hacemos, Lukas? —insistió. Su voz temblaba un poco, pero era la única señal que delataba su aflicción. Eva era una chica muy práctica. No solía llorar.

—Creo que deberíamos ir a un ginecólogo para asegurarnos. Quizá sea un falso positivo.

—Lo dudo —rechazó con un gesto áspero—, pero sí, tenemos que ir a un ginecólogo. Paso de ir al centro de salud; conocen a mis padres. Hay una clínica en el centro... Seguro que consigo una cita para mañana. Pero es privada.

—Bueno, tengo algo de pasta. Podemos permitirnoslo.

Después de eso ambos guardaron silencio.

Los pensamientos de Lukas iban a mil por hora dentro de su

cabeza. Se agolpaban unos contra otros de forma caótica, como si un enjambre de abejas hubiera ocupado su cerebro.

Un niño.

Ser padre.

Eran demasiado jóvenes.

Todavía no habían acabado la carrera.

Ni siquiera vivían juntos.

No tenían dinero.

Era una locura.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron.

—Chicos, vamos a pedir pizza. ¿Barbacoa o jamón?

Era la hermana de Lukas.

—¡Barbacoa! —gritó él atropelladamente. Le daba igual el sabor de la jodida pizza. Solo quería que Erika se marchara cuanto antes.

Los pasos no tardaron en alejarse de la puerta.

Era domingo y, como la mayoría de los domingos, los Alba se reunían en el chalet familiar para pasar la tarde en la piscina. Sus hermanos, sus padres y algunos amigos estaban allí. Eva y él se habían escabullido a su cuarto hacía media hora, buscando intimidad.

—No sé si quiero abortar —dijo ella de repente.

Lukas, que no esperaba aquellas palabras, giró la cara con rapidez y la miró. Sus facciones mostraban una determinación que hacía unos segundos no estaba ahí.

—¿Estás segura?

—No —masculló, agitando la cabeza.

—Tampoco tienes que tomar una decisión en este momento. Primero deberíamos saber si es al cien por cien seguro. Y, después, lo hablamos y vemos los pros y los contras.

—Solo hay contras —dijo ella con un encogimiento de hombros—. Somos muy jóvenes. No tenemos dinero. No hemos acabado de estudiar y un niño nos va a cambiar la vida.

Eran las mismas razones que él había sopesado en su mente solo hacía un minuto.

—Es verdad.

Ella se incorporó de pronto y se fue hacia la ventana. Abrió el estor que la cubría y echó una ojeada al exterior. La habitación estaba orientada hacia el patio delantero y no había mucho que ver desde allí, solo las palmeras enanas y el caminito de grava que conducía a la entrada.

Lukas admiró el delgado cuerpo de su novia desde su posición en el sofá. Siempre le había gustado lo esbelta que era. Quizá en unos meses, si decidían seguir adelante con ese embarazo, su figura

cambiaría y se llenaría de redondeces.

No podía ni imaginárselo.

—Ya sabes lo mal que lo pasé yo en mi infancia —comenzó ella sin darse la vuelta—. Hija única de padres mayores. Fue horrible. Siempre confundían a mis padres con mis abuelos cuando me sacaban al parque. Jamás han jugado conmigo como hacían otros padres. Crecer así es una mierda. —Hizo una pausa—. Yo no quiero eso. Quiero ser una madre joven. Siempre lo he querido.

Lukas se abstuvo de intervenir. No iba a llevarle la contraria, pese a que pensaba que ser madre a los veintiún años era demasiado pronto.

—Y me gustaría formar una gran familia. La tuya es genial. Algo así quiero yo para mí. Sé que nunca hemos hablado en serio de tener hijos, pero yo sí quiero niños.

—Yo también —admitió él, pasándose las manos por el pelo—, pero no sé si es el mejor momento. Nos queda un año para acabar la carrera.

Eva estudiaba Nutrición y Dietética en la Universidad de Alicante. Y él, Periodismo en Elche.

—Bueno, puedo demorar mis estudios un año y acabar más tarde. Tampoco tengo tanta prisa.

—Entonces, ¿estás decidida?

—¡No lo sé! —exclamó con rebeldía—. Solo digo que sería posible.

—Eso está claro. Imposible no es. Y tendríamos ayuda de mi familia y de la tuya, supongo —añadió con lógica.

Se puso de pie y se acercó a ella. La abrazó por detrás y extravió la mirada en el muro que rodeaba la casa. Todo su ser se revelaba ante la idea de convertirse en padre. Sentía que no estaba preparado, que todavía era muy joven y que tenía mil cosas por vivir antes de formar una familia. No creía que tener un hijo a su edad fuera algo bueno. Ni para él ni para Eva. Y, probablemente, para el niño tampoco.

«Entonces, ¿qué? ¿Un aborto?».

Quizá.

O no.

Qué confuso estaba.

Apretó los dientes. Necesitaba hablar con alguien y desahogarse. Solía hacerlo con Iván; era su mejor amigo y la persona en quien más confiaba en el mundo, pero aquel domingo no había acudido al chalet porque estaba con su hermano, Diego. Hacía solo una semana que ambos habían admitido lo que sentían el uno por el otro y habían preferido pasar ese fin de semana solos.

«Qué maravilla ser gay. Así nadie se queda preñado», le recordó una voz en su interior con sarcasmo.

Eva se dio la vuelta en sus brazos y clavó sus ojos oscuros en los de él. Tenía la nariz respingona lo que le daba un aspecto travieso.

—¿Qué piensas?

—Todavía estoy en shock —admitió al cabo de un corto espacio de tiempo. La abrazó por el talle—. No esperaba algo así y necesito tiempo para meditarlo. Ha... ha sido una bomba.

—¡Para mí también! —expuso ella a la defensiva.

—Sí, claro. Para los dos.

—¿Tú no quieres que lo tengamos? —Hizo la pregunta con un tono de voz lastimero, muy poco propio de ella.

Lukas suspiró con fatiga y apartó la vista.

—Yo no sé lo que quiero, Eva. Necesito tiempo.

Ella apoyó la frente contra su pecho y se aferró a su talle con fuerza. Él posó la barbilla sobre su coronilla y bajó los párpados.

Le parecía increíble que aquello estuviera sucediendo. Muchas veces había bromeado con sus padres sobre el tema y Tony Alba siempre se había burlado de él. ¿Cómo reaccionarían ahora al saber que era cierto?

«Quizá nunca se enteren. A lo mejor es un falso positivo», intentó convencerse.

Sí. Podía serlo.

Permanecieron abrazados, ambos sumidos en sus pensamientos. Lukas no sabía lo que se le estaría pasando por la cabeza a Eva, pero él estaba tan confuso que era incapaz de hilar una sola idea que tuviese sentido.

Si imaginaba que el embarazo era real y decidían tener al niño..., podrían con ello, ¿no? Sus padres habían tenido hijos a una edad muy temprana. Cuando Diego nació su madre tenía veintiún años y su padre veintidós, y habían sido unos padres geniales. Y siempre decían que no se arrepentían de haber tomado esa decisión.

Quizá Eva y él fuesen unos padres geniales también.

Unos nuevos golpes en la puerta los obligaron a separarse.

—Ya están las pizzas. Salid si no queréis que se queden frías.

Esa vez era su hermano Jorge.

—¡Ya vamos! —respondió. Luego se giró para mirar a Eva—. ¿Estás bien? Si quieres nos vamos. No hace falta que nos quedemos con mi familia. A lo mejor prefieres que bajemos al pueblo y demos un paseo. O que te lleve a casa.

—Qué va. Estoy bien —respondió ella, dando un paso atrás y arreglándose el pelo. Se había repuesto con suma rapidez y parecía

mucho menos impactada que él por lo que estaba sucediendo.

La noche y el día.

Así eran.

Lukas sonrió, pero era una sonrisa forzada. En el último segundo, antes de abandonar el dormitorio, se percató de que la prueba de embarazo seguía sobre el sofá. La cogió y la guardó en uno de los cajones de su escritorio.

Luego siguió a Eva fuera de la habitación para reunirse con su familia.

A decir verdad, le hubiese gustado estar solo.

Capítulo 1

Lukas

Era su primer fin de semana libre en meses, y, de pronto, se daba cuenta de que no tenía ni la menor idea de qué hacer con tanto tiempo disponible. Se había acostumbrado a estar ocupado constantemente, con los estudios, los exámenes, la mudanza y con Mía, así que ahora se hallaba desubicado.

Se dio media vuelta en la cama y su mirada recaló sobre una de las paredes del dormitorio. Estaba desnuda. Todavía no había tenido tiempo de colgar nada en ella, a fin de cuentas, solo hacía unos días que se había trasladado a ese apartamento.

Trató de permanecer bajo las sábanas un rato más, sabiendo que no tenía que levantarse todavía, pero la intranquilidad se apoderó de él y terminó por coger el móvil y llamar a su madre.

—*Deiner Tochter geht es gut*¹ —respondió ella.

—No te llamo por eso.

—Claro.

Lukas cerró los ojos. ¿Para qué negar lo evidente?

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Muy bien. Solo se ha despertado dos veces. Ahora está durmiendo.

—¿Ha comido bien?

—Ha comido muy bien.

—¿Os da mucho trabajo? Puedo ir a buscarla...

—No —le interrumpió ella con rapidez—. Necesitas descansar. La niña está bien conmigo. Pásalo bien el fin de semana.

—¿Puedo verla? ¿Me mandas una foto? —No pudo evitar sonar ansioso.

Su madre soltó una risa.

—Sí, ahora te mando.

—Gracias, *Mutti*.²

Se despidieron.

Lukas volvió a tumbarse bocarriba, contemplando el techo con una mueca avergonzada y el móvil firmemente agarrado en la mano. Solo unos segundos después un pitido le avisó de la entrada de un mensaje. Era la prometida foto.

La abrió.

Su expresión facial se iluminó al ver al bebé dormido en la cuna que sus padres habían comprado para su primera nieta. La niña tenía el pelo dorado como las espigas de trigo y era muy blanquita de piel. En ese momento, dormía con la boquita entreabierta y una de sus manos apoyada al lado de la cabeza sobre el colchón.

Era preciosa.

Lukas notó un pinchazo en el corazón y estrechez en la garganta. Le sucedía con frecuencia cada vez que miraba a su hija. Quién le iba a haber dicho hacía solo un año que iba a sentirse así. Era increíble.

Fue Eva la que insistió en tener al niño y él terminó cediendo, pese a que no estaba muy convencido. No se arrepentía en absoluto. Solo tenía que abrazar a su hija y sentir su cuerpo calentito contra el suyo y cualquier duda que pudiese tener desaparecía. Todo adquiría sentido.

Todos los sacrificios valían la pena.

Todos.

Cerró los ojos y se dejó llenar por el olor de la estancia. Pese a que llevaba allí menos de una semana, el aroma del bebé ya lo había impregnado todo.

No quiso demorarse mucho tiempo en la cama y se levantó, decidido a sacar las cosas de las cajas que había apilado en el salón. En realidad, casi todo pertenecía a Mía. Ropa y juguetes, en su mayoría. Él ya había ordenado sus pertenencias la tarde anterior.

Desayunó sin prisas frente a la encimera de la cocina. Era una estancia pequeña en la que no había sitio para mesa ni sillas. De hecho, el apartamento entero era diminuto. Constaba de un salón comedor, un dormitorio en el que apenas cabían la cama y la cuna, el baño, la cocinita y una terraza acristalada en la que había instalado un escritorio y un armario. Sí, era realmente pequeño, pero con su exiguo sueldo no podía permitirse algo mejor. Era solo gracias a sus padres que había encontrado ese piso. Pertenecía a unos amigos de la familia y se lo habían dejado a un precio especial.

No era el lugar más bonito ni se encontraba en una zona que le interesara especialmente, pero tenía dos grandes ventajas: estaba cerca de la guardería que había admitido a Mía y a pocos kilómetros de su trabajo. Era ideal.

Se duchó y dejó que el agua caliente cayera sobre sus hombros y su espalda, tomándose su tiempo. Incluso se permitió el lujo de lavarse el pelo con parsimonia. Se sentía extraño; era la primera vez en semanas que podía hacerlo sin tener que estar pendiente de Mía. Casi había olvidado lo que significaba tener tiempo para uno mismo.

No fue idea suya dejar a la niña al cuidado de sus padres ese fin

de semana. Fue su madre la que se plantó en el piso el día anterior y le convenció de que necesitaba descansar. Accedió con mucha reticencia. Desde el día en que Mía nació, nunca se había separado de ella tanto tiempo, solo cuando tenía que acudir a la universidad para entregar algún trabajo o ir al periódico que le había contratado. Pero nunca habían dormido separados.

Le costó despedirse de la pequeña que, ajena al estado de ánimo de su padre, dejó que su abuela se la llevara sin protestar. A fin de cuentas, hasta solo hacía unos días, Lukas y Mía habían vivido en casa de sus padres y la niña estaba más que acostumbrada a los brazos de Anna Schwarz.

Era indudable que el más afectado por la separación era él.

Salió de la cabina de ducha y se secó mientras su mirada se posaba en el espejo que había sobre el lavabo. Le recibió la imagen de un muchacho muy joven con el pelo castaño claro y los iris claros apagados. Círculos oscuros decoraban la parte inferior de sus ojos y estaba pálido. Aquel verano no había acudido a la playa ni una sola vez. Pese a que seguía conservando su cara de niño, tenía aspecto de cansado y la expresión de su rostro era grave y severa.

El timbre del portero automático le sobresaltó. Miró la hora en la pantalla del móvil y se dio cuenta de que ya eran las diez. Debía de ser su hermana Erika, que se había ofrecido para ayudarle a terminar de vaciar las cajas de la mudanza. Se puso un pantalón de chándal y una camiseta y, sin molestarse en preguntar quién era, pulsó el botón que abría la puerta del portal. Poco después, su hermana entraba al apartamento.

Erika tenía veintiséis años, cuatro más que él, y era una belleza de larga melena rubia y brillantes ojos azules, pero al haber crecido con tres chicos, se preocupaba poco por su aspecto y tendía a vestir como si fuera un muchacho. Pantalones vaqueros anchos, camiseta desgastada y enorme, y sus eternas deportivas. Ocultaba su cabello con una gorra de visera de los Chicago Bulls. Incluso la profesión que había elegido era poco usual para una chica: era mecánica de embarcaciones.

—Buenos días, Luke —le saludó, dándole una colleja.

Él le correspondió con un azote.

—¿Hay café? —preguntó ella.

—Sí. En la cocina.

Erika se fue y apareció al rato con una taza en la mano.

—Tu hija estaba monísima esta mañana. Hacía ruiditos con la boca. Creo que es la niña más bonita del mundo.

—Sí, ¿verdad? —La satisfacción le llevó a sonreír tontamente.

—Sí. Es una Schwarz, clavadita a mamá y a mí. Tan rubita y con los ojos tan azules.

—Bueno, los ojos todavía pueden cambiarle de color.

—Lo dudo —rechazó ella—. Soy una tía muy afortunada.

Lukas se rio bajito.

—¿Solo es eso? —Señaló ella las dos torres de cajas de cartón apiladas contra una de las paredes del salón.

—Sí. Ayer vacié casi todas. A decir verdad, no te necesito.

—Es más divertido deshacer cajas en compañía —repuso con un encogimiento de hombros—. ¿Qué tal has dormido sin Mía?

—Raro. Pensaba que iba a dormir de un tirón y resulta que me he despertado veinte veces. Creía que la oía llorar —se rio—. Supongo que todos los padres primerizos serán así.

Mientras hablaban habían comenzado a sacar cosas. Iban amontonando la ropa de la niña sobre el sofá y los juguetes sobre la mesa.

—¿Dónde ponemos todo esto?

—La ropa en la cajonera que hay en el dormitorio y los juguetes en el armario de la terraza.

—No sé cómo te vas a apañar en un piso tan pequeño. Con lo bien que estabas en casa, con la piscina y el jardín. Y tenías todo hecho.

—Ya. Precisamente por eso me he ido.

Erika le miró con suspicacia.

—Sí —continuó él—. Lo que han hecho papá y mamá durante los últimos meses es impagable, pero soy un padre soltero con una hija de seis meses y es mi responsabilidad sacarla adelante yo solo —suspiró—. No quiero decir que no esté agradecido y que no vaya a pedir ayuda cuando la necesite, pero tengo que vivir mi propia vida.

Sabía que toda su familia se oponía a su marcha, pero pensaba que había tomado la decisión correcta. Creía poder salir adelante él solo. Eso no significaba que no fuera a contar con sus padres y sus hermanos para que le ayudaran con Mía, pero necesitaba vivir la experiencia de ser padre en soledad. A fin de cuentas, la decisión de tener a la niña había sido suya. No quería cargar a nadie con sus responsabilidades.

—Va a ser complicado. Si Eva no se hubiera largado... —murmuró Erika.

Lukas apretó los labios con desmayo al escuchar el nombre de su ex. Hacía dos meses que se había ido, sin dar explicaciones. Lo único que había dejado fue una nota manuscrita sobre la encimera de la cocina de sus padres, que encontraron a Mía llorando a pleno pulmón,

con el pañal empapado y la piel muy irritada, señal de que debía de haber pasado muchas horas sola.

Aquello no iba a perdonárselo jamás.

Las cosas entre ellos habían comenzado a ir mal durante el embarazo. Se sucedían las discusiones y los enfados sin motivo. Eva parecía siempre al borde de las lágrimas y cualquier situación la sacaba de quicio. Y, después de nacer Mía, todo empeoró. Se habían mudado con la familia de Lukas, algo que a Eva pareció agradarle, ya que se limitó a dejar que fuesen los Alba los que se ocuparan de la niña. Ella apenas le hacía caso. Era como si no sintiese ningún tipo de afecto por su hija. Ni siquiera quiso hacer el intento de darle de mamar. Por eso, cuando aquella tarde él regresó al chalet después de haber pasado el día en la universidad, y sus padres le informaron de lo que habían encontrado —la nota y a Mía sola—, la situación ni siquiera le sorprendió. Casi había esperado que algo así sucediese más tarde o más temprano.

Con desidia había leído la nota, escrita de forma apresurada.

No lo soporto más. Creo que lo de ser madre no es para mí. Estaba equivocada. Lo siento mucho, Lukas. Sé que tú y tu familia cuidaréis muy bien de Mía. No me busques. Perdóname.

Le resultó grotesca la brevedad del texto. Eva siempre fue muy pragmática, pero aquello era demasiado, incluso para ella. Ni una palabra de cariño hacia el bebé. Ni una dirección donde poder localizarla. Ni un número de teléfono. Nada.

La llamó, pero su móvil aparecía desconectado. Contactó con sus padres, pero no sabían nada de su hija desde hacía días. Sus amigos tampoco. Era como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Se había esfumado. ¿Cómo era posible?

Lukas quiso denunciar su desaparición, porque no podía concebir que se hubiese marchado así, pero solo dos días después de su marcha, una buena amiga de ella le confesó que había conocido a alguien por Instagram y que se había ido a Bélgica con él. Era la única información de la que disponía.

Le costó asimilarlo. Jamás hubiese pensado que Eva era ese tipo de persona. La conocía bien, o al menos eso había creído.

—¿Has sabido algo de ella? —le preguntó su hermana, sacándole de sus cavilaciones.

—No —respondió, escueto.

Erika soltó algo ininteligible que sonó a *cabrona*.

—Ni sus padres ni sus amigos han vuelto a tener noticias. Ni

siquiera usa sus redes sociales y su número de teléfono está desconectado. Solo sé que envió un correo electrónico a su mejor amiga, Lucía, hace tres semanas. No contaba nada especial, solo que estaba bien y que no se preocupara por ella.

—¿Y no mencionó a Mía? —Había asombro y enfado en su tono.

—No.

—Me parece tan fuerte. Es tan horrible lo que hizo. Abandonar a su hija... Ni una llamada para saber cómo está...

Lukas rechinó los dientes y apretó los puños.

—Paso de hablar de ella —farfulló—. No merece la pena. No quiero desperdiciar ni un minuto en esa persona.

A pesar de que su hermana no volvió a mencionarla, el malhumor que le acuciaba cada vez que surgía el tema ya no quiso abandonarle. Y mientras iba colocando la ropita de su hija en el armario, no podía dejar de mascullar para sus adentros, como en una letanía, el nombre de Eva seguido por la misma pregunta de siempre: ¿por qué?

¿Por qué cojones había actuado así?

Seis años de relación y una hija en común no le habían importado una mierda.

¿Era más importante un tipo cualquiera de Instagram?

—Esta noche vienes, ¿no? —La voz de su hermana llegó desde la terraza.

—En principio, sí —respondió con poca seguridad.

Sus hermanos habían decidido que ya era hora de que saliera de casa. En el último año, entre el embarazo y las discusiones cada vez más frecuentes con Eva, el nacimiento de Mía, entregar el TFG³ y empezar en a trabajar en el periódico, no había tenido tiempo de salir a divertirse. Tenía sentimientos encontrados con la salida de aquella noche. Por un lado, le apetecía pasar un buen rato con sus hermanos. Por otro lado, sabía que tenía una niña de seis meses y se sentía culpable. ¿Y si se ponía enferma y su madre le llamaba y no podía localizarle?

—No te rajes —le dijo Erika con expresión severa. Había entrado en el dormitorio sin que él la oyera y se había plantado a su lado—. Tienes cara de querer escaquearte, pero de eso nada. Es la primera vez que coincidimos todos desde hace un siglo; vienen Jorge y Juls, Diego e Iván y tú y yo. Lo vamos a petar.

Lukas compuso una mueca ceñuda al escuchar la palabra *petar*.

—Es probable que me quede dormido a las diez, es mi hora de irme a la cama.

—Pues te espabilamos tirándote agua a la cara. No hay

problema.

Resopló sin hacer mucho caso a la amenaza.

—¿Dónde vamos a ir?

—Pues cenaremos en el Umai y luego iremos a la playa.

Ir a la playa, en el idioma de alguien de Benidorm, no significaba *ir a la playa*, sino bajar a recorrer los locales y bares de copas que había en primera línea de la playa de Levante. La zona, por esas fechas, estaría a rebosar de turistas. Hacía solo un año, se habría alegrado y habría sido él mismo quien propusiese algo semejante. Ahora, le apetecía mucho más una cenita tranquila en casa y luego ver una peli. Pero al ver la cara esperanzada de su hermana no se atrevió a decir nada y compuso una sonrisa.

—¿A qué hora hemos quedado?

—A las nueve y media en el Umai. Si quieres, bajo en la moto y pillamos un taxi desde aquí.

—Prefiero bajar en mi coche. No voy a beber.

—¿Nada?

—A lo mejor me tomo un par de cervezas o una copa, pero no quiero beber mucho porque mañana quiero levantarme temprano.

—Pero si es domingo.

—Ya, pero quiero subir a casa de papá y mamá.

Ella le miró durante un largo rato con la cabeza ladeada.

—Apenas te reconozco —murmuró al fin—. ¿No puedes pasarte sin tu hija unas horas? Sabes que con papá y mamá está en buenas manos.

Él asintió con gravedad y se pasó la mano por el pelo. Lo sabía. Sabía que no podía estar mejor cuidada, no obstante, la echaba de menos. Mucho más de lo que había creído.

—Lo sé. —Hizo un ademán indefinido con la mano como si no supiera qué más decir—. Es solo que... no sé.

—No hace falta que digas nada, Luke. Me parece genial lo que estás haciendo y te apoyo al cien por cien. Sé todo lo que has sacrificado.

—No es un sacrificio —rechazó. Se metió las manos en los bolsillos del chándal y clavó la vista en el suelo.

—Vale, no lo lloames sacrificio. Pero ya sabemos que has renunciado a tus sueños.

Hizo un ademán alzando la palma de la mano. Prefería no pensarlo.

—Bueno, creo que hemos terminado de vaciar las cajas. —Un cambio de tema era lo más oportuno— ¿Quieres otro café?

—Sí.

Juntos, se dirigieron hacia la cocina.

Capítulo 2

Alexia

Era su cumpleaños. Cumplía diecinueve años, pero se sentía como si tuviera muchos más. Incluso sus compañeros de trabajo pensaban que era bastante mayor. Cuando empezó a trabajar les dijo que tenía veinticuatro. Nadie lo había cuestionado. Sabía que con el maquillaje a tope aparentaba más edad. Solo su jefe conocía la verdad; se lo confesó porque le pidió sus datos para hacerle el contrato. No obstante, era un tipo legal y cuando ella le rogó que guardara el secreto, él aceptó.

Llevaba mintiendo desde los dieciséis años para poder trabajar, principalmente, y porque había descubierto que, a una chica, sobre todo si era atractiva, se le hacía más caso cuanto más mayor era. Nadie se tomaba en serio a una cría menor de edad; lo había experimentado muchas veces, así que se había convertido en una experta del disimulo y el camuflaje.

Era una cuestión de supervivencia.

Encendió la velita que cabalgaba sobre el muffin con un mechero que le había pedido prestado a uno de los camareros. La llamita osciló levemente. La sopló con suavidad y se deseó un feliz día a sí misma. Nunca pedía ningún deseo. ¿Para qué? Lo que verdaderamente deseaba era imposible.

Imágenes antiguas de alegres celebraciones en familia acudieron a ella como rápidos fognazos. Una voz de barítono cantando y risas contagiosas. Gritos de alegría. Unos cortos bracitos rodeándole el cuello. Besitos húmedos en las mejillas y olor a colonia infantil...

Un pinchazo le explotó en el pecho y una sensación de ahogo se le concentró en la garganta, dificultándole la entrada de aire. Boqueó como una tonta mientras se llevaba una mano al esternón.

No tenía tiempo de ponerse melancólica.

La Revolución francesa se inició en mil setecientos ochenta y nueve y finalizó en mil setecientos noventa y nueve.

Federico García Lorca nació en Granada en mil ochocientos noventa y ocho, y fue asesinado en mil novecientos treinta y seis.

La batalla de las Navas de Tolosa tuvo lugar en el año mil doscientos doce.

Después de eso, trató de recordar las fechas exactas de las

distintas fases de la Primera Guerra Mundial.

—La Guerra de Movimientos en el año catorce. La de Posiciones, entre el quince y el diecisiete. La Crisis del diecisiete y el Fin en el dieciocho...

Aquello no tenía mucho sentido, pero las fechas se le daban muy bien, no tenía problema en memorizarlas, y había comprobado que repetirlas en su cabeza la llevaba a relajarse. Siempre había sido así, desde pequeña. Incluso cuando era una cría y se sentía ansiosa, repetía las tablas de multiplicar una y otra vez hasta que conseguía calmarse.

Cuando se hubo tranquilizado lo suficiente, carraspeó y respiró hondo. Luego lamió el glaseado de chocolate y el placer asomó a su cara. Estaba delicioso. Lo había comprado esa misma tarde en una pastelería que había cerca de la playa y lo había escondido en su taquilla hasta saber con seguridad que nadie iba a molestarla.

Eran las doce de la noche y había buscado refugio en el almacén trasero, donde se guardaban mesas, sillas y otros enseres que no se utilizaban con frecuencia. Solía escabullirse allí porque era un lugar al que nadie iba. Los bailarines y los artistas cuando no estaban trabajando, pasaban la mayor parte del tiempo en el vestuario o en la barra. Y los camareros solían salir a la calle durante sus pausas.

Devoró el muffin de un par de bocados sin sentirse demasiado culpable por el exceso de calorías. Tenía un buen metabolismo y no engordaba con facilidad, así que no tenía que cuidarse mucho para mantener su figura curvilínea, algo imprescindible para la clase de trabajo que llevaba desempeñando los últimos cinco meses.

Era gogó.

Bailaba todas las noches en una de las discotecas más famosa de la playa de Levante, el Go Beach Club.

Nunca pensó en dedicarse a bailar profesionalmente. Fue por casualidad que vio un anuncio en una red social y decidió presentarse a la prueba. Medía un metro setenta y dos, sus medidas eran bastante aceptables y tenía una cara bonita. No le resultó muy difícil conseguir el puesto. Al menos ganaba más dinero que sirviendo mesas, y trabajaba menos horas. La hostelería era una perpetua esclavitud. Cuando llegó a Benidorm, hacía un año, encontró trabajo como camarera en un restaurante, pero no aguantó más de siete meses. Jornadas interminables de dieciséis horas y un sueldo que apenas le alcanzaba para sus gastos y para pagar el alquiler de un piso que compartía con otras dos chicas. Sus estudios también se habían visto resentidos porque, cuando llegaba a casa después de pasarse tantas horas sirviendo mesas, lo último que le apetecía era ponerse a estudiar. No era que le encantara bailar sobre un podio ligerita de

ropa, pero había podido alquilar un apartamento para ella sola y encontrar la paz que necesitaba para dedicarse a sus estudios. En mayo se había presentado a la prueba de acceso a un ciclo de grado superior y había aprobado —por los pelos—, pero aprobado era aprobado. Y solo hacía unos días había empezado con las clases para sacarse el título de Técnico Superior en Educación Infantil —le encantaban los niños—, así que, cada segundo libre que tenía lo dedicaba a empollar.

La puerta metálica del almacén se abrió con brío y la cabeza de Soraya, una de sus compañeras, apareció por ella. Llegaba acompañada por los potentes acordes de la canción que sonaba en la discoteca.

—Ale, cinco minutos.

—Voy.

Soraya le lanzó una sonrisa y se marchó.

Era una chica atractiva, rubia y con profundos ojos oscuros. Tenía un cuerpo delgado y una delantera muy generosa. Debía de rondar los treinta años y tenía mucha experiencia como gogó. Durante un tiempo había trabajado incluso como bailarina en un *night club*, desnudándose. Para pagar las facturas y sacar adelante a sus hijos, decía. Era madre soltera de dos mellizos encantadores y un poco travessos de cinco años.

Cuando Alexia empezó a trabajar allí, fue Soraya la que se hizo cargo de explicarle cómo funcionaba todo, algo que ella agradeció profundamente porque era una novata en ese mundillo. También le enseñó cómo quitarse de encima a los sobones y pesados sin montar un escándalo. Las broncas no eran buenas para el negocio. Todas las noches, y pese a que había dos tipos enormes cerca de la puerta, trabajando para salvaguardar la seguridad de las bailarinas, siempre estaba el imbécil de turno que creía que podía propasarse con alguna de ellas. Los consejos de su amiga y mentora le habían venido muy bien.

Se puso de pie y se sacudió la minifalda, que apenas le cubría el trasero. Debajo de ella llevaba un *culotte* y completaba su atuendo un sujetador ínfimo. Todo el conjunto mostraba un estampado de leopardo, también las botas altas de plataforma que le llegaban hasta las rodillas. Incluso se había maquillado el lado superior derecho de la cara —párpado, sien y pómulos— con las manchas típicas de ese animal.

Subió el escalón que conducía a la puerta y la abrió. La música estridente le estalló en los oídos. Era su primer pase de la noche y tenía ante sí dos horas de baile ininterrumpido, hasta que la

sustituyera Apolo, el chico cubano que bailaba en el columpio. Era una delicia verle actuar y las mujeres que visitaban el lugar lo demostraban con sus gritos y silbidos.

Atravesó el oscuro pasillo de paredes retumbantes que llevaba a la discoteca y se detuvo junto a una de las barras, en el único hueco que pudo encontrar. El local estaba a reventar. Nada extraño para un sábado por la noche de mediados de septiembre. Pese a que el verano llegaba a su fin, no lo hacía el ambiente nocturno de Benidorm.

Claudia, una de las camareras, puso una botella de agua frente a ella y le guiñó un ojo. Se lo agradeció con un gesto al tiempo que la desprecintaba y bebía con avidez. Luego se inclinó sobre la barra y la dejó en el estante reservado para los empleados, sabiendo que estaría protegida de los imbéciles de turno que, a veces, echaban cosas raras en las bebidas. Nadie la tocaría allí.

Se abrió paso a codazos entre la gente hasta alcanzar la cabina del DJ. David la estaba esperando con una sonrisa gigantesca. Era un chico bastante jovencito y muy risueño, con aspecto travieso. Llevaba el pelo castaño muy corto y un piercing en la ceja. Sus ojos oscuros un poco achinados brillaban siempre entusiasmados. Era novato. Solo llevaba tres meses trabajando allí, pero se había ganado el favor del jefe porque pinchaba buena música.

—En un minuto te anuncio —le gritó para hacerse oír—. Vienes muy selvática hoy.

Ella asintió al tiempo que le sonreía. Se ahuecó la larga melena que le llegaba hasta la parte baja de la espalda y aguardó mientras sus caderas se movían al ritmo de la música. Sus ojos recorrieron el local de un extremo a otro. La tenue iluminación no dejaba ver demasiado, pero era evidente que estaba lleno de gente. También fuera, en el paseo marítimo, se agolpaban docenas de personas para disfrutar del espectáculo.

El espectáculo era ella.

Después de tantos meses había perdido su reparo inicial y ahora se limitaba a cerrar los ojos y a bailar, sin preocuparse demasiado de si su público consistía en diez personas o en cien. Le daba lo mismo. Disfrutaba bailando. Dejaba la mente en blanco y desconectaba del mundo, de su vida, de ella misma. El estruendoso ruido de la música apagaba el ruido de su cabeza.

David cogió el micro y le lanzó un beso.

—¿Con qué canción empezamos? —le preguntó.

—Sorpresa.

Alexia se rio. David era muy juguetón. Pese a que casi todo lo que pinchaba era música dance electrónica, le encantaba hacer un

inciso y buscar canciones diferentes y llamativas para presentar a los gogós.

—¡Un aplauso gigante para la siguiente bailarina! —gritó mientras regulaba el volumen de la música—. ¡Nuestra chica leopardo! —Después de esas palabras, soltó un rugido salvaje bastante logrado.

Ella resopló al escucharle y puso los ojos en blanco. Siempre se inventaba epítetos curiosos para anunciar a los bailarines, aunque esa vez iba bastante bien encaminado.

El público comenzó a gritar y a aplaudir y Alexia asintió satisfecha al reconocer la canción que él había elegido. Ese *Na, na, na, come on* del principio era muy conocido. Genial. Le gustaba. Era S&M de Rihanna.

Se alejó de la cabina y, con ayuda de Germán, uno de los guardias de seguridad que siempre estaban cerca, se encaramó al podio, un cubo de madera lacada en gris que se encontraba a escasos metros de la entrada, justo frente a los ventanales de cristal que daban a la playa. Estaban abiertos de par en par y dejaban entrar la brisa nocturna al tiempo que permitían a los paseantes formar parte del espectáculo.

Bajó los párpados y comenzó a bailar.

Sabía que sus movimientos eran provocativos. Ensayaba muchas veces delante del espejo en su apartamento y era consciente de su voluptuosidad. Al principio le había costado, se había comparado con las otras bailarinas y había pensado que su forma de bailar era torpe y contenida, pero con el tiempo se había ido soltando y había perfeccionado sus movimientos.

Cuanto más sexi, mejor, solía decir el gerente. Así los tíos se decantaban por ese local y no por los otros que había en la playa.

Así que aprendió a ser sexi.

Muy sexi.

Se inclinó hasta tocarse la punta de las botas con las palmas de las manos y el cabello le cayó por encima hasta tocar el suelo, como una cortina de seda que la ocultaba de la vista de los espectadores. Después se incorporó, contoneándose de un modo sensual mientras seguía la letra de la canción.

Una mano callosa comenzó a reptar por su muslo y la distrajo. Abrió los ojos con brusquedad, pero antes de poder apartarse, ya había intervenido Germán y empujaba con rudeza al tío responsable de la indeseada caricia, echándole para atrás. Ella le dio las gracias con un gesto. Luego le lanzó una mirada asesina al tipo. Un turista borracho, era notorio por sus aspavientos y su mecánica manera de

moverse.

Volvió a cerrar los ojos y se dejó llevar por la canción. David ya había comenzado a pinchar sus temas favoritos. Ahora estaba con LMFAO, *Sexy and I know it*.

Se sumergió en la música y se olvidó de todo lo demás.

En un par de horas podía bailar una media de veinte canciones. A veces eran solo dieciocho, otras incluso veintidós. Aquella noche fueron veintiuna. La voz de David a través del micrófono le anunció que su pase estaba llegando al final.

—¡Y nos vamos a despedir de nuestra chica leopardo con una chica loba! Auuuuu —aulló.

La canción *Loba* de Shakira emergió potente de los altavoces. Alexia dirigió la vista hacia la cabina y le lanzó una sonrisa, que él le devolvió. Luego, un rápido vistazo a la barra le confirmó que Apolo ya estaba allí, charlando con Claudia y aguardando su turno, vestido con sus pantalones de falso cuero y sin camiseta.

Buscó a Germán para que le echara una mano, pero no le localizó, así que se dispuso a saltar al suelo ella sola. Debía de tener mucho cuidado porque las plataformas de las botas eran mortales. Sin embargo, en el último momento, una mano apareció en su campo de visión. Aparentemente, alguien se había apiadado de su dilema y había acudido a socorrerla. Se aferró a aquella mano sin dudarlo y descendió del podio. Luego se giró para dar las gracias a su rescatador.

La primera impresión fue más que buena.

Era un joven de su misma altura —eso no significaba mucho, dado que sus tacones elevaban su estatura en bastantes centímetros—, con el pelo castaño tirando a rubio y ojos claros. Sus facciones eran finas como las de un adolescente, pero Alexia se dio cuenta rápidamente de que no lo era. Quizá por la serenidad de su mirada o por su expresión seria.

Llevaba unos vaqueros azules desteñidos y una sencilla camiseta blanca con cuello de pico. Estaba delgado, pero en sus brazos se apreciaban músculos bien definidos.

Era una belleza de hombre.

Y parecía incómodo con la situación.

—Gracias —le dijo.

Él se limitó a asentir y a regalarle una sonrisa forzada, luego se dio media vuelta y se escabulló con prisas.

Ella le siguió con los ojos, desconcertada por su peculiar actitud, hasta que su figura desapareció entre la gente.

Qué tío más raro.

—Has estado genial —la alabó Apolo que se había situado a su

lado sin que se diese cuenta.

—Gracias, bombón. Mucha suerte.

—No la necesito. Soy el mejor.

Ella se rio. Quizá el cubano fuera engreído, pero podía serlo. Como él mismo decía, era el mejor.

Se alejó, cediéndole su lugar en la plataforma. Mientras se abría paso entre la gente, camino de los vestuarios, comenzó a escuchar los gritos entusiastas de las mujeres.

Apolo tenía un gran club de fans.

Capítulo 3

Lukas

Chica leopardo.

La voz del DJ la había anunciado así y era obvio por qué.

La faldita, el sujetador y las botas mostraban el característico estampado de manchas.

—¿Te gusta? —le preguntó Erika a voces, dándole un codazo.

—¿Cómo? —Apartó la vista de la gogó y miró a su hermana con el ceño fruncido.

—La chica del podio. —La señaló con el dedo.

La música era estridente y no permitía mantener ninguna conversación, a lo sumo, alguna que otra frase a gritos.

—Para nada.

Estaba demasiado distraído para prestarle mucha atención a la bailarina.

Había ido veinte mil veces al Go Beach Club en su vida, pero esa noche, cuando Eri y Juls propusieron acabar la velada allí, se le había encogido el estómago. Quizá porque era un sitio que había frecuentado con Eva y le aterraba que hubiese una mínima posibilidad de encontrarse con ella. El rencor que sentía era gigantesco y no sabía cómo reaccionaría si volvía a verla.

Hacía mucho tiempo que su ex había desaparecido y era poco probable que un encuentro fortuito sucediera. No obstante, cuando entraron al local, él lo hizo con aprensión y los puños crispados. Por supuesto, ella no estaba. Y sus amigas, que también eran asiduas visitantes del lugar, tampoco.

Eso le relajó bastante.

Les costó entrar y acceder a la barra —parecía como si toda la población de Benidorm hubiera decidido ir allí esa noche—, pero finalmente consiguieron hacerse un hueco y pedir sus consumiciones. Sonaba *Ooh La La* de Goldfrapp.

Lo cierto era que se lo había pasado bien durante la cena. Sus hermanos eran geniales. Desde el mayor, Diego, que se mostraba siempre más serio, pero que sabía seguir las bromas con desenfado, pasando por el travieso e irónico Jorge, y terminando con la loca de Eri, siempre dispuesta a soltar una buena carcajada. Lukas los adoraba. Y sus parejas también encajaban perfectamente con ellos.

Juls, la chica de Jorge, era abierta y risueña, y dado que también había estudiado periodismo, siempre tenía buenos consejos que darle. Iván, el novio de Diego, era su mejor amigo y la persona en quien más confiaba en el mundo. Era parte de su familia.

La cena en el japonés fue divertida. Se pelearon en broma para decidir qué iban a comer y luego se entretuvieron recordando anécdotas de viajes, de conciertos y de reuniones familiares.

Por primera vez en semanas, Lukas se permitió relajarse. Casi había olvidado lo fácil que era estar con sus hermanos. Pese a la diferencia de edad —él era el benjamín de la familia—, siempre habían contado con él para todo.

Recorrió a su grupito con los ojos. Juls y Erika bailaban una frente a la otra con movimientos exagerados y Jorge las contemplaba con una sonrisa. A solo unos pasos, Diego e Iván parecían muy enfrascados en una conversación mientras se miraban con ojitos dulces. Destilaban tanto amor que uno se sentía excluido automáticamente. En seis años de relación con Eva, jamás había tenido algo semejante. O quizá sí, al principio. No lo recordaba.

Como si el pensar en ella le hubiera llevado a un lugar desagradable, su ceño se frunció y un sabor amargo acudió a su garganta.

«Olvídala. No merece la pena».

Carraspeó y se sacó el móvil del bolsillo. Había hablado con su madre hacía una hora para preguntarle por Mía. Ella le aseguró que la niña estaba muy bien y que no tenía de qué preocuparse. Sin embargo, los dedos le hormigueaban por las ganas de volver a llamarla. Revisó la hora y se percató de que era la una y media. Un poco tarde, ¿no?

—Haz el favor de guardar el teléfono —le gritó Jorge que se había acercado sin que se diera cuenta.

Le echó una ojeada, sintiéndose culpable. Durante la cena, había prometido a sus hermanos no mirar el móvil cada cinco minutos.

—Solo estaba viendo qué hora era.

Jorge arqueó una ceja, gesto que fue acompañado por un resoplido incrédulo.

—Anda, que se lo crea tu tía. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Si eras el terror de los locales de Benidorm... Los cerrabas todos.

—Es lo que tiene ser padre. Ya me lo dirás cuando te toque —repuso y luego bebió de su copa.

—Calla, calla, que es muy pronto. Solo llevamos nueve meses viviendo juntos... ¡Coño! ¡Nueves meses! —se rio al darse cuenta de sus palabras—. No somos tan rápidos como tú.

Lukas hizo una mueca desdeñosa. No le importaba demasiado

que los miembros de su familia se empeñaran en gastarles ese tipo de bromas. Estaba acostumbrado. Los Alba eran así, capaces de sacar la parte más irónica y graciosa de cualquier situación, por muy negativa o triste que fuera. Él mismo lo hacía.

Su mirada recorrió la pista de baile hasta recalar de nuevo en el podio. La música había cambiado y ahora sonaba *Adagio for Strings* de DJ Tiesto. La chica leopardo se movía de un modo muy sensual, haciendo oscilar las caderas a una velocidad de vértigo; su largo cabello rebotaba contra su espalda. La sala estaba muy poco iluminada y no podía distinguir sus facciones. Quizá fuera guapa, quizá no.

Volvió a darle un trago a su bebida. Era ginebra con limón, la primera y última copa de la noche. Le había pedido a la camarera que no se la cargara demasiado ya que había bajado en coche y su intención era volver a su piso de la misma manera. Finalmente, Eri había dejado la moto en el garaje de su edificio y le había acompañado en su vehículo. Se iba a quedar a dormir en su piso, en el sofá cama del salón.

La miró de reojo. Agitaba la melena con sacudidas violentas, adelante y atrás. Ella sí que había empuinado el codo. Al vino de la cena le sumaba ya un par de copas y parecía desatada. Al contrario que otras personas que, cuando bebían, se amodorraban, Eri se convertía en un puto torbellino y desarrollaba una energía portentosa. Podía bailar durante horas con el subidón.

Quizá no había sido una buena idea dejar que se quedara a dormir en su casa, especuló. Era probable que no pegaran ojo en toda la noche.

Una risita nostálgica escapó de su garganta.

Si bien estaba cansado y pillar su cama se le antojaba como un regalo de los dioses, echaba de menos esas noches locas con su hermana.

Como si la hubiera conjurado, ella se dio la vuelta y se acercó a él. Le echó los brazos al cuello y dejó caer su peso contra el suyo. Estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

—Esta noche empalmamos, ¿no? —le gritó en el oído—. ¡De aquí a las discotecas de la carretera!

No tuvo tiempo de responder cuando se fijó en que ella se reía con malicia.

—Lo de las discotecas es broma, pero lo de empalmar va en serio. He llevado bebida a tu casa y la he puesto en el frigo.

Lukas arrugó la nariz.

—Estás de coña.

—*Istís di quiñi* —se burló ella—. Son solo unas cervecitas. Echo

de menos nuestras reuniones nocturnas.

Él puso los ojos en blanco con resignación. De hecho, había aceptado que aquello podía suceder.

En ese momento, Iván se aproximó a ellos con una sonrisa resplandeciente.

—¿Has conseguido despegarte de la boca de Diego? —preguntó Erika con retintín.

—Menuda envidiosa de mierda —repuso y le pegó un suave tirón de pelo—. ¿Qué pasa, Luke? ¿Quieres otra? —le ofreció al ver su copa casi vacía.

—Bueno... —vaciló.

—Tráesela —se inmiscuyó Erika—. Pero poco cargada que tiene que conducir.

Iván asintió antes de darse media vuelta y dirigirse hacia la barra.

—Espectacular —masculló su hermana.

—¿Qué?

—La chica esa. Mira cómo se mueve. Si yo fuera un tío me liaría con ella.

Lukas dirigió la vista hacia el podio sin mucho interés. Sonaba una de las viejas canciones de Shakira y la chica se movía de un modo muy tentador, siguiendo la letra. Era una gran bailarina y muy sensual. Demasiado explosiva para su gusto. Solían atraerle las mujeres más sencillas, atléticas y sin mucho artificio.

Como Eva.

Gruñó cuando el nombre le acudió a la cabeza.

—Oh, mira, quiere bajarse de la plataforma y nadie la ayuda. Anda, échale un cable.

Lo siguiente que supo fue que su hermana le daba un empujón tremendo. En dos segundos estaba al lado del bloque de madera sobre el que bailaba la gogó. Chasqueando la lengua, por lo absurdo de la situación, alzó una mano y la ayudó a bajarse.

Ella le miró.

Algunos mechones de pelo le caían sobre la cara. El lado que quedaba libre estaba maquillado como el de un leopardo.

Curioso.

—Gracias.

Él asintió y le sonrió con educación, luego se dio la vuelta y se encaminó hacia el lugar donde estaba Erika, riéndose como una tonta.

—¿Es guapa de cerca?

—Ni idea. Lleva tanto maquillaje que ni me he fijado —comentó con un encogimiento de hombros, a sabiendas de que su indiferencia

la haría rabiar.

—Ya. Claro —repuso, escéptica.

Iván regresó junto a ellos y le tendió el largo vaso de tubo a Lukas.

—Mañana vamos a jugar al pádel por la mañana —anunció—. Tenemos pista a las once en La Cala. ¿Os animáis? La hemos reservado para dos horas.

—Yo paso —respondió Erika—. Voy a estar resacosa. Dormiré hasta mediodía.

—¿No tendrías que pedirme permiso? Vas a dormir en mi sofá.

—Papá, papá —canturreó con voz de niña pequeña—. ¿Puedo levantarme tarde?

Lukas le sacó la lengua.

—Yo voy a subir pronto al chalet a ver a Mía —dijo, dirigiéndose a Iván—. Contad conmigo. Luego me paso.

—Jorge ha dicho que también se apunta, así que genial porque seríamos cuatro.

La música había cambiado radicalmente. El DJ había seleccionado una mezcla de bachata y música electrónica bastante peculiar.

El podio lo ocupaba ahora un chico mulato. Vestía con botas y pantalones negros. Su torso brillaba por efecto de algún tipo de purpurina. Se había agarrado a unas cuerdas que pendían del techo, que hasta ese momento habían permanecido ocultas y estaba haciendo unas acrobacias dignas de la pista central de un circo.

—Mira —le dijo a Erika, señalando al bailarín—. ¿Ese no es tu tipo?

—Hemos llegado a un punto en que todos son mi tipo —respondió con una risita.

A él le entró la risa al escucharla.

—Tampoco llevas tanto tiempo sin pareja —comentó Iván.

—Cuatro meses hace que no salgo con nadie. Voy a tener que irme fuera a pescar. En Benidorm los conozco a todos y paso.

—Pues vete a Madrid. Creo que allí hay un tipo que te pone bastante —bromeó Lukas con malicia.

Se refería al hermano de Juls, Félix. Desde que Erika descubrió unas fotos suyas se había quedado prendada, solo que él era once años mayor que ella y alérgico al compromiso. Había insistido mucho para que Juls le pasara su número de teléfono y esta lo había hecho. Sin embargo, algo raro debía de haber sucedido entre ellos porque Eri ya solo hablaba de él en tono indiferente.

—Es mi némesis —farfulló—. Pero no desespero. Quizá algún día

las cosas cambien. Tengo tiempo.

El optimismo de Erika era refrescante.

Lukas le dio su vaso a Iván y le hizo un gesto para indicarle que iba al aseo.

Se abrió paso entre la gente con dificultad hasta que alcanzó la parte posterior del local. En el corredor que conducía a los baños había unas cuantas chicas hablando entre ellas, pero se hicieron a un lado para dejarle pasar.

Estaba a punto de llegar al aseo de hombres, cuando la puerta del de mujeres se abrió y una chica salió al pasillo. Estuvo a punto de chocar con él.

—Ups, perdona —se disculpó. Y le miró de frente—. Ah, eres el de antes.

Era la chica leopardo. Seguía luciendo la misma ropa y el mismo maquillaje de antes, pero ahora que la veía de cerca y con más luz, le pareció diferente, más joven que en la pista. Debía de rondar los veintitrés o veinticuatro años.

Tenía unos ojos color chocolate muy expresivos.

—Sí —contestó.

—Gracias por ayudarme a bajar de la plataforma —le dijo con una sonrisa franca, sin el menor atisbo de flirteo.

—No es nada.

Incluso si no hubiese llevado aquellos tacones kilométricos, su estatura estaba por encima de la media. Sus miradas quedaban a la misma altura y él no era bajito. Medía poco más de un metro ochenta.

Transcurrieron unos segundos de incómodo silencio.

—Eh, bueno, pues hasta luego —se despidió ella al fin, rozándole el brazo.

—Sí, adiós.

Se apartó para dejarla pasar y ella se escabulló al final del corredor.

Él se quedó un rato parado con la frente arrugada. El ligero roce de su mano en el brazo le había dejado sin palabras. Quizá porque hacía meses que nadie le tocaba. En verdad, algo más de un año.

A veces, echaba de menos el contacto físico de una chica, una caricia afectuosa o un beso suave.

Se pasó la mano por el mentón y echó a andar hacia el aseo.

Capítulo 4

Alexia

Alicaída, salió del despacho del gerente, aunque la noticia de que sus horas de trabajo se iban a ver reducidas después del puente de octubre no la había pillado por sorpresa; ya se lo esperaba. En el mismo momento en el que firmó el contrato en mayo, ya le informaron de cuáles eran las condiciones. La empresa recortaba la jornada de los gogós en invierno. No obstante, había soñado con un milagro y esperado que la contrataran como camarera de día de la terraza o algo así.

Pero no.

En un plazo de dos semanas solo iban a necesitarla de jueves a domingo. Y su sueldo se iba a ver reducido casi a la mitad.

Con la música que llegaba desde la discoteca algo amortiguada, se encaminó al vestuario, echando cuentas mentales de sus gastos fijos. No creía poder llegar a fin de mes con el sueldo reducido. Tenía que pagar el alquiler, la luz, el agua, el desplazamiento a Alfaz del Pí todos los días para ir a clase, la comida, el teléfono y mil cosas más.

—Eh, niña —la llamó una voz.

Alzó la cara y vio a Borja que salía del aseo de hombres, abrochándose la bragueta.

—Hola —le saludó.

Borja era uno de los camareros. Era alto, con el fornido cuerpo lleno de tatuajes y un piercing en la nariz. Tenía el pelo muy rubio y los ojos verdes, herencia de su abuela noruega, solía decir. Llevaban unos meses enrollándose esporádicamente y él parecía creer que tenía algún derecho sobre ella, aunque quizá la culpa fuera suya porque no se había molestado en contradecirle.

Se acercó y la abrazó por el talle mientras le rozaba la barbilla con los nudillos.

—¿Pasa algo, nena?

Alexia estuvo a punto de poner los ojos en blanco al escuchar esa palabra. Le parecía ridícula.

—No, lo que ya me imaginaba. Me acaban de confirmar que no me necesitan todos los días, solo de jueves a domingo. Así que voy a ver cómo me las apañó.

—Me tienes a mí. Yo puedo cuidar de ti —repuso él con una

sonrisa presuntuosa.

Se mordió la lengua para no decirle que ella no necesitaba a nadie y menos a un hombre. Llevaba cuidando de sí misma tres largos años.

—No te comas la cabeza —le dijo al fin—. Ya me las arreglaré.

No recibió ninguna réplica, solo un beso violento en la boca que la dejó sin aliento.

—¿Vienes a casa cuando acabemos? —le dijo él al oído al tiempo que lamía el lóbulo de su oreja.

Se sintió tentada de aceptar porque si Borja tenía algo especial era que, en la cama, se portaba como un campeón. Era incansable. Lástima que fuera de ella no tuviese muchas más características que le atrajeran. Solo sabía hablar de su gimnasio, de las máquinas que usaba para entrenar, de los suplementos alimenticios que tomaba, de su dieta personalizada, del tamaño de sus músculos, de su entrenador personal y del peso que era capaz de levantar con cada parte de su cuerpo.

—No puedo —dijo y se apartó—. Viene Soraya a dormir a mi apartamento. Voy a esperarla.

Su amiga estaba en el podio, terminando su actuación, que era la última de la noche. Pese a que el local no cerraba hasta las cinco de la mañana, los bailarines acababan antes.

—Mañana te recojo en tu casa por la tarde y venimos juntos.

No pudo protestar, porque él se giró y se alejó, dejándola sola en el corredor.

Le molestaba esa actitud posesiva que mostraba cada vez con más frecuencia. Últimamente, incluso tomaba decisiones por ella. Iba a tener que hablar en serio con él.

La música que llegaba de la sala la acompañó en su camino hacia el vestuario. Sonrió al darse cuenta de que era *Wake me Up* de Avicii. Esa canción le encantaba a Soraya, así que estaría disfrutando a lo grande mientras bailaba.

El lugar donde los bailarines se cambiaban de ropa y se maquillaban era una estancia pequeña, con taquillas de madera en una pared, un sofá, unas cuantas sillas y una puerta que conducía a los aseos. No había mucho más.

Después de coger su ropa de calle, se encerró en uno de los dos cubículos y se quitó las botas blancas, los breves pantaloncitos y el sujetador de fantasía. Se lavó someramente en el lavabo y se desmaquilló. Hubiera sido genial poder ducharse, pero no había posibilidad en aquel lugar. Se puso unos vaqueros holgados, una camiseta y las deportivas, y se recogió la larga melena en una coleta

alta. El espejo le devolvió la imagen de una chica joven, de facciones redondeadas y expresivos y rasgados ojos oscuros. Así, sin maquillaje, no aparentaba los veinticuatro años que fingía tener.

Se encogió de hombros con displicencia y salió a la salita. Se sentó en una silla y comenzó a revisar sus redes sociales. Apenas había nada especial, unos cuantos *Me gusta* en alguna foto y un comentario poco oportuno, que eliminó con impaciencia.

La puerta se abrió con ímpetu y una acalorada Soraya apareció por ella.

—¡Joder, qué calor hace esta noche!

Mientras decía eso, se arrancó la peluca negra que cubría su rubio pelo corto. Lucía un mono ajustado de licra de color fucsia con un exagerado escote.

Alexia le lanzó una sonrisa.

—No tardo nada en cambiarme y nos largamos.

Desapareció en uno de los aseos, pero dejó la puerta entornada.

—¿Has hablado con el gerente? —preguntó en voz alta.

—Sí. Lo que ya sabíamos.

—Qué putada. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo una vecina que me ha dicho que me puede conseguir algunas casas para limpiar. No me va a quedar otra. Solo puedo trabajar por horas. No puedo buscarme otro curro que me ocupe el día entero. No quiero dejar las clases.

—Ya. Pero limpiar casas es jodido. Dímelo a mí. Yo limpio dos y, bueno, una no está mal porque los hijos ya son mayores, pero la otra es un desastre. Tienen cuatro niños pequeños y te puedes imaginar la de mierda que recojo. Hay padres que no saben educar a sus críos.

—Bueno, tampoco es que tenga muchas opciones.

—Deberías cuidar niños. Con los míos te portas fenomenal.

Alexia sonrió. Elena y Javi eran dos encantos que no daban nada de guerra. Los había cuidado en alguna que otra ocasión para echarle un cable a su madre, pero dado que no tenía experiencia demostrable y carecía de titulación, ningún extraño la dejaría al cuidado de sus hijos.

La nostalgia se le instaló en el pecho cuando los recuerdos acudieron a ella. Tragó saliva para ahuyentar la imagen que apareció en su cabeza.

Rizos oscuros, labios gorditos y naricita respingona...

La guerra de Vietnam tuvo lugar entre mil novecientos cincuenta y cinco y mil novecientos setenta y cinco.

Julio César nació en el año cien y murió en el cuarenta y cuatro antes de Cristo.

—Además, ¿no estás estudiando para ser cuidadora de críos?

La pregunta de Soraya la trajo de nuevo a la realidad.

—Eh, sí, pero acabo de empezar —repuso, pestañeando repetidas veces para dispersar la humedad que se le había acumulado en los ojos—. Todavía tengo dos años por delante.

—Pues yo creo que se te daría mejor cuidar niños que limpiar casas. Tania también está encantada contigo.

Tania era otra compañera de trabajo que tenía una niña de tres años, Leire. También la llamaba de vez en cuando para quedarse con la pequeña.

Soraya salió del aseo ya vestida de calle, con vaqueros estrechos y una blusa de lunares. De sus orejas pendían dos aros dorados gigantes.

—¿Y te pones tan guapa solo para ir a mi casa a dormir?

—Hija mía —comenzó con fingido tono condescendiente—, imagina que de camino al coche encuentro al hombre de mis sueños.

—¿A las cuatro de la mañana? ¿En Benidorm y por la calle? —Alexia soltó un soplido jocoso—. ¿No eras tú la que decías que a partir de cierta hora ya no había jamón serrano del bueno sino solo mortadela?

—Me conformaría con mortadela con tal de que tuviera un trabajo estable y quisiese a mis hijos. No pido mucho.

Alexia la miró con simpatía. Sabía la vida tan dura que había llevado Soraya hasta el momento. No obstante, ¿eso no era conformarse con poco? Quizá cuando tuviese la edad de su amiga pensase igual que ella, pero todavía no había perdido la esperanza de conocer a alguien especial y enamorarse.

—¿Cómo vas tú con tu mortadela?

La miró sin comprender.

—Con Borja.

—Ah —se rio—. Creo que Borja no entra en la categoría de mortadela. Más bien es como la sobrasada: intensa y fuerte, pero en demasiada cantidad, empalaga.

—Ten cuidado con él que se pone muy intensito. Ya ha tenido alguna que otra bronca por cuestión de chicas.

—Lo he notado. Es muy posesivo y eso no me mola nada.

—Pues no dejes que vaya a más —advirtió—, que luego a esos tíos no te los quitas de encima ni con agua caliente.

Alexia asintió.

Hablaría con él al día siguiente, cuando fuera a buscarla.

Recogieron sus cosas y abandonaron el vestuario. Atravesaron la discoteca, despidiéndose de sus compañeros. El volumen de visitantes

había disminuido considerablemente y no tuvieron problemas en alcanzar la puerta.

Soraya solía dejar su coche lejos de la discoteca para evitar las zonas con parquímetro, así que tuvieron que andar una distancia considerable.

—Creo que es mi primer fin de semana sin niños desde hace un siglo —comentó—. Ojalá que mis padres se ofrecieran con más frecuencia a quedárselos por el día. Pero tampoco puedo ser muy exigente que bastante hacen cuidándolos por las noches.

Se cruzaron con un grupo de chicos jovencitos que empezaron a silbar y a decirles cosas soeces. Los ignoraron. Era algo frecuente en esa zona tan cercana a las discotecas y a esa hora, cuando el alcohol se convertía en el protagonista de la noche.

—Volviendo a lo de antes, deberías trabajar con críos —volvió a decir Soraya.

—A ver, me encantaría, pero no es posible.

—Uno de los hijos de la familia donde limpio, ha tenido una niña hace poco. Da una lastimita que la lleve a la guardería siendo tan pequeña. Seguro que tú serías una opción mejor. Además, que tienes aspecto de chica formal y no eres una cría, que ya tienes una edad.

Alexia se mordió el labio. No era que le gustara demasiado mentir a su amiga, una de las pocas que tenía, pero cuando empezó a trabajar en el Go y alguien le preguntó sus años, mintió. Soraya estaba presente y la creyó. No se había molestado en aclarar el malentendido.

Carraspeó con suavidad.

—Eh, hay una cosa que no te he dicho nunca.

La otra la miró con las cejas levantadas.

—¿Es algo muy importante, como que eres una asesina en serie o una perversa?

—¡No! —exclamó y soltó una carcajada—. Es sobre mi edad.

—¿Te pones años? Porque yo lo hacía siempre cuando era una cría, para que me dejaran entrar a las discotecas. Ahora me los quito —añadió con sarcasmo.

—Sí, es eso.

—¿Cuántos tienes? ¿Veintidós?

—Diecinueve.

Soraya se detuvo en medio de la acera.

—¡Joder! ¡Pero si eres una niña! No me lo esperaba. Pareces tan adulta. Y no por tu cara, pero, no sé, es tu actitud...

—Ya —murmuró, encogiéndose de hombros.

—¿Llevas mucho tiempo por tu cuenta? —preguntó y volvió a ponerse en movimiento.

—Casi tres años.

—Pues no me extraña que hayas madurado tan deprisa —concedió con un asentimiento—. En la vida, o aprendes o te dan por culo.

Alexia estaba a punto de replicar, pero Soraya se detuvo de nuevo, le pasó un brazo por encima de los hombros y la apretó contra su pecho.

—Ay, mi niña. Podrías ser mi hija...

—Tampoco tanto —musitó con una sonrisa.

—¿Acaso sabes cuántos años tengo?

—No sé. Unos treinta.

La carcajada que salió de su garganta fue muy potente.

—¿Treinta? Añade otros diez.

—¿Cuarenta? —Alexia abrió la boca, estupefacta.

—Sí, hija.

—No los aparentas.

—Mi dinerito me ha costado. Que el bótox y el ácido hialurónico no se pagan solos.

Alexia aguantó una risita. No era por lo que había dicho, sino por cómo lo había hecho.

Tenía suerte de haber encontrado a Soraya y de que hubieran congeniado tan bien. Si una cosa echaba de menos Alexia era tener amigos, pero con la vida tan caótica que llevaba, era algo imposible. Nunca se quedaba demasiado tiempo en un sitio, siempre iba buscando algo mejor. Aunque ahora que ya no tenía que huir porque había alcanzado la mayoría de edad, tenía la intención de echar raíces y Benidorm le parecía un lugar tan bueno como cualquier otro.

—Nunca hablas de ti —le dijo su amiga.

—No hay mucho qué contar —rechazó con vaguedad.

—Eso no me lo creo. Si llevas buscándote la vida desde los dieciséis has tenido que vivir de todo. Pero no hace falta que hablemos de ello, si no quieres. Que sepas que puedes confiar en mí.

—Lo sé.

Llevaba tanto tiempo guardándose su historia, que no sabía si podría hablar de ella sin romperse. En algún momento le contaría todo a su amiga. Lo haría, se prometió con firmeza.

En algún momento.

Como si supiera que el tema le resultaba incómodo, Soraya comenzó a hablar de sus hijos. Los ojos le resplandecían cuando lo hacía. Eran su principal motivo para levantarse por las mañanas y aguantar cualquier cosa, decía siempre.

No tardaron en alcanzar el coche. Dejaron sus bolsas en el

maletero y se encaramaron a los asientos. Las calles estaban desiertas y no tardaron en llegar a su destino, que solo estaba a un par de kilómetros de distancia.

El apartamento donde vivía Alexia se encontraba ubicado en una urbanización de casitas bajas en la zona de los Juzgados, frente a un enorme parque urbano. Los dueños de una de las casas la habían reformado y habían conseguido crear tres apartamentos diminutos en el espacio de una sola vivienda. El de Alexia medía veinticinco metros cuadrados y la única estancia separada era el baño. El resto de las habitaciones convergían en una sola: salón, dormitorio y cocina americana. Un biombo de mimbre dividía el área de la cama del resto. Al menos, había un sofá cama de dos plazas para poder invitar a alguien a pasar la noche.

Era la primera vez que Soraya se quedaba a dormir. Habían planeado pasar el domingo juntas, ir a la playa por la mañana y comer por ahí, por eso Alexia la había invitado a dormir. Su amiga vivía lejos, en un pueblo del interior a treinta kilómetros de Benidorm

—¿Cuánto pagas por este cuchitril? —le preguntó Soraya cuando entraron, después de echar un vistazo a su alrededor.

—Cuatrocientos.

—Demasiado para lo que es.

—No hay nada independiente más barato. Y paso de compartir piso. Necesito tranquilidad para estudiar.

—Haces bien en estudiar. Mírame a mí que ni acabé la EGB. Tengo que conformarme con limpiar casas y bailar medio en bolas. — Mientras decía eso, se dejó caer sobre el sofá y comenzó a acariciar el reposabrazos con desinterés.

Alexia sacó dos botellas de agua del frigorífico y le tendió una. Luego se sentó a su lado.

—Pues yo creo que eres una mujer admirable —le dijo con seriedad.

Soraya giró la cara y la miró de frente con una expresión indescifrable en el rostro.

—Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad. Espero que no cometas los mismos errores que cometí yo. Tú sigue estudiando y no lo dejes. Estoy segura de que llegarás lejos —murmuró y alzó la mano para acariciarle la mejilla.

Era la primera vez en mucho tiempo que alguien le mostraba afecto y, de pronto, se sintió muy vulnerable. Bajó la vista y la clavó en la punta de sus deportivas.

—¿Y si cambiamos el agua por algo más fuerte y vemos amanecer mientras hablamos? —propuso Soraya con una sonrisa

ladeada—. Solo faltan un par de horas y luego podemos dormir en la playa.

Alexia carraspeó y se aclaró la garganta.

—Me parece genial. Si el licor de manzana te parece lo suficientemente fuerte, porque es lo único que tengo.

—Saca la botella, anda.

Ambas rieron.

Capítulo 5

Lukas

Mía le miraba con esos ojos suyos tan preciosos que le calentaban el alma mientras succionaba la tetina de su biberón haciendo ruiditos muy graciosos.

—Eres la niña bonita de papá, ¿verdad? —susurró con ternura.

Se había acostumbrado a hablar en voz baja y con mucha dulzura delante de su hija. Había descubierto que cada vez que gritaba o se enfadaba, Mía hacía pucheritos y se ponía a llorar, asustada. Él siempre fue alborotador y gritón y le había costado bastante modular su tono, pero lo había conseguido.

Pequeños sacrificios.

—¿Te gusta la leche de fórmula, peque? Está muy rica, ¿verdad? —le dijo mientras le acariciaba la mejilla. Todavía le maravillaba que pudiera ser tan suave—. Dice tu pediatra que ya tenemos que empezar a darte otras cositas. Hoy vas a comer tu primer puré. Ya veremos si te gusta.

Estaba nervioso y no quería afrontar aquella experiencia él solo. Le aterraba pensar que la niña pudiera vomitar o que se atragantara. Por eso había madrugado y estaba en casa de sus padres ese sábado por la mañana.

Además, así mataba dos pájaros de un tiro.

Sus padres no paraban de decirle lo mucho que le echaban de menos desde que se había mudado. A la niña. A él no tanto. Eso le recordaba su padre siempre en tono jocoso.

Había preparado un biberón y ahora estaba sentado en el sofá con las piernas flexionadas y los pies descalzos apoyados en la mesa baja de centro. Tenía a la niña sobre los muslos, frente a él. Esta le pegaba pataditas en el estómago que le hacían reír.

¿Acaso había algo más bonito en el mundo?

Repasó las delicadas facciones con la mirada. Tenía los inconfundibles ojos azules de su familia y una pelusilla rubia le cubría la cabeza, pero la nariz y la barbilla eran las de Eva, de eso no había duda.

—¿Cuándo has llegado?

Giró la cabeza y se encontró con su madre, que accedía al salón desde el pasillo. Era obvio que se acababa de levantar. Solo llevaba un

vestido blanco muy largo de estilo ibicenco y el pelo suelto sobre los hombros.

—Hace un rato.

—Es muy pronto —dijo, aguantando un bostezo.

—Os he traído a la peque, pero si quieres me voy.

—¡Oh! —exclamó ella al dar la vuelta al sofá y percatarse de que sostenía a la niña en brazos—. *Mein süßes Mädchen!*⁴ —murmuró con deleite al tiempo que extendía los brazos para cogerla.

Lukas se rio entre dientes.

—Espera que termine de comer, ¿no?

Como si le hubiera entendido, la pequeña soltó la tetina del biberón con un pop y agitó los bracitos en el aire.

—Quiere venir conmigo. ¿Lo ves? Soy su *Omi*s favorita.

Era así.

Pese a que Mía también era la única nieta de los padres de Eva, no se preocupaban tanto como lo hacían sus padres. La querían mucho, pero no eran jóvenes y con una visita una vez a la semana tenían suficiente. Lukas se había acostumbrado a ir a verlos todos los domingos para que pudiesen ser testigos de los progresos de su nieta.

Cogió el biberón ya vacío y le tendió la niña a su madre. Luego se puso de pie y se estiró. Sus ojos se dirigieron al jardín. Suaves rayos de sol bañaban la superficie de la piscina, arrancándole cegadores reflejos.

—¿Te quedas todo el fin de semana? —le preguntó su madre.

—Sí. Si no tenéis otros planes.

—No tenemos. Tu padre va a estar muy contento —dijo.

—¿Por qué voy a estar contento? —preguntó una voz estentórea desde el corredor.

—¡No hables alto, Tony! —le amonestó su mujer.

Mía había comenzado a arrugar la barbilla y a torcer la boca al escuchar el vozarrón de su abuelo.

—¡Pero si es mi chiquitina! —musitó Tony en voz baja.

Lukas vio cómo el semblante de su padre se iluminaba al ver a su nieta.

Meneó la cabeza con nostalgia al recordar la reacción de sus padres cuando se enteraron de que Eva estaba embarazada. Una mezcla de sorpresa y desazón. Hubo muchas conversaciones y charlas varias que Lukas soportó con estoicismo. Sus padres eran de una generación muy liberal y les pidieron que pensaran ante todo en ellos mismos y en su futuro. Creían que no tenían la madurez necesaria para tener un hijo y criarlo. Pero cuando vieron que la decisión de seguir adelante con el embarazo era inamovible por parte de los dos,

los apoyaron incondicionalmente.

Y una vez que Mía llegó a sus vidas, se desvivieron por ella. Tanto a su padre como a su madre se les caía la baba con la niña. Y tras la marcha de Eva, se volcaron en apoyarle de un modo increíble.

Jamás lo hubiera conseguido sin ellos.

En ese instante, Mía soltó un potente eructo que hizo que los tres se rieran.

—¿Has desayunado? —le preguntó su padre.

—Sí, pero no me vendría mal otro café.

—Pues hazlo tú —le pidió mientras ponía caras raras para que la niña se riera.

Lukas se acercó a la isla de la cocina donde estaba la cafetera de cápsulas y preparó cafés para los tres. *Ristretto* para él y para su padre, *Volluto Decaffeinato* para su madre. También sacó el pan de molde de una de las alacenas y puso un par de rebanadas en la tostadora.

—¿Está Erika? —preguntó.

—Sí, pero no la esperes para desayunar. Ha llegado a casa hace una hora. Anoche salió con sus amigas —repuso su padre.

Eri era la única de los hermanos Alba que todavía vivía con sus padres. Hacía años que Diego, el mayor, se había comprado un piso en el centro de Benidorm, en el que vivía actualmente con Iván. Y Jorge vivía de alquiler en el Albir con su novia.

Sirvieron los cafés y las tostadas y se sentaron los tres a la mesa que había cerca del ventanal. Su madre no había soltado a Mía que jugueteaba muy interesada con los flecos del escote de su vestido.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó.

—Bastante bien.

No era quizá la respuesta más sincera, pero sí la única que iba a ofrecerles a sus padres. No quería que se preocuparan por él más de lo que ya lo hacían.

Hacía unas semanas había comenzado a trabajar en la redacción de un periódico comarcal que publicaba noticias para los ciudadanos germanoparlantes de la zona. Tenía un horario decente y un sueldo que no estaba mal para ser un recién llegado a la plantilla. Sus jefes — un matrimonio alemán— eran encantadores. Incluso le habían ofrecido que tuviera un horario flexible hasta que su niña se adaptase a la guardería. Era un buen trabajo para alguien que acababa de terminar sus estudios y que carecía de experiencia.

Solo que no era lo que él quería.

Estudió periodismo porque deseaba viajar y hacerse corresponsal en el extranjero. Durante sus años en la universidad comenzó a hacer cursos especializados en política exterior, pensando que, quizá, en un

futuro, terminaría yéndose a algún otro país. Había planeado hacer un máster en Periodismo Económico en Madrid al acabar la carrera, pero entonces llegó el embarazo de Eva y sus planes se vieron trastocados.

A decir verdad, había tenido suerte de poder finalizar sus estudios.

—No estás feliz —dijo su madre.

La miró durante un buen rato. Era demasiado intuitiva para ocultarle algo.

—Es una tontería. Es solo que estoy cansado —mintió—. Ser padre a los veintidós agota.

Ella continuó observándole de forma inquisitiva, pero no insistió.

—Yo fui padre a tu edad —intervino su padre con un resoplido—. Así que no te quejes tanto.

—Pero me tenías a mí —dijo su mujer.

Después de eso hubo un pesado silencio solo interrumpido por los gorjeos de Mía. Tony Alba había bajado la vista y contemplaba su café con mucho interés, y su mujer había girado la cara hacia el ventanal. En el reflejo se podía ver que tenía los ojos cerrados y los labios apretados, como si estuviera arrepentida de lo que acababa de decir.

Lukas se revolvió inquieto en la silla. Siempre sucedía lo mismo cuando surgía el tema y estaba cansado de esa situación.

—Podéis hablar de Eva. Podéis dar vuestra opinión. No me importa, de verdad. Es cierto que a veces me duele, ya no tanto por mí, sino por ella. —Señaló a la niña—. No quiero que os calléis nada o que las conversaciones se vuelvan incómodas. Esos no somos nosotros.

—Perfecto —aceptó su padre—. Hablaremos sin tapujos cuando lo creamos conveniente. ¿Has sabido algo de ella? ¿Ha contactado con sus padres por lo menos?

—No. Nada.

—*Unglaublich* —masculló su madre.

Lukas le dio la razón en silencio. Era realmente increíble que alguien pudiera desaparecer sin dejar rastro y abandonar toda una vida. A su familia, sus amigos, sus estudios... A él, a su hija...

—Hoy voy a cortar el césped y a limpiar la piscina —dijo Tony de repente—. ¿Te animas? Tu madre que se quede con Mía.

—Yo, piscina. Tú, césped.

—Mírale qué listo —dijo con una risa.

—Yo feliz con la niña —dijo ella—. Le están saliendo los dientes. Muerde todo.

La pequeña había cogido un puñado de volantes de su vestido y se lo había llevado a la boca llenándolo de baba.

—Sí —repuso Lukas con una sonrisa enorme—. Le está saliendo uno abajo, ya asoma un poquito.

—No te lo dije, pero encontré una chica para cuidarla —añadió su madre.

Volvió la cara y la contempló con interés.

—¿En serio? ¿Quién es?

—Es amiga de Soraya.

—¿Soraya? ¿La que viene a limpiar?

—Sí.

Soraya llevaba ya unos años limpiando el chalet, pero Lukas no la conocía mucho; solo había hablado con ella un par de veces.

Mía acudía a la guardería hasta las cinco de la tarde y él no llegaba a casa hasta las siete. Necesitaba a alguien que recogiera a la niña y estuviera con ella ese par de horas, nada más. Su madre se había ofrecido a hacerlo, pero Lukas no podía pedirle que dejase el trabajo todas las tardes para echarle un cable. Demasiado era ya lo que hacían por él. Era cierto que se trataba de una empresa familiar, no obstante, sabía que tenían muchos encargos y estaban hasta arriba de trabajo. Su padre no podía con todo él solo.

—¿La conocéis?

—No. Pero de Soraya me fío. Dice que cuida a sus hijos con frecuencia.

—¿Tienes su número?

—No, pero llamo a Soraya y le pregunto.

—Estupendo. En el trabajo se están portando genial y me dejan salir antes, pero no quiero abusar.

—La pagamos nosotros —dijo su padre después de darle un sorbo a su café.

—No —rechazó categóricamente.

—Sí. Y no quiero discutir. Entendemos que quieras ser independiente, Lukas. Te has ido a tu propio piso, tienes tu trabajo y llevas a la niña a una guardería. Todo perfecto. Pero queremos ayudarte de alguna manera.

—¡Pero si ya me ayudáis un montón!

—Pues más. La pagamos nosotros y punto.

—¡No! —replicó con testarudez—. Es mi responsabilidad.

—A ver, con ese sueldo que tienes no vas a poder costearte muchas cosas —continuó su padre con tono paciente—. Los niños crecen rápido y Mía va a necesitar ropa nueva casi cada semana. Lo último que queremos es que os falte algo o que lo paséis mal. Eres nuestro hijo y ella es nuestra única nieta. Déjate de orgullos y tonterías.

Lukas apretó los labios. A su padre no le faltaba razón, pero aceptar su dinero era como independizarse a medias. Era él quien estaba metido en eso, no quería arrastrar a nadie más.

—Pagamos la mitad —intervino su madre—. Y acaba problema.

Cuando se agitaba, su gramática sufría y su acento teutón se intensificaba. Le miró con agudeza y alzó una mano como si ese gesto fuera a detener su protesta.

Lukas suspiró resignado. Sabía que había perdido.

—Pídele el teléfono a Soraya, vamos. Y la llamo —claudicó.

Después de eso la conversación versó sobre la niña. Sus padres querían saberlo todo: el peso que había ganado desde la última vez que fue al pediatra, si dormía más o menos que hacía unos días o si se portaba bien en la guardería.

Lukas respondió a todas las preguntas con entusiasmo. Le encantaba hablar de Mía. Era su tema favorito. Una vez que se convirtió en padre, todo lo demás tenía una importancia relativa.

El móvil de su madre pitó, notificando la entrada de un mensaje. Lo leyó mientras la niña intentaba quitárselo.

—Te lo reenvío.

Solo un segundo después era el móvil de Lukas el que emitía un pitido.

Un número de teléfono y un nombre.

Alexia.

La llamaría el lunes, decidió.

Capítulo 6

Alexia

Se había puesto los pantalones negros de pinzas que tenía colgados al fondo del armario y la blusa de rayas de manga corta y cuello camisero —la ropa de las entrevistas de trabajo— y unos sobrios zapatos planos. Además, se había recogido el pelo en una coleta baja y su maquillaje era sutil, aplicado para aparentar más edad.

Había revisado su apariencia cientos de veces en el espejo, buscando algún defecto, algo que resultara demasiado llamativo o poco serio.

Estaba impecable.

Y nerviosa, no iba a negarlo.

Quería ese trabajo.

No. Necesitaba ese trabajo.

Era ideal, lo que andaba buscando, con un horario maravilloso que le permitiría seguir estudiando. Y sabía que era la chica adecuada para el puesto.

Lo sabía.

Adoraba a los niños.

Y tenía experiencia.

—Por favor, por favor, que le guste —murmuró.

El lunes había recibido la llamada del padre de la niña. Sonaba muy joven por teléfono, pero no le sorprendió porque Soraya ya le había contado por encima cuál era su historia. Fue una conversación muy breve. Él le preguntó si podían verse el sábado por la mañana y, cuando ella respondió que sí, le dio el nombre de un bar, cercano a su piso. Vivía en Poniente, a poca distancia del Hotel Bali, en el otro extremo de Benidorm, pero no le importó gran cosa; estaba acostumbrada a desplazarse en autobús. En algún momento se sacaría el carnet de conducir, cuando tuviera tiempo y dinero.

Después de mirarse una última vez al espejo y releer el mensaje de Soraya en el que le deseaba mucha suerte, dejó su apartamento y caminó hacia la parada de autobús. Lo hacía deprisa, mientras iba recreando en su cabeza las preguntas que el padre de la niña podría hacerle. Pensaba ser lo más fiel posible a la verdad, aunque no le diría ni su edad ni que trabajaba por las noches como gogó. Eso ya lo había hablado con su amiga y ambas estuvieron de acuerdo.

No iba a mentir, solo a omitir.

Era temprano para un sábado y la mayor parte de los asientos del vehículo estaban vacíos. Se sentó al fondo, junto a la ventanilla, y clavó la mirada en el exterior. Lucía un sol espléndido y el camino que bajaba a la playa estaba lleno de gente que cargaba sombrillas, sillas y bolsas. Alexia recordó el domingo tan fabuloso que había pasado con su amiga en la playa, hacía dos semanas. De vez en cuando era bueno permitirse una pausa en los estudios y en el trabajo y dedicarse algo de tiempo. Se habían reído muchísimo y lo pasaron francamente bien.

El trayecto que hacía el autobús iba en paralelo a la costa, pero las edificaciones dificultaban que se pudiera ver el mar, solo de vez en cuando aparecía entre un alto edificio y otro, resplandeciente e invitador.

Le gustaba esa ciudad con su mezcla de ambientes. Era cosmopolita con su turismo, sus lugares de ocio y las modernas construcciones, y al mismo tiempo tenía todas las características de pueblo pequeño: su casco antiguo de casitas bajas, sus pequeños bares y restaurantes que solo conocían los lugareños, sus procesiones y sus fiestas tradicionales. Benidorm era una urbe de contrastes. De todos los lugares donde había vivido, era uno de sus favoritos.

Se abstraigo, contemplando la carretera que pasaba veloz ante sus ojos y que la llevaba hacia su destino.

No sabía mucho del padre de Mía, solo que se llamaba Lukas y que estaba criando a la niña él solo. Soraya le había dicho que era el más pequeño de cuatro hermanos y que su novia se había largado poco después de dar a luz. Su voz al teléfono le había resultado cálida, aunque había podido detectar cansancio e impaciencia en ella.

La media hora de trayecto se le pasó volando. Cuando alcanzaron la parada en la que debía bajarse, todavía no había conseguido tranquilizarse del todo. Seguía estando ansiosa.

Se apeó del autobús y anduvo hasta la cafetería donde habían quedado. Nunca había estado en esa zona y tuvo que buscar la dirección en el Google Maps. Era un restaurante que también servía desayunos por las mañanas y estaba frente al Bali, a la sombra de la gran mole de cemento gris.

Se detuvo a escasos metros del local y fingió ojear su móvil mientras recorría todas las mesas de la terraza a través de las pestañas. En dos de ellas desayunaban familias con niños, en otra lo hacía una pareja, y las dos restantes estaban ocupadas por hombres solos. Uno tenía barba y bigote grisáceo —demasiado mayor para ser padre primerizo—, y el otro parecía abstraído con su taza de café. Era joven, con el pelo castaño claro y complexión delgada.

Ese debía de ser el tal Lukas Alba.

Le chequeó, deteniéndose en su ropa: vaqueros azules, camiseta roja y deportivas. Se fijó en que tamborileaba con los dedos sobre la mesa. ¿Estaba nervioso?

Pues no era el único.

En ese instante, él giró la cara y ella pudo verle de frente.

La sorpresa la llevó a coger aire de golpe.

Le conocía.

¡Era el chico del Go! El que la ayudó a bajar de la plataforma hacía unas semanas. El chico guapo de los ojos bonitos y actitud singular.

—Mierda.

¡Qué mala suerte!

Benidorm no era una ciudad muy grande, pero la puñetera casualidad era demasiado cruel.

Lo de ocultarle que bailaba por las noches quedaba descartado. Era casi seguro que no conseguiría el trabajo. No sabía qué tipo de persona sería el tal Lukas, pero si era algo puritano, quizá no querría tener a una extraña que bailaba medio desnuda por las noches al cuidado de su hija. No se avergonzaba de lo que hacía, pero podía entender que no fuese la mejor carta de presentación para una niñera. Ni siquiera la recomendación de Soraya le iba a servir de mucho.

Apretó los puños con frustración.

Quizá fuera mejor darse media vuelta y largarse de allí. Podía llamarle y decirle que se lo había pensado mejor y que no podía trabajar para él, que le había surgido otra cosa.

«A lo mejor no te reconoce. A fin de cuentas, esa noche ibas muy maquillada y la luz era tenue».

Se permitió vacilar unos instantes, sopesando sus opciones.

La necesidad de conseguir el trabajo la llevó a decidirse. Con determinación, se pasó las manos por el pelo, comprobando que la coleta seguía perfecta, y se puso en movimiento. Atravesó la calzada y se acercó a la mesa con paso enérgico. El corazón le latía con fuerza en el pecho, pero intentó que no se notara su agitación.

—¿Lukas?

Él elevó la cara. Sus ojos eran de un peculiar tono aguamarina, una mezcla de azul y verde, como los claros mares del Caribe. Bonitos. No, bonitos no. Hermosos

—¿Alexia?

—Sí. Soy yo. Hola.

—Hola. —Se levantó a medias e hizo un gesto vago con la mano —. Siéntate, por favor.

Ella apartó la silla de metal que había frente a él y lo hizo. Inquieta y alerta.

Él comenzó a escudriñarla con atención. Repasaba sus facciones con una ceja arqueada y los labios fruncidos.

—Me suena tu cara —dijo al fin—. No sé de dónde.

No pudo replicar porque en ese momento se acercó un camarero a preguntar si quería pedir algo.

Salvada.

«Por ahora».

—Un café con leche y sacarina.

—Yo tomaré otro —dijo él—. Uno solo.

Cuando el camarero se alejó, ella estaba casi preparada para confesarlo todo. Era obvio que la había reconocido. Cerró los ojos brevemente para buscar las palabras más adecuadas, pero él se le adelantó.

—No sé si Soraya te habrá hablado de lo que estoy buscando.

Alexia elevó los párpados y vio que él jugueteaba con una servilleta mientras miraba la superficie de la mesa. Parecía haber olvidado que ella le resultaba familiar.

Fantástico.

—Me ha dicho que buscas a alguien para cuidar a tu bebé durante unas horas de lunes a viernes.

Él asintió.

Ella volvió a estudiarle, aprovechando que se mostraba distraído. Sentía mucha curiosidad. Era bastante joven. Quizá rondara los veintidós o los veintitrés años. Y muy atractivo, con facciones marcadas y pómulos muy definidos. Tenía los labios carnosos, un hoyuelo en el mentón y sus ojos eran una pura maravilla.

¿Cómo le había catalogado aquella noche?

Ah, sí. Un bellezón.

Lo era.

A la luz del día más todavía.

—Sí. Para recogerla de la guardería de lunes a viernes a las cinco y estar con ella hasta las siete y cuarto, que es cuando yo llego a casa. Además, necesito a alguien que sea flexible por si pasa algo y no puede ir a la guardería y hay que quedarse con ella. —Arrugó la servilleta e hizo una bola con el papel—. Hasta ahora era mi madre la que se encargaba de eso, pero ella trabaja y no quiero cargarla con esa responsabilidad.

Alexia gritó de júbilo para sus adentros. Era el trabajo ideal. Cuidar a un bebé en su casa. Podría incluso llevarse los libros y estudiar. Y si alguna mañana faltaba a clase tampoco iba a pasar nada.

—Me parece bien —repuso, escueta, tratando de mostrarse seria y responsable.

Él carraspeó.

—No te molesta que te haga unas preguntas, ¿verdad?

Negó con la cabeza. El momento de la verdad había llegado.

Lukas

El camarero puso los cafés frente a ellos y los platitos chocaron con la mesa, produciendo un ruido discordante. Alexia le pidió de nuevo la sacarina que parecía haber olvidado.

Lukas agradeció la distracción.

Estaba nervioso.

La chica no era para nada como había esperado. Cuando la vio acercarse a su mesa pensó que era alguien que quería preguntarle una dirección o algo similar. Nunca imaginó que pudiese ser la mujer con la que había hablado por teléfono a principios de semana. Por su voz modulada y ronca y su forma de expresarse se había hecho a la idea de que sería alguien más maduro, quizá de cuarenta o cuarenta y cinco años.

Pero esa chica...

No solo le resultaba familiar, sino que era inesperadamente hermosa. Mucho. Quizá no era el tipo de mujer que él prefería, ya que le gustaban muy delgadas y fibrosas y Alexia, aunque delgada, no carecía de curvas. Pero era innegable que su rostro era pura perfección. Tenía unos ojos oscuros rasgados y exóticos y su tez era del color del caramelo tostado.

Admitía estar fascinado con su aspecto.

No quería distraerse, por eso evitaba mirarla de frente. Estaba allí por Mía, solo por Mía. Ahora solo faltaba saber si esa chica era la adecuada para cuidarla. Las únicas referencias que tenía eran las de Soraya. Y eso no era suficiente.

—¿Tienes experiencia cuidando niños?

Ella bajó los párpados como si la pregunta la incomodara, algo que le resultó extraño.

—Tengo experiencia. —Hizo una pausa antes de continuar con tono formal y despersonalizado—. He criado a mi hermano pequeño. Desde que nació hasta los dos años.

Un punto positivo.

¿Por qué no lo había criado su madre? Sintió curiosidad.

—Oh, ¿tienes un hermano? ¿Vive contigo?

—Ya no. Vivo sola.

Esperó a que ella dijese algo más, pero no lo hizo.

—Pero profesionalmente has trabajado cuidando niños...

—No —admitió—. Solo he cuidado a los hijos de amigas. A los de Soraya los cuido con frecuencia. Me gustan mucho los niños. Ahora mismo estoy estudiando Educación Infantil en Alfaz del Pí.

Hablaba con una enorme seguridad en sí misma y esa parte le agradó. Pero que no tuviese un título ni experiencia le echaba para atrás. No quería a alguien inexperto cuidando de su hija. Alguien que se agobiara a la primera de cambio o que no se ocupase de la niña en condiciones.

Bebió de su café, meditando en silencio.

Ella giró la cara a un lado y contempló la acera donde unas cuantas palomas se disputaban unas migas de pan. Lukas se recreó en su perfil. Tenía el cuello largo y delgado y las orejas pequeñas. Llevaba unos pendientes de perlas muy discretos. De nuevo, la sensación de que la había visto en algún lugar con anterioridad acudió a él. Ladeó la cara y trató de hacer memoria, pero no lo consiguió.

Ella se giró de pronto y le descubrió estudiándola. Se sintió expuesto, como si le hubieran pillado haciendo algo indebido. Notó que la cara le ardía y bajó la vista hacia su café.

Se maldijo en silencio por su reacción tan de adolescente.

Era demasiado guapa. Demasiado llamativa incluso dentro de su sencillez. De esas bellezas que podían robarle a uno el aliento. Él no necesitaba una chica tan joven y atrayente. Él necesitaba alguien más maduro, serio y responsable.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó casi a bocajarro.

—Veinticuatro.

—¿Y, además de estudiar, estás trabajando?

—Sí. Trabajo en hostelería.

—¿Y no tendrías problemas de horario?

—No. Trabajo de jueves a domingo en horario de... tarde. El resto de la semana voy a clase y estudio. Puedo compatibilizar perfectamente los horarios.

Lukas asintió con lentitud.

Otro punto positivo.

Y, sin embargo, no estaba convencido.

—No sé si te lo habrá dicho Soraya, pero en caso de que lleguemos a un acuerdo, te pagaría en efectivo, todos los días.

—Lo daba por hecho —repuso.

Ella no había tocado su café. Se había limitado a echar la sacarina y a removerlo con la cucharilla, pero no lo había probado.

—¿Vives lejos? ¿Tendrías algún problema para venir hasta aquí?

¿Tienes coche?

—Vivo en la zona de los Juzgados. No tengo coche ni carnet, pero hay autobuses cada cuarto de hora, ya me he asegurado. No creo que tuviera ningún problema para venir.

Lukas tamborileó con los dedos sobre la mesa. Sabía que Soraya ya le había dicho lo que iba a cobrar, no obstante, decidió asegurarse de que estaba claro.

—Son ocho euros la hora...

—Lo sé —le interrumpió—. Y si necesitas que me quede todo un día con ella son sesenta euros. Y los fines de semana...

—No creo que vaya a necesitarte los fines de semana —dijo, interrumpiéndola—. No obstante, pienso que en caso de que lleguemos a un acuerdo, sería buena idea que pasaras primero un par de horas con Mía para ver si encajáis.

—Claro. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Está a punto de cumplir siete meses.

Ella por fin le dio un sorbo a su café. Debía de estar frío, pero no dijo nada al respecto y volvió a dejar la taza en el plato.

En los veinte minutos que había durado la reunión no había sonreído ni una sola vez. La expresión de su rostro no era poco amigable, pero parecía distante. Lukas se descubrió pensando que le hubiese gustado verla sonreír.

Un niño de unos dos años que perseguía a un gorrión pasó a toda velocidad por su lado y terminó tropezando con una de las sillas de la mesa contigua. Cayó al suelo aparatosamente. En un primer momento no reaccionó, pero solo un segundo después abrió la boca y se echaba a llorar.

Lukas ya se había levantado para socorrer al pequeño, pero Alexia fue mucho más veloz. Se acuclilló a su lado y le ayudó a incorporarse. Luego le cogió en brazos y comenzó a susurrarle algo al oído que debía de ser muy interesante porque el crío, poco a poco, dejó de llorar y solo emitió unos cuantos pucheros intermitentes mientras la miraba con mucha atención.

Una chica de unos treinta años, que debía de ser la madre del niño, llegaba corriendo con la cara roja y el vestido de playa ondeando tras ella.

—Se me ha escapado —explicó casi sin aliento—. ¿Te has caído, Jairo? ¿Te has hecho daño? —Se dirigió al pequeño, que se arrojó a sus brazos al verla.

No parecía muy preocupada, como si el retoño fuera un terremoto en miniatura que siempre estuviera destrozando cosas a su paso y metiéndose en problemas.

—No se ha hecho nada. Ha sido el susto —le dijo Alexia.

—Muchas gracias. Es que es muy travieso.

Después de eso se fue hablando con el niño con un tono irritado. Este se aferraba a su cuello y apoyaba la barbilla sobre su hombro. Tenía los ojos húmedos clavados en Alexia.

Esta se dio la vuelta para regresar a la mesa y ahí fue cuando Lukas la vio sonreír.

La sonrisa dulcificaba su severa expresión. La iluminaba.

Volvió a pensar que era demasiado hermosa.

Se frotó las palmas de las manos en las perneras del vaquero mientras trataba de tomar una decisión.

Su madre estaba con Mía, dando un paseo por la zona. Habían acordado que, si a él le gustaba la chica, la llamaría para que se acercara y poder establecer una primera toma de contacto entre la futura niñera y la niña.

Ella le miró con esos ojos suyos tan inusualmente bellos y herméticos a un tiempo. Era imposible traspasarlos. Imposible saber qué estaba pensando.

Lukas se guardó el móvil en el bolsillo.

—Voy a pagar —dijo repentinamente.

—Ah, claro. Toma —ofreció ella y cogió su bolso.

—No. Ya pago yo.

No protestó.

Él se alejó camino del restaurante y un hormigueo en la nuca le llevó a pensar que ella le estaba mirando. Ignoró la sensación agridulce que aquel pensamiento provocaba en él y pagó los cafés. Luego regresó a la mesa. Alexia estaba de pie, ojeando su móvil. Cuando se detuvo a su lado, se percató de que era bastante alta, un poco más que la media.

—Bueno, creo que ya me he hecho una idea —dijo, dubitativo. Una sensación de culpa le invadió—. A lo largo de la semana te llamo y ya concretamos. ¿Te parece?

Ella asintió. Ya no había ni rastro de la sonrisa de antes en sus facciones.

—Me parece bien.

—¿Quieres que te acerque a algún lado con el coche? —ofreció, aunque deseó no haberlo hecho. No se sentía del todo cómodo con ella.

—No —rechazó—. He quedado con una amiga por aquí cerca. No te preocupes. Estamos en contacto, entonces.

—Sí. Hasta luego.

—Adiós.

Ella le miró dubitativa, como si quisiera decir algo más, pero debió de tratarse de un producto de su imaginación porque se dio la vuelta con energía y se alejó, caminando a buen paso.

La siguió con la mirada hasta que desapareció al doblar una esquina.

La entrevista había sido inusual. Quizá porque su actitud reservada no había terminado de convencerle, o porque era demasiado guapa y eso le ponía nervioso. No lo tenía claro.

Solo sabía que esa chica no encajaba ni con Mía ni con él.

No lo hacía.

Buscaría a otra persona.

Capítulo 7

Lukas

Treinta y siete con siete.

¿Eso se consideraba fiebre?

Dejó el termómetro sobre la cama y, a toda velocidad, buscó en internet.

Sí, entre treinta y siete y medio y treinta y ocho grados se llamaba febrícula.

«No pierdas la calma. No pasa nada», se dijo a sí mismo mientras contemplaba a su hija con los ojos entornados.

Mía agitó las piernas en el aire. Tenía mocos y también algo de tos, pero ya no lloraba.

Lukas se había pasado toda la noche levantándose para echarle un ojo. Era la primera vez que la niña enfermaba y no lo estaba gestionando demasiado bien, pero una visita al pediatra la tarde anterior le había tranquilizado bastante. Aparentemente, Mía solo tenía un catarro. Nada de qué preocuparse, le había dicho. Los bebés de esa edad y más si pasaban tiempo en la guardería con otros niños tendían a contagiarse de diferentes virus, pero no era alarmante.

Hacía un rato que le había dado una dosis de Apiretal así que esperaba que no tardara en bajarle la temperatura.

—Mi rubita —ronroneó mientras le acariciaba la mejilla.

La pequeña soltó un gorjeo que acabó en una tosecilla.

¡Mierda de virus!

Se dio la vuelta hacia la ventana. Desde aquella posición podía ver una parte del jardín de la urbanización, a esa hora desierto. Extravió la mirada en algún punto lejano y bostezó. No había dormido casi nada y, encima, se sentía como un verdadero inútil. Le aterraba que a Mía pudiese pasarle algo.

No quería tirar la toalla, pero admitía que la situación le desbordaba.

Criar a un hijo en soledad era complicado.

Echó una ojeada a la pantalla de su móvil. En una hora tenía que irse al periódico y era un día importante, no podía faltar. Sus jefes habían citado a toda la plantilla para una reunión.

Pero tampoco podía llevar a Mía a la guardería en ese estado.

Tenía que tomar una decisión cuanto antes.

Como siempre que se sentía agobiado por la situación, se acordó de Eva y de su jodido egoísmo. Si hubiesen estado los dos juntos quizá todo aquello hubiese resultado más fácil. Pero no, claro. Ella se había agobiado y se había largado. Así de fácil.

Suspiró con fatiga y frustración.

Tendría que llamar a su madre de nuevo.

Dejó caer la cabeza y apoyó la frente contra el cristal.

Estaba harto de depender de sus padres para todo. Y de su familia, en general. Cuando no eran Iván y Diego los que acudían al rescate, eran Jorge o Erika.

Pero era un puñetero martes por la mañana. Todos ellos trabajaban.

Tenía otra opción, se recordó a sí mismo. Podía llamar a Alexia.

Aquel pensamiento rondó por su mente unos segundos.

A pesar de que su primera impresión no fue muy favorable, cuando se reunió con su madre, esta le regañó por no haberla avisado. Hubiese querido conocerla y darle su opinión. Según Soraya, era una chica muy responsable que trataba a sus niños con muchísimo cariño.

«No importa que no sea perfecta o que la primera impresión haya sido peculiar, Lukas. Es una emergencia».

Jugueteó con el móvil, indeciso.

Era una putada llamarla y avisarla con tan poco tiempo, ¿no? ¿No estaba estudiando en Alfaz del Pí? Eso le había dicho. Quizá ya estuviera de camino y la llamase para nada.

—Salgamos de dudas —murmuró al aire.

Antes de poder cambiar de opinión, la buscó entre sus contactos. La había guardado como *Alexia niñera*. Parecía premonitorio, pensó con ironía.

El teléfono sonó tres veces.

—Hola, ¿Lukas? —respondió con visible sorpresa.

Así que ella también había guardado su número.

—Hola, Alexia. Eh... Perdona que te llame a estas horas, pero me ha surgido un problema y he pensado que... —se interrumpió sin saber cómo continuar—. Mía está acatarrada —comenzó de nuevo—, y yo no puedo quedarme en casa hoy y no quiero llevarla a la guardería. Quizá tú...

—Pensaba que ya no me ibas a llamar. Como ha pasado más de una semana, creí que ya habías encontrado a alguien mejor.

Lukas se mordió el labio inferior. No. No había encontrado a nadie mejor. Ni mejor ni peor, en realidad; había estado demasiado ocupado para buscar otra niñera. Se había apañado con su madre, como siempre.

—No. No. No he contratado a nadie. —Hizo una pausa—. Sé que esto es un poco inesperado y entiendo si me dices que no puedes. Sé que tienes clase...

—Voy para allá —le interrumpió—. Llegaré en unos cuarenta y cinco minutos. ¿Te parece bien?

Soltó el aire que había mantenido dentro de los pulmones. Vale. Era resolutiva al cien por cien. Menos mal, porque él, últimamente, no sabía ni en qué mundo vivía.

—Sí. Sí. Me parece bien. Es el bloque dos, el cuarto derecha, pero no llames al timbre por si acaso la niña se ha dormido. Hazme una llamada perdida y yo te abro.

—Bien.

La comunicación se cortó.

Se giró hacia la cuna en la que descansaba su hija y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Tenía la barbilla llena de baba. Desde que había comenzado con la dentición lo ponía todo perdido. Cogió una toallita y la limpió con cuidado para no despertarla. Luego se quedó un buen rato contemplándola.

Nunca pensó que se pudiera querer tanto a alguien. Sí, quería a todos los miembros de su familia, pero eso era diferente. Mía era un ser pequeño y desvalido que despertaba su instinto protector más profundo. Un instinto que no sabía que tenía.

—Si hay que matar dragones, pues mataremos dragones —dijo en voz queda. Era una frase que repetía con frecuencia, una especie de mantra que le decía a la niña.

Después de eso, se fue a la cocina y se sirvió una taza de café, la segunda de la mañana. Con ella en la mano, comenzó a dar paseos por el piso, de la terraza acristalada hasta el dormitorio y vuelta a empezar. Una docena de pensamientos inconstantes y dudas convergían en su cabeza.

¿Había hecho lo correcto llamando a esa chica? ¿Y si resultaba que era una inepta? ¿O que Mía no la soportaba?

—¡Dios! —murmuró mientras se pasaba una mano por el pelo.

Se sacó el móvil del bolsillo y la buscó. No lo había hecho el sábado anterior porque no pensaba contar con ella, pero ahora que había tomado la decisión opuesta se arrepentía de no haberlo hecho antes.

La localizó en Instagram, entre los contactos de Soraya.

AlexiaST era su alias. Como foto de perfil tenía un cielo nocturno. Y solo publicaba fotos de flores, cielos, gatitos y frases inspiradoras. Nada personal, exceptuando una foto de hacía unos meses de una comida a la que había acudido con Soraya y otras chicas

más. Eran cinco. Miraban a la cámara y sonreían. Sí, Alexia también. Con esa sonrisa brillante del sábado anterior.

Y eso era todo.

Imposible hacerse una idea de su carácter con ese material.

¿Se podía ser más reservada?

Miró la hora por enésima vez y descubrió que habían pasado cuarenta minutos desde la llamada telefónica. Ella no podía tardar mucho más en llegar.

Fue a la cocina, vació el resto del café en el fregadero y enjuagó la taza. Luego la colocó en el escurrer platos. Estaba a punto de volver al dormitorio cuando su móvil comenzó a vibrar. Se lo sacó del bolsillo y echó una ojeada a la pantalla.

Alexia niñera.

—Por fin.

Alexia

Estaba en la parada del autobús, esperando al que la llevaba a Alfaz del Pí todas las mañanas, cuando recibió la llamada de Lukas.

Dado que no había vuelto a contactar con ella y habían pasado diez días, dio por hecho que nunca más sabría de él. Y sabía que era por su culpa, porque había fastidiado la entrevista. Pese a que había ido llena de optimismo y ganas, se sintió muy incómoda durante la media hora que duró la reunión. Estuvo esperando a que, en cualquier momento, él se diera un golpe en la frente y dijese algo así como: *¡Ya sé de dónde te conozco, eres la gogó del Go!*

Por eso estuvo tan tensa y seria.

Sabía que no le había causado muy buena impresión. Pudo leerlo en sus ojos cuando le dijo que ya la llamaría; no era adivina, pero era evidente que mentía.

Por eso la llamada la dejó tan perpleja.

Él sonaba verdaderamente desesperado al teléfono. Estaba claro que, si hubiese tenido otra alternativa, no la habría contactado a ella.

No vaciló. Los sesenta euros que podía ganar en un día cuidando a esa niña pesaban mucho más que las horas de clase. Ya le pediría los apuntes a alguna compañera.

Echó a correr hacia la parada de los autobuses que conducían a Poniente, que estaba a dos calles de distancia. Llevaba la mochila con sus libros a la espalda y no iba maquillada ni vestida con formalidad. Vestía vaqueros, unos ajustados y rotos, y una camiseta negra de los Sex Pistols. No aparentaba veinticuatro años ni de lejos.

Tendría que mostrarse muy segura y que su actitud desenvuelta

supliese lo desenfadado de su atuendo.

Quizá porque iba ensimismada o porque el tráfico era más fluido de lo normal a esa hora de la mañana, el trayecto se le hizo muy corto, mucho más que el sábado de la entrevista. Antes de lo previsto, se bajaba del vehículo y echaba a andar hacia la urbanización en la que él vivía. Constaba de cuatro bloques de color tierra, algo descuidados. Las fachadas estaban descoloridas y la pintura de las barandillas de los balcones, desconchada. Eran menos modernos que los edificios que los rodeaban. Debían de datar de finales de los ochenta.

Tal y como habían acordado, no llamó al timbre y le hizo una llamada perdida. La puerta se abrió casi inmediatamente. Atravesó el camino que comunicaba los cuatro edificios y accedió al bloque dos. Pese a que eran cuatro pisos, subió las escaleras andando. Cuando llegó al descansillo de la escalera, vio que la puerta de la derecha se hallaba entornada. Estaba a punto de empujarla cuando la hoja de madera se abrió del todo y Lukas apareció en el umbral.

—Ah, hola —murmuró.

Alexia pudo sentir su mirada recorriéndola de arriba abajo. Sus cejas se fueron arqueando poco a poco llenas de sorpresa al percatarse de su apariencia. No le dejó reaccionar.

—Si me explicas dónde está todo, yo me encargo —le dijo con autoridad mientras accedía al interior del piso y dejaba su mochila en el suelo.

Era un apartamento pequeño, eso saltaba a la vista. Él se le adelantó y le hizo un gesto para que le siguiera.

—Esta es la cocina, este es el baño, el salón está ahí y el dormitorio aquí. La niña está durmiendo así que no hables muy alto.

Entraron juntos a la habitación. No tenía decoración alguna. En la pared de la izquierda había un armario empotrado y junto a la cama de matrimonio se erguía una cuna al lado del típico mueble cambiador con cajones. No cabía mucho más.

La curiosidad de Alexia creció exponencialmente cuando se acercó a ver a la pequeña. Tal y como él le había dicho estaba dormida. Era rubita y con la piel muy clara. Respiraba por la boquita debido al catarro.

Se le encogió el corazón al mirarla y los recuerdos la bombardearon, provocándole un fuerte pinchazo en el pecho, pero se obligó a respirar hondo y a serenarse.

—Tenía unas décimas de fiebre y le he dado Apiretal hace media hora. El pediatra ayer me dijo que hay que dárselo cada seis horas. Esta mañana ha comido, pero no mucho. Habría que darle otro

biberón a las doce. Toma leche de continuación. También come purés y papillas de frutas, pero hoy no ha querido más que el biberón. Ahora te enseño dónde lo tengo todo. Eh... toda su ropita está en los cajones y tiene juguetes en la terraza. Y no sé qué más. —Hizo una pausa, se llevó las manos a las mejillas y murmuró ensimismado—: Quizá debería llamar al trabajo y decir que no voy.

Alexia se giró para mirarle. Estaba muy nervioso y hablaba atropelladamente. Sus bonitos ojos aguamarina estaban nublados por la preocupación.

—Lukas —le dijo con un tono de voz muy calmado—. No te preocupes. Sé que no me conoces y que tienes tus dudas, pero confía en mí. Tengo experiencia.

Él guardó silencio y la miró con intensidad, como si estuviera buscando algo en sus facciones.

—Pensarás que soy un gilipollas —musitó—, pero es la primera vez que se pone enferma y mi madre siempre está ahí para apoyarme. ¡Dios! —exclamó, llevándose una mano a los ojos y cubriéndoselos—. Ahora sí que parezco un imbécil.

—No pareces un imbécil. Pareces un padre preocupado. Es natural.

—¿De verdad que tienes experiencia con niños enfermos? —preguntó. Sonaba inseguro y al mismo tiempo había un pequeño atisbo de esperanza en su tono.

—Sí —aseguró con mucha firmeza—. Como ya te dije, he criado a mi hermano y le he visto enfermar varias veces. Puedes confiar en mí. No obstante, te mandaré mensajes informándote de cómo se encuentra. Y puedes llamarme todas las veces que quieras.

Él se giró y le dio la espalda. Alzó la cabeza al techo y puso los brazos en jarras. Parecía estar meditando qué hacer. Ella no dijo nada, se limitó a aguardar.

—Vale —claudicó él, soltando el aire—. Sígueme a la cocina y te enseño dónde está todo.

Fue tras él, contemplándole con empatía. Le resultaba tierno que estuviese tan preocupado y que se hubiera mostrado tan vulnerable delante de ella.

Le escuchó con atención mientras le explicaba dónde estaba todo: la leche de continuación, los cereales sin gluten, los diferentes tápers con papillas de verduras y frutas que guardaba en el frigorífico —etiquetados con los nombres de su contenido sobre las tapas—, los biberones, los pañales, las toallitas, la crema, la ropita, los juguetes, la medicación... Le pasó el número del pediatra y le hizo una lista con todos los teléfonos de su familia por si acaso no lograba contactar con

él.

Después de eso, se detuvo en medio del salón, junto a una especie de corralito con una alfombra imitando a un puzle de colorines, y extravió la mirada en algún punto de la pared.

Alexia le estudió en silencio. Vestía de un modo informal con vaqueros negros y una camiseta azul cielo que mostraba una mancha de leche en un costado. Se abstuvo de decírselo, ya parecía lo suficientemente desquiciado. Debía de haberse pasado las manos por el pelo antes de que ella llegara porque lo tenía muy alborotado. Le entraron ganas de acercarse a él y aplastárselo, pero no lo hizo. No tenían confianza para eso. ¿Cuántos años tendría? Creía recordar que Soraya le había dicho que veintidós. No los aparentaba. Su aspecto era el de alguien recién salido del instituto. Demasiado joven para cargar con la responsabilidad de criar a un hijo.

—¿Quieres preguntarme algo?

—No. Está todo claro. Si tengo alguna duda, te llamo.

—Salgo de trabajar a las dos y vuelvo a entrar a las cuatro. Normalmente no vengo a comer porque Mía está en la guardería, pero hoy vendré, a ver qué tal está.

—¿Quieres que cocine algo? —ofreció.

La miró como si no estuviera en sus cabales.

—No te pago para eso.

—No me importa cocinar.

—No es necesario. Tengo suficiente comida. Ya lo has visto. Mi madre suele llenarme el frigorífico todos los fines de semana. No hace falta que te diga que puedes comer lo que quieras. Y si no te gusta nada de lo que hay hecho, puedes prepararte algo.

—Perfecto. ¿Algo más?

Él meneó la cabeza de un lado al otro, aunque seguía pareciendo muy indeciso.

—Eh, cualquier cosa, por favor, llámame...

—Sí, claro.

De pronto, una risa áspera abandonó la masculina garganta. A Alexia se le erizó el vello de la nuca al escucharla y ver la expresión que la acompañaba. Vaya, sí que era atractivo.

—Estoy exagerando, ¿verdad? —masculó él.

Ella se permitió el lujo de regalarle una sonrisa tranquilizadora.

—Para nada.

—Gracias por acudir tan deprisa y por fingir que mi actitud es la normal —dijo con un ademán de la mano. Un destello divertido se mostró en los ojos claros, hasta el momento bastante apagados.

Por primera vez, Alexia se dio cuenta de qué tipo de persona

debía de ser el padre de Mía. Bajo esa capa de preocupación, inseguridad y adustez se escondía una persona diferente, más extrovertida y gentil.

Lukas se encaminó al sofá y cogió una mochila que había dejado allí. Luego, abandonó el salón. Sin duda, para despedirse de su hija. Volvió poco después y le hizo un gesto.

—Lláname.

—Lo haré —prometió ella.

Después de eso, se marchó.

El ruido de la puerta de la entrada le reveló que se encontraba sola en el piso.

Respiró hondo.

Las cosas no habían salido tan mal.

Se encaminó al dormitorio y se sentó en la cama. Apoyó los codos en el borde de la cuna —era de madera blanca, con ruedas y muy sencilla— y se abstraía contemplando a la pequeña. Llevaba un pelele de rayas blancas y amarillas. Pese a que no tenía agujeros en las orejas y su pelito todavía era muy corto, tenía carita de niña. Suponía que tendría los ojos claros, como su padre.

Era una monada.

En silencio, se preguntó qué habría sido de la madre y por qué habría abandonado a una niña tan pequeña.

Algunas personas no estaban hechas para tener hijos.

Mía tosió ligeramente, pero no se despertó. Alexia le posó la mano sobre la mejilla para comprobar su temperatura. No estaba muy caliente. Era probable que el Apiretal ya le hubiese hecho efecto.

No quitó la mano y la dejó reposar sobre su carita. Era tan suave como el algodón.

Tan suave como Leo.

Leo.

El nombre le rebotó en la cabeza y notó que se le formaba un enorme nudo en la garganta. Bajó los párpados y los apretó con fuerza.

Colón descubrió América en mil cuatrocientos noventa y dos.

El Apolo 11 llegó a la luna en mil novecientos sesenta y nueve.

En mil novecientos ochenta y nueve cayó el muro de Berlín.

Capítulo 8

Lukas

Al final no pudo ir a comer a casa y tuvo que conformarse con un bocadillo y una lata de refresco en un bar. Había tenido que desplazarse a un pueblo cercano a cubrir una noticia de lo más interesante: el robo en una plantación de nísperos.

Sí, su trabajo era fantástico, pensó con sarcasmo.

Iba en el coche de camino a casa mientras tarareaba *Viento de cara* de Supersubmarina. Tenía muchas ganas de llegar y ver qué tal estaba la niña, aunque no estaba en exceso preocupado porque Alexia le había ido informando a lo largo del día de sus progresos a través de mensajes y de fotos, y él mismo había llamado unas cuantas veces y había hecho dos videollamadas para cerciorarse de que Mía estaba bien. Tal y como Alexia le había asegurado, tenía buen aspecto y parecía contenta.

Pese a que cuando se marchó del piso esa mañana se sentía como el peor padre del mundo por abandonar a su hija enferma, según pasaban las horas y recibía información de la niña, se había ido relajando.

Estaba gratamente sorprendido.

Alexia sí había sido una buena elección.

Dejó el coche en el parking exterior y subió los cuatro pisos por las escaleras. No tenía paciencia para esperar al ascensor. Solo unos segundos más tarde entraba en el piso. Sus ojos inquietos las buscaron a ambas, pero solo pudo escuchar una música que salía del dormitorio. Era una melodía infantil y relajante. Sin hacer ruido, casi de puntillas, se encaminó hacia el cuarto sin saber muy bien qué se iba a encontrar.

Se detuvo en el umbral de la puerta.

Alexia estaba en la cama con la espalda en el cabecero y las piernas cruzadas. Había enfundado las manos en dos marionetas de tela de vivos colores y las movía de un lado a otro para atraer la atención de Mía, que estaba sentada frente a ella sobre el colchón y que la miraba con mucha fijeza y lo que parecía ser una enorme sonrisa. Agitaba los bracitos llena de entusiasmo.

Y Alexia se reía bajito.

A Lukas, la escena le pareció enternecedora. Tanto que se le

encogió un poquito el corazón y se sintió como un intruso.

—Puedes pasar —le dijo Alexia sin apartar los ojos de la pequeña.

Lo hizo. Dio un par de pasos y entró en el dormitorio.

Cuando la niña se percató de su presencia dejó escapar un gorjeo de felicidad y los movimientos de sus brazos se tornaron más enérgicos.

—Mi rubita —dijo él, acercándose y cogiéndola en brazos.

Ella le puso una manita en la mejilla mientras le contemplaba con sus enormes ojos azules y él no pudo evitar enterrar la cara en su cuello y aspirar profundamente. Olía tan bien: a vainilla, a galleta, a pan recién hecho, a algodón de azúcar...

A bebé.

El mejor olor del mundo.

—Está mucho mejor. —Escuchó que decía Alexia—. Le di el Apiretal hace dos horas, pero ya no le ha vuelto a subir la fiebre. Y ha comido hace un ratito. Además del biberón, he conseguido que tomara un poco de puré de plátano y manzana.

—Muchas gracias —le respondió él—. ¿Se ha portado bien?

—Se ha portado mejor que bien.

Lukas la miró por encima de la cabecita de su hija. Se había bajado de la cama y se había puesto las zapatillas deportivas. Ya se había dado cuenta esa mañana de que su aspecto distaba mucho del de la mujer con la que se había entrevistado el sábado anterior. Vestía de un modo muy informal con vaqueros rotos y camiseta ajustada, y llevaba el pelo suelto. La chica que tenía delante parecía una cría de dieciocho años. Era increíble lo que podían hacer unas prendas de ropa.

—Es una niña encantadora —continuó mientras estiraba el edredón para alisar las arrugas.

Se le dulcificaba la voz cuando hablaba de Mía. Eso le gustó mucho a Lukas. Cualquiera persona que quisiera a su hija se ganaba automáticamente un trocito de su corazón.

—¿Le has cambiado el pañal?

—Sí. Hace un rato.

—Perfecto.

Mía comenzó a mordisquear el colgante de cuero que llevaba al cuello y él se lo apartó con cuidado. Ella le miró enfurruñada.

—Toma, Mía —dijo Alexia y le tendió un mordedor de silicona rosa.

La niña lo agarró con las dos manitas y se lo llevó a la boca. Poco después, lo había babeado completamente.

—¿Qué es esa música? —inquirió él.

—Son melodías para relajar a los niños —repuso. Cogió su móvil, que era el aparato del cual procedían los sonidos, y lo apagó—. Bueno, yo me voy a ir que se me hace tarde. Eh, si me necesitas mañana...

Lukas miró a su hija durante un rato, sopesando sus alternativas.

—Pues creo que tampoco la llevaré a la guardería. Si tú puedes...

—Cuenta conmigo —exclamó con decisión.

—¿No tendrás problemas si faltas a clase otra vez?

—No es lo ideal, pero el dinero es el dinero —le respondió con un encogimiento de hombros y suma franqueza.

—Oh, sí, perdona.

Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y se sacó la cartera. Extrajo un par de billetes y se los tendió.

Ella los tomó y se los guardó.

—Entonces a la misma hora, ¿no?

—Sí.

Abandonó el dormitorio y él la siguió. La alcanzó en el pasillo. Ya había cogido su mochila, una enorme que parecía pesar una tonelada.

—¿Qué llevas ahí? —La curiosidad pudo con él.

—Los libros. Estaba camino de clase cuando me has llamado.

Se quedó callado sin saber qué decir. De pronto, una idea acudió a su mente y antes de que ella pudiera abrir la puerta, ya había dicho su nombre para detenerla.

—Alexia.

Se giró y le miró con expresión interrogante.

—Espera y te llevo a casa en coche.

—No hace falta —rechazó—. La parada del bus está cerca.

—No me cuesta nada —dijo. De algún modo, se sentía mal por ella. No solo había perdido un día de clase, sino que al día siguiente también iba a faltar. Llevarla a casa era lo mínimo que podía hacer—. No digas que no. Tengo la sillita de Mía en el coche y le va a venir bien que le dé el aire. Además, todavía es pronto para acostarla. En autobús vas a tardar mucho. Si te llevo yo, son diez minutos.

Ella bajó la vista al suelo, vacilante.

Tomó la decisión por ella. Le tendió a la niña, que no tuvo inconveniente en cambiar de brazos, y se dio media vuelta.

—Voy a coger una chaqueta para Mía —dijo por encima del hombro.

Cuando regresó con la prenda, Alexia tenía la frente pegada a la

de su hija y le hablaba en susurros. Él se detuvo y las observó. Era muy bonito verlas juntas, como si fueran madre e hija. Cuando ese pensamiento merodeó por su cabeza, una oleada de amargura le recorrió por dentro.

Tendría que haber sido Eva la que estuviese allí con la niña.

—¿Nos vamos? —preguntó Alexia, haciéndole retornar a la realidad.

—Eh, sí...

Entre los dos le pusieron la chaqueta a Mía y luego salieron del piso. En el ascensor, él cogió de nuevo a la niña que había empezado a hacer pedorretas y se estaba poniendo perdida de saliva. No tuvo corazón para regañarla y se rio por la monería. Un rápido vistazo a la cara de su acompañante le reveló que a ella también le hacía gracia. Sonreía. Por un instante sus miradas se cruzaron y establecieron una especie de vínculo con Mía como conductor.

Sentaron a la niña en la sillita del coche y no tardaron en ponerse en marcha. Ella le indicó por dónde debía ir, aunque no le hacía falta. Había vivido toda su vida en Benidorm y, pese a los constantes cambios y modernizaciones que experimentaba la ciudad, la conocía muy bien.

—¿Hace mucho que vives aquí? —le preguntó con interés.

—Cerca de un año.

—¿Qué es lo que te trajo a esta ciudad?

—El trabajo. Llegué en verano y no me costó nada encontrar algo. En hostelería. Eh, y ahí sigo... —Había inseguridad en su tono.

—Pero tú no eres de por aquí, ¿verdad?

—No. Soy un poco de todas partes. He vivido en muchos sitios.

Lukas tuvo la sensación de que ella esquivaba la pregunta. Parecía ser muy celosa de su vida privada.

—Mía está encantada contigo —continuó con un tema más accesible al tiempo que echaba un vistazo por el retrovisor. Su hija apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Yo soy la que está encantada con ella. Es muy buena. No ha llorado nada en todo el día y eso que soy una extraña.

—Cualquier parte buena de su carácter no es mérito mío —exclamó con una mueca graciosa—. Es de mi madre, que me ha estado ayudando hasta ahora. Yo soy un padre desastroso.

—No lo creo. Hoy solo me has llamado quinientas veces para ver cómo estaba la niña. Un padre desastroso no hace eso.

A pesar de que su entonación era áspera, la miró de reojo y se percató de que sonreía levemente.

—¿Demasiado ansioso? —inquirió con la nariz arrugada.

—Sí. Con cuatrocientas noventa y nueve llamadas habría bastado.

Él soltó una carcajada. Era el primer comentario desenfadado que escuchaba de su boca. Quizá no fuese tan seria como aparentaba. Era cierto que le imponía, tanto por su belleza como por su carácter, pero era muy amable y su comportamiento con Mía era impecable.

De pronto, ya no sabía por qué se había sentido incómodo en su presencia.

Hubo un silencio que duró unos minutos. Lukas volvió a mirar por el espejo y comprobó que Mía se había dormido. Siempre que montaban en coche le sucedía.

—Es por aquí a la derecha —le dijo Alexia.

Puso el intermitente y giró, siguiendo sus indicaciones.

Eran los últimos días de octubre y anochecía bastante pronto. A esa hora, hacía un buen rato que el cielo mostraba su manto negro en el que titilaban algunas estrellas. También la temperatura había bajado. Si bien los días eran cálidos y soleados, por la noche refrescaba y hacía falta una manga larga.

Volvió a mirar a Alexia a hurtadillas y decidió que había sido una buena idea llevarla a su casa en coche. No iba muy abrigada.

—¿Te gustan los Sex Pistols? —preguntó de improviso.

Ella le miró con perplejidad hasta que su vista bajó a su camiseta y se dio cuenta del porqué de la pregunta.

—Oh, sí. Me molan.

Por primera vez la escuchaba hablar con desenfado y eso le divirtió. Poco a poco, esa pátina de cortesía y flema que parecía cubrirla se derretía.

—A mí también me gustan. Yo me he criado en un ambiente ochentero. Mi padre es un fanático de esa época.

Le hubiera gustado seguir haciéndole preguntas, pero ella se inclinó hacia delante y extendió el brazo señalando con el dedo.

—Es al final de la calle —dijo—. En la zona de casitas bajas. La última.

Lukas echó un somero vistazo a su alrededor. En los últimos años habían construido muchos edificios nuevos por la zona y adecentado el parque que se encontraba al otro lado de la calle, pero la antigua urbanización de chalets databa de hacía unos cuarenta años; la mayoría de ellos lucían viejos y descuidados y desentonaban con el entorno. La casita en la que ella vivía era una de las pocas reformadas con la fachada recién pintada.

Lukas detuvo el coche en uno de los numerosos huecos libres y se giró hacia ella.

—Bueno... —comenzó.

—Mañana estaré en tu casa a las ocho y media, entonces —le cortó ella.

Él sonrió casi imperceptiblemente. Cada vez le gustaba más su forma de hablar, sin tapujos y al grano. No titubeaba.

—Perfecto —dijo.

Alexia se giró hacia el asiento trasero y le tocó la pierna a Mía con suma delicadeza. Luego cogió su pesada mochila y se bajó del coche. Cerró la portezuela con mucho cuidado e inclinó la barbilla en un gesto de despedida. Después echó a andar hacia la vivienda.

Lukas la examinó con interés de arriba abajo, saciando su maltrecha curiosidad, sabiéndose protegido por la oscuridad y la distancia. Su cabello castaño largo y ondulado oscilaba sobre su espalda mientras caminaba. Con esa ropa tan ajustada, sus curvas, que ya le habían llamado la atención el día de la entrevista destacaban incluso más. Se movía con mucho aplomo.

—¿Qué te parece, Mía? —preguntó en un murmullo—. ¿Nos la quedamos?

Alexia

Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Tenía una sensación de agotamiento mental enorme. El día con la niña le había pasado factura. No pensó que fuera a afectarle tanto, a fin de cuentas, Mía no se parecía en nada a Leo. Sus ojos habían sido negros y su cutis mucho más oscuro. Tampoco sus facciones tenían nada que ver con las de Mía y ni siquiera olía igual.

Y aun así...

Notó cómo le ardían los ojos y bajó los párpados. Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas y dibujaron húmedos senderos en ellas.

No había derramado ni una sola lágrima delante de Mía. Había podido controlarse, pero en la soledad de su piso pudo por fin dar rienda suelta a la tristeza tan grande que la consumía por dentro.

No lo entendía. Cuidaba a los niños de Soraya y a la hija de Tania y jamás había experimentado una nostalgia tan profunda. En cambio, Mía había despertado en ella muchos sentimientos amargos y dolorosos que creía tener bajo control.

Dejó que las imágenes de su hermano se agolpasen en su cabeza y rebotaran en ella. Permitió que los recuerdos retornaran y la envolvieran como una apretada sábana húmeda, robándole el aliento.

Y el llanto se hizo más hondo. Su cuerpo se sacudió espasmódicamente y terminó por dejar caer la mochila al suelo.

Su móvil comenzó a sonar, esparciendo por el piso la canción *Rebel Yell* de Billy Idol. Se lo sacó del bolsillo y vio el nombre de Soraya en la pantalla. Cortó la llamada. No podía hablar con su amiga en ese estado.

Se limpió las mejillas con el dorso de la mano y cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca. Luego fue al baño y se echó agua fría en la cara. Permaneció unos segundos allí, agarrando el borde del lavabo con las manos mientras recuperaba la calma.

Cuando creyó que estaba lo suficientemente restablecida, regresó al salón, se sentó en el sofá y llamó a su amiga.

—Niña —la saludó esta.

—Perdona que te haya cortado, es que estaba en el baño.

—A ver, cuéntame qué tal ha ido todo. ¿Qué te ha parecido la niña? ¿No es un sol? Y el padre es majísimo.

—La niña es un bombón —admitió—. Es más buena. No ha llorado ni una sola vez y eso que está malita.

—¿Y Lukas? Yo le conozco desde hace años. Era muy travieso y un poco gamberro.

¿Travieso y gamberro? Nada que ver con el chico que ella conocía.

—Es verdad que ha cambiado un montón —continuó Soraya—. Desde que nació la niña está irreconocible. Las últimas veces que le he visto estaba muy serio y cansado. Yo creo que la responsabilidad de un bebé le ha caído encima como una losa. Me da penita, el pobre. ¿Qué te ha parecido?

—Pues es el típico padre primerizo. Me ha llamado un montón de veces desde el trabajo. Estaba muy preocupado. Yo le he mandado mensajes con fotos de la niña para que se tranquilizara.

—¡Ay, pobre! —se rio.

—Se ha quedado más tranquilo al ver que su hija estaba bien. La verdad es que es un chico simpático.

Se abstuvo de comentarle a su amiga que también le parecía muy guapo.

—Es un encanto. Qué pena que su novia le dejara tirado, a él y a la niña, claro.

No solía hurgar en la vida de los demás, pero no iba a negar que la situación de Lukas y su hija le provocaban suma curiosidad.

—¿Cómo era la madre de Mía? ¿Y por qué se largó?

—A ciencia cierta no lo tengo muy claro, pero ya sabes que Benidorm es pequeño y se comentan cosas. Después de dar a luz

estaba mal. No sé. A lo mejor tenía depresión posparto. El caso es que conoció a alguien por internet y se fue. O eso dicen.

—Vaya.

—Lukas y ella llevaban un montón de tiempo juntos, desde el instituto. Yo la vi en unas cuantas ocasiones. Era una chica muy normalita. Fue una sorpresa que se marchase así.

—¿Y no ha vuelto a llamar ni nada?

—Creo que no, aunque no te lo puedo asegurar.

Alexia se mordió el labio inferior. No conocía a la tal Eva, pero ya le caía mal. Su comportamiento le parecía despreciable. Era consciente de que no debía juzgar a la gente sin saber exactamente qué había pasado y su motivación, pero marcharse y abandonar a un bebé le parecía imperdonable. Ella misma había sufrido algo similar en sus propias carnes.

—¿Vas a volver?

—Eh, sí. Mañana también me voy a quedar con la niña todo el día.

—¿Y tus clases?

—Hoy he hablado con una compañera y me va a pasar los apuntes. Me apañaré. La pasta de estos dos días me va a venir muy bien.

—Genial. Pues te voy a dejar que tengo que bañar a estos antes de irme al curro. Nos vemos el jueves.

—Sí. Un beso.

La comunicación se cortó y Alexia se echó hacia atrás y apoyó la nuca en el respaldo del sofá, clavando la mirada en el techo.

Había sido un día muy largo y mucho más agotador mentalmente de lo que había pensado, pero no podía negar que también lo había disfrutado. Era estimulante tratar con bebés y más si eran tan dulces como Mía.

Un pitido le avisó de la entrada de un mensaje.

Era de su compañera de clase.

Raquel: Te he pasado los apuntes por mail.

Alexia: Muchas gracias. Mañana tampoco voy a poder ir. Me los puedes mandar también?

Raquel: Sin problema.

Alexia: Eres la mejor, te debo una.

Raquel: Ya me invitarás a una caña.

Alexia: Hecho <3

Después de eso, dejó el móvil sobre la mesa y cogió el portátil. Lo encendió. Todavía tenía tiempo para estudiar un poco antes de cenar.

Capítulo 9

Lukas

Tres semanas habían pasado desde que Alexia había llegado a su vida y a la de Mía y Lukas estaba seguro de haber acertado con ella. Era la persona que necesitaban: muy trabajadora, paciente y cariñosa.

Al menos con su hija.

Con él todavía se mostraba reservada.

Pese a que en un principio Alexia protestó, la llevaba a su casa todas las tardes en coche, pero apenas había podido averiguar nada de ella. En el corto trayecto hasta su apartamento, él siempre intentaba entablar conversaciones y le hacía preguntas, pero lo único que recibía eran respuestas escuetas y monosilábicas. Solo se entusiasmaba cuando el tema era Mía y se explayaba contándole anécdotas de la niña.

Así que, después de veinte días, Lukas solo sabía que le gustaba Billy Idol —no porque ella se lo hubiese dicho, sino porque usaba una canción suya como tono de llamada—, que le encantaba la mermelada de fresa —solía llevar ese tipo de sándwiches en su mochila— y que adoraba a su hija.

El punto tercero era el más importante, no obstante, se moría de curiosidad por saber algo más de ella. Y ese fue el motivo que le llevó a acercarse a casa de sus padres el viernes a la hora de comer. Sabía que era el día en que Soraya limpiaba.

La encontró barriendo el salón. Llevaba un pantalón ancho azul de chándal y una camiseta blanca y de sus orejas pendían los cables de sus auriculares; tarareaba una canción irreconocible. Al verle entrar le saludó con la mano, pero no interrumpió ni su tarea ni su tarareo.

Él se dirigió a la cocina y abrió la nevera. Su madre no era una gran cocinera, pero le ponía interés y solía cocinar cantidades ingentes de comida que luego almacenaba en tápers. Sus hijos lo sabían y, de vez en cuando, acudían a saquear el frigorífico. Encontró pollo asado y ensalada de patata. Se sirvió la ensalada en un plato y luego puso el pollo en el microondas. Mientras esperaba a que este se calentara, se acodó sobre la isla y le lanzó una mirada disimulada a Soraya, pensando en cuál sería la mejor manera de sonsacarle información sobre Alexia.

Soraya terminó de barrer y se quitó los auriculares. Se acercó a

él con una sonrisa.

—¿Qué tal la niña? Alexia me ha dicho que está monísima.

Vaya, iba a ser más fácil de lo que había pensado.

—Sí —admitió—. Aunque yo no soy muy objetivo. A mí me tiene enamorado —repuso. Él mismo notó que su voz se tornaba tierna y suave—. Y Alexia es genial con ella. Muchas gracias por recomendarla.

—Tiene buena mano con los críos. Ya se lo dije a tu madre.

—Es cierto. Mía la adora.

—Y está estudiando para ser cuidadora infantil. Es lista.

—Sí, sí. Ya me lo ha dicho.

—Le vino genial conseguir este trabajo. A la pobre le habían recortado las horas en el... curro —lo dijo con vacilación.

—Trabajáis juntas, ¿no?

Ella le miró unos segundos antes de asentir.

—Sí, trabaja los fines de semana en el mismo sitio que yo.

Al ver que no iba a decir mucho más, decidió ir al grano.

—Creo que vive sola, ¿no? Aunque me habló de un hermano suyo... —Dejó caer la frase con entonación interrogativa.

—No habla de su familia. Yo no sé mucho, la verdad. Así que, si has venido a buscar información, no estás hablando con la persona correcta.

Lukas se sonrojó sin poder evitarlo. Desvió la vista al microondas que seguía funcionando, haciendo girar el pollo.

—Solo te puedo decir que es muy responsable y trabajadora —continuó Soraya—. Le cuesta confiar en la gente, pero por lo demás es maravillosa. Yo no le dejo a mis hijos a cualquiera —expuso con contundencia—. Si tienes dudas...

—¡No! —la interrumpió—. No tengo dudas. Mía la quiere mucho. Es simple curiosidad. Lleva tres semanas trabajando en casa y apenas hablamos. Es bastante reservada.

—Un poco. —Hizo una pausa antes de añadir con retintín—: Y muy guapa.

Lukas se apresuró a bajar la vista y la posó sobre la ensalada de patata. ¿Tan transparente era?

Carraspeó con incomodidad y volvió a elevar la mirada. Soraya le observaba con una ceja arqueada y una sonrisa traviesa, como si estuviera esperando una confirmación a su frase.

—Vale. Sí —admitió—. Es... preciosa. Pero eso es secundario —añadió deprisa.

Soraya soltó una risita.

En ese momento, su móvil empezó a sonar. Lo llevaba en una

especie de bandolera transparente en la cintura y Lukas pudo ver el nombre de la persona que llamaba con meridiana claridad.

Ale.

¿Sería ese Ale su Alexia?

¿Su Alexia? Ese *su*, ¿de dónde había salido?

Soraya aceptó la llamada y se alejó hacia el otro extremo del salón hablando bajito. Por más que Lukas intentó aguzar el oído no pudo discernir ni una sola palabra.

El microondas pitó y él sacó el plato de pollo. Lo puso al lado del de la ensalada y cogió un tenedor. Disfrutó de la comida mientras lanzaba ojeadas hacia el lugar donde se hallaba Soraya. Se estaba riendo de algo que le decía su interlocutor. La curiosidad de saber si hablaba con Alexia volvió a acuciarle, pero se llamó al orden en silencio. A fin de cuentas, ¿qué le importaba a él? No obstante, se percató de que Soraya le miraba y decía algo. Luego volvía a reírse.

Vale, sí. Era evidente que hablaba con Alexia. Frunció el ceño y bajó la vista a su plato.

Cuando Soraya regresó, fingió estar muy interesado en su pollo. Las ganas de preguntarle por la llamada telefónica casi le ahogaron, pero no podía hacerlo. No podía ser tan tonto.

—Me voy a ir a hacer la habitación de tus padres —le dijo ella mientras se guardaba el móvil en la bandolera.

—Muy bien.

—Si no he salido cuando te vayas, dale un besito de mi parte a la nena.

—Claro.

La vio alejarse hacia el dormitorio de sus padres y compuso una mueca desencantada. Su visita no había servido de mucho. Y era probable que, ahora, Alexia supiera que él iba indagando por ahí sobre ella. Un éxito, pensó con sarcasmo.

Se terminó la comida y le mandó un mensaje a su madre para decirle que había estado por allí. Soraya no volvió a aparecer. Podía oír su voz canturreando al otro lado de la puerta. No quiso molestarla y se marchó sin despedirse.

La tarde se le pasó en un suspiro. Redactó dos noticias, una sobre un atraco que había tenido lugar en Altea y otra sobre el incremento de turistas rusos en la zona, e hizo una entrevista por teléfono al dueño de una gasolinera que se quejaba del vandalismo que sufría por las noches. Antes de que se hubiera dado cuenta, ya eran las siete de la tarde y podía irse a casa.

Paró en una pizzería y compró una grande de jamón.

Llegó a su casa, con la caja de la pizza balanceándose debajo de

su brazo. Entró a la cocina y la dejó sobre la encimera, luego se dirigió al salón. Mía estaba en su parquecito tratando de gatear, algo que había aprendido a hacer hacía unos días. Alexia estaba sentada en el sofá con un cuaderno sobre sus rodillas y un lápiz en la mano. Parecía muy concentrada. Debía de estar repasando apuntes.

Al verle llegar, dejó el cuaderno a un lado y se levantó.

—Hola.

—Hola. ¿Qué tal todo?

—Todo bien.

Según habían ido transcurriendo los días, las llamadas que le hacía a Alexia a diario, interesándose por Mía, se habían reducido a unas pocas. Y los mensajes de ella enviándole fotos de la niña también habían disminuido. Se había establecido un nivel de confianza entre ellos que solo precisaba un máximo de tres o cuatro llamadas por día.

Él se acercó al parque y se agachó. Mía le acababa de descubrir y se arrastraba hacia él en una especie de gateo con la carita encendida de entusiasmo.

—Pero qué bien lo haces —la ensalzó con una sonrisa gigante.

Cuando su hija llegó a su lado, la cogió en brazos y la elevó en el aire. Luego enterró la boca en su estómago blandito y le hizo una pedorreta, provocando una risa contagiosa en ella.

—¿Cómo está mi rubita? ¿Has sido buena?

La niña pataleó con entusiasmo y balbuceó algo incomprensible que sonó como *papá*.

—¡Ha dicho papá!

Giró la cabeza, maravillado, para ver si Alexia también lo había escuchado y descubrió que ella se reía.

—¡Lo ha dicho! Venga, Mía, repítelo —le pidió a la niña con apremio—. Di papá.

La pequeña no dijo nada. Solo le miró con la boquita abierta por la que asomaban sus dos incisivos diminutos, los dos de abajo.

—Ha dicho *dada* —comentó Alexia en tono distendido—. Lo dice todo el rato. No te hagas ilusiones.

—Qué aguafiestas eres.

Ella se rio. Cada vez lo hacía con más frecuencia y su risa era interesante.

La miró y la vio guardar su cuaderno en la mochila. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta de manga larga de color rojo y tenía el pelo recogido en una larga trenza. Como una quinceañera. Siempre le fascinaba lo joven que parecía.

—Oye, ¿por qué no te quedas a cenar? —propuso sin pensárselo demasiado—. No hay que cocinar, prometido. He traído una pizza de

jamón. ¿Te gusta la pizza?

—Eh, sí, claro que me gusta la pizza, pero se va a hacer muy tarde...

—Cenamos ya. Sé que es pronto, pero tengo hambre. Luego te llevo a casa, como siempre. Como mucho vas a llegar una hora más tarde. No es tanto.

Incluso él mismo se dio cuenta de lo ansioso que sonaba. No sabía por qué tenía tantas ganas de que ella aceptara su invitación. Escondió la cara en el cuello de su hija y aguardó la respuesta.

—Bueno...

Alzó la barbilla y la miró. Ella tenía la frente arrugada y la mirada perdida en algún lugar lejano, pero había dejado la mochila sobre el sofá. Aquello era una buena señal.

—Mientras uno se encarga de Mía, el otro prepara la mesa. ¿Qué te pides?

—Dame a la niña —repuso con una sonrisa ladeada.

Él se acercó a ella y le tendió a la pequeña que volvió a decir *dada* dos veces seguidas. Alexia le lanzó una mirada en la que se podía leer perfectamente un: *te lo dije*. Él puso los ojos en blanco y admitió su derrota.

—Vale, tenías razón. ¿Qué bebes? Tengo refrescos, zumo y agua.

—Agua está bien.

Se fue a la cocina y sacó unos mantelitos individuales de un cajón, platos y vasos del armario y los cubiertos. Se percató de que estaba silbando. No había sido consciente hasta ese momento de lo mucho que le había apetecido cenar con alguien cuya conversación fuera algo más que un *gaga*. Admitía que echaba de menos el contacto con adultos. Quizá debería llamar a sus hermanos e invitarlos a su piso con más frecuencia.

Regresó al salón y puso la mesa. Alexia estaba en el sofá y tenía a Mía sentada a horcajadas sobre sus piernas mientras le hacía dar palmitas. La niña se reía con regocijo.

Se detuvo para observar la escena y esbozó una sonrisa satisfecha.

Alexia giró la cara hacia él.

—¿Ya está todo?

—Eh... No, no... —dijo con la voz entrecortada.

No era la primera vez que se quedaba embobado, mirándolas, y que ella le descubría. Debía de tener una cara de idiota que tiraba para atrás. Volvió a la cocina y cogió las bebidas y la pizza y las llevó al salón.

—Le voy a ir preparando el biberón. Ve tú partiendo la pizza.

No esperó una respuesta. Se fue directo a la cocina y calentó agua. Luego la vertió en el biberón y añadió los cacitos de la leche de continuación. Enroscó la tetina y lo agitó. Se vertió unas gotas en la muñeca para comprobar la temperatura y asintió satisfecho.

Parecía un verdadero profesional, se dijo a sí mismo con una risa silenciosa.

Recordó su enorme torpeza al principio. Se había sentido tan inútil como una nevera en el Polo Norte. Cada cosa que tenía que hacer con la pequeña le llenaba de terror. Tenía miedo a dejarla caer cuando la tenía en brazos, o a que su biberón estuviera demasiado caliente y se quemara la lengua, o a no saber ponerle los pañales correctamente y hacerle daño. Cuando nació Mía se dio cuenta de que ser padre era tan maravilloso como aterrador. Uno no sabía lo que era el verdadero miedo hasta que no se veía con un bebé en brazos.

Gracias a Dios había estado muy arropado por su madre. Si no hubiera sido por ella, no lo hubiese conseguido.

Al regresar al salón vio que Alexia ya había sentado a la niña en la trona y que había partido la pizza y puesto un triángulo en cada plato.

Le dio el biberón a Mía que lo agarró presta con sus manitas y se lo llevó a la boca.

—¡Qué ansiosa! —se rio.

Después de eso, ambos se comieron la pizza en silencio, mirando a la niña. En un par de ocasiones, los ojos de Lukas se desviaron hacia su niñera. Tenía ganas de iniciar una conversación, pero no sabía cómo empezar. A decir verdad, su único punto de unión era Mía y no tenían muchas más cosas en común, que él supiera. Carraspeó, decidido a iniciar un tema cualquiera.

—Hoy has ido a comer a casa de tus padres, ¿verdad?

La sorpresa le llevó a morder más trozo del que podía abarcar y, de pronto, se descubrió con un pedazo de pizza colgando de su boca. Cerró los ojos, mortificado. Tenía dos opciones: abrir la boca hasta que se le desencajara la mandíbula para que le cupiera todo el trozo, o tirar de él y que volviera al plato.

Tomó la segunda opción.

Cuando abrió los ojos y la miró, ella tenía la vista fija sobre su plato, pero era evidente que estaba conteniendo una risa.

—Antes de que me ponga todavía más en ridículo —empezó él —, eh... sí, he estado en casa de mis padres. Te lo ha dicho Soraya, ¿no?

—Sí. —Alzó la cara y le contempló de frente con esos ojos rasgados suyos tan exóticos—. La he llamado justo cuando tú estabas

allí. —Una mueca divertida bailaba sobre su rostro.

Lukas jugueteó con su tenedor.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Quién? ¿Soraya? No mucho. La he llamado para preguntarle si me presta un pantalón suyo que me gusta y me ha dicho que sí —contestó ella con expresión de fingida inocencia—. Y poco más.

Lukas arrugó la nariz. Era indudable que ambos sabían que no era eso lo que él quería saber.

—Ya. Vale.

Volvió a morder su pizza, teniendo cuidado de que no le sucediera lo mismo de antes.

—Ah, y también me ha dicho que crees que soy guapa.

Tragó con brusquedad sin poder creer que ella hubiera dicho eso. Era la primera vez que parecía tan abierta y dispuesta a hablar. Masticaba con deleite y un brillo pícaro poco usual chispeaba en sus iris.

—No he dicho eso.

Una arruga de confusión apareció en su frente.

—Oh...

—He dicho preciosa —murmuró.

Ahora la que se mostró turbada fue ella. Bajó los párpados y se entretuvo unos segundos en alisar el borde de su mantelito.

Lukas se revolvió en la silla, inquieto. Él no era de aquel modo. No era retraído. Solía hablar sin pensar demasiado en lo que decía y era bastante descarado, sin embargo, admitía que el carácter apacible y seguro de Alexia le volvía tímido.

No tuvieron ocasión de seguir con la conversación porque Mía eligió ese momento para lanzar el biberón vacío sobre la mesa. Cayó con un golpe seco que sobresaltó a ambos.

«Qué oportuna es mi niña», pensó.

—Pero, bueno, qué hija más agresiva tengo —dijo en voz alta. Quizá demasiado alta.

Mía se le quedó mirando con mucha seriedad y su barbilla comenzó a temblar.

¡Oh, no! Se avecinaba una rabieta.

Antes de que él hubiera podido reaccionar, Alexia rescató el biberón del borde de la mesa y lo dejó a un lado, luego se levantó y fue al sofá, cogió uno de los cuentos de tela que tanto le gustaban a Mía y se lo dio. La pequeña soltó un suspiro y comenzó a manosear el librito, olvidando que había estado a punto de sollozar.

Lukas contempló la interacción con admiración manifiesta. Ya había comprobado en otras ocasiones que Alexia parecía saber

siempre qué era lo que deseaba Mía en cada momento. Era capaz de cortar un llanto en milésimas de segundo, algo que a él le costaba una media de veinte minutos, acompañados por muchos besos, caricias y hasta cancioncillas al oído.

—Eres perfecta, ¿lo sabías?

Alexia se rio bajito mientras volvía a tomar asiento frente a su plato de pizza.

—Me lo dicen constantemente —bromeó.

—No me extraña. Tienes a Mía hipnotizada. Estoy seguro de que, si la niña tuviese que elegir, se iría contigo. No es muy justo —masculló, fingiendo enfado.

—Pues ya verás cuando la primera palabra que diga sea mi nombre.

—Menos mal que es difícil para un bebé. Lo jodido sería si te llamaras Ana o algo así de sencillo, pero Alexia no creo que pueda. Estoy salvado.

—¿Te apuestas algo? —le retó.

La miró con ambas cejas arqueadas.

—Me apuesto una cena contigo. Si dice tu nombre, pago yo en el restaurante que elijas. Y si no lo dice, te toca a ti.

—A ver, Mía —dijo ella mientras se dirigía a la niña con una sonrisa traviesa—, di Alexia. A-le-xia. A-le-xia.

La pequeña la miró y luego abrió la boca.

—Shia.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Lukas, golpeando la mesa con la palma de la mano.

Alexia se echó a reír de un modo muy contagioso. Era la primera vez que él la escuchaba reírse de ese modo tan desinhibido, y eso le pareció maravilloso. De pronto, casi sin darse cuenta, se descubrió a sí mismo riendo también, con ganas.

Hacía un siglo que no se reía así.

Mía comenzó a golpear la bandeja de la trona con sus puñitos, llena de entusiasmo, como si supiera que aquellas carcajadas iban por ella.

—Te confieso que, aunque yo ya sabía que lo decía, suele ser pura casualidad —dijo Alexia una vez recuperada del ataque de hilaridad—. Tenías que haberte visto la cara.

—Entonces jugabas con ventaja.

—Un poco.

—¿Es normal que hable siendo tan pequeña?

—Esto no es hablar, es un sonido que repite. Y las niñas son más avispadas que los niños.

Lukas engulló su último trozo de pizza y meneó la cabeza con diversión.

—Entonces me toca invitarte a cenar. No seas demasiado mala y pidas un restaurante caro, que soy un pobre padre soltero.

—Era una broma —rechazó—. No hace falta que me invites.

—Siempre pago mis deudas. Tú dime el día y el sitio y allí estaré con la cartera preparada.

—No hace falta, de verdad.

—Insisto.

La vio ponerse seria y no supo por qué. ¿Había hecho o dicho algo inconveniente?

—Vale. Ya te lo diré —aceptó con suma reticencia. De pronto, su actitud se había tornado fría—. Es tarde y debería irme a casa. Todavía tengo que estudiar.

No pudo responder ni preguntarle si le pasaba algo porque el timbre del portero automático resonó con fuerza en el piso.

—¿Quién será a esta hora? —masculló mientras se levantaba.

De camino a la puerta, miró de refilón la hora en el reloj que tenía colgado en la pared de la cocina y vio que eran las ocho y media. No era tan tarde como había pensado.

—¿Quién es?

—Soy tu hermana preferida. He venido a ver a mi sobrina.

Con el ceño arrugado, pulsó el botón que abría el portal.

Solo unos minutos antes había pensado lo mucho que le gustaría que sus hermanos le visitaran con más frecuencia, pero no en ese instante. No cuando el ambiente entre él y Alexia se había enrarecido tan de repente.

La rubia cabeza de Erika no tardó en aparecer por encima del murete que separaba las escaleras del descansillo. Como siempre que volvía de trabajar, llevaba ropa holgada y cómoda. Vaqueros deshilachados y una camiseta no demasiado limpia bajo una cazadora vaquera que en el pasado había pertenecido a Diego. Su pelo estaba recogido en una coleta.

—Hola, Luke.

Ni siquiera se detuvo a saludarle en condiciones, pasó de largo y accedió al piso mientras iba llamando a la niña.

—Mía, Mía. Soy tu tía favorita.

Lukas la siguió. Cuando entró al salón vio que Erika estaba junto a la trona, acariciando la mejilla de la niña, pero sin quitarle ojo a Alexia, que había cogido su mochila, dispuesta a marcharse.

—Soy la hermana de Lukas, Erika. Tú debes de ser Alexia.

—Sí. Encantada.

Intercambiaron un par de besos.

Su hermana le lanzó una mirada penetrante por encima del hombro de Alexia, como si quisiera decirle algo, pero él no la entendió.

—Me viene genial que hayas venido —le dijo—. ¿Te quedas con la niña mientras yo llevo a Alexia a casa?

—Claro.

—No hace falta.

Las dos respuestas llegaron al mismo tiempo.

—De verdad, no es necesario —dijo Alexia, haciendo un ademán vago con el brazo y dando un paso hacia el corredor.

—Que sí —intervino Erika con decisión—. Así me puedo quedar un ratito a solas con la nena, que Lukas es muy acaparador y no me la deja casi nunca.

Aquello no era verdad.

Vio la vacilación en las facciones de Alexia y tomó una rápida decisión.

—Vamos, Ale —lo dijo inconscientemente. Era la primera vez que la llamaba así—. Te llevo. Ve a buscar tu cazadora.

Ella le miró con duda, pero terminó por irse al dormitorio donde había dejado la prenda.

Erika tardó un microsegundo en plantarse a su lado.

—¿No la reconoces? ¿No sabes quién es? —le cuchicheó al oído.

No pudo responder porque Alexia regresó con la cazadora en la mano.

—Vuelvo en veinte minutos —le dijo a su hermana que le hizo una mueca de lo más desconcertante.

¿A qué se refería con aquellas preguntas? ¿De qué conocía a Alexia?

—Claro. Aquí te espero. Encantada, Alexia.

—Igualmente —respondió esta.

Lukas echó a andar hacia la puerta del piso, flanqueado por la muchacha. Cuando la abría, miró a Erika una última vez por encima del hombro y la vio en la puerta del salón moviendo los labios con exageración y haciendo aspavientos, como si tratase de decirle algo.

No entendía nada.

Cerró la puerta con brío, algo confundido.

Su hermana era tan dramática...

¿Qué demonios querría decirle?

Capítulo 10

Alexia

Jugueteó con el extremo de su trenza mientras sus ojos se perdían en el paisaje nocturno que pasaba deprisa frente a ella. En el cristal de la ventanilla podía ver que Lukas había girado la cara en su dirección y la observaba. Trató de ignorarle y concentrarse solo en la carretera y en los comercios iluminados que iban dejando atrás.

—¿Ha pasado algo? —inquirió él, rompiendo el silencio que se había establecido entre ambos desde que se montaron en el coche.

Bajó los párpados sin saber qué decir.

—No. ¿Por...?

Sí, aquella era la respuesta más adecuada.

—Estás muy callada.

—Estoy pensando en mis clases —mintió.

—Ah, vale.

Le miró a hurtadillas y comprobó que su escueta explicación le había dejado satisfecho. Sus facciones estaban relajadas y una sonrisa adornaba su boca.

Alexia suspiró para sus adentros. Sí le pasaba algo.

Le pasaba que él era muy atractivo y mucho más agradable de lo que pensó en un principio, y que había comenzado a verle como algo más que el padre de Mía, y sabía que aquello era un enorme error. No solo se sentía atraída por su aspecto exterior, sino también por su carácter encantador y tierno. Era increíble el afecto que mostraba por su hija. Todo su rostro se iluminaba cada vez que contemplaba a la pequeña. Y eso, a Alexia, la tenía fascinada. ¿Cómo no sentirse atraída por alguien que desprendía tanta luz? Ciertamente era que esa luz iba dirigida a la niña, pero había sido inevitable que a ella también la salpicara.

—¿Por qué no quieres que te invite a cenar? No muerdo.

No le sorprendió la pregunta. La había esperado. Cerró los ojos y sopesó cuál debía de ser su respuesta. Podía mentir y decirle que tenía novio. O podía acercarse un poquito más a la verdad.

—No es que no quiera salir a cenar contigo, Lukas —explicó—. Es solo que pienso que cruzaríamos ciertos límites y que eso no estaría bien. Tú eres quien paga mi sueldo y yo soy la niñera de tu hija. Si saliésemos a cenar, se podría malinterpretar.

Ya estaba dicho. Y había sido muy clara.

—¿Malinterpretar, por quién?

—En general.

—¿En general? No entiendo.

Vale, no había sido tan clara como pensaba.

—Eh, cuando digo en general, me refiero a ti y a mí.

—Ah, vale.

Alexia se giró hacia la ventana de nuevo. Se estaban acercando a la zona de los Juzgados; no tardarían mucho más en llegar a su urbanización.

—Pero si yo tengo claro que solo es una cena y tú también, ¿qué opciones hay de malas interpretaciones? No me queda claro.

¡Joder! ¿Tenía que decirle que era ella la que no quería hacerse ilusiones? Nada bueno podía salir de sentirse atraída por el padre de la niña a la que cuidaba, a fin de cuentas, era su jefe. Quizá no había enfocado bien la situación. Quizá tenía que haber aceptado la invitación y punto.

—A ver, Lukas —comenzó con tono exasperado—, que nuestra relación es solo profesional.

—Solo quiero cenar, no te he pedido que te cases conmigo.

Volvió a cerrar los ojos. Él iba a seguir insistiendo hasta que aceptara o le expusiera claramente por qué no lo hacía. Y para eso no estaba preparada.

—Salgamos a cenar —concedió con fatiga.

—¡Genial! ¿Dónde vamos y cuándo?

Sonaba tan entusiasmado que a ella le dio un pequeño vuelco el estómago.

—Tiene que ser un día de diario. Los fines de semana trabajo.

Él guardó silencio durante un rato.

—Puedo dejarles la niña a Diego y a Iván, pero sería una putada para ellos —meditó en voz alta—. ¿Prefieres que lo cambiemos por una comida a un sábado? Así mis padres se pueden quedar con Mía.

—Si es una comida, puedes traerla —propuso.

—No —respondió, tajante.

Vale. Todo estaba empezando a sonar muy similar a una cita y Alexia se tensó, pero una comida era mucho menos peligrosa que una cena. Seguía pensando que aquello era un error garrafal, pero ya había accedido, así que se resignó.

—Me parece bien un sábado, pero mañana no, que ya tengo planes. Al siguiente.

—Perfecto —repuso.

Las casitas bajas de su urbanización aparecieron frente a sus ojos

y, solo un segundo después, Lukas detenía el vehículo frente a la suya.

Alexia asió la manija de la portezuela, dispuesta a bajarse del coche inmediatamente. La cabina en penumbra era muy íntima y ellos estaban demasiado cerca el uno del otro. Necesitaba distancia.

—Ale.

Era la segunda vez que utilizaba ese diminutivo de su nombre y un nuevo escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo. Le gustaba. Le gustaba mucho que la llamara así.

Giró la cara, lo justo para poder verle de refilón.

—Dime.

—Gracias.

—¿Gracias? —Había un timbre de desconcierto en la pregunta—. ¿Por qué?

—Por todo. Por cómo te portas con Mía.

—Es mi trabajo.

Él arqueó ambas cejas con desdén.

—Sé que no lo haces por eso.

—Bueno, Mía es un amor. Le tengo mucho cariño —dijo con un incómodo carraspeo—. Eh, me voy ya. —Abrió la puerta del coche con brío—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Se cargó la mochila al hombro y cerró la puerta. Echó a andar deprisa hacia su casa. Al no escuchar el sonido del motor, supuso que él seguía ahí, mirándola. Se esforzó por mantener un paso firme y seguro. Sacó la llave de su bolsillo y entró en la edificación. Solo cuando estuvo dentro de su apartamento se permitió el lujo de soltar el aire de sus pulmones.

—Vaya —musitó.

Estaba perpleja por su propia reacción.

Era cierto que en los últimos días se había descubierto a sí misma pensando demasiado en el atractivo Lukas Alba, pero ¿que pudiera llegar a afectarle tanto? Con eso no había contado.

Dejó caer la mochila al suelo y encendió la luz. Recorrió el pequeño piso con los ojos; estaba impoluto, recogido y limpio, tal y como lo había dejado esa mañana antes de irse a clase. Le hubiese gustado tener una pila de cacharros por fregar o el suelo lleno de migas, eso le habría proporcionado la excusa perfecta para entretenerse con algo útil y no centrarse solo en el padre de Mía.

Se quitó las zapatillas deportivas y las dejó en el armario. Luego sacó los libros de la mochila y los puso sobre la mesita del salón. Tomó asiento en el sofá y pasó los dedos por la tapa del de Desarrollo Socio Afectivo mientras lo miraba con la frente arrugada.

Tenía todavía un par de horas antes de ir a trabajar. Le hubiese gustado ponerse a estudiar, pero estaba demasiado dispersa.

Terminó por buscar en su móvil una de sus listas favoritas de Spotify y le dio al *play*. Pronto, la canción *Blitzkrieg Bop* de Ramones rompió el silencio.

Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el respaldo al tiempo que subía las piernas y las cruzaba. Jugueteó con el móvil hasta que accedió a la galería de imágenes. Sus últimas fotografías eran casi todas de Mía. Las fue pasando con el dedo índice con una sonrisa en los labios. Era simplemente preciosa con su pelito rubio y sus límpidos ojos azules. La típica niña que llamaba la atención en todas partes por su aspecto extranjero tan poco común en una española. Era una muñequita de anuncio.

Y ella le había cogido un cariño inmenso. Se sentía muy vinculada a ella.

No las contó, pero al menos había unas cien fotos de la niña. De cuando sonreía, de cuando comía y hacía pederretas con la comida, de cuando dormía, de cuando se enfadaba, de cuando estaba distraída con algún juguete. De frente, de perfil, de espaldas, tumbada o gateando. De sus manitas, de sus pies, incluso un primer plano de su boquita.

Alexia bajó los párpados y se dejó llevar por la melancolía.

En otro tiempo, las fotos que habían llenado su galería de imágenes eran las de otro bebé, las de Leo. En una de sus múltiples mudanzas perdió el teléfono y con él las queridas imágenes de su hermano pequeño. Aquello la desgarró por dentro. Ahora solo le quedaba una única foto para recordarle, una foto impresa de un cumpleaños en la que aparecía él con una corona dorada de cartón frente a las dos velas de una tarta de chocolate. Era una foto que llevaba siempre consigo en la cartera. Uno de los pocos recuerdos materiales que le habían quedado de su hermano. Los otros recuerdos, los intangibles, no iba a poder olvidarlos nunca, los llevaba dentro del corazón, protegidos y a salvo.

En solo unos días habría sido el cumpleaños de Leo. Habría cumplido seis años.

Se puso de pie con precipitación. Tenía el pecho encogido y le temblaban las manos.

Don Quijote de la Mancha se publicó en mil seiscientos cinco.

La caída del Imperio Romano fue en el año cuatrocientos setenta y seis después de Cristo.

La batalla de Trafalgar tuvo lugar en octubre de... En octubre de...

¡Mierda! ¿Cuándo tuvo lugar la puñetera batalla?

Estaba tan agobiada que ni las fechas la ayudaban a centrarse.

Deambuló por el piso, respirando con pesadez hasta que cogió el móvil, apagó la música y llamó a Soraya. Cualquiera cosa con tal de no hundirse en recuerdos dolorosos.

—Hola, niña. ¿Todo bien?

—Todo perfecto —contestó sin demasiada fluidez.

—Pues suenas un poco rara.

—Eh, es una tontería.

—Cuenta.

—Lukas me ha invitado a cenar... —soltó con una ligera vacilación.

—¿En serio? —No mostraba sorpresa alguna—. Ya sospechaba algo así cuando ha venido hoy a indagar. —Se rio con fuerza.

—No te rías. Es serio.

—Bueno, es una cena. Tampoco te ha pedido que te cases con él.

¿De verdad tenía que decir la misma frase? Puso los ojos en blanco y se deslizó hasta el suelo. Apoyó la espalda en el sofá y flexionó las piernas. Luego posó la barbilla en ellas.

—Me da un poco de cosa salir con él —admitió.

—¿Por? ¿Qué pasa? ¿Que te gusta?

—No me disgusta. No le conozco mucho, pero lo poco que sé de él me agrada. Tenías que ver cómo se comporta con la niña. Es tan tierno.

—Lo he visto. Es un encanto. Y es guapo y simpático. Porque ahora está desubicado con todo lo de Mía, pero era un crío tan divertido. El más bromista de los cuatro hermanos.

Se acarició el empeine del pie distraída. Con ella todavía se mostraba cauto y un poco tímido, aunque dejaba escapar pinceladas de ese Lukas del que hablaba su amiga. Le habría gustado conocerle en su totalidad.

O mejor no.

Ya estaba demasiado interesada en él sin descubrir esas otras facetas de su carácter.

—Hoy he conocido a la hermana. Parece maja.

—¿Erika? Está loca. Pero en el buen sentido. Cuando se arregla y se pone esos vestiditos tan monos parece una modelo, pero prefiere ir siempre con esos vaqueros rotos. Es mecánica y más fuerte que todos sus hermanos juntos. Se nota que se ha criado entre chicos —dijo con una risilla afectuosa—. ¿Qué le has dicho a Lukas?

Había cambiado de tema con tanta rapidez que Alexia se quedó en blanco.

—¿Qué le he dicho? ¿De qué?

—Joder, Ale. De la cena.

—Ah, claro. Bueno, al final va a ser una comida un sábado para que sus padres se queden con Mía. He dicho que sí. Es muy insistente.

—Bien por ti. Es un chico fantástico. Seguro que congeniáis muy bien.

«Eso es lo que me preocupa», se dijo.

—Pero ten cuidado —añadió Soraya.

—¿Cuidado?

—A pesar de que es joven, lleva una mochila muy pesada a la espalda para su edad. Un padre soltero de veintidós años... es complicado.

—Ya. Yo también lo he pensado —suspiró.

—Pero no te agobies. Si quieres... —Unos gritos infantiles interrumpieron la conversación—. Tengo que dejarte. Elena está en la bañera y grita como si se estuviera ahogando. Siempre me hace lo mismo. Te llevo el pantalón al curro. Nos vemos en unas horas.

—Vale.

La comunicación se cortó y Alexia se quedó con el móvil suspendido en el aire, pensativa.

Era cierto que la mochila que llevaba Lukas era pesada, pero la suya tampoco era ligera precisamente.

Se puso de pie y se acercó a la nevera. Sacó una botella de agua, la desprecintó y dio unos tragos.

Lukas. El chico de los ojos aguamarina y hoyuelo en el mentón.

Cada vez estaba más cómoda con él y su nivel de confianza aumentaba. La necesidad de hablar y compartir sus pensamientos se manifestaba con fuerza cuanto más tiempo pasaba a su lado. Esa tarde, incluso, se había permitido el lujo de flirtear un poco. Quizá no debería haberlo hecho, pero fue algo espontáneo, que le salió solo.

Lo que no esperaba era que él le siguiera el juego.

No he dicho guapa, sino preciosa.

Aquella aseveración fue tan inesperada que la dejó estupefacta y le provocó un desacostumbrado ataque de timidez.

Vale, a Lukas Alba no se le daba mal el coqueteo.

Se le daba muy bien.

Y luego llegó la propuesta de la cena.

¿Segundas intenciones? ¿O una cena reconvertida en comida con la niñera de su hija para hablar largo y tendido de la pequeña? ¿Una cita? ¿Un encuentro profesional?

Volvió a beber mientras entornaba los ojos.

—Bueno, ya se verá —murmuró.

Alejó a Lukas de sus pensamientos y se dirigió al armario para

escoger su atuendo de aquella noche.

¿Faldita corta y sujetador de pedrería?

Capítulo 11

Lukas

Habían pasado más de veinticuatro horas desde que su hermana le dijo quién era Alexia y todavía no terminaba de creerlo. Sí, desde el primer momento le había resultado familiar, pero jamás la hubiera asociado con la chica leopardo del Go.

Niñera por el día y gogó por la noche.

Era como una jodida broma, como el argumento de una película romántica de esas que le gustaban tanto a Eri. ¿No había una serie española antigua en la que una bailarina de un club hacía de niñera? No recordaba el título.

Alucinante que algo así le estuviese sucediendo a él.

Pese a que creía a su hermana a pies juntillas —era infalible con las caras—, allí estaba él, ese sábado a medianoche, camino del Go Beach Club.

Dejó el coche en el parking de Ruzafa, muy cerca de donde vivían Diego e Iván. Había quedado con este último para bajar a la playa. Le vio apoyado en la pared de su edificio, esperándole. Iba vestido de modo informal, con vaqueros negros y camiseta gris y se había recogido el largo cabello en una coleta.

—Hola, Luke —le saludó.

—Hola.

Intercambiaron un abrazo afectuoso. Hacía dos de semanas que no se veían.

—Mi hermano se ha quedado durmiendo, supongo.

—No. Currando. Tiene dos nuevos proyectos que entregar para principios de semana.

Diego era dibujante e ilustrador *freelance* y de los buenos. Trabajaba para editoriales importantes y para diversas empresas y siempre estaba hasta arriba de encargos.

—¿Has dejado a Mía con tus padres?

—Sí.

Echaron a andar calle abajo. No había tanta gente como en verano, pero dado que no hacía mucho frío, todavía se podía ver a grupos de jóvenes pululando por la zona, de camino a los locales de primera línea.

—¿Me vas a contar ya tu terrible secreto? No entiendo por qué

no me lo has dicho por teléfono cuando hemos hablado.

—No es un secreto, en el fondo es una chorrada. —Soltó un sonoro suspiro—. Resulta que Alexia trabaja los fines de semana como gogó en el Go.

—¿Tu niñera? —La sorpresa le hizo alzar la voz.

—Sí —admitió—. Yo no me había percatado, pero Erika estuvo ayer en casa y la reconoció. ¿Recuerdas esa noche que salimos todos hace semanas?

—Eh, sí.

—¿Recuerdas a la chica leopardo?

—Vagamente.

—Pues es mi niñera.

Iván se echó a reír.

—Tenías que verte la cara, Luke. ¿Tanto te molesta?

Negó con rapidez.

—No. Si te soy sincero, me da igual. Me pregunto por qué me lo habrá ocultado. Solo eso.

—A lo mejor pensaba que si lo sabías no la habrías contratado para cuidar a tu hija —dijo Iván con toda la lógica del mundo.

Lukas guardó silencio y meditó. Antes de conocerla y saber lo maravillosa que era con Mía, el que fuera gogó podría haberle influido para tomar una decisión. Un prejuicio absurdo, pero en cierto modo fundamentado. ¿Pero ahora? ¿Después de verla con su hija? Le importaba un pimiento lo que hiciese por las noches.

—¿Y por qué vamos al Go? ¿Vas a confrontarla con su mentira? Si te da igual, a lo mejor es un poco violento. Se va a sentir... humillada, ¿no?

—Bueno, es que... No es que quiera... —La voz le salió entrecortada.

—Para el carro, Alba —dijo Iván, deteniéndose en medio del paseo marítimo, al que acababan de llegar, y encarándose con él—. Que te conozco. Esa chica te mola.

Lukas se sonrojó, pero le sostuvo la mirada.

—Es curiosidad —repuso con desinterés fingido.

—¿Curiosidad? Mis cojones. Es morbo.

Cerró los ojos y soltó un resoplido.

—Algo de morbo hay —admitió.

Iván echó a andar de nuevo. Una sonrisa de suficiencia le curvaba los labios.

—¿Qué? —inquirió Lukas, apresurando sus pasos para alcanzarle.

—¿Qué de qué?

—¿Por qué pones esa cara?

—Porque me alegro por ti. Es la primera vez en meses que veo al antiguo Lukas. Te echaba de menos, ¿sabes?

—Ay, Iván —gimió, derrotado. Y se detuvo bruscamente—. Estoy agotado, estresado, angustiado, enfadado y todas las jodidas palabras que acaban en *ado*.

Iván no perdió el tiempo; le agarró del brazo y le condujo hasta uno de los bancos de madera que daban al arrenal. Le obligó a sentarse y él lo hizo a su lado.

—Habla de una puta vez, Lukas. Llevas demasiado tiempo guardándotelo todo. Y tú no eres así.

Una risa fatigada le sacudió el pecho.

—Es que me da vergüenza decir todo lo que pienso en voz alta —confesó.

—¿Vergüenza? No entiendo...

Se entretuvo en poner en orden sus pensamientos. La necesidad de hablar y sacar todo lo que llevaba dentro era enorme y no había mejor interlocutor que Iván. Era su mejor amigo, alguien que no le iba a juzgar. Hiló sus pensamientos para que tuvieran coherencia y los convirtió en palabras que poder utilizar para desahogarse.

—Cuando Eva se quedó embarazada y decidimos tener el bebé —comenzó con la vista extraviada en el mar que se mecía ligeramente en la oscuridad de la noche—, mis padres ya me advirtieron del cambio que eso iba a suponer en nuestras vidas. Creo que fuimos, tanto ella como yo, demasiado ingenuos y un poco arrogantes y pensamos que exageraban. Idealizamos lo que significaba ser padres jóvenes... No sé. Recuerdo conversaciones que teníamos durante el embarazo en las que discutíamos quién iba a llevar al niño al parque, quién iba a ser el primero en darle el biberón, cuánto tardaría en dar sus primeros pasos o qué nombre encajaría mejor si era una niña... — Se calló y una nueva risa cargada de amargura escapó de su boca—. Sí. Esas eran todas nuestras preocupaciones. Ridículo, ¿no? Así de imbéciles éramos. —Hizo una pequeña pausa y se pasó las manos por el pelo—. Y luego llegó Mía y todo se volvió del revés. Eva se encerró en sí misma y ni siquiera quiso ocuparse de la niña o hablar conmigo y mira que lo intenté. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Lo recuerdo.

—Y cuando se largó ni siquiera tuve tiempo de llorar su pérdida porque tenía a mi hija reclamando toda mi atención y todo mi tiempo. Y sé que no lo hubiese conseguido sin mis padres. Han sido maravillosos, pero al mismo tiempo, me sentía muy culpable por estar cargándoles a ellos con algo que yo había decidido —se atropelló con

las frases—. Yo soy el único responsable de Mía.

—Que te echen una mano nunca viene mal, Luke. La familia está para eso.

—Lo sé —admitió—, pero es que...

No continuó porque no sabía qué más podía decir. Se echó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas mientras enterraba la cara en las manos. De pronto, tenía ganas de llorar y no sabía por qué.

—Lukas...

—Estoy agotado —reconoció, alzando la cara y dejando que el fresco aire de la noche le acariciase la piel—. Estoy tan cansado que he comenzado a vivir como en piloto automático. Me levanto por las mañanas, hago el desayuno de los dos, la llevo a la guardería, conduzco a mi trabajo, un trabajo que no me gusta nada —añadió con gravedad—, después como solo comida de un táper a toda prisa, regreso al trabajo, y luego de nuevo a casa, la cena y vuelta a empezar. Esa es mi vida ahora. —Soltó un hondo suspiro—. Me paso el día poniendo lavadoras. Nunca pensé que un bebé pudiera necesitar tanta ropa, pero es que cuando no se vomita encima, se hace caca. Es desesperante. A veces tengo la sensación de que hay caca por todas partes —gimió—. El otro día, después de cambiarle el pañal, no me di cuenta de que me había manchado la mano de caca y me toqué la cara. Menos mal que me miré al espejo antes de irme a trabajar porque llevaba la barbilla llena de mierda.

Iván le miraba con consternación. Parecía querer intervenir, pero Lukas no le dejó. Todavía había muchas cosas que quería decir.

—Parece que estoy programado para quedarme dormido a las nueve y media. Más allá de eso no aguanto, me siento en el sofá y se me cierran los ojos solos. Y durante la noche no duermo apenas porque Mía me despierta varias veces y le doy el biberón como un autómatas. En alguna ocasión, me he quedado dormido en el sofá con ella en brazos y he amanecido allí, aterrado, porque se me podía haber caído al suelo y haberse hecho daño y yo no me hubiera dado cuenta. Y me siento como un irresponsable y un padre de mierda —murmuró—. Es como si llevara siglos de sueño arrastrando a mis espaldas y pesasen una tonelada. ¡Dios! —masculló—. Si te soy sincero, los únicos momentos relajantes y hermosos de mi existencia son esos en los que llego a casa por la tarde y veo a Alexia y a Mía juntas, jugando, comiendo, no haciendo nada especial, simplemente siendo. Me dan paz. —Soltó un exabrupto—. Vale, sé que esto no ha sonado bien porque parece que solo soporto a mi hija cuando está con su niñera, y no es así. Adoro a Mía —dijo con vehemencia—. Es lo que mueve mi mundo y si no la tuviera creo que mi vida no tendría

ningún sentido. La amo a morir —finalizó con fiereza.

—No te justifiques. Todos sabemos lo que quieres a tu hija.

—Es que... es tan bonita y tan buena y se merece todo y yo me siento tan inútil. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó furioso para que desaparecieran.

Iván le pasó un brazo por encima de los hombros y le forzó a inclinarse contra su cuerpo. Lo hizo. Lo necesitaba. Necesitaba un abrazo.

—¿Por qué nunca nos dices nada? —le preguntó en voz muy baja—. Todos hemos notado cómo has cambiado y lo apagado que pareces últimamente, pero no sabíamos que estabas tan mal. No puedes callarte. Tienes que confiar en nosotros. Tío, soy tu mejor amigo y siempre has estado ahí para mí cuando te he necesitado. Ahora es mi turno de ser tu pilar. Apóyate en mí.

La emoción le estrechó la garganta. Era maravilloso poder desahogarse, poder hablar con alguien. No sabía por qué había esperado tanto tiempo para hacerlo. Se refugió en el abrazo y dejó que el peso que le aplastaba desde hacía meses resbalara y desapareciese.

Permanecieron un rato así, abrazados, mecidos por la brisa nocturna y envueltos por el sonido de las olas que morían en la orilla.

—Eres tonto, Luke —Escuchó la cariñosa voz de Iván por encima de su cabeza.

Lo era.

—¿No es muy gay que estemos aquí abrazados en un banco? —preguntó en tono de broma para quitarle hierro a la situación.

—No sé. Yo soy gay. Para mí es normal —repuso su amigo con una risita.

Una carcajada brotó desde lo más hondo de su pecho.

Había sido una buena idea soltar algo de lastre.

Se irguió y su mirada recaló en la de Iván, cuyos ojos resplandecían guasones.

—Te quiero mucho, Alba, pero suéltame ya que parece que quieras darme un morreo.

Sin pensárselo dos veces, acercó el rostro al de su amigo a toda prisa y le dio un sonoro pico. Iván arqueó ambas cejas y resopló.

—Vaya mierda de beso. Espero que tengas algo mejor en la recámara porque con esto no conquistas a nadie. Y mucho menos a la chica leopardo.

Lukas se puso de pie y estiró los brazos. La postura propició que tanto su cazadora vaquera como su camiseta subieran unos cuantos centímetros. Pudo notar el fresco de la noche sobre la franja de piel de su estómago que quedó al descubierto.

—No quiero conquistar a nadie. Estamos aquí porque tengo mucha curiosidad —admitió—. Tampoco voy a negar que me parece muy atractiva, pero no tengo muchas esperanzas, la verdad. No nos conocemos mucho. Además, ya me ha dejado bastante claro que lo nuestro es una relación del todo profesional. Ha hablado de no cruzar los límites. Y eso que yo solo quería conocerla un poco mejor. Además, soy un padre soltero con una cría. ¿Crees que podría interesarle a alguien meterse en este berenjenal?

—Pero eres un padre soltero muy guapetón —se burló Iván mientras echaba a andar.

—Eso es verdad.

Ambos se rieron.

Lukas respiró hondo. El simple hecho de haber podido hablar con su amigo le había devuelto algo de vitalidad. Lo notaba en la ligereza con la que pisaba el suelo de baldosas. La rigidez de sus hombros y espalda había desaparecido.

Había bastante gente en el paseo marítimo. A fin de cuentas, era la zona de las discotecas y el buen tiempo acompañaba. Las relaciones públicas pululaban por allí, de grupo en grupo, intentando captar nuevos clientes. En la puerta del Go se agolpaban muchas personas, la mayoría fumadores que habían salido a echar un cigarrillo. A través de los ventanales se podía ver la plataforma sobre la que bailaba una gogó. La luz era escasa y era imposible saber si se trataba de Alexia.

—¿Vas a decirle algo? —inquirió Iván.

Tardó en contestar.

—Creo que no. Creo que me limitaré a echar un vistazo y a satisfacer mi curiosidad y nada más. No quiero violentarla.

Accedieron al interior y se abrieron paso entre la gente hasta encontrar un lugar más despejado cerca de la barra. Los ojos de Lukas se clavaron sobre la chica. La falta de iluminación y que solo le mostraba su perfil no le permitían saber si se encontraba frente a su niñera, pero algo dentro de él le decía que sí era ella. Solo llevaba un pantalón plateado diminuto, un top todavía más diminuto que no dejaba demasiado a la imaginación y unos zapatos de tacón con plataforma. Su larga melena le tapaba parte del rostro.

—¿Es ella? —le cuchicheó Iván al oído.

—No lo sé.

Sonaba *One Kiss* de Calvin Harris y Dua Lipa a todo volumen y era casi imposible mantener una conversación, así que, después de pedir dos cervezas, se limitaron a concentrarse en la chica.

Lukas había visto miles de veces a gogós en acción, tanto a mujeres como a hombres. Viviendo en Benidorm y siendo joven era

algo inevitable. La mayoría de los clubs de la playa tenían bailarines en plataformas que llamaban la atención de los paseantes. Y no solo de noche, también de día. Formaban parte del paisaje. Sin embargo, nunca se había detenido a estudiarlos con interés. Era la primera vez que lo hacía y reconocía estar fascinado.

La chica sobre el podio bailaba de un modo muy sensual con movimientos precisos y muy cuidados. Tenía unas piernas largas y musculadas, caderas generosas, pero no en exceso y cintura estrecha. Sus pechos, apenas contenidos por la tela negra del top, oscilaban al ritmo de la melodía.

Era un auténtico espectáculo.

Un movimiento enérgico de cabeza le apartó el pelo de la cara y sus facciones quedaron al descubierto.

Sí.

Era Alexia.

El corazón de Lukas se desbocó.

Volvió a recorrerla de arriba abajo, tratando de ver en aquella mujer voluptuosa a la chica que se sentaba en el suelo con Mía y jugaba con ella.

No parecían la misma persona.

—¿La reconoces? —La voz de Iván, ahogada por el ruido, llegó hasta él.

Asintió con energía al tiempo que le daba un trago a su cerveza.

De pronto, salida de la nada, una sensación de profunda incomodidad le embargó y se sintió fuera de lugar, como si hubiese ido allí a espiarla, a descubrir su secreto. Un secreto que ella quería mantener oculto.

«Y así es», le dijo una vocecita.

Desvió la vista y la clavó en su cerveza.

Su respiración se aceleró y comenzó a sudar.

Aquello no estaba bien.

Con un golpe seco dejó la botella sobre la barra y agarró a Iván del brazo.

—¡Vámonos!

La cara de su amigo mostró estupor, pero no le contradijo. Dejó también su botella y se limitó a seguirle.

Atravesaron el local con dificultad hasta llegar a la puerta.

Lukas no volvió a dirigir ni una mirada a la plataforma, pese a que pasaron a un metro de distancia. Solo quería salir de allí cuanto antes.

Una vez en el exterior, una bocanada de aire fresco le golpeó en la cara. La recibió con agrado. Anduvo unos cuantos pasos hasta

alejarse de la gente y se detuvo justo al borde del arenal con las manos en los bolsillos. Alzó la barbilla y contempló la tira de bombillas que iluminaban el paseo e impedían que uno pudiera fijarse en el cielo estrellado.

Logió aire por la nariz y lo soltó por la boca.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Iván que se había situado a su lado.

—Que me he sentido como un acosador —admitió en voz baja—. No sé. Puede que ella no quiera que se sepa que trabaja aquí. Y yo he venido a buscarla como si fuera a tenderle una trampa y a dejarla sin más salida que confesar, en lugar de preguntarle directamente. No sé. Yo no soy así —reconoció—. De pronto, me he sentido fatal.

Iván guardó silencio.

Lukas apreció el gesto. No se sentía muy a gusto en su propia piel.

No tenía que haber ido. Tenía que haber sido franco y directo y haber hablado con ella sin subterfugios.

¡Maldita curiosidad que le había llevado allí!

Dejaron pasar unos minutos mientras las voces y la música del local que tenían a su espalda llegaba hasta ellos. El mar, a lo lejos, era un espejo oscuro apenas moteado por pinceladas de espuma blanca cuando alguna ola alcanzaba a romper en la orilla. Pese al bullicio que los envolvía, se respiraba cierta paz.

—¿Nos vamos a otro sitio a tomar la penúltima? —propuso al cabo de un rato.

—Claro. ¿Vamos al Heartbreak?

Ni siquiera había podido responder cuando una voz de mujer pronunció su nombre.

—¡Lukas!

Se dio la vuelta con precipitación y la vio a unos metros de distancia. Llevaba una chaqueta de cuero negro que se cerraba con las dos manos sobre el pecho.

Y su cara era una mezcla de desesperación, angustia y pánico.

Alexia

Rubén, el guardia de seguridad de aquella noche, la ayudó a bajarse de la plataforma. Le dio las gracias y se dirigió hacia la barra, esquivando a un tipo que pretendía acercarse demasiado.

Uno de los camareros le tendió su botella de agua cuando la vio llegar. Bebió con avidez al tiempo que echaba un vistazo a su

alrededor. El local estaba a reventar de gente y eso que era pronto. Estaba cansada y tenía muchas ganas de irse a casa, pero todavía tenía otro turno más.

Al menos, Borja estaba de vacaciones y no tenía que aguantar su insidiosa presencia. Era muy terco y se le había metido en la cabeza que ella era su chica. Gracias al cielo, hasta dentro de una semana no iba a regresar. Ya vería cómo enfrentarse a él.

—¡Ale!

Se dio la vuelta y vio a Soraya que se acercaba con los ojos desorbitados y muestras de preocupación en el semblante.

—¿Qué pasa? —gritó para hacerse oír por encima de la música.

—Lukas estaba aquí. Acaba de salir.

Le costó reaccionar. Se quedó completamente paralizada, con el vello de la nuca erizado.

¿Lukas?

¡No podía ser!

Lukas en el Go.

¡No!

¿Por qué no? Si ya le había visto allí con anterioridad. En un rincón muy recóndito de su mente, había sabido que eso podía pasar. Lo había sabido. Quiso autoconvencerse de que Lukas no volvería, pero en el fondo siempre lo supo.

Tonta.

¿Y si la había reconocido? ¿Había descubierto su mentira?

¡No, no, no! Aquello no podía estar sucediendo. Se llevó una mano al cuello con angustia.

—¿Dónde está?

Soraya señaló hacia la puerta.

Alexia se puso en movimiento. Tenía que hablar con él.

—Espera, que hace frío. Toma mi chaqueta.

Cogió la cazadora de cuero y se la echó sobre los hombros, sin detenerse. El corazón le iba a mil por hora mientras avanzaba entre los cuerpos sudorosos. Tuvo que empujar con violencia a un grupo de chicos que se empeñaron en cortarle el paso. No estaba para tonterías. Cuando llegó a la puerta y accedió al exterior, estaba desquiciada. Su mirada voló de un lado a otro, buscándole entre la gente.

Allí estaba, junto a otro chico, cerca del arenal. Su figura delgada era inconfundible. Llevaba unos vaqueros azules, unas zapatillas deportivas, una camiseta negra y de su mano colgaba una cazadora vaquera.

Vaciló sin saber muy bien cómo enfrentarle. A lo mejor estaba cometiendo un error, presentándose así ante él. Quizá no la había

reconocido y se estuviera delatando a sí misma. O sí la había reconocido y por eso se había marchado, decepcionado.

La incertidumbre la llenó de zozobra.

No había pensado que su secreto pudiera destaparse de ese modo, pero sabía que tenía que dar la cara. No podía seguir ocultándolo.

Ahora, quedaba en manos de Lukas el que la aceptase o el que no quisiera volverla a ver. Y si eso sucedía, le iba a costar muchísimo separarse de Mía. En aquellas semanas le había cogido un enorme cariño, pero la decisión no era suya.

Tragó saliva con fuerza y se acercó a ellos con paso vacilante.

—¡Lukas! —le llamó.

Él se giró y sus miradas se encontraron. No había sorpresa en la de él. Era evidente que sí la había reconocido.

—Alexia —dijo en voz baja.

¿Había decepción en su tono? Eso le dolió.

—Lukas, yo... —comenzó y se dio cuenta de que su voz fluía. Se aclaró la garganta. Se sentía muy avergonzada y evitó mirarle a la cara—. Perdóname por no haberte dicho cuál era mi ocupación. No quería que tuvieras una idea equivocada sobre mí —expuso con rapidez, casi atragantándose con las palabras—. No quería mentirte, es solo que...

—No sigas —la interrumpió, y dio un par de pasos en su dirección.

Su amigo se había alejado unos metros, concediéndoles intimidad.

Ella le miró con desazón. Si ni siquiera quería escucharla...

—No tienes que darme explicaciones, Alexia.

—Creo que te debo una disculpa —murmuró—. Y entiendo que no quieras que vuelva a tu casa...

—¿Qué dices? —inquirió él en voz alta, arqueando tanto las cejas que casi desaparecieron en el borde de su cuero cabelludo—. ¿Vas a dejarnos tirados a Mía y a mí?

Ahora fue ella la que elevó las cejas con estupor y no fue capaz de pronunciar ni un solo sonido.

¿A Lukas le daba igual que fuera gogó?

Le estudió con atención y lo único que pudo leer en sus ojos fue confusión.

—Mía te necesita —continuó él con rapidez e hizo un gesto como si fuera a cogerla del brazo, pero se arrepintió—. No puedes irte.

—Pensaba que quizá te molestara que bailase aquí... —farfulló.

Él se metió las manos en los bolsillos y bajó la vista.

—No lo esperaba, la verdad. Cuando Eri me lo dijo ayer, apenas podía creerlo. En realidad, debería haberte preguntado en lugar de venir aquí a verlo.

¿Su hermana lo sabía?

—¿Tu hermana? —preguntó tontamente.

—Estuvimos aquí hace semanas cuando ibas vestida de... leopardo y te vimos —admitió. Había bajado la vista al suelo y parecía turbado—. Yo no te reconocí, pero Eri es buena con las caras.

Alexia suspiró. Suponía que había llegado el momento de decirle la verdad. Desvió la vista hacia un lado. El amigo de Lukas estaba jugueteando con su móvil, pero era muy obvio que estaba pendiente de la conversación.

—Yo sí te reconocí —confesó en un hilo de voz—. Cuando fui a hacer la entrevista y vi que eras el chico que me había ayudado a bajar de la plataforma, pensé que nunca me darías el trabajo.

—Oh —murmuró con asombro—. Entonces, tú sí sabías quién era yo.

—Sí. Te lo oculté. —Hizo una pausa—. Y lo siento mucho.

—No te disculpes. No es necesario. Lo entiendo.

—Si crees que Mía puede estar mejor con otra persona...

—Para nada —la interrumpió—. Mía te adora. Y yo también... eh, que a mí también... me caes bien —concluyó, bajando la mirada al suelo—. Creo que encajas bien con nosotros.

No había sido verdaderamente consciente hasta ese instante de lo mucho que necesitaba escucharle decir algo semejante. Sintió cómo su pecho se aligeraba. Su cuerpo entero se relajó.

—Pues es maravilloso... porque yo también adoro a Mía y me encanta estar con ella.

«Y contigo». La frase se completó silenciosa en su cabeza.

—Perfecto, entonces —repuso él, elevando la cara. Una sonrisa curvaba sus labios—. ¿Y qué planes tienes mañana?

Ella abrió la boca con perplejidad. No había esperado un cambio tan brusco en él. Toda su timidez parecía haberse esfumado como por encanto. Sus ojos claros refulgían cargados de entusiasmo.

—Por el día, estudiar. Y por la noche, trabajo aquí.

—Pero tendrás que comer, ¿no?

—Sí, claro.

—Come conmigo —propuso, ampliando su sonrisa.

El estómago de Alexia dio un pequeño vuelco al verla. Era una sonrisa traviesa, que hacía que el hoyuelo que tenía en el mentón destacara.

Lukas Alba era un chico realmente guapo.

Mucho.

—Eh... Bueno, vale —aceptó, cogida por sorpresa.

—Genial. Te recojo a la una y media en tu casa.

Ella asintió con lentitud. Estaba demasiado estupefacta por el cambio en la situación. Había salido corriendo del local, pensando que Lukas estaría enfadado con ella por haberle ocultado la verdad y que la despediría sin remedio. En los segundos que transcurrieron desde que Soraya le dijo que había visto a Lukas hasta que ella misma le había encontrado, se había preparado mentalmente para lo peor. En cambio, se había encontrado a un chico comprensivo, que no estaba enfadado en absoluto. No solo quería que siguiera siendo la niñera de su hija, sino que insistía en invitarla a comer.

—Ah, que no os he presentado. —Lukas hizo un gesto a su amigo—. Este es mi mejor amigo, Iván. Es la pareja de mi hermano Diego. Iván, esta es Alexia.

El chico se acercó. Era alto y delgado y tenía el pelo largo recogido en una coleta. Tenía las facciones muy marcadas. Era atractivo, de un modo un tanto áspero y rudo. Nada que ver con la belleza casi angelical de Lukas.

—Encantado —dijo y le dio dos besos—. He oído hablar mucho de ti.

—Oh...

Vio que ambos intercambiaban una mirada que no supo cómo interpretar y frunció el ceño, insegura.

—¿Has acabado ya tu turno? —le preguntó el tal Iván—. Nos vamos al Heartbreak. ¿Quieres venirte?

—No. No —rechazó, negando vigorosamente—. No he terminado. Tengo que volver.

—Bueno, pues mañana nos vemos, entonces —dijo Lukas y esperó a que ella asintiera antes de hacerle una señal a su amigo—. ¿Vamos?

Los dos se dieron la vuelta y echaron a andar. Solo habían avanzado unos pasos cuando Lukas se giró y le sonrió al tiempo que alzaba la mano, despidiéndose.

Instintivamente, ella le devolvió la sonrisa.

Los siguió con la mirada mientras se alejaban. Lukas era algo más delgado y no tan alto como su amigo, pero se movía con mucha fluidez. El vaquero que llevaba abrazaba su trasero como una segunda piel. Le sentaba muy bien. Tanto, que los ojos de Alexia no pudieron apartarse de esa parte de su anatomía hasta que las dos figuras desaparecieron entre la gente.

¿De verdad iba a comer con el padre de Mía al día siguiente?

¿Adónde habían quedado sus buenos propósitos de no traspasar ciertos límites?

Una brisilla heladora le subió por las piernas y, de pronto, fue consciente de que no llevaba apenas ropa.

Sí, así había salido a enfrentarse con él, con esos pantalones diminutos que no tenían más tela que su ropa interior. Se sonrojó algo avergonzada, pero al mismo tiempo la imagen de Lukas mirándola única y exclusivamente a los ojos acudió a ella. Él no había dirigido ni un vistazo a sus piernas o a su provocador escote. Se había centrado solo en su cara.

Sonrió sin poder evitarlo, invadida por una sensación de comfortable tibieza.

Luego, regresó a su trabajo, pensativa.

Capítulo 12

Alexia

Se había puesto un vestido. Uno negro de florecitas y manga larga. La falda no era muy corta y tenía el cuello alto. Pensó que llevar ropa recatada a la cita sería lo más adecuado para no causar una impresión equivocada, pero ahora que se miraba al espejo no sabía si había elegido bien. Se giró, dando un par de vueltas sobre sí misma y la falda de vuelo se le enredó entre las piernas. Se observó con ojo crítico y terminó por soltarse el pelo y dejar que le cayera sobre los hombros, al menos así no parecería una institutriz del siglo XIX.

Estaba nerviosa, ¿para qué negarlo? No había dormido demasiado aquella madrugada después de regresar del trabajo. Le había dado vueltas y más vueltas al encuentro con Lukas y no había podido sacar nada en claro. Cuando regresó al interior del local y le contó lo sucedido a Soraya, que la esperaba ansiosa y preocupada, esta insistió en que el joven estaba interesado en ella, pero Alexia no lo creía. ¡Si apenas la conocía!

«Para eso ha quedado hoy contigo, para conocerte mejor», le dijo su voz interna cargada de lógica.

Un pitido la alertó de la entrada de un wasap.

Lukas: Estoy en la puerta.

Se quedó mirando las cuatro palabras como si nunca antes hubiese recibido un mensaje de texto.

Alexia: Ya voy.

Se guardó el teléfono en el bolso y cogió su cazadora de cuero. Se la puso y volvió a mirarse en el espejo. Tenía buen aspecto, aspecto de una chica segura de sí misma, pese a que su interior estaba algo revolucionado. No se había maquillado mucho y aparentaba exactamente la edad que tenía. Estaba decidida a contarle toda la verdad a Lukas. Se habían acabado los engaños.

Abandonó el apartamento y salió a la calle. El Ford Fiesta blanco la esperaba justo frente a la puerta. Era un modelo antiguo, pero estaba bien cuidado. Él se había bajado del coche y la aguardaba dándole la espalda, mirando hacia el parque. Eso le dio unos segundos de ventaja en los que pudo estudiarle a su antojo. Vaqueros negros que se ajustaban favorablemente a sus piernas y su trasero —en apariencia, todos los pantalones que poseía se ajustaban

favorablemente a su figura—, botas de cordones marrones y una cazadora de cuero en tono tostado.

No pudo seguir observándole porque él se giró como si hubiera sentido su presencia.

—Hola —la saludó con una sonrisa.

Ella hizo un gesto con la mano. Si de espaldas era toda una revelación, de frente era un puñetero anuncio de revista. Nunca le había visto tan arreglado y guapo. Siempre vestía muy informal y desarreglado, pero ese día se había esmerado en acicalarse. Debajo de la cazadora lucía una camisa blanca con un par de botones desabrochados que dejaban al descubierto un triángulo de piel morena, tan morena como la de su rostro. Llevaba el pelo peinado hacia atrás lo que despejaba su frente y ponía de manifiesto sus cejas perfectamente delineadas bajo las que destacaban sus impresionantes ojos aguamarina.

Era, sin duda, un auténtico regalo para la vista.

—Estás muy guapa —dijo y era obvio que lo pensaba porque un conato de admiración se había deslizado en su mirada.

—Tú tampoco estás mal —repuso en tono distendido. Casual, muy casual.

Él se rio con timidez.

—¿Me creerías si te digo que he llamado a mi hermana para que me ayudase a decidir qué ropa me ponía y que he tardado más de una hora en estar satisfecho? Creo que me he probado veinte modelos diferentes.

Mientras hablaba había caminado hacia la puerta del pasajero y la había abierto para ella.

Alexia parpadeó. La reunión estaba tomando el cariz de una cita romántica a pasos agigantados.

—¿En serio? —inquirió con flema al tiempo que subía al vehículo y se instalaba en el asiento—. Yo me he puesto lo primero que he sacado del armario.

La miró con desilusión, pero no dijo nada. Rodeó el coche y cuando estuvo sentado frente al volante, comentó casi de pasada:

—Pues para haber cogido lo primero que has pillado del armario, estás preciosa.

Eso la dejó sin habla. Estaba coqueteando con ella de un modo muy poco sutil. Y admitía que no le disgustaba del todo.

—Eh... ¿Dónde has dejado a Mía? —Cambió de tema.

—Oh, qué cobarde eres... Huyes de mis piropos. —Chasqueó la lengua—. Está con mis padres. Luego subimos a recogerla y te la presento.

—¿A quién? —preguntó alarmada—. ¿A tus padres?

—Sí —repuso con suma seriedad.

¿Quería presentarle a sus padres? ¡No! Eso era demasiado. No tenía ningún sentido.

Por el rabillo del ojo vio que la expresión del masculino rostro había cambiado y que estaba intentando contener una risa. Le miró de frente y él terminó por hacer lo mismo.

—¿Estás de broma?

—Tenías que haberte visto la cara —dijo él, soltando una carcajada—. Jamás había visto a alguien tan aterrorizado. Era broma, aunque cuando conozcas a mis padres, algo que pasará más tarde o más temprano, te darás cuenta de que no son los típicos padres. Son unos fiesteros que organizan saraos en su casa los domingos. Todo el mundo es bienvenido.

Una ola de alivio mezclada con una pizca de melancolía la recorrió de arriba abajo.

Él continuó hablando

—He reservado una mesa en el Va Bene de Poniente para dentro de un rato. ¿Te parece bien?

—Eh, creo que nunca he estado allí.

—Pues te va a encantar. Es una pizzería genial en primera línea de playa.

—Solo he ido una vez a Poniente. Me pilla lejos desde aquí.

—Déjame ser tu guía hoy, entonces.

Arrancó el vehículo y se pusieron en marcha. Pulsó el botón de la radio y una música que ella conocía bien llenó el interior del coche.

—¿Billy Idol? —preguntó sorprendida. Era el tono de llamada que llevaba en el móvil.

—Te gusta, ¿no?

—Sí, claro, pero...

—A mí también me gusta.

Ella frunció el ceño. ¿Era una casualidad? Le observó de reojo y trató de descifrar su expresión.

—Dirás que soy muy aburrido y que solo como pizza —comentó él—. El viernes por la noche te invito a cenar pizza y hoy domingo te llevo a un italiano. Pero te prometo que merece la pena y que hay otros platos. Yo suelo ir con frecuencia con mis hermanos. Sobre todo, con Jorge. Es mi hermano mayor, bueno, no el mayor mayor, el segundo. Me saca seis años. Está con una chica que se llama Juls. Tienen una historia de amor genial. Una de esas que solo pasan en las películas. Ella es de Madrid, pero ahora vive aquí con él, en el Albir.

Alexia le prestaba atención muy interesada. Nunca antes le había

escuchado hablar tanto y tan seguido. Era un Lukas que desconocía.

—Y mi hermano, el mayor de todos, Diego, está saliendo con el chico de anoche. Llevan más de un año juntos. Iván es mi mejor amigo, desde que éramos unos niños. Ha tenido muchos problemas con su padre, que es un homófobo de mierda, pero ahora está genial con Diego. Diego es gay desde siempre —aclaró como si hubiera alguna duda—. Me alegro un montón por ellos, son muy felices.

Ella aguantó una sonrisa. Era innegable que él estaba nervioso. Su modo de relatar todas aquellas historias le delataba.

—Y a Eri ya la has conocido. Es la única chica y está un poco loca. Es muy impulsiva y espontánea. Es mecánica de embarcaciones. Yo creo que eligió esa profesión para demostrarnos a todos que una mujer puede trabajar en lo mismo que un hombre. Siempre ha sido muy tozuda e independiente. No sale con nadie, pero creo que le mola el hermano de Juls, aunque no se han visto. Yo creo que le mola porque él no le hace caso. Siempre ha tenido a todos los tíos que ha querido a sus pies y eso le aburre. Es una tía genial... —se interrumpió.

Alexia giró la cara y vio que se había puesto colorado.

—Estoy hablando demasiado —se excusó.

—No pasa nada. Las historias de tus hermanos me parecen geniales.

—Suelo hablar mucho de veinte mil tonterías —admitió como si no la hubiera oído, con tono avergonzado.

Ella sintió un pellizquito de malestar por él. No quería que se sintiese mal.

—No son tonterías —rechazó con vigor—. Además, me viene bien que hables mucho porque yo hablo poco. Al menos llenarás los silencios —bromeó.

Él se rio.

Le gustó su risa. Tenía un timbre profundo muy afectuoso.

—Mira qué tranquilo está el mar —dijo él repentinamente.

Ella giró la cara y echó un vistazo por la ventanilla. Había estado tan ensimismada escuchándole hablar que no se había percatado de que acababan de enfilar la carretera que iba en paralelo a la playa de Poniente.

Lucía un sol espléndido. El mar parecía un apacible espejo plateado. Sobre él danzaban puntitos brillantes que podían herir las retinas si uno se quedaba mirándolo fijamente. Había unos pocos valientes bañándose. Era una locura teniendo en cuenta que estaban en noviembre, pero el mediterráneo todavía ofrecía días cálidos que animaban a la gente a intentarlo. Aquella playa, la de Poniente, era

más amplia y estaba mucho menos masificada que la de Levante.

—Este es el Va Bene.

Volvió la cabeza hacia la izquierda y vio el restaurante. Las dos palabras blancas destacaban sobre los toldos color granate. La parte frontal del local estaba acristalada; a través de los enormes ventanales se podía ver que el sitio tenía un toque de elegancia. Tenía pinta de ser caro.

Aparcaron solo unos metros más adelante. Había huecos de sobra en la calle, prueba latente de que se hallaban en temporada baja.

Se apeó del vehículo antes de que Lukas pudiera acudir a abrirle la puerta. No estaba preparada para esas demostraciones de caballerosidad. A él no pareció molestarle demasiado, aunque un ligero mohín contrariado curvó su boca.

Cruzaron la calzada y cuando estaban a punto de llegar a las escaleras que conducían a la puerta del restaurante, el móvil de Lukas sonó.

—Solo un segundo —le pidió con un gesto, después de echarle un vistazo a la pantalla—. Dime, mamá. ¿Mía está bien?

La preocupación se despertó en ella en cuanto escuchó el nombre de la niña y le miró de reojo, pero su risa suave la tranquilizó instantáneamente. Sintió sus ojos sobre su persona mientras respondía algo en voz muy baja y supo, sin ninguna duda, que estaba hablando de ella.

—Perdona —le comentó cuando terminó la llamada.

—¿Era tu madre? ¿Mía está bien?

—Mía está bien. Era mi padre que es un cotilla.

¿Cotilla? ¿A qué se refería?

Un camarero salió a su encuentro y los condujo a una de las mesas que estaban junto a los ventanales con unas vistas maravillosas a la playa. Había bastante gente en el local, pero la distancia entre mesas era lo suficientemente amplia para que las conversaciones fueran privadas.

Tal y como Alexia había sospechado, al coger la carta y ver los precios, el sitio no era barato. Lukas había propuesto aquella comida e iba a invitarla y se sintió mal por él. Sus ojos pasearon por los platos, tratando de encontrar los más baratos.

—Ni se te ocurra pedir lo más barato.

¿Tan bien podía leer en ella?

—Eh, no tengo mucha hambre —dijo con vaguedad.

—Pero yo sí. Déjame pedir a mí. Como te he dicho antes, vengo mucho.

—Vale, haz lo que quieras —aceptó con reticencia.

No quería discutir. Era evidente que él estaba dispuesto a impresionarla y a salirse con la suya. Su obstinada expresión era la prueba fehaciente de ello.

—¿Te gusta la pasta?

—Me gusta todo.

Mientras él hablaba con el camarero, le estudió de nuevo. Se había quitado la cazadora y se había quedado con su camisa blanca. Todavía conservaba el moreno del verano en la cara y el contraste con el blanco de la tela y el azul de sus ojos era sorprendente.

Era un chico realmente guapo.

Unas muchachas que comían al otro extremo del restaurante parecían pensar lo mismo porque no podían quitarle los ojos de encima. Alexia se rio para sus adentros. Probablemente huirían espantadas si supieran que tenía una hija que le robaba todo el tiempo libre y que solía llevar la ropa manchada de papilla o vómito de bebé.

Lukas pidió *carpaccio* de pulpo con vinagreta de mango como entrante y como platos principales, raviolis rellenos de ricota y espinacas con salsa de setas para él y *papardelle* al pesto genovese para ella.

—Te prometo que te va a encantar y, si no es así, intercambiamos —dijo con un guiño. Después se echó hacia atrás en la silla y se pasó la mano por el pelo, alborotándose.

Alexia le contempló y contuvo una risa. Adiós al cabello repeinado que había lucido hasta el momento.

—Bueno, es hora de que nos conozcamos mejor —comenzó él—. ¿Qué quieres saber de mí? Lo cuento todo. Soy un libro abierto y con pocas páginas. No tengo nada que ocultar.

Al escuchar esa última frase se sintió culpable y carraspeó con incomodidad.

—Tengo algo que confesarte —musitó, bajando la vista al mantel.

—Si te resulta difícil no hace falta que me lo digas. ¿Va a suponer un cambio muy drástico en nuestra situación? ¿Puede afectar a Mía?

—No. Pero me sentiría mejor si supieses la verdad.

Le miró y vio que sus ojos mostraban inquietud. No titubeó más.

—He mentido sobre mi edad.

Él soltó un suspiro cargado de alivio.

—¿Te has puesto algún año? Porque no creo que te los hayas quitado.

—Exacto.

—¿De cuántos años hablamos?

—De unos cinco...

—¿Cómo? —Abrió la boca, lleno de estupefacción—. ¿Cinco años? ¿Me estás diciendo que tienes... diecinueve? ¿Que eres más joven que yo?

—Sí... —murmuró, dubitativa.

De repente, él se echó a reír con fuerza. Tanto que varias personas de las mesas contiguas se giraron hacia ellos. Alexia le observó con perplejidad.

—¿Te parece gracioso? —le preguntó con la frente arrugada.

—Me hace gracia que me impusiera tanto una chica de diecinueve años. Eso es todo. Pareces siempre tan segura de ti misma y tan seria que me tienes acojonado.

—¿Yo?

¿Lukas le tenía miedo?

—Sí, tú.

Seguía riéndose, aunque ahora lo hacía con más comedimiento.

El camarero llegó y les trajo el agua que habían pedido.

—En ocasiones me he cuestionado que tuvieras la edad que tenías —explicó él—. Aparentas veintidós o así, pero luego, te pones a hablar y pareces mayor, muy responsable y adulta.

Ella sonrió con amargura.

—Hay gente que madura rápido por la vida que le ha tocado vivir.

Él se puso serio y la miró con mucha intensidad. Ella le sostuvo la mirada, pese a que se sentía un poco vulnerable.

—Quizá algún día quieras contarme tu historia —susurró él.

—Quizá —repuso, alzando los hombros con un pellizquito en el pecho.

El camarero regresó con el *carpaccio*, que puso en el centro de la mesa, interrumpiendo el momento de las confidencias.

—Espero que te guste —dijo Lukas.

Alexia probó la comida y los sabores le explotaron en la boca. La textura, el aroma y la sensación fresca y afrutada que se le concentró en el paladar le hicieron abrir mucho los ojos.

—Me encanta. Delicioso —respondió.

—Uf, menos mal. Prueba superada.

Ella se rio bajito.

—¿Hace mucho que trabajas en el Go?

—Unos meses. Antes, durante el verano, trabajaba todos los días, pero cuando empezó la temporada baja me recortaron el horario. Ahora solo trabajo de jueves a domingo.

Él asintió con brevedad antes de pinchar con su tenedor un trozo de pulpo y llevárselo a la boca.

—No soy un experto —dijo después de tragar—, pero creo que bailas muy bien.

No era la primera vez que alguien le decía algo similar, pero que fuese Lukas le gustó. Le gustó mucho.

—Gracias —respondió con pretendida indiferencia—. Siempre me ha gustado bailar. Nunca he ido a clases de baile ni nada por el estilo, es algo que me divierte y si puedo ganar dinero con ello, mejor que mejor.

—¿No eres gogó profesional?

—Para nada. Es la primera vez que me dedico a esto. Admito que al principio me dio pudor. Bailar para toda esa gente... Ufff. Pero ya me he acostumbrado.

—¿Entonces Soraya también trabaja allí?

—Sí. Fue ella la que te vio ayer y vino a decírmelo.

Lukas bebió un trago de agua y luego pinchó otro trozo de pulpo. Parecía estar meditando qué más preguntas hacerle. Por el momento, no había tocado temas muy personales, algo de lo que ella prefería no hablar.

—Así que por las mañanas estudias educación infantil, por las tardes cuidas a Mía y por las noches bailas...

—Suenan un poco de película, ¿no? Niñera de día, gogó de noche.

Él se rio de nuevo con esa risa ronca que parecía salirle de dentro del estómago. Cada vez que se reía así, Alexia sentía una pequeña sacudida en el abdomen.

—Es lo mismo que pensé yo cuando me enteré.

Después de eso hubo un silencio.

—¿En serio diecinueve? —preguntó él de repente.

—Sí —volvió a admitir ella.

—Sigo flipando.

—Todo el mundo piensa que tengo veinticuatro. Es mucho más fácil que te tomen en serio.

—Ya.

De nuevo un silencio que aprovecharon ambos para terminarse el *carpaccio*.

—No quería engañarte —dijo ella al fin—. Es solo que pensé que no me contratarías si sabías lo que hacía por las noches.

—Tampoco soy tan retrógrado, aunque con el tema Mía, a veces tengo unos pensamientos de lo más curiosos... Lo que tengo muy claro, después de este tiempo, es que eres la persona ideal para Mía. Lo he hablado con ella y está de acuerdo. Nos quedamos contigo.

Ahora fue ella la que se rio.

—Sin duda, la opinión que más respeto es la de la niña.

—Sí, y se lo ha tomado muy en serio —continuó él, fingiendo severidad—. Ha dicho: *Shia queda*. Y yo, que soy un padre abnegado, he consentido, por supuesto.

—Te fastidió lo de Shia, ¿verdad? Admítelo —le conminó con una sonrisa.

—Lo admito. Me pareció injusto.

—Te prometo que estos días me esforzaré para que diga papá.

—Es lo mínimo que puedes hacer.

La conversación fluía entre ellos de un modo natural, como si hubieran quedado para comer cientos de veces antes y fueran buenos amigos. Era refrescante poder hablar así con él. El último ápice de recelo que Alexia había albergado en su interior se esfumó del todo.

El camarero llegó de nuevo para retirar el entrante y poner ante ellos los platos principales.

Alexia saboreó su pasta encantada. Había sido un acierto dejar que Lukas eligiera por ella. La salsa de pesto estaba deliciosa.

—Está espectacular.

—Te lo dije. ¿Quieres probar la mía?

Asintió y hundió su tenedor en el plato de él, pinchando unos cuantos raviolis que se llevó a la boca con rapidez. Los saboreó entusiasmada. También estaban de muerte.

—Una pasada. Prueba la mía, anda.

Él lo hizo y, después de tragar, hizo un gesto exagerado con la mano.

—Exquisito.

Alexia le contempló a través de las pestañas. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más cuenta se daba de que hasta ese día no había visto gran cosa del verdadero Lukas. El chico que se sentaba frente a ella distaba mucho de ser el padre preocupado y serio al que estaba acostumbrada.

—Eres diferente —le dijo sin pensárselo demasiado.

—¿Diferente?

—Sí. No sueles ser tan... divertido y espontáneo. Siempre estás más... serio.

—¿Cuál prefieres? —se interesó él—. ¿El sombrío Lukas o el alegre Lukas?

—Creo que me gustan los dos.

—¿Eso es un piropo?

—Es una aseveración. Es la pura verdad.

—Vaya —exclamó y desvió la vista hacia el mar—. Me sigues

intimidando y eso que eres más joven que yo.

—Te dejas intimidar por cualquier tontería —se burló.

Él giró la cara y le sacó la lengua como si fuera un crío. Aquello la llevó a soltar una carcajada.

—Cuéntame algo sobre ti, sobre tu trabajo en el periódico.

—No, por favor. Lo odio —se quejó.

—¿En serio? Pero tú has estudiado periodismo, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Sí, pero no para trabajar en un periódico regional, eso seguro. Me había hecho ilusiones de ser corresponsal en algún otro país, pero entonces llegó Mía y Eva se marchó y las cosas no salieron como esperaba.

Ella vaciló antes de hacerle la siguiente pregunta. No sabía si querría hablar del tema.

—¿Te molesta hablar de tu ex?

—No —repuso, categórico—. Al principio me dolía, pero ya no.

Pese a que su boca lo negaba, sus ojos se oscurecieron, como si una oleada de dolor le hubiese traspasado.

—Hablemos de otra cosa —propuso ella con tacto.

—No. De verdad que no me importa —convino con un gesto—. ¿Qué te gustaría saber? ¿Por qué me dejó? —No esperó ninguna respuesta y continuó hablando—. Le he dado muchas vueltas y pienso que la situación se le quedó grande. Fue ella la que me convenció para tener a Mía. Y luego cuando nació, no supo lidiar con ello. Muchas veces he sospechado que quizá tenía una depresión posparto, pero no lo sé. Quise que acudiera a un profesional, pero se negó. No quería hablar conmigo ni con nadie.

—Oh, vaya —murmuró.

Una depresión posparto. Había leído sobre el tema. Sabía que les pasaba a algunas madres que después de dar a luz se sentían tristes y apáticas, que padecían trastornos de ansiedad y que perdían el interés por sus bebés.

—Me hubiera gustado poder ayudarla, pero se fue tan de repente...

—¿No has vuelto a saber nada de ella?

—No. Y sus amigos y sus padres tampoco. Sé que está en Bélgica con alguien a quien conoció por internet —dijo con amargura.

Alexia ya lo sabía. Soraya había sido una gran fuente de información. No obstante, escucharlo de boca de Lukas le pareció feo y terrible.

—Si algún día volviese, ¿la perdonarías? —preguntó con curiosidad. Quizá estaba entrando en un terreno demasiado personal.

Lukas la miró con una expresión inescrutable. Finalmente, apartó la vista y volvió a escudriñar el exterior.

—No lo sé. Podría perdonarle lo que me hizo a mí, pero lo que le hizo a Mía... No lo sé.

Había un gran desconsuelo en su entonación y Alexia se arrepintió de haber sacado el tema. No quería que aquella comida, que hasta el momento había sido entretenida y refrescante, se tornase sombría. No deseaba ver triste a Lukas.

Hundió el tenedor en su plato y disfrutó de un par de bocados mientras se rompía la cabeza, intentando encontrar otro tema de conversación.

—Me has dicho que tu familia se reúne todos los domingos, ¿cómo es eso?

La expresión facial de Lukas cambió como por encanto, iluminándose al hablar de su familia. Era evidente que estaban muy unidos y que habían compartido cientos de vivencias.

Le habló de Diego, el hermano mayor, haciendo hincapié en su generosidad y su entereza. Era la roca a la que acudían todos cuando tenían problemas. Jorge era el espontáneo y desenfadado, el que solía quitar hierro a las preocupaciones de los demás. Y Erika, pese a ser la única chica, era quizá la que más unida estaba a Lukas. Le regañaba con frecuencia, pero estaba siempre a su lado. Y sus padres eran una especie de hermanos mayores muy abiertos y divertidos.

Alexia se mordió la cara interna de la mejilla con una mezcla de envidia y añoranza mientras le escuchaba contar anécdota tras anécdota. Las imágenes de su propia familia danzaron en su interior sin que pudiera evitarlo. Ella también tenía algunos recuerdos bellos, pero los malos pesaban mucho.

Cerró los ojos para ahuyentar la melancolía.

—Te has puesto muy seria —dijo él. La observaba con los ojos entornados.

—Oh, perdona —se disculpó mientras se alisaba la servilleta que tenía en el regazo con movimientos nerviosos.

—¿He dicho algo que te ha molestado?

—Para nada. Es solo que escucharte hablar de tu familia me ha hecho pensar en la mía.

—Me comentaste que tenías un hermano, ¿verdad?

Respiró hondo. No estaba preparada para eso.

—Tenía —repuso, seca.

Lukas guardó silencio y jugueteó con su tenedor.

—¿Todo bien por aquí?

La llegada del camarero fue providencial.

—Todo bien, gracias —dijo él con una sonrisa.

—¿Retiro los platos?

Ambos asintieron.

—¿Van a querer un postre? ¿Les traigo la carta?

—Ale, te recomiendo el tiramisú. Es casero y está buenísimo.

Podemos compartir.

Ella parpadeó varias veces al notar la calidez expandiéndose por su pecho. De nuevo la llamaba Ale. Asintió, algo ausente.

El camarero se fue y los dejó solos.

Alexia estaba nerviosa. No quería que él le hiciera preguntas sobre su familia, aunque no era muy justo y lo sabía. Lukas había hablado largo y tendido sobre la suya. Lo lógico sería corresponder.

—¿Sabes cómo te llama mi hermana? Bueno, yo también, lo admito.

El cambio de tema casi le provocó un suspiro de alivio. Le miró y vio que sonreía.

—¿Cómo?

—Chica leopardo.

Frunció el ceño con perplejidad.

—El día que te vimos por primera vez, cuando te ayudé a bajar del podio, llevabas ropa de leopardo y te habías pintado la cara con manchas.

—Ah, ya recuerdo —se rio—. A veces lo hago. Menuda primera impresión, ¿no?

—La verdad es que sí —admitió con una risita—. Diecinueve. Es que todavía no lo creo.

—Creo que es la tercera o cuarta vez que lo mencionas. Si lo sé, no te lo cuento.

—No. No. Si estoy encantado. Ahora ya no me sentiré como un niño a tu lado.

—¿En serio te sentías así?

—Un poco. Desde el primer día, cuando entraste a mi piso y te hiciste cargo de la situación y de Mía como una especie de sargento, pensé que eras un ser superior.

Alexia soltó una carcajada.

—Tenías un aspecto tan desesperado... Con el pelo revuelto, manchas de leche en la camiseta y los ojos rojos por no haber dormido. Me apiadé de ti.

Él cabeceó, dándole la razón.

—A veces, la situación se me queda enorme —reconoció en voz baja—. Tengo la sensación de estar haciéndolo todo mal.

Esas frases pronunciadas en un tono desesperanzador la

conmovieron. Alargó la mano y la posó sobre la de él, queriendo transmitirle con ese gesto toda su empatía.

—Lo estás haciendo muy bien, Lukas. Eres valiente y muy fuerte. Créeme. Tu hija tiene mucha suerte de tener un padre así.

Él se rio bajito, mostrando incredulidad. Sus mejillas se habían oscurecido tornándose rojas, pero no retiró la mano. Alexia la notó palpar debajo de la suya. Sus miradas se encontraron y, durante una milésima de segundo, fue innecesario que hablaran. Sus ojos se lo estaban diciendo todo.

—Aquí está el tiramisú.

La magia se rompió y ellos se separaron a toda velocidad.

—Vas a flipar —murmuró él después de carraspear, señalando el plato.

—Si no es así, pagas tú la comida —bromeó ella, fingiendo normalidad.

—Qué graciosa.

Ambos hundieron las cucharas al mismo tiempo en el cremoso postre. También sus suaves murmullos placenteros al saborearlo llegaron al unísono.

—Tenías razón. Está buenísimo.

—¿Entonces la comida la pagas tú? —comentó él con una expresión risueña.

—Tus ganas.

Durante los siguientes minutos, ni un solo sonido salió de sus labios, ocupados en devorar el delicioso tiramisú.

Después de pagar la cuenta, Lukas propuso dar un paseo y aprovechar los rayos de sol que bañaban la playa. Alexia aceptó. No había ningún sitio en ese momento en el que le apeteciese estar más que allí, con el padre de Mía, paseando bajo el sol y hablando de todo y de nada al mismo tiempo.

Echaron a andar uno al lado del otro mientras él le iba dando todo tipo de información relevante o absolutamente absurda. Ella le escuchaba encantada.

—La playa de Poniente está dividida como en dos partes. Está esta parte, donde estamos ahora, con la carretera en medio, que se conoce como la Cala de Benidorm. Y allí, en esa esquina, me di mi primer beso con una chica hace mil años. La playa entera tiene unos tres kilómetros de largo. Es más larga que la de Levante y tiene mejor arena y está menos masificada. ¿Ves ese restaurante de allí? Celebramos una vez el cumpleaños de mi padre. Y mi madre le dio un golpe al coche a unos metros de aquí.

Alexia frunció los labios con diversión. Seguir el rumbo de los

pensamientos de Lukas era reconfortante y divertido.

—Me he quedado en lo de tu primer beso —bromeó—. Necesito más información.

—No fue un gran beso. Tenía trece años y me creía que besaba bien porque Jorge me había explicado cómo hacerlo, pero lo hice fatal. Creo que mostré un entusiasmo desmedido. La pobre salió corriendo con la cara mojada porque pensé que cuanta más lengua mejor.

Alexia no pudo evitar romper a reír.

—¡No te burles! —protestó—. Durante unos meses en el instituto me llamaron *la babosa*.

—¿Seguro que tu hermano te explicó bien cómo era besar?

—Esa es una cuenta que todavía tengo pendiente con él —farfulló.

Hacía calor y ambos llevaban las chaquetas en la mano. No había mucha gente en el paseo y se respiraba tranquilidad. Solo los graznidos de las gaviotas en la orilla rompían la paz de vez en cuando.

—¿Sabías que todas las playas de Benidorm están orientadas al Sur? Es la única localidad del litoral mediterráneo con esa característica, por eso siempre hay sol en la playa. Pese a que los edificios son altísimos, su sombra nunca cae sobre la arena.

—Deberías ser guía turístico —dijo en tono de broma.

Él se rio.

—¿Tienes buenos zapatos? —le preguntó de pronto.

Se miró los pies. Llevaba unos botines planos.

—Bueno, no son de marca.

—Perdona. No quería decir eso. Me refería a cómodos para andar un buen trecho.

—Oh, sí, son muy cómodos.

—Pues vamos al paseo. ¿Has estado alguna vez?

—No. Siempre voy a Levante que me pilla más cerca de casa.

Él le hizo un guiño travieso.

—Pues ya verás. El paseo es una flipada.

Su entusiasmo era contagioso.

Solo tuvieron que andar unos cuantos metros más para que la carretera se cortara y se convirtiera en el paseo que él había mencionado.

—Mira. ¿Ves el trazado? Recrea las formas de los acantilados y el oleaje. Creo que es el único paseo marítimo del mundo que tiene esta forma. Está hecho de hormigón blanco y las superficies generan áreas de luz y sombra que van construyendo un juego de plataformas y niveles. ¿Ves a la gente debajo? Están haciendo yoga, creo.

—Los veo —afirmó, clavando la vista en el grupo de mujeres que aprovechaban la sombra de una de esas superficies onduladas para ejercitarse.

—No me digas que no mola.

—Sí, mucho.

Lo hacía. Era realmente original por sus formas, como una playa de olas blancas sobre el arenal. Era diferente a cualquier cosa que ella hubiera visto antes.

—Y las baldosas de la superficie van cambiando de color. Ven.

Tiró de su brazo con energía y ella se dejó guiar. En efecto, el suelo comenzaba siendo de un color verde intenso, pero cambiaba más adelante convirtiéndose en un verde musgo, de ahí pasaba al amarillo que alternaba con el naranja y terminaba por transformarse en rojo. Y todo el trayecto estaba salpicado de bancos, árboles y escaleras que conducían a la arena.

Había más gente como ellos, paseando y disfrutando del soleado día. Casi parecía mentira que estuvieran a finales de noviembre.

Lukas no dejaba de hablar, contándole mil cosas de la ciudad, de la isla que se veía al fondo, solitaria en medio del mar, de su familia y de Mía. Sobre todo, de Mía.

—¿Soy demasiado aburrido? No paro de hablar y tú no dices nada.

Ella le lanzó una mirada sorprendida.

—¿Aburrido? Creo que eres la persona más interesante que he conocido jamás.

—Vaya piropo. Y eso viniendo de una niña de diecinueve.

—No te lo tenía que haber confesado. Ahora lo utilizas en mi contra constantemente.

—Ya ves, te he perdido el respeto.

Ella bufó.

De repente, él se detuvo y señaló una heladería que había al otro lado de la calle.

—¿Quieres un helado?

No vaciló demasiado. Hacía mucho calor y la idea de un helado le pareció fantástica. Asintió y abrió su bolso para buscar su cartera.

—Ni de coña vas a pagar tú. Guárdate tu dinero para la próxima cita.

¿Cita?

Meneó la cabeza con lentitud. Claro que era una cita. Era tan incuestionable como que el sol resplandecía en el cielo y estaban en Benidorm

—¿De qué sabor?

—Chocolate.

—Perfecto. Espérame aquí.

Se fue casi corriendo y ella le siguió con la mirada sin poder reprimir una sonrisa. Un chico guapo que iba a comprarle un helado. Intentó hacer memoria y recordar si algo semejante le había sucedido con anterioridad.

No. Jamás.

¿Podía ser más perfecto aquel día?

Se sentó en uno de los bancos blancos de hormigón, bajo la sombra de un árbol y su vista se dirigió hacia el final del paseo. Ahora caminaban por las baldosas moradas y detrás de estas llegaban las azules, azul marino, turquesa, aguamarina...

Aguamarina.

Como sus ojos.

Capítulo 13

Lukas

La sonrisa no se le quería borrar de la cara. Era como si se le hubiera quedado incrustada en los labios. Y canturreaba alegre el *Bonito es de Los Sencillos*, pese a que no tenía la radio del coche encendida. Era un tema que le encantaba a su padre y que a él siempre le ponía de buen humor.

Todavía no podía creer que Alexia tuviera solo diecinueve años y que fuese tan extrovertida. Había pasado un día fabuloso a su lado. Era una chica genial.

Después del paseo, la llevó a su casa y se despidieron entre risas, recordando la torpeza de Lukas con su helado. Sí, lo admitía, se le había caído al suelo una de las bolas de su cucurucho porque había intentado impresionarla haciendo el *moonwalk* de Michael Jackson. No solo no la impresionó, sino que le provocó un enorme ataque de hilaridad.

Le gustaba verla reír.

Su risa era contagiosa y profunda. Era como si la fabricara a conciencia dentro de su pecho y luego la dejara escapar con fuerza a través de la garganta para que resonase de un modo atrayente y seductor.

—¿Te estás oyendo? ¿Oyes tus propios pensamientos ridículos y ñoños? —dijo en voz alta al tiempo que soltaba una carcajada.

Aparcó el Fiesta frente a la casa de sus padres y se bajó. Todavía no había anochecido, pero el sol comenzaba a teñir de naranja y violeta algunas partes del firmamento. Las vistas desde allí, desde la montaña, eran gloriosas.

Toda la familia estaba reunida en el salón, a excepción de Jorge. Estaban tirados por el suelo o en los sofás viendo la tele. Mía estaba sentada en un columpio saltador que sus padres habían colgado de una de las vigas del techo.

—¡Hola, gente! —saludó.

Todas las cabezas se giraron en su dirección y alguien dio a la pausa de modo que la imagen de la televisión se quedó estática.

—¿Ha habido beso? —preguntó su padre.

—No era una cita.

—Claro —bufó Erika desde el suelo—. Y yo soy morena natural

y este rubio es teñido.

—La has llevado al Va Bene —siguió su padre—. Va Bene igual a cita.

Los ignoró a todos y se dirigió hacia su hija, cuya cara se iluminó al verle. Se agachó para cogerla en brazos y la apretó contra su torso, olisqueándole el cabello.

—¿Cómo está mi niña? ¿Has echado de menos a papá? ¿Se han portado bien contigo estas fieras? —Se giró hacia su madre—. Va por todos menos por ti, mamá.

—*Ich weiss*?

Diego se rio y se acercó a él. Le acarició la mejilla a la pequeña.

—Es muy buena. Desde luego no ha salido a ti, gamberro.

Mientras decía eso miraba a la niña con adoración.

—¿Queréis una así? —dijo en tono de broma, pero al ver la expresión soñadora de su hermano, añadió con voz seria—. ¿Lo habéis pensado de verdad?

—Es pronto, pero en un futuro... —repuso y le lanzó una mirada a Iván, que le sonrió.

—Podéis practicar con esta —propuso con una sonrisa.

Mía comenzó a bostezar y a llevarse los puños a la cara.

—Quiere dormir —murmuró su madre.

—¿Ha cenado?

—Sí. Ha comido un poquito de puré y yogur.

—¿Qué tal el yogur?

Iba introduciéndole alimentos poco a poco. Por el momento, todo lo que comía parecía gustarle.

—Muy bien. Se lo comió todo.

—No te enrolles con los potitos y dime si ha habido beso —intervino su padre de nuevo con tonito cotilla.

—No ha habido beso —rechazó—. Y no vuelvas a llamarme para decir tonterías.

Tony Alba puso cara de inocente.

—Papá, eres un metomentodo —dijo Diego con una risa.

—Anda, siéntate y dame a la niña que luego te vas y no la vemos en una semana por lo menos —dijo su madre, tendiendo los brazos a la pequeña.

Lukas se la dio y se sentó a su lado en el sofá. Su mirada se cruzó con la de Iván que estaba en el suelo junto a su hermana. Intercambiaron un guiño.

—¿Qué película estáis viendo?

—*Los Goonies* —dijo Erika.

Un clásico ochentero, como era costumbre en la familia.

—Dale al *play*.

—Primero cuéntanos todo sobre Alexia —dijo Eri, cambiando de postura y encarándole. Le miraba con sus ojos azules muy abiertos.

—No hay mucho que contar.

—¿Siete horas de cita y no hay mucho que contar?

—Que no era una cita. De hecho, he sido yo el que ha hablado todo el rato.

—Qué hijo más torpe —dijo Tony con disgusto exagerado.

—No me vas a provocar, papá —le respondió—. Es genial, pero no le gusta mucho hablar de sí misma. Eh... me ha confesado que es más joven de lo que me dijo en un principio.

—¿Cuántos años tiene? —inquirió Iván con interés.

—Diecinueve.

Hubo un silencio sorprendido.

—¿En serio? —preguntó Erika anonadada.

—Sí.

—Aparenta más —dijo Iván—. Bueno, claro, que yo la vi muy maquillada y con esa ropa que no era ropa.

—¿Qué es eso de ropa que no era ropa? —preguntó su padre confundido.

Lukas subió la vista al techo, pensativo. Aparentemente, Eri no les había dicho a sus padres que Alexia bailaba en el Go.

—Es gogó en una discoteca de la playa —dijo al cabo de un rato.

—Pero ¿qué me estás contando? —casi gritó el patriarca de la familia al tiempo que le bizqueaban los ojos por la estupefacción—. ¿Niñera de día, gogó de noche? ¿No había una serie con Ana Obregón que tenía ese argumento?

A Lukas le entró la risa floja. Era el mismo pensamiento que había tenido él.

De pronto, todos querían hablar al mismo tiempo y las conversaciones se mezclaron unas con otras.

—De mis cuatro hijos eres el más peculiar —dijo Tony con guasa—. Siempre te pasa todo lo raro a ti.

—A ver, no es cierto —protestó—. Ya sabemos lo que pasó con Jorge, tan de película. Eri es mecánica de embarcaciones y eso sí que es raro de cojones. Ah, y Diego lleva un tatuaje en el culo. Tan extraño no soy —se defendió.

Los demás se rieron y Mía, queriendo ser la protagonista, empezó a reírse también mostrando sus dos dientecitos y moviendo los brazos con energía.

—Eso, Mía, tú defiende a tu papá —le dijo Anna Schwarz con una sonrisa enorme.

Lukas miró a su madre con afecto y le guiñó un ojo.

—En serio, Lukas, ¿esa chica te gusta?

Le lanzó una mirada aburrida a su hermana, que era la que había hecho la pregunta.

—¿No puedo tener un poquito de privacidad? ¿Tengo que contarle todo delante de la familia?

—Eso te pasa por venir a buscar a la niña sabiendo que estábamos todos aquí. Nos lo pones en bandeja —dijo Diego.

—Pensaba que tú eras diferente y que me ibas a defender. Cuando a ti te pasa algo no sueltas prenda.

—Ya, pero tú te llamas Lukas y no Diego. Tú hablas por los codos.

—Es cierto. Me he pasado el día entero hablando. Hasta le he contado con quién me di mi primer beso y dónde. Tiene que pensar que soy un peñazo de tío.

—Por lo menos eres guapo —dijo su madre flemática.

—Eso ayuda mucho, mamá —gimió.

—Sigues sin responder a la pregunta —insistió Erika—. ¿Te gusta?

Titubeó unos segundos mientras bajaba la vista y la posaba sobre la puntera de sus botas.

¿Le gustaba Alexia? Sí. Al menos lo poco que conocía de ella.

—Me gusta mucho como niñera de Mía —dijo al fin en voz baja—. Es perfecta.

—¿Desde cuándo eres tan mentiroso? —inquirió Iván—. Anoche se te caía la baba y no paraste de hablar de ella. Que si es guapa, que si es muy inteligente, que si es divertida, que si hace magia con la niña... bla bla bla.

Le lanzó una mirada llena de pretendido odio a su mejor amigo. Mejor dicho, *antiguo* mejor amigo.

—¡Traidor! —le gritó y le arrojó un cojín.

—¿Cuándo la vas a traer? —preguntó su padre.

—Nunca porque la vais a espantar. Y Mía la necesita. ¿A que sí, Mía? —se dirigió a su hija y le hizo cosquillas en la tripa—. ¿A que necesitamos a Alexia?

—¡Shia! —gritó la niña entusiasmada.

—¡No me jodas! ¡Pero si dice su nombre! Exijo compensación. —Tony se puso de pie y se acercó a la niña—. A ver, Mía, di a-bu-e-lo. A-bu-e-lo.

—¡Shia!

Todos se echaron a reír. Lukas el que más al ver la cara compungida de su padre. Mía, al ver que todo el mundo estaba

pendiente de ella comenzó a gritar muy excitada, repitiendo el nombre de Alexia una y otra vez, haciendo que la familia entera se partiese de risa.

—Ha aprendido a hacer una cosa flipante —dijo Erika, levantándose y acercándose a la pequeña—. Ven con la tía, anda.

Lukas la miró con desconfianza. Si era Erika quien se lo había enseñado solo podía tratarse de algo escatológico o absurdo.

Su hermana llevó a Mía hasta el columpio colgante y la acomodó en el asiento. Luego cogió su móvil y trasteó con él. Los primeros acordes de *Highway to Hell* de AC/DC emergieron del altavoz externo que había sobre la repisa de la chimenea. La reacción de Mía fue instantánea. Comenzó a gritar emocionada y a impulsarse con las piernas, como si fuera una pequeña fan del heavy metal. El columpio se balanceó y osciló arriba y abajo. Cuando llegó el estribillo de la famosa canción los chillidos de la niña se hicieron más potentes y sus movimientos más ansiosos. Su carita de pura felicidad era un espectáculo.

—¡Le mola AC/DC! —exclamó Erika—. Le he puesto otras canciones, pero solo reacciona así con esta.

Lukas contempló la escena a caballo entre la incredulidad y la diversión. Una carcajada efervescente le brotó del pecho al ver el entusiasmo desmedido de su hija. Daba palmitas con brío. Desde que había aprendido ese hito, lo repetía con frecuencia, encantada. Estaba graciosa y sumamente adorable. Para comérsela.

—Vais a convertirla en un monstruo. —Fingió quejarse, aunque en el fondo le enternecía que su familia se implicara de ese modo.

—Bah, es una niña cañera —se rio su padre—. Vamos, Mía, *highway to hell...* —cantó.

Los grititos ascendieron de volumen y los saltos hicieron que los vaivenes del columpio se tornasen más bruscos. Los ojos de Lukas fueron al techo, preocupados, pero los anclajes del aparato estaban bien sujetos. Él mismo había ayudado a su padre a fijarlos.

Cuando la canción terminó y dio paso a una balada melódica, la reacción de Mía fue de lo más peculiar. Se detuvo repentinamente y soltó un chillido de enfado al tiempo que fruncía los labios en un pucherito, provocando risas sofocadas en los adultos.

—¿En serio? —masculló Lukas—. Si no lo veo, no lo creo. Creo que me voy a marchar antes de que la pervirtáis más —dijo, dirigiéndose a la niña y cogiéndola en brazos—. Ya está muy revolucionada y me va a costar un montón que se duerma. Voy a tener que dar vueltas con el coche por ahí.

—Tienes táper en la nevera. Te los saco —dijo su madre y se

alejó hacia la cocina.

Eri se fue a preparar la bolsa de la niña.

—Cuando te apetezca librar, nos la dejas, sin problema —se ofreció Diego—. Nosotros encantados, ¿verdad, Iván?

Este asintió.

Lukas sonrió. Sabía que todos adoraban a la niña y estaban dispuestos a cuidarla. Pero Diego e Iván se hallaban realmente comprometidos. Les encantaban los niños. Los dos participaban en el proyecto Piel con Piel en el hospital de Valencia, que consistía en abrazar a recién nacidos prematuros, enfermos o huérfanos que no tuvieran familia o cuyas familias no pudieran hacerlo.

—La próxima vez que vaya a salir por ahí, os la dejo a vosotros.

—¿Vas a volver a salir con Alexia? —le preguntó Iván.

—No lo sé. Me lo he pasado muy bien y creo que ella también.

Quizá.

Sabía que era una respuesta ambigua, pero no tenía otra.

Poco después, abandonaba la casa familiar lleno de tápers y con la bolsa de la niña al hombro. Los demás le siguieron hasta el exterior. Sentó a Mía en su sillita en el asiento trasero del coche y guardó todo en el maletero.

—El domingo que viene nos vemos.

—Trae a la chica para que pase nuestro filtro —le dijo su padre.

Puso los ojos en blanco y no se dignó a contestar.

Se subió al coche, arrancó y encendió las luces. Ya había anochecido del todo. Se despidió agitando la mano y los demás correspondieron de igual manera. Luego se puso en marcha.

Se sentía ligero y de buen humor. El ratito que había pasado con su familia le había hecho bien. Se había reído como hacía tiempo que no lo hacía.

Había sido un día fantástico en su totalidad.

Miró por el espejo retrovisor y se encontró con la preciosa carita de su hija. Sus ojos azules observaban el exterior con entusiasmo.

—¿Tú qué crees, Mía? ¿Crees que le gusto a Alexia?

Capítulo 14

Alexia

Estaba enfadada y mucho. El impresentable de Borja había vuelto de vacaciones con el ego por las nubes y lo primero que había hecho era dejarle una nota en su taquilla en la que le *ordenaba* que le esperara esa noche para irse juntos. No pedía ni preguntaba si ya tenía otros planes. No, *ordenaba*, directamente.

Había sido una noche muy movidita con una gran afluencia de público porque hubo un espectáculo especial. Un exparticipante de Gran Hermano había estado allí, haciendo un bolo y eso siempre llenaba el local más de lo habitual y los mantenía a todos muy ocupados. Gracias a aquello, no había visto a Borja en toda la noche, solo de lejos.

Eran casi las cinco de la mañana y ya había terminado su último turno. Se había cambiado de ropa y estaba sentada en uno de los bancos cercanos a la playa, esperándole. No seguía sus órdenes, pero quería dejar las cosas claras cuanto antes.

La quietud y la brisa nocturna eran muy agradables después de pasarse tantas horas en un ambiente cargado y ruidoso. A unos cientos de metros, las olas rompían con fuerza sobre la orilla, algo poco habitual, y el cielo estaba cargado de plumizas nubes grises que destacaban a pesar de la oscuridad. El ambiente amenazaba tormenta. Con toda seguridad, al día siguiente, llovería.

Por el rabillo del ojo vio que Soraya y Lidia abandonaban el local. Al verla, Soraya le dijo algo a la otra y se acercó con rapidez.

—¿Qué haces aquí? Creí que te habías ido.

—Estoy esperando al imbécil de Borja.

—¿Ha pasado algo?

—Ha pasado que es gilipollas. Mira lo que me ha dejado en la taquilla. —Le tendió la nota.

—Al cole no ha ido, ¿no? —dijo con sorna tras leer el texto.

—Aparentemente, no. Me han sangrado los ojos cuando he leído ese *ha la salida*. ¿Quién cojones me manda liarme con un tipo que escribe así? —masculló, frustrada.

—Lo de las faltas de ortografía es lo de menos. Lo peor son sus formas. Parece pensar que eres de su propiedad. Ten cuidado con él. —Había preocupación en su tono.

—No te preocupes. Lo tengo controlado.

Soraya la miró con escepticismo.

—Creo que me voy a quedar por aquí, por si me necesitas. Me siento allí y te espero. —Señaló a su espalda, hacia una de las calles contiguas.

—No hace falta. Todavía hay gente por el paseo. No estoy sola.

—Ya. Pero por si acaso, que como ya te dije, este tío no es trigo limpio.

En ese instante, la puerta del Go se abrió y el camarero salió por ella. Iba vestido con sus vaqueros negros y su cazadora de cuero bajo la cual llevaba una camiseta blanca de cuello holgado por la que asomaban los tatuajes que tenía en el cuello. Recorrió el paseo con la mirada hasta que la encontró. Esbozó una arrogante sonrisa, que flaqueó un poco al ver a Soraya.

—Bueno —dijo esta y le hizo un guiño rápido—. Me voy. Hasta mañana.

Se dio media vuelta y se marchó, sin dirigirle ni una mirada a Borja, que ya casi había llegado a su lado.

—Qué obediente que es mi chica —canturreó él y se inclinó para darle un beso.

Alexia apartó la cara y se puso de pie con aire belicoso.

—No soy tu chica y creo que te dije que habíamos acabado.

—No digas gilipolleces, nena. —Seguía sonriendo de ese modo tan engreído.

—Iba en serio. No vuelvas a dejarme notitas ni a llamarme más. Es mejor que cada uno vaya por su lado. Lo nuestro se acabó.

—¿Qué dices? Si somos brutales en la cama.

—Hemos pasado un buen rato y ya. No quiero seguir.

La miró con los ojos entornados.

—¿Estás jugando conmigo? ¿Te pone verme suplicar? No es mi estilo.

—No juego —resopló—. Te estoy diciendo lo que siento. No somos compatibles y quiero terminar con lo que teníamos, que no era mucho —explicó con calma.

—¿Has conocido a otro? —Su expresión se tornó sombría.

La cara de Lukas acudió a su mente, pero apretó los labios y negó violentamente.

—¡No! No es eso. Es que no me apetece seguir con esto. Ya está. Entiéndelo.

—No entiendo una mierda, nena —masculló—. Creo que estás confundida, pero en cuanto te eche otro polvo se te aclaran las ideas —dijo, y trató de cogerle la mano.

Ella le dio un manotazo y se apartó dos pasos.

¡Dios! ¿Cómo podía ser tan capullo y obtuso?

—¡Qué no! Que ya basta. No va a haber más polvos.

Los verdes ojos de él despidieron un destello malicioso y su boca emitió un sonido similar al de un chasquido.

—No creas que te vas a librar de mí con tanta facilidad. Tú eres mi chica.

—No soy la chica de nadie —espetó con furia.

Él acortó la distancia entre ambos de un solo paso y la cogió de las solapas de la chaqueta. Ella se vio avasallada y no tuvo tiempo de apartarse.

—Eres mía, que te quede claro. De nadie más —amenazó.

Ella pudo sentir su aliento cerca de su mejilla. Olía a alcohol. Trató de mantenerse inmovible y no mostrar que su violenta actitud la había dejado perpleja y le había encogido las tripas.

—¡Nunca! —escupió y se liberó con energía al tiempo que le miraba con ira.

Él soltó una risa antipática que a ella no le gustó ni un ápice. Nunca había visto esa faceta de Borja y se llamó estúpida en silencio por haber dejado que aquello la pillara desprevenida. Le estudió de arriba abajo. Él le sacaba más de una cabeza y, por lo menos, treinta kilos. Y sus manos eran enormes. Ahora las tenía apretadas en puños como si se estuviera conteniendo y no le resultara fácil.

Alexia echó un vistazo a su alrededor. No estaban solos, había algunas personas por el paseo, pero no tantas como a ella le hubiese gustado ni tan cerca. Aun así, se encontraban en un lugar muy público. Sus ojos fueron hasta el sitio donde Soraya le había dicho que iba a estar. No la vio, pero la oscuridad no ayudaba demasiado. Y si su amiga le había dicho que la esperaría, allí estaría. Confiaba en ella.

Él también parecía haberse dado cuenta de que no tenían privacidad y de que su estallido de furia podía llamar la atención de cualquiera. Se apartó unos pasos y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Fingió una sonrisa que se asemejaba más a una mueca y arqueó una ceja con un gesto típico del que se sabe vencedor.

Alexia le miró con fijeza y su aspecto exterior le resultó repulsivo. ¿Cómo era posible que se hubiera sentido atraída por una persona semejante?

—¡Ale!

La voz de su amiga llegó hasta sus oídos claramente. Giró la cara y la vio a solo unos metros de distancia. Se sintió aliviada.

—Te estoy esperando, mujer —dijo Soraya con tono impaciente—. No me retrases más que mis nanos en un rato se tienen que

levantar.

—Ah, sí. Perdona —murmuró. Y echó a andar hacia ella.

—Recuerda lo que te he dicho —bisbiseó Borja cuando pasó por su lado.

Le dirigió una mirada llena de desdén. Si él pretendía intimidarla no lo iba a conseguir.

Soraya enhebró el brazo en el suyo y la conminó a andar deprisa. Lo hicieron en silencio, sin hablar, hasta que estuvieron lejos.

—Menudo hijo de puta —masculló la mayor.

—Sí. No me lo esperaba.

—Te lo dije. Es un mierda.

—No sé por qué se obsesiona así conmigo. Si solo nos hemos acostado cinco o seis veces, ni que hubiéramos tenido algo serio. Nada le da derecho a comportarse de ese modo. ¡Me ha cogido de la solapa! El muy cabrón.

—Lo he visto, por eso me he acercado.

—Vaya gilipollas —espetó entre dientes.

Ambas guardaron silencio mientras el eco de sus pasos sobre la acera las acompañaba.

Alexia todavía no terminaba de asimilar lo sucedido.

—A partir de ahora te llevo a casa por las noches —dijo Soraya al cabo de un rato.

—No. Me niego a ser esa mujer que tiene miedo y necesita que la protejan —repuso con testarudez—. Borja es puro humo. Solo quiere asustarme y que me achante ante él. Pero no lo va a conseguir.

—Alexia, no seas tonta. Ya has visto que puede llegar a ser violento.

Asintió lentamente.

—Lo he visto, pero no me da miedo. En serio, Soraya. No es la primera vez que me encuentro con un tipo así. Suelen ser muy arrogantes y duros, pero solo hasta que alguien les planta cara. Sé cuidar de mí misma.

—No me vayas a decir ahora que eres campeona de karate o algo así.

Alexia se rio.

—Para nada. Pero no sería la primera vez que me toca defenderme de algún hijo de puta. No te imaginas la cantidad de cabrones que intentan aprovecharse de ti cuando se enteran de que vives en la calle y estás huyendo del sistema —concluyó en voz baja.

—Ay, mi niña. Si no quieres hablar de ello, no me cuentes nada, pero ya sabes que estoy aquí —dijo con sentimiento.

—No te imagines cosas raras, Soraya. No me ha pasado nada

grave, de verdad —suspiró—. Tuve un jefe bastante cerdo que intentó propasarse conmigo en la trastienda de su negocio. Pero no pasó nada. Conseguí pegarle una patada en los huevos y escapar a tiempo. Tampoco podía denunciarle porque era menor de edad y lo último que quería era que la policía supiera dónde estaba. Se lo hubieran dicho a los servicios sociales.

—Menudo cabrón, meterse con una cría.

—Al principio, era una ilusa que confiaba en todo el mundo y me dejé embaucar por él. Me prometió un trabajo en su tienda de ropa y me dejaba dormir en un almacén que tenía al lado. —Soltó una risa llena de amargura—. No te imaginas lo ingenua que era. Dieciséis años y recién salida del cascarón. Una niña tonta.

El primer año viviendo sola fue horrible. De tenerlo todo a no tener nada en unas horas. De ser una chica normal que iba al instituto y sacaba buenas notas a convertirse en una indigente que tuvo incluso que robar para poder comer. No tenía buenos recuerdos de aquella época, por el contrario, cuando esos meses terroríficos acudían a su cabeza se apresuraba a desterrarlos muy lejos.

Soraya la miraba de soslayo, alterada. Le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Todas hemos pasado lo nuestro, pero hemos sobrevivido y somos fuertes, ¿no?

—Sí —murmuró su amiga.

Sus pasos las habían llevado hasta el coche de Soraya. Se instalaron en el interior y, antes de ponerse en marcha, su amiga se giró y le lanzó una mirada tensa.

—Me preocupas.

Alexia cogió aire y lo soltó despacio. Podía ver el desvelo en su cara y en las arrugas que se le formaban en las comisuras de los labios y bajo los ojos. De pronto, Soraya ya no parecía una treintañera. Era como si el peso de una responsabilidad inesperada le hubiese caído encima.

—Si te quedas más tranquila, llévame a casa por las noches —le dijo al tiempo que posaba una mano sobre su muslo—. ¿Vale?

—Vale.

Se sonrieron.

—Y, ahora, ¿no quieres saber qué tal me fue con Lukas en mi cita? —dijo, para que su amiga no volviera a preocuparse por el gilipollas de Borja.

—Ya estás tardando. Cuéntamelo todo —exclamó.

Se rio y cerró los ojos mientras apoyaba la nuca en el reposacabezas. Hacía cuatro días desde el domingo y desde entonces

no había parado de pensar en él. Era cierto que se habían visto a diario y que Lukas la llevaba a casa en coche, como era su costumbre, pero no habían hablado mucho. Se habían limitado a comentar los progresos de Mía. Era como si ambos estuvieran evitando referirse a esa tarde que pasaron juntos. No obstante, Alexia le había descubierto en más de una ocasión mirándola fijamente. Ella también le observaba con detenimiento cuando él no se daba cuenta.

—Lukas es encantador —dijo con voz soñadora.

—¡Ah, no! No me vale solo con eso. Haz el favor de profundizar algo más.

Lo hizo.

Le relató la comida, sus bromas y sus confesiones, las conversaciones y anécdotas, el nervioso parloteo de Lukas y el paseo por el camino de baldosas de colores de Poniente, y sus intentos de sacarle una sonrisa tratando de imitar a Michael Jackson y cómo se le colorearon las mejillas cuando se le cayó el helado. Le habló también del modo en que se refería a Mía y cómo la había empezado a incluir a ella en esa ecuación que formaban él y su hija. Eso la conmovió profundamente.

Sonrió al recordar el último momento junto a él, cuando la llevó a su casa al final de la tarde. El chico acicalado y pulcro que la había recogido por la mañana había desaparecido, en su lugar había un muchacho desaliñado, con las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos y el pelo despeinado por efecto de la brisa, que se empecinaba en taparle la visión.

Tan guapo.

Habían llegado a su casa, pero Soraya apagó el motor y se acomodó de lado en el asiento sin mostrar signo alguno de que tuviera prisa por irse. Sonreía.

—Te gusta. —No era una pregunta.

—Claro que me gusta —admitió y su boca se curvó en una sonrisa—. Es imposible que no me guste una persona así. Es tan real que me tiene fascinada. No tiene subterfugios ni segundas intenciones. Dice lo que piensa y no se esconde. No teme mostrarse vulnerable ni le da vergüenza hacer el ridículo. Es de verdad. Muy auténtico. Y ama a Mía con una pasión increíble. Te parecerá mentira, pero nunca había conocido a alguien así.

Aquello no era del todo cierto.

Un rostro moreno sin afeitar y unos ojos claros muy expresivos danzaron por su cabeza al tiempo que un doloroso pinchazo le atravesaba el pecho.

Gael.

—Te dije que era un chico estupendo —dijo Soraya, sin saber que, con sus palabras, la había sacado de hundirse en la melancolía.

—Sí, lo es.

—¿Vais a volver a veros?

—Nos vemos todos los días.

—Me refiero a en plan cita y tal.

Tardó en contestar mientras ponía en orden sus ideas.

—Ni idea. Es todo muy nuevo y es pronto. —Hizo una pausa—. Había planeado cocinar para él —dijo al fin con más inseguridad de la que debería haber mostrado.

—¿Cuándo?

—No sé. Un día de estos.

—Me parece genial.

Después de eso, ambas guardaron silencio, embebidas en sus pensamientos.

Alexia tenía el corazón calentito. Siempre le sucedía cuando hablaba de Lukas o pensaba en él. Iba a tener que ir admitiendo que sus sentimientos estaban revolucionados por una razón especial.

Finalmente, Soraya suspiró.

—Me tengo que ir, pero cuenta conmigo para que te traiga a casa por las noches. Está decidido.

—Sí, claro —repuso, aclarando la mirada.

—Y ten mucho cuidado con Borja. No sé muy bien lo que pasó con su antigua novia y con otra chica más, pero es problemático. Si te molesta de nuevo deberías decírselo al gerente.

—Ya veremos —musitó sin comprometerse a nada.

Se despidieron y ella se bajó del coche. Cuando llegó a la puerta de su casa, le hizo un gesto con el brazo. Soraya le dijo adiós con la mano y arrancó el motor. Alexia entró en el piso, cerró la puerta a su espalda y se quitó los botines de un puntapié sin preocuparse de ver dónde caían.

Estaba exhausta.

Miró la hora en la pantalla del móvil y descubrió que eran las seis de la mañana. Más tarde que de costumbre. Sopesó sus opciones. Podía dormir un par de horas e ir a clase con unas ojeras del demonio, o no poner el despertador y quedarse en la cama toda la mañana.

Un bostezo gigantesco le dio la respuesta. Ni siquiera se molestó en ir al baño a lavarse los dientes. Se quitó la ropa de camino a la cama y se tiró sobre el colchón. No desperdició ni un solo pensamiento en el encontronazo que había tenido con Borja.

No.

La última imagen que conjuró su mente antes de quedarse

dormida fue la de Lukas.

La miraba y sonreía.

Capítulo 15

Lukas

Se detuvo en el descansillo del tercer piso. Apoyó la espalda contra la pared y se pasó una mano por el mentón, pensativo. Quería hablar con Alexia e invitarla a comer de nuevo el fin de semana siguiente, pero no sabía si aceptaría. Habían pasado dos semanas desde *la cita* y ella se había mostrado muy natural durante todos aquellos días, como siempre, muy pendiente de Mía y de sus cosas, bromeando con él, haciéndole preguntas sobre su trabajo y su familia con mucho interés. Pero hacía un par de días, sin pretender ser un entrometido, la había escuchado hablar por teléfono con Soraya de un tal Borja. No quiso ser cotilla, pero creyó entender que Alexia y el tipo ese tenían una especie de relación.

Eso le molestó.

Le molestó mucho.

No se atrevió a preguntarle directamente porque temía la respuesta. Prefería pensar que ella no tenía novio. Estaba soltera y punto.

«Es tan fácil como invitarla a cenar. Si tiene pareja te dirá que no, ¿no?».

La luz de la escalera se apagó, pero no hizo amago de volver a encenderla y permaneció a oscuras.

«¿Qué narices te pasa, Lukas? Siempre eres directo y vas al grano. ¿Por qué le das tantas vueltas a esto?».

Resopló, exasperado consigo mismo.

Un pitido le avisó de la entrada de un mensaje. Se sacó el móvil del bolsillo y vio que era de ella. Había cambiado su contacto en el móvil. Ya no llevaba la coetilla de *niñera* detrás.

Alexia: Vas a tardar?

¡Mierda! Comprobó la hora en la parte superior de la pantalla y vio que ya eran las siete y media. Solía llegar a su casa quince minutos antes.

Lukas: No. Ya estoy aquí abajo.

Encendió la luz del portal y se puso en marcha. Había perdido demasiado tiempo meditando tonterías para no llegar a ninguna conclusión. ¡Al carajo! La invitaría a cenar y que pasara lo que tuviese que pasar.

Subió los escalones de dos en dos hasta su planta y se detuvo frente a la puerta del apartamento. La abrió con brío y, nada más hacerlo, un delicioso olor a comida le hizo derretirse de anticipación.

Alexia salió de la cocina y se plantó frente a él con los brazos en jarras, sorprendiéndole.

—Precisamente hoy llegas más tarde.

—¿Qué pasa hoy?

La miró de arriba abajo. Vestía como siempre, con vaqueros y camiseta negra. Se había peinado con dos trenzas, como una niña. Ni siquiera podía burlarse de ella por su aspecto porque incluso con ese pelo estaba preciosa. Se preguntó cómo había podido pensar alguna vez que tenía veinticuatro años. De uno de los bolsillos de sus vaqueros sobresalía un paño de cocina. Lo miró con extrañeza.

—Hoy te he hecho la cena.

Ah, por eso el olor a comida.

Olfateó el aire de nuevo. No podía identificar qué era, pero olía muy bien.

—¿Tú sabes cocinar? —preguntó en tono de broma, intentando encubrir lo encantado que estaba de que hubiera cocinado para él.

—Sé hervir agua —repuso sarcástica con ambas cejas arqueadas—. Ahora te tomas una tacita de agua calentita.

Se rio y, después de dejar la mochila en el suelo del pasillo, la siguió a la cocina.

Mía estaba allí, sentada en su trona, comiendo guisantes que cogía con sus deditos y se llevaba a la boca. Al verle entrar dejó escapar un gritito de felicidad y le tendió los brazos. Se acercó a ella y la cogió. Le dio cien besos en el pelo y en la carita mientras la típica calidez que siempre sentía al abrazarla le embargaba. Ella se retorció como una lagartija y dejó escapar sonidos de protesta.

—Solo quiere suelo —comentó Alexia, que se había agachado para ver el horno.

—Qué poco me echa de menos —se quejó.

—Mejor llévatela al salón que aquí podría hacerse daño.

La miró de reojo. Ella parecía muy ocupada trasteando con el botón de la temperatura.

—¿Qué has preparado? Y lo más importante, ¿por qué? ¿Es un día especial?

—Es un día muy especial —respondió ella sin girarse.

Mía le pegó un codazo en la barbilla, impaciente, pero él se resistió a marcharse. Ansiaba saber qué tenía de diferente ese día.

—¿Un día especial?

Alexia se dio la vuelta y le echó un vistazo. Sonreía de oreja a

oreja.

—Es un día especial, porque he decidido cocinar para ti. ¿Te parece poco? No te acostumbres, que probablemente esto no vuelva a suceder jamás.

Él resopló. Vale, estaba de coña.

La niña comenzó a hacer un pucherito y él no se entretuvo más, se fue al salón y la dejó en el suelo, sentada sobre la alfombra de colorines. Ella, instantáneamente, se puso en posición de gateo y comenzó a gatear de un lado a otro.

—¡Ostras, qué velocidad!

Se entretuvo un rato en contemplarla. El pelo le había crecido mucho y las puntas habían empezado a rizársele. Estaba claro que en un futuro próximo iba a tener unos hermosos tirabuzones dorados. Era increíble el cambio que había experimentado en los últimos meses. Tenía la sensación de que si parpadeaba se perdería algún progreso de Mía. ¿Cómo era posible que creciera tan deprisa?

—Tendrías que verte la cara ahora mismo. —La calmada voz de Alexia resonó en el silencio del salón—. Cuando miras a tu hija, resplandesces.

Se giró con precipitación, azorado, y la vio en el quicio de la puerta. Le observaba con algo similar a la admiración. Aquello le llevó a sonrojarse

—¿Resplandezco? —preguntó.

—Sí. Te cambia la expresión y tus ojos brillan mucho. No sé. Me parece precioso.

Tragó saliva, nervioso, y de pronto no supo qué hacer con las manos. Se las metió en los bolsillos de los vaqueros. Luego bajó la vista al suelo. Alexia era la única persona capaz de robarle el habla con sus palabras o con su mera presencia.

—¿Me estás llamado precioso? —inquirió con tono jocoso para rebajar la tensión.

—Pfff... Preciosa es la escena y Mía. Tú eres otra cosa.

—¿Qué soy?

—Un señor agradable —repuso con una risa.

La palabra *señor* le chirrió. Vale, otra vez estaba de coña.

Fingió que su respuesta no le importaba y se rio con ella.

—¿Qué has cocinado?

—Pollo al limón y empanadillas de setas.

Nada más escucharla se le hizo la boca agua.

—¿En serio?

—Sí. Espero que te guste porque me lo he currado mucho. Anda, pon la mesa mientras yo le doy los últimos toques.

Y se fue.

Lukas sonrió. Le gustaba que Alexia le diera órdenes. Estaba seguro de que ella no era consciente de que lo hacía y le salía de un modo natural. En algún momento se lo diría para ver cómo reaccionaba.

Mientras tenía un ojo puesto en Mía, que había encontrado uno de sus juguetes favoritos y estaba centrada en él, puso un mantel y servilletas. Luego fue a la cocina y cogió vasos, cubiertos y una botella de agua del frigorífico. Alexia estaba decorando el plato, aparentemente. El olor del pollo al limón era maravilloso. No se entretuvo mucho porque Mía era capaz de hacer cualquier locura en segundos, pero cuando regresó al salón, la niña seguía apretando botones de su teléfono de animales. Debía de hacerle gracia el sonido de la vaca porque no paraba de escucharse un *muuuu* repetido.

—¿Le gusta la vaquita a la nena? —le preguntó, arrodillándose a su lado.

En el mismo instante en que lo dijo, cerró los ojos y una risa tonta acudió a él. Antes de que Mía naciera, se había prometido a sí mismo que no sería uno de esos padres que hablaban a sus hijos con voz aflautada y cientos de diminutivos. Y, sin embargo, ahora era exactamente así.

—¿Te gusta la vaca, Mía? —probó con voz profunda.

La niña le miró asustada, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Por qué le hablas a la niña como si fueras un policía y ella un delincuente? —Llegó la voz de Alexia desde detrás.

—Porque soy un imbécil —masculló y, sintiéndose como un tonto, se dirigió a la pequeña con una entonación dulce—. Mi rubita linda, mira lo que hace la vaquita. —Y apretó el botón rosa unas cuantas veces.

Muuuuu. Muuuuu.

Mía sonrió.

Rabieta evitada. Se palmeó a sí mismo en la espalda imaginariamente.

Se levantó y se dio cuenta de que Alexia había depositado la bandeja con el pollo sobre la mesa, que despedía un aroma delicioso. También había una fuente con empanadillas.

—Pon a Mía en la trona —le dijo, apareciendo de nuevo.

Llevaba la aparatosa silla de plástico en una mano y en la otra un plato de plástico. Se apresuró a cogerle la silla y dejarla junto a la mesa. Luego fue a buscar a Mía, que protestó con un grito, pero que se calló cuando vio los guisantes en su plato.

—La mayoría van a acabar en el suelo, pero es bueno que ejercite los deditos intentando cogerlos —le dijo Alexia mientras tomaba asiento.

—Parece un banquete. ¿Cuándo has tenido tiempo de hacer todo esto?

—Las empanadillas las hice ayer en casa y solo he tenido que calentarlas en el micro. Y el pollo solo tarda una hora y media entre la preparación y el horno. No es tanto.

—Tiene una pinta estupenda.

—Te va a encantar. En cuanto lo pruebes se te va a caer la baba —bromeó—. No estoy presumiendo, es que se me da bien la cocina.

—Yo soy un desastre, si me sacas de las ensaladas y los huevos fritos me muero, aunque estoy aprendiendo a marchas forzadas. Los purés de verdura se me dan genial —se rio—. Si no fuera por los tápers de mi madre, Mía y yo habríamos muerto de hambre.

Alexia le sirvió dos muslos de pollo con salsa y apoyó la barbilla en las manos mientras le observaba expectante, aguardando su veredicto.

Lukas partió un trozo del muslo y se lo llevó a la boca. No tuvo que decir nada, estaba seguro de que el éxtasis que mostró su rostro cuando sus papilas gustativas se llenaron del increíble sabor hablaba por él.

—Vale, tenías razón. Se me cae la baba —murmuró todavía con la boca llena.

Ella se echó a reír estentóreamente.

Mía empezó a reír también con entusiasmo. Cada vez que alguien cerca de ella lo hacía, ella lo imitaba.

—Prueba una empanadilla.

Lo hizo. Estaba buenísima.

—¿Es que todo se te da bien? —preguntó con las cejas arqueadas—. Bailas como una profesional, cocinas de muerte y eres la susurradora de los niños.

Alexia volvió a reír. Luego se sirvió pollo y comenzó a comer.

—Si me guardas el secreto te confieso mis debilidades.

—Prometido.

¿Alexia tenía debilidades? Imposible.

—No sé nadar. Ni conducir —dijo pragmática.

—Lo de conducir tiene un pase, pero que vivas en la costa y no sepas nadar, eso no puede consentirse.

—Solo llevo un año aquí y he estado tan ocupada que apenas he ido a la playa. A ver si el verano que viene...

—Yo te enseño. En mi familia somos todos unos nadadores

increíbles —se jactó—. Mi hermano Jorge es instructor de buceo.

Ella le sonrió, pero no dijo nada.

Durante unos cuantos minutos siguieron comiendo sin intercambiar palabra. Lo cierto era que la comida estaba tan rica que parecía un crimen pararse para hablar. Lukas se comió otra ración de pollo y unas cuantas empanadillas más, dejando escapar pequeños suspiros de placer entre bocado y bocado.

—¿De dónde eres exactamente? —preguntó al fin.

Era la segunda vez que se lo preguntaba. La primera, hacía semanas, ella le había esquivado.

—De Madrid —respondió, escueta.

—Yo voy a Madrid de vez en cuando, sobre todo a conciertos. Juls, la novia de Jorge es de Madrid, aunque ahora se ha mudado y vive con él aquí. Vivía cerca de la estación de autobuses de Méndez Álvaro. ¿Conoces la zona?

—Sí. Yo vivía en otra parte. En Aluche.

—Me suena. ¿Dónde está?

—En el barrio de La Latina.

No tenía ni idea de los barrios de Madrid, pero asintió.

—¿Y por qué dejaste Madrid para venir aquí?

La cara de ella cambió de color, empalideciendo. Lukas se dio cuenta de que había metido la pata. Era obvio que no deseaba hablar de su pasado. Pensó que, dado que habían establecido una relación algo más personal, ella no tendría problema de hablar de cualquier cosa.

Evidentemente, no era así.

—No dejé Madrid para venir aquí —dijo ella al cabo de un rato, sorprendiéndole.

La miró con intensidad, pero no pudo leer nada en su expresión. Había bajado la mirada y se concentraba en su plato mientras jugueteaba con la comida con la punta del tenedor.

—Llevo tres años yendo de un sitio a otro —continuó al cabo de unos segundos—. Primero fui a un pueblecito de Toledo, luego estuve unos meses en Jaén y otros tantos en Sevilla. De ahí fui a Cáceres y luego me subí al País Vasco y a Asturias. También estuve en La Rioja y terminé aquí, en la costa. He ido de ciudad en ciudad. Donde encontraba trabajo. He vendimiado, he recogido aceitunas, he trabajado en una granja cuidando animales, he sido camarera, dependienta, limpiadora y ahora soy bailarina y niñera. Una chica muy completa, ¿verdad? —dijo con tono jocoso.

—Sí que te has movido. Tres años yendo de un lado a otro —comentó, fascinado. De pronto, cayó en la cuenta—. Pero, espera,

hace tres años tenías dieciséis. ¿Y tu familia? ¿No les importó que te fueras así a recorrer la geografía española? —Le resultaba increíble que una chica tan joven hubiese hecho tantas cosas.

Ella vaciló antes de contestar. Se llevó un trozo de pollo a la boca, masticando despacio. Y limpió a Mía, que se había espachurrado un guisante en la cara. Parecía querer ganar tiempo.

—No tengo familia.

El corazón de Lukas se encogió.

—Ah.

Era el ser más afortunado de la tierra por tener a su familia intacta. Le dolía saber que la gente que le importaba no había podido disfrutar del mismo privilegio que él. Le pasó con Iván, cuya familia era un despropósito. Y le estaba sucediendo con Alexia.

Una verdadera lástima.

—Mi madre se largó cuando yo tenía catorce años y nos dejó solos a mis dos hermanos y a mí. Como Gael era mayor de edad y tenía un trabajo estable, pudo ocuparse de nosotros y no intervinieron los servicios sociales —relató con voz inexpresiva—. Leo era solo un bebé.

—Leo es tu hermano, ese que me comentaste que habías cuidado...

—Sí.

Pese a que se mostraba contenida, había una sombra oscura en su mirada, algo indefinido que no dejaba presagiar nada bueno y por eso Lukas tuvo miedo de seguir haciendo preguntas. Pero no hizo falta porque ella continuó hablando con ese tono impersonal que había adquirido hacía un minuto.

—La vida no me cambió gran cosa después de que mi madre se fuera, la verdad. Mi madre es, o era, no sé muy bien si todavía está viva —dijo con extrema frialdad—, una mujer peculiar. Estuvo muy enamorada del padre de Gael y cuando él la dejó, no pudo recuperarse del golpe. Vivía a base de pastillas y de alcohol. Tanto mi padre como el de Leo fueron meras aventuras pasajeras. Creo que ni ella misma recordaba con quién se había acostado, así que ni siquiera sé quién es mi padre.

Lukas se mordió la cara interna de la mejilla, mortificado, al escuchar la sordidez de aquella historia. No había pretendido que ella le confiase un tema tan escabroso, pero si necesitaba desahogarse esa noche, no se lo iba a impedir. La escucharía.

—El caso es que decidió largarse una noche cuando todos dormíamos —prosiguió Alexia después de beber un trago de agua—. Se llevó todo el dinero que había por casa, que era el sueldo de Gael

—aclaró con disgusto—, y nos dejó solos a los tres. Leo solo tenía cinco meses.

A Lukas no se le escapó el paralelismo con su propia experiencia. Cuando Eva abandonó a Mía, la niña tenía cuatro meses.

Ciertas casualidades no deberían suceder jamás.

—Nunca fue una verdadera madre ni estuvo ahí para nosotros. De hecho, nos fue mejor sin ella. Por lo menos así siempre había dinero para comprar pañales —continuó sin acritud. Era como si el tiempo y la distancia la hubieran vuelto indiferente hacia su madre—. Gael trabajaba por las noches. Era guardia de seguridad en una fábrica. Cambió al turno de noche para poder ocuparse de Leo por el día. Yo le ayudaba cuando salía del instituto.

Después de eso, guardó silencio y se comió una empanadilla. Le temblaban las manos.

Mía comenzó a dar golpes con el puño sobre la bandeja de la trona y Lukas fue a buscar su teléfono de animales. Se lo dio.

Luego comió también en silencio, sin saber muy bien qué decir. Quería preguntarle por sus hermanos, pero tenía la sensación de que la triste historia de Alexia no tenía un buen final. Tras unos minutos titubeando, se armó de valor y lo hizo.

—¿Y tus hermanos? ¿Dónde están ahora?

Ella le miró.

Durante al menos treinta segundos no dijo nada, pero sus oscuros ojos empezaron a transformarse y pasaron del más puro desinterés que había mostrado antes a un desconsuelo desgarrador.

Lukas sintió cómo se le encogía el corazón.

Sabía que no le iba a gustar la respuesta.

—Murieron —musitó.

Aquellas tres sílabas pronunciadas con una entonación descarnada le penetraron hasta la médula. Le traspasaron la piel, los nervios, la carne y los huesos.

—Lo siento mucho —murmuró.

Ella dejó el tenedor sobre el plato que golpeó este con un tintineo metálico y luego se echó hacia atrás en la silla, como si se estuviera distanciando de todo.

—No suelo hablar de esto con nadie —susurró con voz entrecortada.

—No hace falta que lo hagas conmigo. De verdad.

Lamentaba haber sacado el tema. Ella se había esforzado mucho preparando aquella cena y él lo había estropeado todo con su maldita curiosidad. Lo que podía haber sido una cena agradable y tranquila se había convertido en una pesadilla para Alexia.

Se llamó estúpido en silencio. Lo peor de todo era que no sabía cómo arreglarlo.

—Hubo un incendio —dijo ella de pronto con un hilo de voz. Tenía los ojos cerrados y su respiración se había acelerado—. Gael debió de quedarse dormido con la estufa encendida y quizá saltó una chispa o se cayó algo encima. No sé lo que pasó a ciencia cierta. Yo estaba en clase. —Hizo una pausa y boqueó repetidamente como si le costara coger aire—. Cuando llegué a casa, la calle estaba cortada por dos camiones de bomberos y había mucha gente. La fachada del edificio estaba negra, como consumida. Recuerdo contar las plantas y darme cuenta de que la peor parada era la tercera, la nuestra. No hubo más heridos. Me dijeron que había sido todo muy rápido, que el humo los había asfixiado, que no habían sufrido.

Su voz se perdió hasta convertirse en un murmullo sordo. Algunos sonidos incongruentes salieron de su boca, pero era imposible discernir lo que estaba diciendo. Una lágrima rodó por su mejilla. Solo una.

Lukas no pudo reprimirse más; se levantó y se acucilló a su lado. Le puso una mano sobre el muslo. Quería confortarla y estar a su lado; proporcionarle consuelo, aunque se sentía torpe e inútil. ¿Cómo se consolaba a alguien que acababa de confesar algo así? Estaba horrorizado.

Ella elevó los párpados y su mirada recaló en algún lugar de la pared. Tenía los ojos vidriosos y parecía hallarse a kilómetros de distancia. Al cabo de un breve espacio de tiempo, se limpió esa lágrima solitaria con el dorso de la mano y tragó saliva con fuerza.

—No me gusta llorar —confesó, regresando a la realidad—. Durante el primer año lloré mucho. Lloré tanto que a veces creía que me iba a poner enferma.

—Si necesitas llorar, hazlo.

—No. No lo necesito. Cuando lloro me hago pequeña y me encojo.

Un pinchazo doloroso le atravesó de parte a parte al escucharla tan desvalida.

—No eres pequeña, créeme. Eres cualquier cosa menos pequeña.

La miró y odió el sufrimiento que nublaba sus facciones. Daría lo que fuera por atrasar el tiempo y volver a ese instante de hacía media hora, cuando Alexia estaba contenta y la amargura no la envolvía. Aunque, por otro lado, sentía que ella le había hecho un regalo muy especial hablándole de su familia y de su pasado.

—Gracias —murmuró con entereza. Con mucha más de la que él hubiera tenido en una situación similar. Luego posó la mano sobre la

suya y cogió aire profundamente.

Lukas la estudió en silencio. Pese a que una expresión extraña opacaba sus facciones, sus ojos estaban secos. Era evidente que no se iba a permitir el lujo de derramar ni una lágrima más. Él se hallaba en shock y no sabía qué más podía hacer por ella. Solía presumir de su labia y de que nunca le faltaban las palabras, pero en ese momento tenía la garganta cerrada. Imposible pronunciar ni un solo monosílabo.

Finalmente, fue Mía la que los sacó de su trance.

Comenzó a golpear la mesa con su teléfono de juguete con tan mala suerte que se dio en la frente. Tardó apenas un segundo en echarse a llorar desconsolada.

Ambos reaccionaron con rapidez y se acercaron a la pequeña. Fue Lukas quien la sacó de la trona y la abrazó con ternura mientras le canturreaba con voz gentil. El lugar donde se había golpeado empezaba a ponerse rojo. Alexia se fue a la cocina y no tardó en volver con un paño.

—He puesto hielo dentro. Es bueno para los chichones. Pónselo con cuidado —le dijo.

Lukas se sentó con Mía sobre el regazo, que seguía lloriqueando, pero con menos fuerza que antes. Cogió el paño y se lo puso en la frente, agradeciéndole el gesto a Alexia con una inclinación de cabeza.

—Voy a ir recogiendo la mesa —dijo esta.

—¡Pero si no has terminado de cenar!

—No tengo hambre.

Lukas arrugó la frente. No le sorprendía que hubiera perdido el apetito después de narrarle los escalofriantes sucesos de su pasado.

Abrazó a Mía mientras el pesar le invadía. El saber que Alexia había perdido a un hermanito de ¿cuántos?, ¿dos o tres años? le resultaba de una crueldad insoportable. Y a su hermano mayor al mismo tiempo. ¡Qué horror!

La pequeña hacía un ratito que había dejado de llorar y le apartó el paño para verle el golpe. Estaba enrojecido y se había hinchado un poquito, pero no parecía muy importante. La acunó entre sus brazos mientras tarareaba y Mía le puso la mano en la garganta, sobre su nuez. Lo hacía siempre que él le cantaba. Parecía agradecerle sentir las vibraciones del sonido en su manita.

Alexia regresó y le lanzó una sonrisa tranquilizadora antes de volver a marcharse con los platos sucios. La siguió con la mirada, incapaz de imaginar lo que debía de haber sido quedarse completamente sola en el mundo a esa edad. A pesar de que ella no había dicho nada, sospechaba que se había marchado de Madrid para

que los de servicios sociales no fueran a buscarla.

Bajó la vista y vio que la niña había cerrado los ojos y se había quedado dormida.

Siguió meciéndola y tarareando.

—Se ha dormido —constató Alexia cuando volvió—. Llévala a su cuna. Yo me voy a casa en el bus.

—¡No! —rechazó él sin alzar la voz.

No podía consentir que, después de todo lo que había hecho Alexia aquella tarde, se marchase en autobús. Hacía frío y los buses solo pasaban cada media hora. Además, sabía que la parada donde la dejaba tampoco estaba cerca de su casa y tendría que caminar al menos otros diez minutos más.

—No la vas a despertar ahora.

Miró a Mía. No. No la iba a despertar. Pero tampoco quería que ella se marchara.

—Déjame que te pague un taxi —ofreció.

Ella meneó la cabeza con energía.

—Entonces, quédate a dormir.

La propuesta le salió de sopetón, sin haberlo pensado, pero una vez que lo hubo dicho se dio cuenta de que era eso lo que deseaba, que se quedara.

Alexia le miró con sorpresa.

—Quédate a dormir —repitió.

Capítulo 16

Alexia

—Quédate a dormir.

La propuesta llegó por segunda vez, con más firmeza.

Su instinto más inmediato fue decir que no, categóricamente.

—El sofá es cama —dijo él, señalando el mueble—. Y mañana te puedo llevar a clase después de dejar a Mía en la guardería. Quédate y hablamos.

Alexia le miró con fijeza. Sus ojos se mostraban suplicantes.

¿Quedarse y hablar?

Ya había hablado demasiado. Sus emociones estaban revolucionadas y solo deseaba llegar a su piso, encerrarse en él y estar sola. Tenía el alma en carne viva después de haber mencionado a sus hermanos en voz alta. Le escocía la garganta por esas lágrimas que había contenido y se había negado a derramar.

Quizá no era tan buena idea estar sola.

Quizá Lukas, sin saberlo, le había ofrecido lo que necesitaba: compañía.

—No... creo que sea una buena idea —dijo, pero hasta ella misma se dio cuenta de lo vacilante que sonaba.

—No te puedes ir así —se opuso él—. Pareces agotada.

Lo estaba. Exhausta.

Y la imagen que se presentaba ante sus ojos hacía que fuera difícil darle una negativa rotunda. Él, con su pelo revuelto y mirada esperanzada, con la preciosa Mía en brazos, pegada a su pecho.

Se le encogió el corazón por toda la ternura que ambos despertaban en ella.

Quizá era una locura.

Quizá.

—Acuesto a Mía y vuelvo —continuó él, como si ella ya hubiera tomado una decisión definitiva.

Alexia no dijo nada. Se limitó a asentir.

Él le regaló una sonrisa y se fue.

Se sentó en el sofá y clavó la vista en la oscura pantalla del televisor, pensativa. Trató de pasar revista a sus sentimientos de manera objetiva. Si era sincera consigo misma, el hablar del pasado no había sido tan demoledor como creyó. Sí, fue angustioso y la

sensación de ahogarse era muy vívida cuando recordaba los hechos de aquel horrible día, pero ahora sentía una inusual ligereza en su interior. Llevaba demasiado tiempo guardando el dolor y este se le había enquistado.

Qué tristeza no poder hablar nunca con nadie de Gael y de Leo.

—Ya. —Lukas entró en el salón. Llevaba en la mano el monitor del vigila bebés, que dejó sobre la mesita—. ¿Quieres un refresco? Me encantaría poder ofrecerte algo más fuerte, pero desde que nació Mía rara vez compro alcohol. Bueno, tengo cerveza también, pero está caliente —se disculpó.

—Una Coca-Cola estaría genial.

—Voy.

No tardó en regresar con dos latas y dos vasos en los que había puesto unos cubitos de hielo. Encendió una lámpara de pie que había junto al sofá y apagó la del techo. Una luz amelonotada bañó la habitación. Luego se sentó, dejando el espacio justo para otra persona entre ellos.

—Perdona si he sido muy insistente con lo de que te quedaras, pero me apetecía pasar un rato más contigo —dijo en voz baja—. No quería que te fueras tan rápido, después de lo que... —se interrumpió, como si no supiese cómo continuar.

—Está bien —repuso ella—. No te sientas mal. Es cierto que me cuesta mucho hablar de mis hermanos, pero creo que lo necesitaba.

—Sé que solo nos conocemos desde hace seis semanas, pero puedes hablar conmigo de lo que quieras.

Lo sabía.

De un modo instintivo, sabía que podía confiar en Lukas.

Bebieron sus refrescos en silencio mientras contemplaban el pequeño monitor. Mía dormía con la cabeza girada hacia la cámara y su boquita estaba fruncida en un mohín muy dulce.

—Mía es especial —dijo ella al cabo de un rato.

Él sonrió con satisfacción.

—Lo es. Me siento afortunado de tenerla.

—Es admirable lo que haces, Lukas. Criar a un hijo tú solo no es fácil.

—Bueno, tampoco es que tenga otra opción.

—Sí. Podrías haber dejado que tus padres la criaran y tú haber perseguido tus sueños.

—No soy ese tipo de persona. Es mi responsabilidad.

—Por eso eres admirable —repitió ella.

—¿Admirable? —Soltó una risa—. Tendrías que haberme visto al principio. Estaba aterrado. Todo lo que pasaba con Mía me asustaba y

me hacía buscar a mi madre y, si ella no me cogía el teléfono, llamaba al pediatra o me presentaba en su consulta sin cita. El pobre ha tenido una paciencia conmigo... —Hizo una pausa y una sonrisa burlona curvó sus labios—. Yo no sabía que a los bebés les pasaban tantas cosas raras. No era consciente de que podían abrir los ojos mientras dormían o que tenían pequeños espasmos durante el sueño, o que les podían salir granitos en la cara sin motivo o pelarse como los lagartos, incluso ponerse bizcos a ratos. Tampoco sabía que era normal que se les descamara el cuero cabelludo o que generasen esos puntitos blancos en la cara. Creo que se llaman milia o algo así. Y no hablemos ya del hipo o de los estornudos frecuentes —añadió con un gesto exagerado—. Pues esas cosas para mí eran enfermedades terribles y estaba todo el día en la consulta del pediatra creyendo que Mía tenía algún problema grave.

Alexia se rio con suavidad. Ella misma había pasado un miedo horrible cuando nació Leo y su madre se largaba por ahí, dejándola al cuidado del pequeño.

—Nadie nace siendo un padre experto. Y tú has aprendido.

—Todavía hay mil cosas que me superan.

—Pero las manejas muy bien. ¿Ves como eres admirable?

—Con tanto piropeo me voy a sonrojar —bromeó él. Y sí, su rostro se había teñido de un pálido rosa.

—Ya lo has hecho.

Él se llevó las manos a la cara y soltó un resoplido.

—No suelo ser tímido, pero...

—Yo te impongo, ¿no? —se rio.

—No debería habértelo dicho jamás —dijo con una risa.

Mientras le daba un trago a su bebida, le observó a hurtadillas. La sonrisa seguía bailándole en la boca. Cuando sonreía de ese modo, un hoyuelo aparecía en su mejilla. Era la primera vez que lo veía y le pareció adorable.

«El chico de los hoyuelos».

No pudo reprimirse y siguió contemplándole a través de las pestañas.

Su pelo despeinado le caía en suaves ondas sobre la frente, pero la nuca la tenía despejada. En el lóbulo de su oreja había un orificio, señal de que en el pasado debía de haber llevado un pendiente.

De repente, se puso muy serio; las comisuras de sus labios se tensaron y su mandíbula se endureció. Su cambio de actitud fue flagrante. Había comenzado a girar el vaso entre las manos con agitación, como si quisiera decir algo, pero no supiese cómo empezar.

—Eva se fue cuando Mía tenía cuatro meses —comenzó al fin—.

Dejó a la niña sola, en casa de mis padres. Solo dejó una nota muy escueta en la que decía que no podía más. Cuando mis padres llegaron se encontraron a la niña llorando, afónica, y con el pañal empapado. Debía de haber estado sola durante horas.

Alexia no había esperado que él hablase de Eva, pero todavía había esperado menos que ella hubiera hecho algo así. Aunque tampoco le sorprendía demasiado, era lo mismo que su propia madre había hecho.

—Sentí como si el mundo se me viniera encima —continuó él—. Hasta ese momento, todavía no me había dado cuenta de lo duro que era tener un hijo. Seguía pensando que podía estudiar a distancia, y que Eva se encargaría de la niña hasta que yo terminase el máster. —Soltó una risa ácida—. Ni siquiera sé lo que pensaba. Que mis padres nos iban a mantener o ayudar o yo qué se. Pero cuando ella se fue, desperté de mi sueño, de repente. Empecé a ver las cosas de otra manera, de un modo mucho menos egoísta. —Hizo una pausa para luego proseguir con entonación perpleja, como si él mismo estuviera asombrado de lo que iba a decir—. Te parecerá una locura, pero a veces pienso que es mejor que Eva se haya ido. Eso me ha hecho abrir los ojos y ser consciente de lo que significa ser padre.

Alexia le escuchaba en silencio. Era obvio que él se estaba abriendo en canal ante ella, así que no dijo nada. Se limitó a permanecer sentada, mirándole con simpatía, animándole a continuar.

—Pensarás que Eva y yo no nos queríamos —murmuró—. Y quizá fuese así. Llevábamos seis años juntos, desde que éramos unos críos. Y habíamos roto en multitud de ocasiones, pero siempre volvíamos a intentarlo. Ahora, viéndolo desde la distancia, creo que era una relación demasiado inmadura y rutinaria. No estábamos tan unidos como para hacer frente a lo que supone tener un hijo. Éramos muy jóvenes. Somos muy jóvenes —aclaró y volvió a reírse con desdén. La miró de frente—. Resulta absurdo escucharme decir algo así, ¿verdad? Tú eres más joven que yo, sin embargo, pareces tan segura y adulta.

—La edad es relativa, Lukas. Todo depende de la vida que hayas llevado. Hay personas con sesenta que siguen siendo unos niños. Y ancianos de dieciocho.

Él asintió.

—Creo que no estábamos preparados para ser padres. Yo tenía mis reservas, pero fue ella la que me convenció. No me malinterpretes, por favor —se apresuró a añadir—. No me arrepiento de haber tomado esa decisión porque Mía es el resultado. Haría cualquier cosa por ella.

—Es una niña maravillosa.

Él asintió de nuevo y luego bajó la vista al suelo. Alexia se preguntó por qué se mostraba tan alicaído de pronto.

—Yo siempre lo he tenido todo muy fácil. Mi vida ha sido tan sencilla y confortable que casi me da vergüenza admitirlo delante de ti después de lo que me has contado.

—¿Vergüenza? ¡No! —rechazó con energía—. Me gusta escuchar anécdotas de tu familia y ver lo unido que estás a tus hermanos. No me importa que lo hagas. Por el contrario, me agrada. De verdad. A veces siento como si ya los conociera a todos.

—Te los presentaré, prometido —repuso él con una rápida sonrisa—. Tienen muchas ganas de conocerte.

El monitor emitió un sonido y ambos miraron la pantalla. Mía no se había despertado, solo había cambiado de postura dejando escapar un gorjeo.

—¿Te recuerda Mía... a tu hermano? —Llegó la voz de él muy queda.

Alexia sintió un pequeño pinchazo en el corazón y tragó saliva antes de contestar.

—No se parecen en nada. Leo tenía el pelo y los ojos muy oscuros. Su padre debía de ser mulato —aclaró—. Pero debo admitir que la primera vez que vi a Mía, me invadió la nostalgia. En el último año he cuidado a otros niños y no me había pasado algo similar, pero al ver a Mía en su cunita, los recuerdos me asaltaron. Me puse muy triste —confesó.

—Vaya...

Volvieron a guardar silencio durante un rato.

—¿Quieres ver cómo eran mis hermanos? —preguntó. De pronto, tenía la necesidad de que otro ser humano supiera cómo eran Gael y Leo. De que alguien más los conociese.

—Por supuesto.

Se levantó y cogió su bolso que había dejado en una de las sillas. Sacó la cartera y extrajo las dos fotos. Estaban viejas y manoseadas. Se las tendió, emocionada.

—Así que este es Gael —musitó él—. Y esta eres tú.

Alexia no tenía que mirarlas. Se sabía cada milímetro de esa foto de memoria. Gael y ella delante del edificio donde vivían. Por aquel entonces, su madre todavía no se había largado y la vida parecía sonreírlos de algún modo. Ella tenía doce años, Gael, dieciocho, y Leo ni siquiera había nacido.

—Tu hermano y tú no os parecíais.

—No. Como te dije, teníamos diferentes padres.

Gael era fornido, de pelo muy oscuro y ojos de un verde claro muy pálido.

—Y este es Leo. Un niño precioso.

—Sí. Era una preciosidad —repuso con un hilo de voz. Bajó los párpados, angustiada.

De pronto, algo tan simple como respirar se le antojaba harto difícil. La presión en su pecho creció y creció.

Abraham Lincoln fue asesinado en abril de mil ochocientos sesenta y cinco.

Napoleón murió en mil ochocientos veintiuno.

La guerra de los Cien Años...

—¿Qué dices? —inquirió Lukas.

Abrió los ojos y vio que él la estudiaba con la frente arrugada y expresión curiosa.

—¿Cómo? —jadeó.

—Has empezado a murmurar cosas peculiares. Hablabas sobre Napoleón y guerras.

Sintió que le ardían las mejillas. Era la primera vez en su vida que alguien era testigo del mecanismo de defensa que utilizaba para no perder los papeles. Se sintió como una estúpida. Instintivamente, se dio la vuelta y se alejó hasta el otro extremo del salón.

—Ale —la llamó él.

¡Dios! ¡Cómo le gustaba que empleara ese diminutivo!

—Soy una fanática de las fechas —barbotó—. Cuando siento que no puedo más, recito fechas famosas —dijo, sin mirarle—. Me ayuda a serenarme.

Él no dijo nada y ella se volvió, esperando encontrar una mirada confundida. No halló eso, por el contrario, Lukas la contemplaba con suma empatía.

—Yo suelo canturrear canciones —dijo con soltura, como si recitar fechas fuera lo más normal del mundo—. Lamento que el enseñarme las fotos de tus hermanos te haya hecho sentir así. ¿Solo tienes estas dos?

Asintió con energía.

—Perdí el móvil donde tenía más.

—Están a punto de romperse —dijo él con pesar—. Mi hermano Diego es diseñador gráfico y es un hacha de Photoshop. Podría restaurarlas.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—¿En serio?

—Si me las dejas, yo se las llevo. Te prometo cuidarlas bien.

Ella se acercó al sofá y volvió a tomar asiento. Sus ojos recalaron

sobre las dos fotos con anhelo. Lukas las sostenía con sumo cuidado en la palma de su mano. Alargó los dedos y acarició los bordes de una de ellas. Algo en su interior se revolvía al pensar que no iba a poder guardarlas de nuevo en su cartera, pero su lógica le decía que se las diera a Lukas, que quizá su hermano pudiese repararlas. Apartó la mano y la enterró debajo de su muslo.

—Dáselas. Y dime el precio.

—¿Qué precio? Si Diego es puro amor. No te va a cobrar.

Mientras decía eso se incorporó y fue al mueble que tenía bajo el televisor. Sacó un sobre de uno de los cajones y guardó las fotos dentro con mucha delicadeza.

—Mañana mismo se las llevo —comentó—. Que las escanee y me las devuelva y así te las puedo dar mañana por la tarde. Lo que no sé es cuándo tendrá las restauradas.

—Da igual. No tengo prisa. Muchísimas gracias, Lukas.

—No hay de qué.

Se miraron a los ojos y se sonrieron.

Alexia pensó que nunca le había visto tan guapo. La tenue luz de la lámpara incidía sobre sus ojos, aclarándoselos. Su expresión era tierna, como cuando miraba a Mía. Una sensación, hasta entonces desconocida para ella, se le manifestó en el abdomen.

¿Eran esas las famosas mariposas de las que hablaba la gente que se enamoraba?

Un fuerte sollozo procedente del monitor les hizo dar un respingo a ambos.

—Voy a ver —dijo él y abandonó el salón con rapidez.

Alexia se acercó al monitor y echó un vistazo a la pantalla. Le vio inclinarse sobre la cuna y coger a una llorosa Mía con delicadeza.

Le gustaba Lukas.

Mucho.

No iba a engañarse.

Él apareció en la puerta con la pequeña en sus brazos, que traía la carita llena de lágrimas y pestañeaba confundida.

—Ale, me voy a ir al dormitorio con ella, a ver si se tranquiliza. No sé si volveré porque es probable que me quede dormido —dijo—. Lo siento, pero me suele suceder —se disculpó con una mueca torcida—. Tienes sábanas y toallas en el armario del pasillo. Y también hay un cepillo de dientes sin estrenar en el primer cajón debajo del lavabo. Y... creo que eso es todo. Cualquier cosa que necesites, estás en tu casa.

—No te preocupes. Yo me encargo.

Él vaciló unos instantes.

—Y muchas gracias por quedarte. Me ha gustado tenerte aquí.

—Gracias a ti por invitarme.

De nuevo intercambiaron una sonrisa llena de calidez.

Luego él se fue.

Alexia no perdió el tiempo. Con rapidez, abrió el sofá y puso las sábanas. Después fue al baño y se deshizo las trenzas. El cepillo de dientes estaba donde él había dicho. Había dos más, infantiles. Sonrió al darse cuenta de que eran verdes. Le gustaba eso de que Lukas no se guiara por el típico cliché de que las niñas debían de usar cosas rosas y los niños, azules. Ya se había dado cuenta antes de que toda la ropita de Mía era de cualquier color y unisex.

Regresó al salón, apagó la luz y se quitó la ropa, quedándose en bragas y sujetador. Se acostó en el sofá, que era bastante más cómodo que su propia cama. El resplandor de la pantalla del vigila bebés era la única fuente de iluminación de la estancia.

Adquirió una postura cómoda y contempló a Lukas y a la niña, sintiéndose como una espía. Él no había acostado a Mía en la cuna. Se había tumbado junto a ella en la cama y le acariciaba la tripa con movimientos circulares mientras le hablaba.

Alexia aguzó el oído para tratar de entender sus palabras.

—¿Te gusta Alexia, Mía? Sí, supongo que sí. Es una niñera fantástica, ¿verdad? A tu papá también le gusta mucho. Pero no como te gusta a ti. A tu papá le gusta de otra manera, ¿sabes? Tenemos que cuidarla mucho para que no se vaya. Se tiene que quedar con nosotros. Por eso tienes que ser una niña buena.

Alexia cerró los ojos mientras sus labios se distendían en una sonrisa enorme.

Y volvieron las mariposas.

¿Se podía ser más tierno?

Capítulo 17

Lukas

En los días siguientes a aquella noche en la que Alexia durmió en su casa, su relación se afianzó. No porque sucediera nada trascendental entre ellos, seguían manteniendo las distancias —al menos las físicas—, pero la confianza que se tenían creció hasta límites insospechados. Lukas se descubrió a sí mismo enviándole mensajes para contarle anécdotas de su trabajo y preguntándole su opinión sobre todo tipo de cosas. Ella se mostraba más cauta, pero poco a poco, también comenzó a revelar algunas partes de sí misma.

No habían vuelto a hablar de salir a cenar o a comer. Se limitaban a disfrutar de ese rato que compartían de lunes a viernes mientras él la llevaba a casa. Media hora que a Lukas siempre le sabía a poco.

Pero eso iba a cambiar ese domingo.

Era veintitrés de diciembre, la víspera de Nochebuena y el cumpleaños de Mía. Cumplía nueve meses y su familia se había empeñado en organizar una pequeña celebración.

Él había invitado a Alexia, aunque ahora que solo quedaba un rato para que ella se presentara en el chalet, se estaba arrepintiendo de haberlo hecho. Desde que había llegado a casa de sus padres esa mañana, las bromas y los comentarios jocosos se sucedían.

Típico de su familia.

Eran las cinco y todos estaban ocupados. Eri y Juls se encargaban de cuidar a Mía en el jardín. Diego e Iván habían desaparecido hacía un rato en uno de los dormitorios con la excusa de mirar una cosa en el portátil, aunque era obvio que se habían escabullido para enrollarse. Su padre estaba colocando un adorno navideño en lo alto del árbol que habían puesto al lado del ventanal. Y Jorge y su madre estaban poniendo la mesa mientras él preparaba unos aperitivos en la zona de la cocina.

—¿Qué tal queda? —le preguntó su padre, señalando la estrella plateada que decoraba la punta del árbol.

—Genial.

Tony Alba asintió satisfecho. Luego se bajó de la silla y se acercó a él.

—Dice Erika que es una monada —comentó mientras le pasaba

un brazo por encima de los hombros—. Tengo que inspeccionarla bien cuando llegue para ver si está lo suficientemente cuerda como para soportarte. Voy a hacerle un interrogatorio de los míos antes de concederle tu mano en matrimonio.

Lukas puso los ojos en blanco.

—Te pido por favor que no le digas nada —suplicó—. No quiero que se asuste.

—Si quiere casarse contigo tiene que querernos —intervino su madre que se había aproximado.

—Joder, mamá, ¿tú también le sigues el rollo?

Ella se encogió de hombros y sacó platos de un armario, luego se alejó con ellos hacia el fondo de la estancia. Habían metido la larga mesa del jardín al salón para que cupieran todos. Iba a ser una especie de merienda informal. Nada del otro mundo. Sándwiches, distintos tipos de ensalada, picoteo y un bizcocho.

Jorge se acercó y robó unos trozos de queso del plato que acababa de preparar y se los llevó a la boca con rapidez.

—Ahora tengo que cortar más —masculló Lukas.

—Me flipa que hayas dejado que tu novia venga en taxi. Vaya mierda de novio eres.

—¡No es mi novia! —soltó entre dientes—. Y yo quería ir a buscarla, pero no ha querido. Es un poco tozuda.

Se había ofrecido a ir a recogerla a su casa en coche, pero ella se había negado rotundamente. Estuvieron a punto de discutir, así que él terminó cediendo.

—Vamos, que hace contigo lo que quiere. Mi hermanito, el *calzonazos* —se rio Jorge.

Lukas le lanzó un trozo de pan que le dio de lleno en el pecho.

—Cuánta agresividad —se burló y se marchó con una risa.

—Hijo, estás muy nervioso —intervino su padre—. Estamos de broma. Ya sabes cómo somos. ¿Por qué estás así?

Lukas suspiró.

—Alexia no tiene familia y quiero que se sienta bienvenida. Eso es todo.

—¿No tiene a nadie?

—No. Si podéis evitar ese tema, os lo agradecería.

—¿Tanto te gusta?

Vaciló antes de contestar, aunque la respuesta era un sí categórico.

—Es genial con Mía —respondió con tibieza.

—No te he preguntado eso.

—Vale, sí, me gusta —admitió con un cabeceo—, pero después

de mi ruptura con Eva estoy inseguro. No creo que deba lanzarme a otra relación tan rápido. Y, además, soy consciente de que lo primero es Mía. Antes de involucrarme con alguien sentimentalmente tengo que estar muy convencido. No estoy solo. Y Ale tiene diecinueve años. ¿A esa edad, tú te liarías con una persona que viniera con esa mochila?

—Si fuera tu madre, sí. Si hubiese tenido ocho críos cuando nos conocimos, me habría dado igual.

—Es que lo vuestro es especial.

—Lo es —replicó con entonación soñadora—. Y no te preocupes —continuó con gravedad—. Nos portaremos bien con ella. Por tus palabras es evidente que adora a Mía. Solo por eso, ya la queremos.

El timbre de la puerta sonó y a Lukas se le cayó el cuchillo de la mano. Vio que Jorge se daba la vuelta y echaba a andar hacia la entrada y se apresuró a interceptarle.

—Yo abro —exclamó con energía.

—Tienes una mancha en la cara —le dijo su hermano, señalándole la mejilla.

¡No!

Se llevó la mano a la cara y se frotó el pómulo.

—¿Ya?

—No. La sigues teniendo.

—Déjale en paz —intervino su padre—. Es mentira, Lukas, no tienes nada.

La risa de Jorge llenó el salón y él sintió unas terribles ganas de estrangularle.

Instintivamente, se peinó con los dedos antes de salir de la casa y atravesar el caminito de grava que llevaba al portón exterior. Tragó saliva antes de abrir la hoja metálica.

Y allí estaba Alexia.

Bella, como siempre.

O quizá más que otras veces.

Lucía un vestido largo de color verde y unos botines marrones que hacían juego con la chaqueta de piel que llevaba sobre los hombros. Se había dejado el pelo suelto y no usaba maquillaje. Un ligero rubor cubría sus mejillas.

—Hola —le dijo.

Aunque solo fueron dos sílabas, él se dio cuenta de que estaba nerviosa.

—Hola. Bienvenida —le sonrió.

Quizá lo más natural hubiera sido hacerse a un lado para cederle el paso, pero él mismo estaba muy agitado y lo que hizo fue tenderle

la mano. Cuando ella le miró con extrañeza, se quedó inmóvil y se maldijo en silencio.

—¿Tengo que darte la mano? —preguntó con una ceja arqueada —. ¿Necesito apoyo?

Ahora fue su turno de sonrojarse, pero antes de que pudiese bajar el brazo, ella le había agarrado fuertemente. La palma de su mano estaba caliente y era suave.

—Soy yo el que necesita apoyo —dijo medio en serio medio en broma.

—¿Tan terribles son?

—No. Son peculiares. No te asustes si mi padre pregunta que cuándo nos casamos o si alguno de mis hermanos hace algún comentario estúpido.

Alexia le miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

—Sí.

Ella desvió la mirada hacia un lateral.

—Eh... Creo que nos están espiando por la ventana —murmuró.

Lukas cerró los ojos, mortificado. ¡Claro, cómo no!

—¿Hacen esto siempre con las chicas que traes a casa?

—Tú eres la primera desde Eva.

Ella le miró con sorpresa.

—Bueno, en realidad yo estoy aquí en calidad de niñera.

—Eh, sí, claro.

Lukas cerró los ojos. ¿Por qué la conversación estaba resultando tan incómoda?

—Se parece a Antonio Banderas —bisbiseó ella.

—¿Quién?

—Hay dos hombres en la ventana. El mayor —susurró.

—¿Siguen ahí?

—Sí.

Suspiró con fatiga.

—Anda, ven y te los presento antes de que se les caigan los ojos.

Echaron a andar hacia la casa y, justo antes de entrar, ella le soltó la mano. No tuvo tiempo de lamentarse porque su padre y su hermano Jorge salieron a su encuentro.

—Hola, Alexia. Teníamos muchas ganas de conocerte —dijo el cabeza de familia, y se inclinó para darle dos besos en las mejillas—. Lukas no para de hablar de ti, es como una cotorra. Alexia por aquí, Alexia por allá...

Lukas le lanzó cien dagas con los ojos.

Alexia se rio.

Jorge se abalanzó sobre ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bienvenida. Es un placer conocerte. Yo soy Jorge, el hermano guapo.

Hubo un intercambio de besos.

—Dejad que entre, ¿no? —masculló Lukas.

Tony la tomó del brazo como si fueran antiguos conocidos.

—No hagas caso a mi hijo. Para su edad es un poco cascarrabias.

Ven y te presento a mi mujer.

Echaron a andar y Lukas y Jorge se quedaron rezagados.

—Es una belleza —le dijo su hermano al oído—. Demasiada mujer para ti.

—Lo sé.

Jorge se detuvo y se encaró con él.

—¿A qué viene eso? Estoy de coña.

—Yo no.

—Eres imbécil. Te mereces lo mejor del mundo. No lo dudes jamás —expuso con fiereza—. Eres increíble y todos lo pensamos. Haz el favor de no tomarte nuestras chorradas muy a pecho.

Lukas guardó silencio, pero sonrió. A veces, era genial cuando su familia dejaba las bromas de lado y hablaba en serio.

Vio cómo su padre se detenía al lado de su madre y efectuaba las presentaciones. Alexia sonreía de un modo distendido. Aparentemente, no estaba muy afectada por la idiosincrasia tan extrañamente afable de su familia. Gracias al cielo.

En ese momento, entraron Juls y Eri al salón. Esta última llevaba a Mía en brazos que, en cuanto vio a Alexia, empezó a soltar grititos de felicidad y a agitarse con energía.

—Lo que está claro es que tu hija la adora —dijo Jorge.

Lukas asintió.

Con una sonrisa satisfecha, observó cómo su hija se lanzaba a los brazos de Alexia, que la cogió y le dio unos cuantos besos en la cabecita.

Diego e Iván emergieron de la habitación donde habían pasado la última hora y se reunieron con la familia. La sospecha de Lukas de que habían estado enrollándose se confirmó cuando se percató de que su amigo llevaba la camiseta del revés, con la etiqueta fuera. Se lo señaló con gestos desde la distancia y él pareció entenderlo porque se fue a toda prisa y regresó poco después con la prenda bien puesta. Diego se reía en silencio observando la escena.

Lukas se acercó a Alexia y a su hija y le hizo cosquillas en la tripa a la niña. Esta se rio, mostrando sus dos dientes y la punta de otros dos que pugnaban por salir de su encía superior.

—¡Tu padre es muy atractivo y tu madre es guapísima! —murmuró Alexia en voz muy baja.

—Claro. ¿De dónde pensabas que había salido mi belleza? —dijo en tono de broma—. Ven que te presento a mi hermano mayor.

—Tengo pendiente darte tus fotos —dijo Diego con tono de disculpa, después de darle dos besos—. Te prometo que en unos días las tengo. Estas fechas son complicadas y tengo mucho trabajo.

—No te preocupes, no hay prisa. Y mil gracias, de verdad.

Lukas sonrió a su hermano. A Diego se le había ocurrido enmarcarle dos ampliaciones de las fotos. Esperaba que la sorpresa le gustase. Pensaba dárselas como regalo de Reyes.

Juls se acercó a ellos y él se la presentó también. Alexia saludaba a todos con una sonrisa enorme, sin timidez alguna.

—Los has descrito tan bien a todos, que es como si los conociera —le confesó en un aparte—. Tus hermanos son todos muy impresionantes. Muy guapos. Sobre todo, Diego.

«¿Más que yo?». La pregunta tomó forma en su cabeza, pero no salió de su boca. Todavía no estaban en ese punto de su relación. ¿Relación? Quizá se estaba precipitando un poco.

Mía le puso una manita en la boca y le distrajo.

En ese momento, llegó Erika y cogió a Alexia de la mano, arrastrándola hacia el jardín. Lukas se mordió la cara interna de la mejilla. Sabía lo que llegaba a continuación. Su hermana era la persona más páfida del universo y seguro que iba a relatarle a Alexia sus mil y una anécdotas vergonzosas de la infancia.

—No pongas esa cara de sufrimiento. Te olvidas de que tú siempre haces lo mismo con las chicas que traemos a casa —le dijo Jorge—. Es tu modus operandi habitual. Eres bastante cabroncete.

—Pregúntale a tu chica qué quiere beber —gritó su padre desde la isla de la cocina.

—¡Que no es mi chica! —rezongó.

—Vale, pues pregúntale a *esa* chica qué quiere beber —repitió con voz burlona.

Lukas le lanzó una mirada cargada de exasperación mientras iba al exterior, seguido por un coro de risas.

Lucía un sol espléndido y eso hacía que el frío fuera soportable. No obstante, el crepúsculo no tardaría en hacer acto de presencia y entonces bajaría la temperatura.

Eri y Alexia estaban sentadas en una de las tumbonas con Mía a sus pies, que arrancaba briznas de hierba con violencia. Las dos adultas se estaban riendo a carcajadas.

—Eh, Lukas —le llamó su hermana agitando el brazo—. ¿Cómo

es que no le habías contado a Alexia que cuando eras pequeño te quitabas el pañal y lo ponías todo perdido de caca? —preguntó con malicia.

Eso era caer muy bajo. La fulminó con la mirada mientras se lo anotaba mentalmente para no olvidarlo jamás y utilizarlo en su contra cuando ella trajese a algún tipo a casa.

—¡Qué vergüenza, Lukas! —dijo Alexia y meneó la cabeza con fingido horror, mordiéndose los labios para no echarse a reír.

—Era un niño rebelde —comentó con aplomo—. ¿Qué quieres beber?

—Un refresco. Me da igual qué.

—Yo se lo traigo —dijo Erika, levantándose deprisa.

—No lo traigas. Mejor vamos dentro —repuso Alexia, incorporándose—. La hierba está un poco fría para la niña.

Mientras su hermana desaparecía en el interior de la casa, Lukas cogió a su hija en brazos que se retorció a disgusto. Luego miró a Alexia con disculpa.

—Perdona si mi familia te incomoda. Son muy intensitos.

—Estoy encantada —dijo con tono afectuoso—. Echaba de menos el relacionarme así con alguien. Mi hermano Gael y yo éramos muy bromistas y siempre estábamos fingiendo pelear. La relación que tenéis vosotros me lo recuerda. —Hizo una pausa y soltó un suspiro—. Os envidio.

Pese a que ella había comenzado a mencionar a sus hermanos cada vez con más frecuencia, su tono de voz pesadoso no le gustó mucho a Lukas. Lo último que deseaba era que se sintiera triste.

—Gracias —dijo ella de repente.

—¿Gracias?

—Por invitarme.

La sorpresa le invadió. La miró y lo único que encontró en sus facciones fue franqueza y emoción.

—Creo que tu familia es maravillosa. Tu madre me ha abrazado y me ha dado las gracias muy bajito. Supongo que será por cuidar de Mía. Me ha parecido un detalle muy bonito.

—¿Ha hecho eso? —preguntó con estupefacción. Su madre no solía mostrar sus emociones y mucho menos ante personas que acababa de conocer.

—Sí —dijo—. Tienes mucha suerte. —Su voz se había tornado nostálgica de nuevo.

Lukas la miró sin saber muy bien qué decirle. Era obvio que había retornado al pasado; quizá estaba recordando algún suceso de su infancia o adolescencia con su propia madre.

Carraspeó, algo que pareció hacerle mucha gracia a Mía, que le palmeó la garganta como si sus manitas pudieran provocar de nuevo un ruido semejante. Lo repitió para deleite de la pequeña.

—Me encanta que estés a gusto, no obstante, si en algún momento sientes deseos de huir, hazme un gesto.

—¿Como arrugar la nariz o ponerme bizca? —bromeó.

—Demasiado sospechoso —le siguió el juego—. Mejor pensemos en alguna frase clave que solo sepamos nosotros.

—¿Puede que no sea muy listo, pero sé lo que es el amor? —sugirió ella con inocencia.

Lukas soltó una risa. Y Mía le acompañó con entusiasmo.

—Esa es de Forrest Gump. No cuela.

—¿He cruzado océanos de tiempo para encontrarte?

Él volvió a reírse.

—¿Drácula? ¿Te imaginas que estamos hablando de cualquier cosa y de pronto dices eso?

Alexia soltó una risa profunda.

—No tiene mucho sentido.

Sus miradas recalaron la una en la otra con diversión. Toda la agitación que Lukas había sentido desapareció como por encanto. ¿Qué tenía esa chica que conseguía apaciguarle con un par de frases y una sonrisa? Estaba claro que no tenía de qué preocuparse. Todo iba a ir bien. Su familia era estupenda y Alexia era fantástica.

—¡Chicos! —Llegó la voz de Erika hasta ellos—. Vamos a merendar.

—¿Entonces no hay frase en clave? —preguntó Alexia mientras echaba a andar hacia la casa.

—Sí. Es órdago.

—¿Cómo?

—¿No sabes jugar al mus?

—No.

—Bueno, da igual. Si uno de los dos dice órdago, nos vemos en el baño.

—Pero si ni siquiera sé dónde está el baño —cuchicheó ella.

—Da igual. Tú me sigues.

—¿Pero la clave no era para mí?

No pudieron seguir hablando porque su hermana se plantó ante ellos y cogió a Alexia del brazo.

—¿Te ha enseñado Lukas fotos de Mía cuando era recién nacida? Hemos preparado un vídeo que es una flipada.

Lukas frunció el ceño. ¿Un vídeo? Él no sabía nada de un vídeo.

Entraron en la casa y tomaron asiento alrededor de la mesa. Su

madre llegó con rapidez para coger a Mía. Cuando la niña estaba presente, se comportaba como una gallina clueca con su polluelo. La sentó en una trona a su lado y puso un plato de plástico con trocitos de plátano muy chiquititos a su alcance.

La comida transcurrió como transcurrían todas las comidas de los Alba. Eran ruidosas y divertidas; todos hablaban con todos al mismo tiempo. De vez en cuando, Lukas miraba a Alexia de reojo. Pese a que había logrado sentarse a su lado, Eri y Juls la tenían acaparada con sus preguntas sobre cómo era bailar en el Go y sobre su fascinante pasado viviendo en todas partes. Nadie mencionó a su familia. Era obvio que su padre había puesto a los demás sobre aviso para que no hablaran sobre ello. En momentos como ese, adoraba a todo su clan por más caóticos e irreverentes que fueran.

Un codazo le trajo de vuelta a la realidad.

Era Iván que estaba sentado a su derecha.

—¿Dónde va a pasar Alexia la Navidad? ¿Va a estar sola?

De repente, cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de sus planes. Se llamó imbécil en silencio por no haberlo hablado con ella con anterioridad.

—Eh, no lo sé.

—Deberías preguntarle.

No había tenido tiempo de reaccionar cuando su padre pareció haberle leído la mente.

—Alexia —dijo Tony, llamando la atención de la joven—, ¿dónde vas a pasar la Nochebuena?

Ella tardó en contestar.

—En casa de Soraya —repuso y su voz no era muy sólida—. Está sola con sus niños y me ha invitado.

—Ah, genial. ¿Y la Navidad? ¿Tienes algún plan?

—No.

—Pues ya lo tienes —concluyó el cabeza de familia—. Comes con nosotros.

—Oh, muchas gracias, pero no quiero ser una molestia...

—¡De molestia nada! Si vemos que no hay suficiente comida, echamos a Lukas y nos quedamos contigo.

Todos rieron. Incluida ella. No obstante, Lukas tuvo la sensación de que lo hacía forzosamente y la preocupación se le alojó en el estómago.

Repentinamente, sintió el roce de una mano sobre su muslo izquierdo y estuvo a punto de saltar de la silla. Fingió estar muy interesado en la porción de ensalada de pasta que se había servido hacía un rato mientras ponía cara de póker.

Los dedos que reposaban sobre su pierna comenzaron a dibujar garabatos.

Qué raro todo.

De repente, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Alexia estaba intentando escribir un mensaje en su pierna. Se concentró en el movimiento de los dedos y captó una A, un 6 y una O. No entendía nada. Evitó mirarla directamente. Ella parecía muy interesada en algo que estaba contándole su hermana. Volvió a centrarse en los trazos que estaba haciendo. Había vuelto a empezar. Una O, una R, una D...

¡Órdago!

Su intuición no le había engañado. Puso la mano encima de la de ella para indicarle que la había entendido y lanzó una mirada a su alrededor. Era imposible que Alexia y él pudiesen tener una charla privada; siete pares de ojos los vigilaban.

Terminó por sacarse el móvil del bolsillo y redactar un mensaje.

Lukas: Qué necesitas? Quieres que nos vayamos?

Vio cómo ella cogía su teléfono y miraba la pantalla.

Alexia: No. Es solo que me he agobiado. Déjalo.

Lukas: No lo dejo. Te llamo. Finge que es otra persona y sal al jardín. Yo voy en un par de minutos.

Y eso hizo; la llamó. Alexia se excusó con todos y abandonó la mesa, pretendiendo que era algo importante.

En cuanto ella salió, los comentarios llegaron desde todos los flancos.

—Qué chica más estupenda.

—Es guapa y simpática. ¿Habéis visto lo bien que se porta con Mía?

—No te pega nada.

—No aparenta diecinueve. Parece mayor.

—Qué lástima que esté sola en Navidad.

—Que su tono de llamada sea una de Billy Idol ya dice mucho de ella.

—No me extraña que estuvieras tan nervioso. La chica es un amor.

—Qué vida más interesante. Ha recorrido toda la geografía española, currando. Ha debido de ser duro.

Lukas dejó que las palabras de su familia llovieran sobre él sin hacer mucho caso. Estaba pendiente de la femenina silueta que podía vislumbrar al otro lado del ventanal. Inquieto, se puso de pie, ignorando las miradas curiosas que recibió.

—Ahora vuelvo.

Recorrió el mismo camino que ella había recorrido apenas un

minuto antes, seguido por unos cuantos comentarios desconcertados.

Alexia estaba en el extremo más alejado del jardín, junto a la piscina. Nadie podía verla desde la casa. Tenía los puños apretados, los ojos cerrados y estaba pálida. Sus labios se movían como si estuviera recitando algo en voz muy baja.

Fechas.

Lukas se acercó con rapidez y se situó a su lado sin decir nada. Aguardó con los nervios a flor de piel, mientras contemplaba el cielo que comenzaba a perder su tonalidad celeste e iba tornándose violeta. La temperatura seguía siendo agradable, aunque no tardaría en descender haciendo necesario el uso de una chaqueta. Podía escuchar la respiración acelerada de la joven y las ganas de hacer algo más que estar ahí siendo un apoyo silencioso le embargaron, pero no sabía muy bien qué más podía hacer.

—Gracias. —Escuchó su voz al cabo de un rato.

Volvió la cara y la miró. Le estaba observando con esos ojos rasgados suyos tan hermosos. El tono pétreo de su rostro había desaparecido y parecía más calmada.

—No me las des.

—Sí. Sí te las doy. Gracias por estar ahí. De pronto, ha sido demasiado. Perdóname por montar este numerito, pero tenía la sensación de que no podía respirar. Ya te dije que a veces me pasa.

—No te disculpes —rechazó con un ademán—. Sé que son muy intensos, pero créeme si te digo que lo hacen con buena intención.

—Lo sé. No es su culpa, ellos son fantásticos, soy yo que no estoy bien —dijo en voz queda, como si le costara admitirlo—. Me gusta mucho tu familia. Tienes una suerte increíble. Es solo que es la primera vez en muchos años que estoy en una reunión semejante, con muchas personas hablándome y preocupándose por mí. Me he sentido desbordada. —Hizo una pausa que aprovechó para apartarse el pelo de la cara y ponerlo detrás de sus orejas—. Y la Navidad es una época que me entristece. Dejé de celebrar estas fiestas cuando me fui de Madrid y este año... —se interrumpió y dejó escapar un suspiro—. Este año va a ser el primero que pase acompañada y me siento rara.

Lukas la observó en silencio. Se la veía desvalida y frágil y tuvo ganas de cogerle la mano y transmitirle algo de fuerza y templanza.

—No hace falta que vengas a comer. Nos inventamos una excusa y ya está. Si quieres, podemos comer los tres juntos, Mía, tú y yo.

Su familia le mataría si faltaba a la comida navideña, pero no le importó gran cosa. Solo le preocupaba Alexia.

Ella se rio con suavidad.

—¿Qué pretendes? ¿Que tu familia me odie? No voy a

arrebatárselos a su hijo favorito y a su única nieta en un día tan especial.

—¿Hijo favorito? ¿No has visto cómo se burlan de mí?

—Te adoran. Es tan evidente —sonrió—. Gracias por ser tan generoso, Lukas, pero ha sido solo un momento de debilidad. No te preocupes. Tu familia es genial y son muy amables por invitarme. No voy a despreciar su invitación. Ha sido la sorpresa lo que me ha descolocado. Además, la prueba de fuego la pasaré mañana por la noche en casa de Soraya.

—¿Estás segura? —inquirió con la frente arrugada.

—Lo estoy —afirmó contundente—. Anda, volvamos dentro antes de que salgan a buscarnos.

La estudió con los ojos entornados. De nuevo era la chica segura de sí misma y tranquila de siempre. Ahora, el que se sentía confuso era él. Curioso cómo se habían invertido los papeles. El simple hecho de verla preocupada y nerviosa le había desestabilizado. Quizá era más empático de lo que había creído jamás porque había sentido su angustia como si fuera propia.

Instintivamente le tendió la mano.

—Hoy te has empeñado en darme la mano —dijo ella con ironía. No obstante, la cogió.

—Es para que me des tu apoyo —murmuró. Y no sabía si había algo de cierto en esa afirmación.

Ella se rio bajito.

—Claro, Lukas, el más extrovertido de la familia Alba necesita mi apoyo —dijo socarrona—. El chico que disfruta jugando malas pasadas a todos y gastando bromas.

Se sintió abochornado, pero mantuvo el tipo.

—Eso era antes, ahora solo tengo tiempo de cambiar pañales, desinfectar biberones y limpiar vómitos.

—Mentira. Olvidas que te he visto haciendo el *moonwalk*.

—Ni se te ocurra contarle —le pidió con fingida súplica—. Son todos unos malvados y lo usarían en mi contra.

—Mis labios están sellados.

Justo antes de entrar al salón, separaron sus manos como si se hubiesen puesto de acuerdo mientras intercambiaban una sonrisa cómplice. Fueron recibidos con total naturalidad, como si fuera normal que Lukas hubiese ido corriendo tras ella a interrumpir su llamada telefónica. Nadie hizo preguntas.

El resto de la comida transcurrió de un modo menos caótico. Durante su ausencia, tenían que haber acordado moderar su comportamiento.

Ya había oscurecido cuando su madre trajo el bizcocho. Erika

puso la tele y anunció que la hora de ver el vídeo había llegado. Mía se había quedado dormida. Después de comerse sus trocitos de plátano, había ido pasando de brazos en brazos hasta llegar a los de Jul y caer rendida.

En cuanto las primeras imágenes del vídeo del que Lukas no tenía constancia aparecieron en la pantalla del televisor, supo por qué nadie le había informado. No eran solo fotos de Mía. Era una especie de comparativa de Mía y de él cuando era un bebé. Alguien — seguramente Diego— había hecho un montaje con fotos de los dos.

Mía sonriendo con una expresión de lo más graciosa. Él sonriendo con las mejillas manchadas de algo oscuro. ¡Por Dios, esperaba que no fuera caca!

Mía desnudita sobre una manta y siendo preciosa. Él desnudito sobre una colcha, con cara de enfado.

Mía llorando con los ojitos llenos de lágrimas, tierna y dulce. Él llorando con la cara llena de mocos.

Mía durmiendo como un angelito. Él con los ojos cerrados y el rostro contraído. Era obvio que estaba apretando para hacer caca.

—Yo solo he hecho el montaje —dijo Diego, riendo—. Las fotos me las ha pasado Eri. No me responsabilizo de eso.

Tal y como Lukas había sospechado.

Las risas y los comentarios jocosos se sucedieron mientras él enterraba la cara en las manos y maldecía su suerte. ¿Cómo narices iba a impresionar a Alexia si su familia se empeñaba en mostrarle fotos de su culito regordete o de su carita manchada de algo pegajoso?

Imposible.

—Dios mío, Lukas. Eras adorable —le dijo ella al oído.

Alzó la barbilla y se encontró con su mirada oscura.

¿Adorable? Hubiera preferido otro epíteto diferente, algo más potente como: atractivo, guapo o impresionante, pero cuando su sonrisa se hizo más grande y sus ojos centellearon, se le alborotó el corazón y pensó que se conformaba con adorable.

Sí

Adorable no era tan malo.

Capítulo 18

Alexia

La fiesta de fin de año del Go Beach Club era un éxito rotundo. El local estaba a rebosar de gente y el alcohol corría a raudales. Habían contratado a un famoso DJ belga y se había abierto una parte del local que normalmente estaba reservada para fiestas privadas. La plataforma en la que solían bailar los gogós había desaparecido para dejar más espacio en la pista. Esa noche, el espectáculo tenía lugar sobre una de las barras, entre copas y botellas. Eran tres gogós bailando simultáneamente.

Las entradas se habían agotado hacía meses.

Pese a que la fiesta había empezado a las once, la mayoría de la gente llegó después de la medianoche. Los empleados se habían comido las uvas mientras una de las pantallas gigantes mostraba una cuenta regresiva. La explosión de luces y colores que llegó después, mezclada con estridente música electrónica dio el pistoletazo de salida a la celebración.

Eran ya las dos de la mañana cuando Alexia pudo bajarse de la barra y hacer una pausa. No tenía que volver a actuar hasta las tres y media, así que disponía de noventa minutos para poder descansar. Hizo un alto en la otra barra para coger una botella de agua y su mirada se cruzó con la de Borja. Después del enfrentamiento que tuvieron el mes anterior no habían vuelto a hablar. En ocasiones, notaba que él la espiaba desde la distancia, pero no había vuelto a acercarse a ella, algo que no la dejaba tranquila. Era como esos animales que esperaban agazapados y vigilantes a su presa, aguardando una oportunidad para atacar.

No le gustaba nada.

Borrándole de su mente, se dirigió al vestuario, huyendo de la gente y del ruido, aunque incluso allí, la música reverberaba en las paredes y hacía vibrar el suelo.

Tania y Apolo estaban sentados al fondo, cerca de la pared. Las altas botas de plataforma de ella estaban tiradas a un lado en el suelo. El guapo cubano tenía uno de sus pies en su regazo y se lo masajeaba con cuidado. Ella tenía la cara contraída por el dolor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, acercándose.

—He pisado mal y me he hecho daño.

—¿Un esguince? —Hizo la pregunta con los ojos muy abiertos y un tono preocupado. Una torcedura de tobillo era una noticia pésima para un bailarín.

—Pienso que no porque lo puede mover perfectamente —repuso Apolo. Como siempre, iba vestido de negro.

—¿Perfectamente? —casi gritó ella—. Pues me duele un huevo.

—Lo mejor es que reposes. Con algo de hielo estarás mil veces mejor.

—¿Voy a buscar hielo? —se ofreció Alexia.

—Ya ha ido Lore. No puedes seguir bailando esta noche.

Tania le lanzó una mirada ceñuda, como si no estuviera en sus cabales.

—Claro —masculló con sarcasmo—. Pero necesito la pasta, tío. Ya me dirás tú qué cojones le digo al jefe. Tengo que salir en diez minutos.

Apolo meneó la cabeza y elevó los hombros.

—¿Y cómo vas a salir? ¿Cojeando?

—Como sea —dijo con tozudez.

Bajó el pie desnudo al suelo y probó a apoyarlo, pero el dolor desfiguró su cara. Llevaba una minifalda de cuero negro y un top del mismo color y material, y su maquillaje era muy potente con carmín granate y los ojos sombreados en un tono gris. Pese a que parecía una mujer dura y rebelde, un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Necesito la pasta —gimoteó con desesperación.

—No te fuerces, Tania. Y no te preocupes por el dinero —intervino Alexia sin vacilar—. Hago yo tu turno.

—¿En serio? —Alzó la vista y sus ojos brillaron esperanzados.

—Sí.

—Joder, mil gracias. Te debo una.

—Que no te preocupes. Mejor llama a un taxi y vete a casa.

En ese momento, se abrió la puerta y apareció Lore con un vaso de plástico lleno de cubitos de hielo. Se acercó a Apolo y se lo tendió. Este cogió una camiseta de su bolsa de deporte y envolvió el hielo en ella. Luego se lo dio a Tania.

—Pon el pie en la silla y quédate así.

—¿Cómo va a salir a bailar? —inquirió Lore con el ceño fruncido.

—Salgo yo en su lugar —dijo Alexia.

Se ganó una mirada agradecida de Tania y un asentimiento de Lore, que iba a ser su compañera en el turno. Ella y Apolo.

Fue a su taquilla y sacó el móvil y su neceser. Con ambos en la mano se dirigió al aseo. Aquella noche se había decantado por un

breve mono de lentejuelas plateadas, uno más de los modelitos que le había cedido Soraya. Ella no tenía tanta ropa apropiada para bailar. El mono era precioso a los ojos de todo el mundo, pero un horror cuando tenía que ir al baño. Tuvo que desvestirse casi del todo para poder usar el retrete. Abandonó el pequeño cubículo y se miró al espejo. El sudor le había estropeado el maquillaje, así que se apresuró a retocárselo. Estaba agotada, pero le haría el favor a su compañera porque quizá en otra ocasión fuera ella la que necesitase ayuda. A veces, la vida se presentaba así, y había que aceptarla, pensó con pragmatismo.

Desbloqueó el móvil y vio que tenía tres mensajes de Lukas. La excitación le recorrió las venas y una sonrisa pintó sus labios.

Lukas: Feliz año, Ale. Espero que no estés trabajando demasiado y que puedas irte pronto a casa. También espero que este año que entra sea mil veces mejor que el anterior y que todos tus des...

Lukas: Perdona. Se me ha escurrido el dedo y he enviado el mensaje antes de acabarlo. Además, creo que me ha quedado muy ñoño. Pues eso, que feliz año, de mi parte y de parte de Mía. Que te echamos de menos. Te mandamos una foto para que veas que nos acordamos mucho de ti.

Abrió la imagen que acompañaba a los textos.

Lukas estaba sentado en el suelo con la niña sobre su regazo. Mía iba vestida de gala con un vestidito rojo muy cuqui y un lazo también rojo en el pelo. Él, por el contrario, lucía vaqueros desgastados y un jersey blanco muy navideño con un Papá Noel sonriente en el frontal. En la mano derecha tenía un folio en el que se podía leer en grandes letras negras *Feliz Año, Alexia*. El punto de la i era un corazón.

Se emocionó. No pudo evitarlo. Se llevó el móvil al pecho y cerró los ojos que se le habían humedecido.

¿Se podía ser más maravilloso?

No se habían visto desde la comida de Navidad, ya que sus padres habían cerrado el negocio familiar unos días y se habían quedado con la pequeña mientras él trabajaba. Pese a que Lukas no la necesitaba para cuidar a Mía, había intentado quedar con ella en más de una ocasión.

Le había dicho que no.

Necesitaba distancia para estar segura de sus sentimientos. Nunca se había enamorado y no sabía si lo estaba en ese instante. El interés que sentía por él era genuino, pero era consciente de que empezar algo con alguien como Lukas no era sencillo ni podía tomárselo a la ligera. A fin de cuentas, era un chico con unos compromisos y obligaciones que iban mucho más allá de los típicos de una persona de su edad. Lukas iba en pack.

Tenía que estar muy convencida de querer asumir esa responsabilidad.

La comida del día veinticinco en casa de sus padres fue maravillosa. De nuevo, hicieron que se sintiera parte de la familia, tal y como habían hecho la tarde del domingo, como si fuera una más del clan. Por un lado, le resultó conmovedor que la acogieran de ese modo y le agradó. Sin embargo, otra parte de ella se sintió intimidada. Era una familia tan perfecta y cariñosa que no sabía si, en caso de tener una relación con Lukas, iba a estar a la altura. Estaba acostumbrada a la soledad, a no compartir sus pensamientos con nadie, a ser muy independiente y a necesitar mucho espacio.

Los Alba eran lo opuesto.

Y también venían en el pack de Lukas, eso era obvio.

Admitía que él le gustaba. Le gustaba mucho, pero no estaba segura de poder aclimatarse a su entorno. Por eso el distanciamiento de esos días.

Volvió a releer los mensajes y a mirar la foto.

Ella también los echaba de menos, tanto al padre como a la hija.

Era tarde, pero él se había conectado hacía poco, así que no vaciló y respondió a sus mensajes.

Alexia: Feliz año a vosotros también. Gracias por pensar en mí. Yo también os echo de menos. Mía está preciosa en la foto.

Le dio a enviar.

La respuesta llegó mucho antes de lo que había previsto.

Lukas: Y yo? Yo no estoy precioso?

Se rio.

—Ale, dos minutos para salir.

La voz de Lore al otro lado de la puerta la sobresaltó.

—Voy.

Alexia: Tú estás pasable XD

Tecleó con rapidez y luego abandonó el baño.

Soraya y Víctor, otro de los gogós, se habían unido al grupo.

—Ya me han dicho que sustituyes a esta petarda —le dijo Soraya con una mueca de conmiseración.

—Hoy por ti y mañana por mí. ¿No dicen eso?

—Es un amor —intervino Tania. Seguía en la misma silla con el pie apoyado en la otra y el hielo sobre el tobillo.

Alexia volvió a dejar el teléfono y el neceser en su taquilla. Apolo y Lore la estaban esperando junto a la puerta.

—¿Lista? —le preguntó esta última.

Era una chica bajita y delgada con el pelo negro y los ojos muy oscuros. Debía de rondar los veintitrés o veinticuatro años y era

indudable que había tomado clases de ballet clásico, por las posturas y movimientos que solía emplear. Tal y como le sucedía a Alexia, le habían recortado el horario cuando acabó el verano.

—Vamos.

Se despidieron de Soraya, Víctor y Tania y abandonaron los vestuarios. La música explotó en sus oídos en cuanto alcanzaron el corredor. El DJ belga lo estaba dando todo pinchando *Faded* de Alan Walker a más revoluciones de lo normal. Apolo abría la marcha, luego iba Lore, y Alexia cerraba la pequeña comitiva. La pista estaba llena de gente con sus mejores galas, que se apretaban unos con otros mientras saltaban y bailaban con sumo entusiasmo. Gracias a la estatura y la privilegiada constitución física de Apolo consiguieron alcanzar la barra sin percances.

De pronto, Alexia notó que alguien le sujetaba la muñeca y se revolvió con energía para soltarse, al tiempo que se giraba para ver quién era el cabrón que se atrevía a ponerle una mano encima.

Lukas.

Un suspiro casi inaudible emergió de su boca al verle ahí, a un metro escaso de distancia. Él la miraba con esa sonrisa suya de hoyuelos por todas partes. Se había cambiado de ropa y ya no lucía el jersey navideño de la foto; llevaba una camisa oscura abierta en el cuello.

Las luces giratorias del techo convertían su rostro en un mar de luces y sombras y hacían que sus ojos claros destacaran como piedras preciosas.

Estaba arrebatador.

¿Qué hacía allí? No le había dicho que tuviera entradas para la fiesta.

—¡Hola! —le dijo él, acercándose mucho a ella para poder hablarle al oído.

Se estremeció al sentir su cuerpo pegado al suyo. Aspiró con fruición. Olía muy bien. A suavizante de la ropa. Le encantaba que no usara perfumes intensos. Siempre olía a gel de ducha o a champú. O como mucho, a colonia de bebé.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —gritó ella.

—¿Tú qué crees? Es Fin de Año y esto es una fiesta. Bebo y bailo.

Se sintió muy tonta. Estaba segura de que sus mejillas habían enrojecido. Gracias al cielo, la luz era bastante escasa.

—No sabía que ibas a venir.

—¡Sorpresa!

No pudo evitar que una sonrisa se deslizara en sus labios al verle

alzar los brazos en el aire como si fuera un regalo. Sus ojos claros centelleaban entusiasmados.

—¿Te sigo pareciendo pasable o algo más? —continuó él.

Ella no contestó de inmediato y se tomó su tiempo. Por el rabillo del ojo vio que Lore le hacía una seña desde la barra.

—Sigues pasable —le dijo en tono de broma.

—Vaya, qué cruel. Y yo que me he arreglado solo para ti. ¿Te tomas algo conmigo?

—No puedo. Empiezo un turno ahora mismo. ¿Has venido tú solo?

—Sí. Te espero.

—Pero hasta las cinco no acabo. Y voy a estar agotada —repuso con pesar.

—Entonces con más razón. Así te llevo a casa en coche.

—¡No! No vas a estar tres horas esperando —rechazó con un ademán—. Te vas a aburrir.

—No creo —dijo él muy sonriente.

Sintió una oleada de calor en el pecho. Pese a que le había dicho que no la esperase, admitía que no le disgustaba que él estuviese allí.

Echó un rápido vistazo a sus compañeros que ya habían comenzado a bailar sobre la barra.

—Me tengo que ir.

Él asintió y le soltó la muñeca. Ella pestañeó estupefacta. Ni siquiera se había dado cuenta de que la tenía sujeta todo el tiempo, pero cuando él apartó la mano sintió el vacío que dejaba.

No volvió a mirarle. Se encaminó hacia el extremo de la barra en el que habían colocado los peldaños para que pudieran subir los gogós y se situó al lado de Apolo, que le hizo un guiño curioso al tiempo que señalaba con la barbilla hacia el lugar en el que había estado hablando con Lukas.

—¿Novio nuevo? —le preguntó.

—No. Es un amigo.

Barrió el local con los ojos, buscándole, pero no le encontró, aunque era difícil con toda la gente que se agolpaba en la pista. Coordinó sus pies, tratando de seguir el ritmo, aunque estaba distraída.

—Parece más que un amigo. Lo de Borja se acabó, entonces.

—Eso ni siquiera empezó —masculló mientras seguía escudriñando al gentío. ¿Dónde había ido Lukas?

—Pues él va contando por ahí que eres su chica.

Soltó un lamento frustrado. Borja era desesperante.

—Claro. Sus ganas —murmuró.

—Te vas a partir el cuello si sigues alargándolo así. Tu chico se ha ido a la otra barra. Te está mirando desde allí. Aunque mirar es un verbo que se queda corto.

Alexia giró la cara con brusquedad.

Le costó distinguir su cabellera castaña clara entre tanta gente, pero lo logró tras unos segundos. Sí, allí estaba, con un codo apoyado en la barra. Pese a la distancia y a la falta de luz, era innegable que la estaba mirando con mucho interés. Al percatarse de que ella se había girado en su dirección, alzó el vaso que llevaba en la mano y la saludó.

Intentó contener una sonrisa complacida, pero le resultó imposible. Tener a Lukas tan cerca y saber que solo estaba ahí por ella le resultó excitante, tanto que sus nervios se dispararon, algo que no solía sucederle. Desvió la vista y la extravió al fondo del local mientras seguía el ritmo de la canción. No obstante, podía notar sus ojos fijos en ella. Era como si una extraña energía los mantuviese unidos.

O era simplemente que ella sabía que él estaba allí y eso la descolocaba.

Dejó que su cabellera le cayese sobre la cara y le espió a través de las guedejas. Seguía observándola con aparente admiración y eso le gustó mucho. Siendo bailarina del Go se conseguían muchos admiradores, pero hasta el momento le había importado bien poco tenerlos. Sin embargo, que Lukas la mirase de ese modo le caldeaba el pecho y aceleraba su pulso.

Justo al otro lado de la barra, estaba Borja, sirviendo copas. No pudo evitar establecer una comparativa entre ambos. Una comparativa en la que el camarero salía perdiendo por goleada. Lukas lo tenía todo y Borja no tenía nada. Le parecía inconcebible haberse sentido atraída por semejante personaje. ¿Qué demonios había visto en él?

—No te quita ojo —le dijo Apolo cuando se acercó a ella para bailar pegados—. Es muy mono. Si no lo quieres tú me lo quedo yo.

Ella se rio. Sabía que Apolo era bisexual, pero también sabía el tipo de hombre que le gustaba porque lo pregonaba a los cuatro vientos. A él le atraían los tíos de cuarenta para arriba, los *papis*, como solía decir.

—Es muy joven para ti.

—Puedo hacer una excepción —repuso y le guiñó un ojo mientras se alejaba a bailar con Lore.

Había transcurrido más de una hora y Lukas seguía en el mismo sitio. No había apartado la mirada ni un instante. Alexia, aunque con más disimulo, también tenía los ojos puestos en su persona. De algún

modo, comenzó a sentir que bailaba solo para él. Cada giro, inclinación, oscilación o movimiento de cadera se los dedicaba a él. Cada golpe de melena o ademán con los brazos, cada vuelta o gesto sensual eran para él.

Solo para él.

A pesar de que estaban rodeados de personas, de música estridente, de gritos y de ruido, sus miradas parecían estar vinculadas y todo lo demás se esfumaba y dejaba de tener importancia.

Alexia no podía distinguir el color de sus ojos, pero sabía que eran aguamarina, que podían brillar como piedras preciosas y que desprendían calidez y ternura cada vez que miraban a Mía. Sabía cómo se estrechaban cuando iba a contar alguna broma y también sabía que cuando sonreía le aparecían unas cuantas arruguitas en los extremos.

Quería besarle.

No. Iba a besarle.

La idea se materializó con fuerza en su mente.

Esa noche iban a intercambiar su primer beso.

Lo sabía.

Lo deseaba.

El pensamiento le pintó una sonrisa espléndida en la boca.

Lukas también sonreía.

El estómago se le encogió de anticipación.

Después de eso, bailó dándolo todo, entregándose a la música con energía como si no llevara a sus espaldas más de cuatro horas bailando. El tiempo transcurrió deprisa o eso le pareció. Y cuando Soraya, Víctor y Ana llegaron para sustituirlos no los esperaba.

—¿Ya son las cinco?

—Pareces sorprendida. ¿No estás cansada? —le preguntó Apolo.

Estaba agotada y le dolían los pies, pero se sentía llena de energía. Quizá porque en unos minutos iba a estar con Lukas a solas.

Y le iba a besar...

—Un poco —admitió.

Bajaron la escalerita y cuando se cruzó con Soraya, esta le dio un abrazo.

—Tu chico te está esperando —le cuchicheó al oído.

Ni siquiera trató de corregirla. ¿Para qué? Si ella misma ya empezaba a considerar a Lukas como su chico.

Tenía el corazón acelerado y el abdomen lleno de maripositas cuando se abrió paso entre la gente. Pese a lo tarde que era, el local estaba igual de lleno que hacía unas horas. Soraya le había dicho que las noches de Fin de Año siempre eran así. La gente no se iba; se

quedaban para ver amanecer en la playa.

Todavía no había llegado a la barra cuando Lukas se interpuso en su camino.

—Eh —la saludó al tiempo que tendía una mano y se la posaba en el hombro.

—Eh.

Por espacio de unos segundos no se dijeron nada más, aunque tampoco era fácil con la música a todo volumen. Se limitaron a mirarse.

Estaba tan guapo. El juego de luces y sombras acentuaba la profundidad del hoyuelo que tenía en el mentón. Y las ganas de echarle los brazos al cuello y besarle se multiplicaron por mil.

Él se inclinó, invadiendo su espacio, y ella asumió que se iba a apoderar de sus labios, pero no fue así.

—¿Quieres que te espere fuera? —le habló al oído.

Sintió su cálido aliento sobre el lóbulo de la oreja, algo que la llevó a estremecerse. Estaba demasiado sensible.

—Sí —aceptó en un hilo de voz mientras asentía.

Se separaron y él le regaló una sonrisa antes de alejarse.

Alexia no perdió el tiempo, solo deseaba largarse de allí cuanto antes. Se abrió camino a empujones hasta que llegó a la parte trasera y al corredor que conducía a los vestuarios.

Abrió la puerta y su asombro fue grande al ver a Borja. Solo los gogós utilizaban esa sala, los camareros no solían aparecer por allí. ¿Había ido a buscarla? Lo último que necesitaba era tener un enfrentamiento con él. Estaba agotada.

Él la miró con una expresión inusual en la cara que ella no supo identificar.

—¿Qué narices haces aquí? —le increpó mientras se dirigía a su taquilla.

—He venido a descansar un momento —dijo.

Sonaba nervioso y aquello la intranquilizó, no obstante, fingió ignorarle mientras sacaba sus cosas, aunque era muy consciente de su presencia a su espalda.

La puerta del vestuario se abrió y Apolo y Lore entraron.

—Esta es la sala de los bailarines —masculló el cubano al verle—. ¿Sabes bailar? ¿No? Pues aquí sobras.

Borja no replicó. De unas zancadas y sin mirar a ninguno en particular, se marchó.

—¿Te estaba molestando? —le preguntó Apolo.

—No. Yo acabo de llegar y estaba aquí. Dice que descansando. Me ha parecido muy raro.

—Qué tío más peculiar.

Alexia asintió. Borja se había comportado de un modo extraño.

—¿Ese con el que hablabas antes era tu chico? —inquirió Lore—.

Es monísimo.

Sí, Lukas era monísimo. Al cien por cien.

—Dice que es solo un amigo —se burló Apolo.

—Un amigo así quiero yo —murmuró Lore.

—De momento no ha pasado nada —dijo Alexia sonriendo.

—Caerá —pronosticó Apolo—. Hazme caso.

No respondió, pero pensaba lo mismo que él.

Se apresuró a encerrarse en el baño, a limpiarse el maquillaje y a cambiarse de ropa. Ya vestida con sus vaqueros, su polo de manga larga y sus zapatillas abandonó el cuarto y volvió junto a sus compañeros. Apolo se había desnudado y solo llevaba puesto un slip negro muy ajustado. Lore estaba mirando la pantalla de su móvil.

—No trabajo hasta la noche de Reyes —les dijo—. ¿Y vosotros?

—Yo curro mañana —respondió él.

—Yo igual que tú, hasta Reyes nada.

—Pues nos vemos y Feliz Año —les deseó mientras cogía su mochila y su cazadora.

Se despidieron.

Atravesó la discoteca con ansiedad. Admitía que le dolían los pies y que tenía ganas de llegar a casa y tirarse en la cama y no volver a levantarse hasta dentro de una semana, pero el aliciente de ver a Lukas mitigaba la fatiga.

Dijo adiós a los dos porteros que estaban a la salida y que le felicitaron el año. No tuvo que buscar mucho. Lukas estaba a unos cincuenta metros escasos, junto al arenal. Como si hubiese sentido que ella estaba ahí, se dio la vuelta cuando se acercaba.

La temperatura descendía mucho durante la noche y, al lado del mar, la humedad era intensa y provocaba que el frío se le colara a uno hasta los huesos. Alexia se abrochó la chaqueta hasta el cuello. Lukas llevaba un abrigo de paño de color negro, sin abotonar.

—¿No tienes frío? —le preguntó al llegar a su lado.

—No mucho.

—Yo estoy helada.

Él la tomó de la mano y tiró de ella.

—Ven. Vamos a darnos prisa. Tengo el coche cerca.

Alexia le siguió sin protestar con la maravillosa sensación de su mano caliente en la suya.

No hablaron mientras caminaban deprisa hasta su vehículo. Tal y como había dicho, estaba muy cerca, al doblar la esquina.

—Has tenido potra encontrando un sitio aquí en una noche como esta.

—Yo tampoco podía creerlo —dijo.

Se instalaron dentro del coche y él puso la calefacción a tope. Ella no tardó en entrar en calor.

—¿Muy cansada?

—Exhausta. He tenido que hacer también el turno de una compañera que se había torcido el tobillo. Solo quiero irme a casa y dormir veinticuatro horas seguidas.

—Entonces ha sido una idea fantástica venir a buscarte, ¿no? Y llevarte a casa.

Ella giró la cara para mirarle. Estaba sonriendo. Había puesto el coche en marcha y giraba el volante para sacarlo del hueco.

—Admito que es mil veces mejor que tener que esperar en la calle a un taxi. Con la de gente bebida que hay por la zona no dan abasto y tardan un montón en llegar —confesó en voz baja—. ¿Por qué has venido al Go? Creía que ibas a quedarte en casa de tus padres, tranquilo.

—Te echaba de menos.

Alexia bajó los párpados mientras sentía cómo el calor la invadía. Un calor que no tenía nada que ver con la calefacción. Las ganas de besarle volvieron a apoderarse de ella y le miró de reojo. Seguía sonriendo.

Apenas se tardaban diez minutos hasta su apartamento en coche, pero dado que no hablaron, el tiempo se le hizo eterno. Él no había encendido la radio y un silencio pesado los envolvió. La última frase que él le había dicho resonaba en sus oídos todo el rato.

Te echaba de menos.

Cuatro palabras nada más, pero con un significado muy profundo. ¿Cuánto tiempo hacía que alguien la había echado de menos? ¿O que se había alegrado de verla?

Años.

Quizá ya había llegado el momento de dejar de estar sola. Quizá había llegado el momento de querer a alguien y de dejar que la quisieran.

Él detuvo el coche frente a su urbanización y paró el motor. Se quitó el cinturón de seguridad y se giró en el asiento. Ella le miró, hundiéndose en sus ojos claros. En ellos pudo leer que estaba experimentando el mismo anhelo que ella sentía. Se le atascó el aliento en la garganta.

—Ale, quiero besarte —susurró él.

Ella no vaciló. De un único movimiento, liberó su cinturón y se

acercó. Lo último que vio antes de cerrar los ojos y colgarse de su boca fue su expresión sorprendida.

Se besaron.

Con suavidad al principio, tentativamente, como si ambos estuvieran probando las preferencias del otro. Hubo unos cuantos roces de labios, caricias ligeras que terminaron haciéndose más profundas una vez que acompañaron sus movimientos.

Besar era como bailar. Había que adecuarse al ritmo y a la velocidad de la pareja para no perderse. Había que complementarse y coordinarse para que el baile saliera perfecto. Y la danza que ambos ejecutaban estaba resultando maravillosa.

Sus lenguas se encontraron y una descarga eléctrica recorrió la espalda de Alexia.

Lukas sabía besar.

Al menos sabía hacerlo como a ella le gustaba: con calma y paciencia, tomándose su tiempo para explorar. Sin prisas.

Sus manos también llegaron para unirse a esa coreografía. Las de ella se enroscaron en torno a su cuello y las de él se posaron sobre su talle. Sus torsos colisionaron al tiempo que sus bocas se devoraban con ansia.

El beso se alargó y los llevó lejos de allí.

Muy lejos.

Alexia había besado a muchos chicos. Algunos inexpertos, otros muy experimentados. Sin embargo, besar a Lukas estaba resultando fascinante. Quizá porque había muchos sentimientos implícitos en aquella caricia.

Porque no se trataba solo de un beso.

Una eternidad después, él se apartó y jadeó.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no beso a nadie? —murmuró.

Ella negó con la cabeza y apoyó la frente en la suya. Sus agitadas respiraciones se mezclaron.

—Más de un año —confesó en voz muy baja mientras una de sus manos se deslizaba por la cara externa de su torso y su cuello hasta alcanzar su mejilla. Le acunó la cara.

Alexia se estremeció.

—Creo que tenemos que parar —continuó él con pesar.

Ella se echó hacia atrás, confusa. Le contempló con incredulidad.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Pasa que hace mucho tiempo que no estoy en una situación semejante. En realidad, desde que nació Mía... —se interrumpió. Parecía avergonzado—. No, desde hace más tiempo. No he tenido ningún tipo de contacto físico tan íntimo con nadie y... —volvió a

detenerse y bajó la vista a su regazo—. Estoy...

—¡Oh! —musitó ella al darse cuenta de lo que sucedía.

—Me gustas demasiado —concluyó él. Se giró y apoyó las manos en el volante mientras cerraba los ojos—. No quiero estropearlo. Quiero ir despacio.

Ella guardó silencio y se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás. Se quitó la goma que llevaba en la muñeca y se hizo una coleta baja, intentando ganar tiempo. Lukas no era el único que estaba desbordado por la situación.

—Tú también me gustas —admitió.

—¿Mucho?

—Mucho.

—¿Tanto como me gustas tú a mí?

—Es probable —dijo con un conato de sonrisa.

—Pues habrá que hacer algo.

—Sí.

Conversaban en murmullos, sin mirarse. Alexia notaba que su corazón iba a mil por hora y estaba segura de que a él le sucedía lo mismo. La tensión los había invadido a los dos. Solo hacía falta una mínima chispa para que todo estallara.

—¿Cuándo te vuelvo a ver?

—Pasado mañana me quedo con Mía, ¿no?

—No me refería a eso.

—Lo sé.

Lukas se rio bajito.

Alexia también.

—Me voy —dijo antes de poder arrepentirse—. Que duermas bien...

Por fin, él giró la cabeza en su dirección y ella recibió el impacto de sus hoyuelos. Tenía ganas de abrazarle y volver a besarle, pero no era ni el momento ni el lugar más adecuado.

—Feliz Año, Ale —comentó con suavidad.

—Feliz Año a ti también.

Después de eso, abrió la portezuela y descendió del vehículo. Echó a andar hacia su casa con paso enérgico. Todo el cansancio que había experimentado con anterioridad había desaparecido y se notaba llena de vitalidad, como en una nube.

Efervescente. Así se sentía.

Se volvió antes de abrir la puerta y agitó el brazo para despedirse de él. La luz interior del coche estaba encendida y pudo ver que él alzaba la mano y le regalaba una hermosa sonrisa.

Y, de nuevo, las mariposas que habitaban dentro de su abdomen

revolotearon con júbilo.

Capítulo 19

Lukas

Hacía media hora que había llegado a casa y todavía no había tenido valor para hablar con Alexia sobre el beso que intercambiaron la madrugada de Año Nuevo. Ni siquiera sabía si había sido tan especial para ella como lo fue para él.

Para él fue increíble. Cada vez que lo recordaba, volvía a excitarse.

Vergonzoso.

Más de un año sin tener ningún tipo de contacto físico con nadie le había pasado factura. La última persona fue Eva y su partida le dejó muy tocado. A eso le podía sumar que el trabajo y la crianza de Mía le tenían ocupado y exhausto. En lo último en lo que pensaba era en chicas. Incluso la frecuencia con la que se masturbaba había descendido bajo mínimos. Que un simple beso hubiera provocado esa reacción en él ni siquiera le sorprendía demasiado.

Y no un beso de cualquiera, un beso de Alexia.

De la chica que estaba empezando a convertirse en el centro de su mundo y que le tenía encandilado.

Y Alexia sabía besar. Eso era incuestionable. Tenía una boca increíble, de labios suaves y carnosos. Le gustó que ella tomara la iniciativa del beso y que se entregara con esa vehemencia, poniendo el mismo interés y pasión que sentía él.

Fue un beso grandioso.

Lástima que tuviera que interrumpirlo, pero si no lo hubiese hecho, la situación se habría desmadrado y él quería hacer las cosas bien. Por Alexia, por él mismo y por Mía. No quería echar un polvo rápido en un coche. Quería mucho más.

Mía se agitó entre sus brazos, protestando, y poco después, un olor desagradable alcanzó sus fosas nasales.

—¿Ahora te haces caca? Pero si te acabamos de cambiar el pañal —protestó con resignación.

La niña alzó la carita y le regaló una sonrisa feliz.

Él no pudo hacer otra cosa que devolvérsela.

Se habían sentado en el sofá y veían un canal de dibujos animados mientras esperaban a Alexia para poder llevarla a su casa. Estaba en el baño, lavándose la cabeza, porque Mía había decidido

que su merienda no le gustaba demasiado y había vomitado encima del pelo de su niñera.

Lukas se puso de pie y aguzó el oído. El agua de la ducha seguía sonando, así que desechó la idea de ir al baño a buscar un pañal. Alargó la mano y cogió la mochila de Alexia que estaba en el otro extremo del sofá; siempre llevaba pañales de recambio y toallitas. Tumbó a su hija en el sofá y le quitó el pelele de cuadros que llevaba. La niña elevó las piernas en el aire y las agitó con alegría, esparciendo el asqueroso olor por todas partes.

—¿Cómo puedes ser tan bonita y tener una caca tan maloliente?

Un gracioso gorjeo fue la respuesta.

Metió la mano en la mochila, pero solo había libros, un cuaderno y un neceser. Probó en otro de los bolsillos y encontró un pañal. Mientras sujetaba a Mía con una mano para que no resbalara del sofá, palpó los demás compartimentos buscando las toallitas hasta que, en la parte trasera, encontró una bolsa de plástico. La sacó.

En un primer momento no supo muy bien lo que tenía en la mano porque su cerebro tardó en reaccionar.

Mía pateaba ansiosa, pero él se había quedado paralizado y miraba la bolsa transparente con los ojos muy abiertos y la respiración acelerada.

Lukas nunca había sido consumidor de drogas, solo en alguna ocasión se había fumado un porro con amigos, pero no era imbécil y tenía conocidos que se metían mucha mierda, así que no era la primera vez que veía ese tipo de pastillas. Era éxtasis. O eme, como se las conocía más comúnmente. Eso era lo que tenía frente a sus ojos: una bolsa en la que debía de haber unas quinientas pastillas azules. Era obvio que tal cantidad no era para consumo propio, sino para traficar.

Y esa bolsa estaba en la mochila de Alexia, junto a los pañales de su hija.

Mía soltó un grito que le hizo reaccionar. Con una sangre fría que no sabía que poseía, dejó la bolsa sobre la mesa del salón y buscó las toallitas en la mochila hasta que las encontró. La sangre iba a toda velocidad por sus venas y un zumbido potente se había alojado en sus oídos, pero le cambió el pañal a su hija con eficiencia y rapidez.

Una vez hubo terminado, la depositó en el parquecito y le dio uno de sus cuentos de tela favoritos. Después se dirigió a la mesa y clavó la vista en la bolsa de pastillas. Tenía el estómago encogido por una sensación, mezcla de incredulidad, decepción y enfado.

No podía creer que Alexia estuviera trapicheando. Con una mierda tan adictiva y peligrosa como esa, éxtasis. No podía. Era algo

que jamás se le hubiese pasado por la cabeza.

¿Alexia traficando?

No podía ser.

Una vena había comenzado a latirle con vigor en la sien y notaba una ligera capa de sudor cubriendo su frente.

¿Solo traficaba o ella misma las consumía? Y si era así, ¿lo hacía a diario mientras estaba con Mía?

Aquellos pensamientos le hicieron apretar la mandíbula, lleno de furia.

¿Alexia se metía mierda mientras estaba con su hija?

Un gruñido gutural emergió de su garganta.

No podía creer que esas pastillas fueran de Alexia. No quería. Sin embargo, ahí estaba la prueba. Las había encontrado en su mochila.

¿Y si no consumía y solo se dedicaba a venderlas?

Aquello no mejoraba en nada la situación.

¿Una traficante a cargo de su hija?

Se dejó caer en el sofá, apoyó los codos en las rodillas y hundió la cara en las manos.

No tenía sentido. Alexia no era ese tipo de persona. No lo era. ¿O sí? ¿Realmente la conocía? ¿Tan mal la había juzgado? Casi desde el primer instante la había catalogado como una chica seria, responsable y muy madura para su edad, que quería progresar en la vida y trabajaba duro para pagarse los estudios. No encajaba en el perfil de alguien que trapicheaba con eme. Pero trabajaba en el Go. En la mayor parte de los locales de ocio nocturno se pasaba droga. Él mismo había sido testigo de cómo se vendía en los baños.

¿Pero Alexia?

Quizá lo hacía porque andaba corta de dinero.

Como le había contado, su adolescencia no fue un camino de rosas. A lo mejor se había visto obligada a meterse en ese mundo para sobrevivir. Era posible, pero para él no había justificación alguna. Y mucho menos, si pensaba en su hija. Por mucha pena que le diera su situación personal, no podía consentir que su hija estuviera cerca de alguien que tuviese contacto con esa mierda. De ninguna manera. Podía suceder cualquier cosa —no porque Alexia fuese a hacerle daño a la niña, de eso estaba seguro—, pero ese mundo estaba lleno de gentuza. Y ¿si algún comprador se ponía difícil e iba a buscarla y ella estaba con la niña?

Era un riesgo que no podía correr.

Se puso de pie como impulsado por un resorte y echó un vistazo a Mía; estaba distraída pasando las páginas de su libro y apretándolas para que emitieran diferentes sonidos. A Lukas le costó arrancar la

mirada de su cabecita rubia, pero lo hizo y se enfocó en la mesa, en la maldita bolsa de pastillas azules.

Una profunda desazón le embargó.

Admitía que tenía muchos sentimientos por Alexia. No había querido ponerles nombre porque lo que había comenzado a crecer entre ellos se hallaba en un estadio muy temprano. A fin de cuentas, solo habían intercambiado un beso.

Solo un beso.

Cerró los ojos mientras lo recordaba y un sabor amargo le inundó la boca.

Escuchó el sonido de la puerta del baño y se le encogió el corazón.

Poco después, ella apareció en la sala. Llevaba el pelo húmedo goteando sobre sus hombros.

—Gracias por prestarme tu ducha —le dijo muy sonriente—. No sabía que una niña tan pequeña pudiera vomitar tanta cantidad de comida —continuó en tono de broma.

Lukas se limitó a observarla de arriba abajo. Su aspecto era tan inocente... Parecía una cría con los vaqueros ajustados, las deportivas y esa camiseta roja con la cara de Minnie Mouse en la pechera. Esa no era la apariencia de alguien que pasase drogas.

Tenía el pulso acelerado y una tristeza enorme le oprimía por dentro, pero ya no había marcha atrás.

—¿Pasa algo? —le preguntó ella con las cejas arqueadas, como si se hubiera dado cuenta de que su comportamiento no era el de siempre.

—¿Qué es eso, Alexia? —le preguntó en voz muy baja, haciendo un gesto hacia la mesa.

Ella se acercó con el ceño fruncido y posó la mirada sobre la bolsa. Él estaba muy pendiente de sus reacciones y pudo leer una miríada de diferentes expresiones en su rostro. Extrañeza al principio que se convirtió en sorpresa, luego pasó al horror y, finalmente, llegó la aceptación.

—Es eme —murmuró sin alzar la vista.

—Ya sé que es eme. Estaba en tu mochila.

Ella no emitió ningún sonido. Su cara estaba pálida y apretaba los puños a los lados de los muslos.

—¿No dices nada? —la increpó.

—¿Qué quieres que diga? —dijo con derrotismo. Seguía con la mirada baja.

—¿Es tuya? —inquirió con sequedad.

Necesitaba que ella dijera que no. Que lo negase. Que se

mostrara indignada y le contara alguna excusa plausible que alejase la culpa de su persona, pero no hubo nada de eso, solo un silencio sepulcral.

¿No iba a defenderse?

El pequeño conato de esperanza que había guardado en su interior desapareció.

—No lo entiendo. Llevas éxtasis en la mochila, al lado de los pañales de Mía. ¿Consumes? ¿Consumes cuando estás con mi hija? —
Notó que se le quebraba la voz y tuvo que carraspear.

Alexia elevó la barbilla y el enfado asomó a sus iris castaños.

—No tomo drogas —rechazó con severidad.

La creyó. Lo hizo.

—Entonces la pasas —continuó con un suspiro.

De nuevo solo un mutismo grave que pareció llenar la estancia. Solo se escuchaban las voces de los dibujos animados de la televisión.

—Estoy muy decepcionado —habló en tono calmado. Tenía ganas de gritar, pero no lo hizo. No quería asustar a Mía—. Pensaba que eras otro tipo de persona. Me había hecho a la idea de que eras buena gente. Empezamos con mal pie y con algunas mentiras, pero creía que eso ya se había solucionado. —Hizo una pausa y se alborotó el cabello con nerviosismo—. Me gustaría poder decirte que estoy muy cabreado, y lo estoy, pero si te soy sincero, siento más tristeza y disgusto que enfado. Joder, Ale, sabes que hace tiempo que me interesas, que me importas mucho, pero esto... —se interrumpió y volvió a señalar las pastillas—. Has metido éxtasis en mi casa. Tengo un bebé. No entiendo cómo has podido hacerlo. Creía que Mía era importante para ti.

—Es muy importante para mí —masculó casi sin voz.

—¿En serio? Pues no lo parece. ¿No te has parado a pensar que alguien que sepa que llevas eso en tu mochila te puede asaltar mientras estás con la niña? ¿O presentarse aquí para pillar? Has puesto en peligro a Mía y eso es imperdonable.

—Lo es —admitió ella al cabo de un rato. Seguía sin mirarle. Tenía la espalda rígida y los hombros en tensión.

Él echó a andar de un lado a otro del salón con pasos desordenados hasta que se detuvo al lado del parque. Mía le miró con sus enormes ojos azules muy abiertos. El amor que sentía por su hija le inundó y le llenó de un modo casi doloroso. No había nada ni nadie en el mundo más importante que Mía.

Nada ni nadie.

Se giró con decisión y volvió a mirarla. Ella permanecía estática en el mismo lugar. No se había movido ni un milímetro.

—¿No vas a decir nada para justificarte?

—No puedo decir nada porque tienes razón —musitó—. Es injustificable. He comprometido a Mía.

—¿Lo admites? —preguntó con fatiga.

—Es que es así.

Aguardó, esperando a que ella siguiese hablando, pero no lo hizo.

—No lo entiendo, Alexia. ¿Por qué lo has hecho? Pensé que Mía te importaba. Pensé que yo... que nosotros... —se detuvo con brusquedad. Le dolía el pecho. La decepción era enorme—. ¿Es por la pasta? ¿Tan necesitada estás?

De nuevo, no hubo respuesta.

Meneó la cabeza con frustración. ¿Acaso Alexia no ganaba suficiente entre el curro en el Go y su trabajo como niñera? Si tenía tantas dificultades podía haber acudido a él. La hubiese ayudado, pero pasar mierda...

No lo comprendía.

Volvió a tomar asiento en el sofá y su vista recaló de nuevo sobre las pastillas.

—¿No vas a decir absolutamente nada? —Lo intentó una última vez. Le dolía en el alma que ella no quisiera hablar con él, que toda esa confianza que habían construido en las últimas semanas hubiese desaparecido—. ¿Nada?

Aguardó unos segundos mientras la veía apretar los labios. Seguía estando sumamente pálida.

Mía empezó a protestar porque se había cansado del parquecito y quería que la sacaran de allí. Él se incorporó y fue hacia ella. Se inclinó y la cogió en brazos. La niña le echó los bracitos a Alexia y aquello le partió el corazón. Sabía el inmenso cariño que su hija le profesaba a su niñera.

Alexia pareció reaccionar por fin. Levantó la vista y miró a la niña con angustia. Hasta el momento había mostrado una contención admirable, rayana en la indiferencia, pero, de pronto, al contemplar a Mía, su expresión se nubló.

Lukas estuvo a punto de tendérsela, pero tragó saliva y se mantuvo firme.

—Creo que será mejor que pongamos fin a nuestra relación... laboral —articuló.

Nada más decir eso, se metió la mano en el bolsillo trasero y se sacó la cartera. Depositó unos billetes sobre la mesa. Era el sueldo de ese día.

Mía empezó a lloriquear en vista de que su padre no iba a

soltarla y él se dio la vuelta, acercándose al balcón para distraerla.

Poco después, escuchó unos ruidos a su espalda que le indicaron que Alexia había comenzado a recoger sus cosas. Cerró los ojos cuando notó que comenzaban a arderle. Había logrado no perder los papeles y dominarse frente a ella, pero estaba muy afectado. Mía no era la única que iba a echarla de menos. Después de lo que pasó con Eva, no pensó que pudiera sentirse atraído por otra persona en mucho tiempo, pero entonces llegó ella con su forma de ser tan directa y desenvuelta y su enorme afecto por su hija, y le convenció de lo contrario. Creyó que podía volver a enamorarse y rehacer su vida, de algún modo.

Qué equivocado estaba.

Al menos, se había dado cuenta a tiempo, antes de que las cosas hubieran ido a más.

Estuvo tentado de darse la vuelta y pedirle explicaciones otra vez. ¿Por qué demonios no había reaccionado ni había dicho nada? ¿Por qué no se había defendido? Quizá había malinterpretado algo. Quizá solo le estuviera haciendo un favor a un amigo y las pastillas no fuesen suyas. Quizá había una explicación.

Suspiró frustrado. Autoengañarse tampoco era una buena opción.

Apretó a Mía contra su pecho que seguía lloriqueando. Él mismo tenía ganas de llorar.

Finalmente, no se giró. Se irguió estoico con la vista fija en el exterior. Las luces parpadeantes del árbol de Navidad que solo hacía una semana habían montado juntos, se reflejaban en el cristal. Unos segundos más tarde, se escuchó el sonido de la puerta de la calle que se cerraba.

Ni siquiera se había despedido.

Soltó el aire que había contenido en los pulmones y se volvió. El salón estaba vacío. Todos los vestigios de su presencia habían desaparecido. No estaba el dinero, ni la mochila, ni su chaqueta, ni la bolsa de pastillas.

Mía empezó a llorar al descubrir que su niñera no estaba.

—No llores, rubita. Papá te quiere mucho.

Ella siguió sollozando. Enormes lagrimones resbalaban por sus mejillas sonrosadas.

Lukas la abrazó con fuerza y comenzó a tararear una canción que solía calmarla. Él mismo se encontraba descolocado y tenía ganas de gritar, pero mantuvo la serenidad y paseó por la habitación con la niña en brazos hasta que consiguió que se tranquilizase.

Alexia se había ido y, de pronto, el piso parecía más vacío.

Todavía no podía creerse cómo habían acabado las cosas. Solo hacía media hora se estaba planteando cómo hablarle del beso y cómo podía confesarle lo que sentía por ella. Y ahora estaba solo y era probable que no volviese a verla nunca más.

Tardó en darse cuenta de que Mía ya no lloraba. Bajó la vista y vio que había cerrado los ojos y se había dormido. Tenía la carita húmeda, llena de lágrimas y mocos. Le dio un ligero beso en la frente. Luego enterró la cara en su cuello y aspiró hondo. Su aroma de bebé le envolvió. Era un aroma que adoraba, placentero y tranquilizador.

—Vamos a estar bien, Mía. Ya lo verás —susurró.

Pero a su tono le faltaba convicción.

Capítulo 20

Alexia

Estaba tiritando. Le tiritaban las manos, las piernas y el cuerpo entero. Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de llegar hasta la parada del autobús y subirse al vehículo que llegó poco después. Había repasado toda la cronología de los Austrias y de los Borbones. No sabía por qué no le querían acudir otras fechas a la cabeza, solo esas, así que las repitió varias veces hasta que consiguió alcanzar un mínimo de cordura.

Se había sentado al fondo, con las piernas muy juntas y la mochila en el regazo. Sus manos reposaban sobre el compartimento en el que había guardado la bolsa con las pastillas. Podía sentir las bajo sus palmas y las ganas de estrujarlas y destruirlas le provocaban un hormigueo desagradable en los dedos.

Rechinó los dientes con ira.

Había decidido hacer a un lado la tristeza y la angustia que le había provocado la escena en casa de Lukas y centrarse única y exclusivamente en la indignación que sentía.

¡Maldito Borja!

Porque sí. Porque sabía que el culpable de todo era el camarero.

Por eso había estado merodeando por los vestuarios de los gogós la noche de Fin de Año. Era obvio lo que había ido a hacer allí: esconder su alijo en un lugar donde nadie lo fuera a buscar, un lugar del que pudiese recuperarlo sin problemas más adelante. Y estaba claro por qué lo había hecho. Desde hacía días, se rumoreaba que iba a haber redada en el Go.

¡El muy cabrón!

Ella sabía que en el Go se consumía, incluso algunos de los empleados lo hacían. A Borja no le había visto nunca hacerlo, aunque a veces estaba excesivamente espitoso e hiperactivo, pero le sorprendía que también trapicheara.

¡Dios! ¿Por qué demonios se había liado con ese personaje?

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y se llamó tonta en silencio mientras cerraba los ojos y apoyaba la cara en la ventana. El cristal estaba frío y la sensación sobre su mejilla la espabiló. Clavó la mirada en el exterior y se dio cuenta de que la zona por la que pasaban estaba iluminada por las luces navideñas. Había mucha gente

por la calle, sin duda, haciendo compras para el día de Reyes.

Ella también le había comprado un regalo a Mía.

Sintió que se le humedecían los ojos y tragó saliva con fuerza.

Ahuyentó aquel triste pensamiento y se sacó el móvil del bolsillo. Tenía que arreglar esa mierda de situación cuanto antes.

Le llamó.

No tuvo que esperar mucho a que él aceptase la llamada.

—¿Qué pasa, nena?

Sonaba tan despreocupado y alegre que sintió ganas de arrojar el teléfono muy lejos.

—Tengo algo que es tuyo —escupió con desdén.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Era evidente que le había cogido desprevenido. Quizá pensó que podría recuperar la bolsa de las pastillas antes de que ella se percatara de que las tenía en su mochila.

Imbécil.

—Estoy en el gimnasio en La Nucía. Te llamo cuando acabe mis series —masculló, malhumorado.

—Como tú veas. —Miró la hora en el móvil y calculó los tiempos —. Te doy treinta minutos para venir a buscar tu regalito o lo tiro por el retrete.

—Joder, nena...

—Que no soporto que me llames nena —repuso en voz muy baja —. En media hora te veo en la cafetería que hay al lado de mi casa. Si no vienes, es cosa tuya.

Colgó sin darle tiempo a replicar.

Se le había acabado la paciencia. Había tenido demasiada con Borja y las cosas se habían desmadrado. Había llegado el momento de poner punto final a esa situación.

Llamó a Soraya.

—Hola, bonita, ¿qué tal?

La entusiasta voz de su amiga le caldeó el corazón.

—Mal —confesó sin rodeos.

—¿Qué ha pasado?

En pocas palabras la puso al tanto de todo.

—He quedado con él en Los Jazmines en un rato —concluyó.

—Dejo a los niños con mi vecina y voy para allá.

—No. De verdad. No va a pasar nada. He quedado en un sitio público. Borja es un mierda que no se va a atrever a hacerme nada por la cuenta que le trae. Además, tengo un plan.

—¿Qué plan?

—Es una chorrada, pero se me acaba de ocurrir. Ya te contaré.

—Menudo hijo de puta. Ya te dije que no era trigo limpio.

—Pues sí.

Transcurrieron unos segundos en los que ninguna dijo nada.

—Ale, ¿estás bien? —La preocupación resonaba en su voz—. Me sabe fatal lo de Lukas. Sé que le tienes mucho cariño a él y a Mía. Debes de estar muy jodida.

Alexia bajó los párpados al notar que le ardían de nuevo.

—Estoy destrozada —musitó—. Pero me niego a pensar en ello. Ya me derrumbaré cuando haya solucionado lo de Borja. Ahora, tengo que pensar con frialdad para no cometer ningún error.

—Me preocupas. Creo que lo mejor sería que fuese yo también.

—No —rechazó con energía—. Déjame a mí y luego te cuento.

Se oyeron unos gritos al otro lado de la línea. Eran los hijos de Soraya discutiendo.

—Estos niños me vuelven loca —dijo con exasperación—. ¿Quieres que hable yo con Lukas y se lo explique?

—¡No! —volvió a exclamar—. Esto es cosa mía.

—Es que me parece tan injusto. Que pagues tú por algo que no has hecho.

—Si las pastillas han entrado en su casa es por mi culpa, por mi falta de juicio al liarme con un indeseable.

—Pero...

—Déjalo, Soraya —replicó, fatigada—. He llegado a mi parada. En cuanto acabe con el imbécil este, te llamo.

—Vale.

Se despidieron y Alexia se encaminó hacia la puerta. Bajó del autobús y echó a andar. No iba a tardar demasiado en llegar a la cafetería, pero estaba tan agitada que sus pies volaron sobre el asfalto.

Era curioso, pero saber que llevaba las pastillas en la mochila hacía que se sintiera especialmente nerviosa. Podía notar la bolsa como si pesase quinientas toneladas, aunque anteriormente le había pasado desapercibida. Le parecía ver gente siniestra y peligrosa por todas partes, en cada calle, cada coche y detrás de cada árbol. Una señora con un carrito de bebé que salió de un portal le pegó un susto de muerte. No entendía cómo los camellos podían sobrevivir sin morir de un ataque de ansiedad.

Cuando se acercaba a la cafetería pudo vislumbrar, a través de los ventanales, que varias de las mesas estaban ocupadas, pero había una libre al fondo que estaba bien situada para esperar a Borja, apartada de las demás, pero no demasiado. Perfecta.

Saludó a Miguel, el dueño, que estaba detrás de la barra. Se conocían bien porque desayunaba allí de vez en cuando y siempre

hablaban.

—Hola, bonita —le dijo muy sonriente—. ¿Qué te pongo?

Era un señor mayor que podría haber sido su abuelo. Siempre la trataba con un cariño infinito. Ella pensaba que le recordaba a su nieta, de la que siempre estaba hablando.

—Una Coca-Cola.

—Siéntate donde quieras, que yo te la llevo.

Lo hizo. Su mirada recaló en los ocupantes de las otras mesas. En una de ellas, se sentaba una pareja muy acaramelada. En otra, una madre con dos niños, y en la última, tres chicos adolescentes.

Miró la hora. Eran las ocho y media. Faltaban poco para que se cumpliera el ultimátum que le había dado a Borja. Intuía que sería puntual.

Le dio las gracias a Miguel cuando le trajo su bebida.

—¿Qué tal las clases?

—Muy bien. Muy contenta.

—Mi nieta ha encontrado trabajo —anunció con orgullo.

—Oh, ¡genial! Me alegro muchísimo.

Lucía era una muchacha joven que había terminado el Grado de Turismo el año anterior y no había tenido mucha suerte hasta el momento.

—No le pagan mucho, es en un hotel pequeño en el Rincón de Loix, pero como yo le digo siempre a su madre, lo importante es meterse dentro. Luego ya le pagarán más.

—Claro.

Miguel le lanzó una nueva sonrisa antes de regresar a la barra.

Ella le dio un trago a su refresco mientras trasteaba con el móvil. La mala suerte la llevó a acceder a la galería de imágenes y las últimas fotos se mostraron ante sus ojos. Fotos de Mía y de Lukas y de toda la familia Alba, de la comida de Navidad. Un fuerte pinchazo en el pecho fue su recompensa. Con sensación de desmayo, se apresuró a salir de allí y entró en las otras aplicaciones hasta que encontró lo que buscaba.

Por el rabillo del ojo, a través de la ventana, vio un coche que se acercaba a toda velocidad. Lo reconoció de inmediato; era el Jeep rojo de Borja, tan llamativo como él mismo. Casi sin querer, lo comparó con el viejo Ford Fiesta de Lukas. Estaba claro cuál de los dos tenía más carencias como persona.

Borja estacionó delante de la cafetería y se bajó, cerrando la portezuela con mucha fuerza, prueba palpable de su cabreo.

Debía de haber volado sobre el asfalto para llegar allí tan rápido.

Ella se apresuró a activar la grabadora de voz del móvil y lo dejó

bocabajo sobre la mesa. Los latidos de su corazón se habían disparado y se forzó a tranquilizarse.

Miguel saludó al recién llegado con una sonrisa, pero al ver su cara de pocos amigos, su rostro se tornó serio. Se dirigió a él con tono neutro.

—Buenas tardes, ¿qué le pongo?

—Una caña —ordenó Borja sin mirarle con prepotencia.

Se dirigió a la mesa donde ella le esperaba. Vestía un pantalón de chándal negro y un polo blanco de manga larga muy ajustado que marcaba todos y cada uno de sus músculos de un modo casi obsceno. El frío le había endurecido los pezones, pero no usaba chaqueta para que nada pudiese ocultar su trabajado torso. Tenía el pelo húmedo y sus ojos claros despedían destellos de enfado. Llevaba una bolsa de deporte en la mano.

Alexia le regaló una mirada fría.

Se sentó junto a ella y dejó la bolsa en el suelo, justo entre las dos sillas.

—¿Qué pasa? —preguntó con chulería.

—No sé. Tú sabrás lo que pasa —repuso ella entre dientes. Cogió su vaso y bebió con parsimonia.

El dueño del bar llegó con la caña y luego se alejó, lanzándole una mirada de desagrado a Borja.

—¿Tienes eso? —inquirió él. No se molestó en bajar la voz.

—¿No te parece que me debes una puta explicación? —siseó.

—No te pongas así que no es para tanto. Solo necesitaba que me lo guardaras unos días.

Le resultó repugnante su forma de hablar, con tanta desfachatez, pero no podía perder los papeles si lo que quería era tener algo en su contra. Necesitaba que hablara. No le iba a resultar difícil, porque era un bocazas.

—Me lo podías haber preguntado antes, ¿no?

—Surgió —dijo, encogiéndose de hombros—. Me llamó Gino del Factory y me dijo que había estado la policía y que oyó comentarios de que iban a venir al Go. Solo se me ocurrió metértelo en la mochila, por si acaso.

Ella apretó los labios con indignación.

—¿Para que pringase yo?

—A ti ni te hubiesen registrado. Tienes pinta de chica buenecita.

—¿Qué gilipollez es esa?

Él tardó en contestar mientras bebía de su cerveza.

—Yo estoy fichado ya —confesó de mala gana.

—¿Por trapichear?

—Y por otras cosillas —masculó con vaguedad.

¡Menudo fichaje! Y ella había sido tan estúpida de liarse con él. Ni el mejor sexo del mundo compensaba lo idiota que era.

—¿Tienes la bolsa? —volvió a preguntar él con impaciencia.

—¿Solo trapicheas o también te metes?

—A veces me meto. ¿Por qué, nena? ¿Quieres que nos metamos juntos? —Su pregunta llegó acompañada de una sonrisa invitadora.

—Yo no me meto.

—Tú te lo pierdes.

Bajó la vista a la mesa, pero evitó mirar su teléfono.

—¿Qué es? —preguntó al fin.

—Eme.

—Son muchas pastillas.

—Algo más de quinientas. Pero en dos o tres noches han volado. No veas lo que consumen los niñatos que vienen. Son unos viciosos.

—¿Solo pasas en el Go o en más sitios?

—Principalmente en el Go.

—¿Y lo sabe el gerente?

—¿Cómo lo va a saber? —se rio y la miró como si fuera tonta—. Si lo supiese me pondría de patitas en la calle. —Se detuvo y le dio un trago a su caña—. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Me has utilizado —respondió muy indignada—. Lo mínimo que me merezco es una explicación.

—Venga, va, nena —dijo con zalamería—. Te pido disculpas si eso es lo que quieres. Dame ya la bolsa.

Le miró a través de las pestañas. Las ganas de alzar la mano y pegarle una bofetada la invadieron. Era asqueroso.

De pronto, sintió la mano de él sobre su muslo, demasiado cerca de su entrepierna.

—¿Por qué no me das eso y nos vamos a tu casa? —propuso él con tono lascivo.

Ella, sin perder la sangre fría, le agarró los dedos y se los retorció. El soltó un rugido ahogado.

—Como vuelvas a tocarme, te juro que me pongo de pie y empiezo a gritar que me estás acosando —le dijo en voz queda, acercando la cara a la suya—. Seguro que alguien llama a la poli.

Él se apartó con un brillo asesino en la mirada y se echó hacia atrás mientras flexionaba la mano. Era obvio que estaba furioso y que, si hubieran estado solos, su respuesta habría sido otra, pero se limitó a soltar un exabrupto. Vació lo que quedaba de su caña y dejó el vaso en la mesa con un golpe seco.

—Dame mi mierda y me largo.

Alexia le miró con desprecio. Luego, metió la mano en su mochila que tenía en el regazo y sacó la maldita bolsa. Se la tendió por debajo de la mesa. Él la cogió deprisa y la dejó caer en su bolsa de deporte. Luego se puso de pie, cerró la cremallera de la bolsa y la miró. Una mueca de fastidio torcía su boca.

—Te veo en el curro —dijo.

Se dio media vuelta y, de un par de zancadas, llegó a la puerta del local. Salió a la calle y montó en su coche. Un instante después arrancaba y se marchaba.

Solo entonces, cuando ya no había ni rastro de él, Alexia cogió su teléfono y paró la grabación.

No era gran cosa, pero al menos tenía algo contra él. Siempre podía usar la grabación si volvía a propasarse con ella. No creía que le gustase mucho que el gerente del Go supiera a lo que se dedicaba en su local. No solo le despediría, sino que le resultaría imposible encontrar otro trabajo similar por la zona. Benidorm no era muy grande y la gente hablaba. Nadie querría tener a un tipo semejante en su plantilla.

Capullo de mierda.

Llamó a Soraya, tal y como había prometido, y le contó lo sucedido. Su amiga suspiró aliviada al saber que no había pasado nada grave. Intentó convencerla para verse esa noche, pero Alexia se negó. Estaba agotada y solo quería irse a casa. Necesitaba estar sola. Su amiga accedió a regañadientes y quedaron en hablar al día siguiente.

Se acercó a la barra para pagar su refresco y la caña del impresentable de Borja.

—Bonita —le dijo Miguel con una expresión preocupada en su arrugado rostro—, perdona que me meta donde no me llaman, pero ese chico no parece muy buena persona. Creo que tú te mereces algo mejor. Perdona la confianza, pero ya sabes que te lo digo como se lo diría a mi nieta.

Ella le sonrió al tiempo que asentía. Le alargó un billete de diez euros.

—Lo sé, Miguel. Ya sé yo que es un imbécil. Es solo un compañero de trabajo. No tengo nada con él.

—Me ha dado mala espina en cuanto ha entrado. Muy mala. Y encima se ha ido y te ha tocado pagar a ti.

—No te preocupes —le tranquilizó, cogiendo las vueltas que él le tendía—. Nos vemos mañana cuando venga a tomar café.

—Que tengas buena noche.

Abandonó Los Jazmines y se puso en marcha hacia su piso; estaba a poca distancia, a unos cien metros. Ahora que ya había

solventado el problema de Borja, su mente se concentró en el otro problema, el que verdaderamente le importaba.

Lukas.

Se le encogió el pecho y notó una enorme estrechez en la garganta.

Cuando cerró la puerta de su apartamento y se encontró dentro, a solas, dejó que la serenidad que había mostrado hasta el momento se esfumara del todo y se permitió sentirse frágil, vulnerable y triste. Sus piernas cedieron y terminó por sentarse en el suelo, al lado de la entrada. Ni siquiera se había molestado en encender la luz.

Las acusaciones de Lukas volvieron a ella con fuerza. Qué horrible sensación la de tenerle frente a ella y que la mirase de esa forma tan impersonal. Se había acostumbrado a que sus ojos aguamarina la contemplaran con admiración y afecto, y verlos nublados por el desengaño y la decepción fue terrible. Y ni siquiera había elevado la voz, todas sus palabras fueron pronunciadas en voz baja, con aparente calma. Eso le había dolido más todavía. Esa suavidad para decirle cosas que la habían destrozado...

Estoy muy decepcionado. Pensaba que eras otro tipo de persona. Me había hecho a la idea de que eras buena gente. Me gustaría poder decirte que estoy muy cabreado, y lo estoy, pero si te soy sincero, siento más tristeza y disgusto que enfado.

Joder, Ale, sabes que hace tiempo que me interesas, que me había planteado incluso que hubiese algo serio entre nosotros porque me importas, pero esto...

Has metido éxtasis en mi casa. Tengo un bebé. No entiendo cómo has podido hacerlo. Creía que Mía era importante para ti.

Mía.

Ni siquiera había podido darle un abrazo, estrecharla contra su pecho y sentir su cuerpecito pegado al suyo una última vez. Ver su sonrisa tan hermosa, escuchar sus balbuceos y perderse en sus enormes ojos azul celeste. Tampoco pudo aspirar su aroma y sentir sus manitas enredándose en su pelo.

No iba a volver a verla.

La iba a echar mucho de menos.

A los dos.

No solo a la niña.

Notó que la garganta se le encogía y supo que estaba a punto de llorar. No quería hacerlo, pero se temía que iba a ser imposible evitarlo.

Has puesto en peligro a Mía y eso es imperdonable.

Imperdonable.

Se tapó los oídos como si así pudiera dejar de escuchar las palabras que resonaban potentes dentro de su cabeza.

Lo último que ella quería era poner en peligro a Mía, pero él tenía razón. Daba igual de quién fueran las pastillas, ella era la responsable de que estuvieran allí, en su casa, junto a los pañales de su hija. Por eso no se defendió ni trató de justificarse.

Un sollozo abandonó su boca. Encogió las piernas y apoyó la frente sobre las rodillas.

Desde la noche de Fin de Año había sido tan inmensamente feliz... Pese a lo agotada que estaba al día siguiente le costó dormir porque había soñado con repetir ese beso tan maravilloso. Se había imaginado que las cosas entre ellos iban a alcanzar un nuevo nivel de intimidad, a fin de cuentas, ya habían dado el primer paso. Fantaseó como cuando tenía quince años y se enteró de que Dani, el chico que le gustaba, estaba colado por ella.

Se había sentido como antes de la tragedia que cambió su vida para siempre: eufórica y sin preocupaciones.

Lukas había conseguido que volviera a ilusionarse.

Lukas y Mía.

Y ahora ya no tenía a ninguno de los dos.

Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la puerta. Tenía ganas de llorar, lo admitía, pero no iba a hacerlo.

No iba a hacerlo.

Ella era mucho más fuerte que todo eso.

Capítulo 21

Lukas

Era la cuarta chica que entrevistaba para ocupar el puesto de niñera y todas le parecían insuficientes. Y no porque lo fueran. Dos de ellas estaban muy capacitadas y tenían unas referencias impresionantes. Y las otras dos, pese a su falta de titulación, tenían mucha experiencia con niños.

Pero ninguna era Alexia.

Lo admitía.

Las comparaciones eran odiosas, pero eso era lo que hacía: comparar.

Ninguna tenía su vitalidad ni su sonrisa afectuosa. Ninguna se mostraba seria en un instante para luego reírse al siguiente con picardía. No poseían esa luz en la mirada que parecía iluminar una habitación entera. Ni sus voces eran profundas y melodiosas, cargadas de matices. No tenían ese discreto encanto oculto tras capas de compostura y aplomo, que solo dejaba entrever de vez en cuando. Ni inclinaban la cabeza a un lado con la frente arrugada cuando algo les resultaba molesto. La forma de su boca y de su nariz no era la correcta y sus manos no eran las adecuadas. No tenían su largo cabello castaño ni sus ojos oscuros rasgados y exóticos, que incitaban a confidencias. Carecían de chispa.

Ninguna le impresionó como lo hizo Alexia en su primera toma de contacto.

Sabía que sus motivos para rechazarlas eran infundados y absurdos, pero no se podía imaginar a Mía con ninguna de ellas. Solo se podía imaginar a su hija con Alexia.

Así de jodido estaba.

Cuando llegó a su piso, solo tenía una cosa en mente, quitarse la ropa y tumbarse. Ni siquiera tenía hambre, pese a que no había comido nada desde la noche anterior. Estaba física y mentalmente agotado. Dos semanas hacía desde que sucedió lo de Alexia y todavía no había conseguido pasar página. Era incapaz de borrar la escena de su mente. Seguía pensando que algo no encajaba, que la había juzgado mal. Que esas pastillas no eran suyas.

¿Por qué no se había defendido ni había tratado de darle una explicación coherente?

Había estado a punto de llamarla en múltiples ocasiones, pero siempre se arrepentía en el último momento.

La echaba mucho de menos.

Y Mía también.

En un principio pensó que aquello no era posible, que su hija era demasiado pequeña para darse cuenta de las cosas, pero el tiempo le había mostrado que no era así. Estaba más irascible y lloraba con más frecuencia, sobre todo cuando llegaba la hora de tomar el biberón de la tarde, ese que siempre le había dado Alexia. Incluso lloraba cuando veía que no era Alexia la que iba a la guardería a recogerla. Era su madre la que se encargaba de nuevo de la niña y le había hablado del comportamiento de Mía con preocupación.

Él no le había contado a su familia lo que pasó con Alexia. Se había limitado a fabricar una excusa floja que no convenció a nadie, pero no le incordiaron demasiado. Quizá porque sabían que no estaba preparado para hablar de ello todavía. Fue uno de esos escasos episodios en los que los Alba mostraron tacto, algo que no sucedía con frecuencia.

Los únicos que sabían la verdad eran Iván y Diego.

Una noche, pocos días después del suceso, se presentó en su piso con Mía, buscando compañía, y se desahogó con ambos. Fue una noche peculiar, en la que apenas durmieron. Solo su hija descansó. Ellos tres pasaron las horas en vela, hablando. Lukas fue el que más lo hizo. Les contó toda su historia con Eva y cómo le había afectado anímicamente su abandono. Les habló de sus miedos con respecto a ser padre y a no ser lo bastante bueno para Mía. Admitió que no era feliz en su trabajo y que se sentía muy frustrado. Y les relató lo sucedido con Alexia, sus florecientes sentimientos, el motivo de su distanciamiento y lo mucho que la echaba de menos.

Ellos le escucharon en silencio y le dejaron que vomitara palabra tras palabra sin interrumpirle. Le dejaron que hiciera pausas para encontrar las frases más adecuadas y se limitaron a apoyarle con su presencia. No juzgaron a Alexia ni se escandalizaron por lo ocurrido. Tampoco le juzgaron a él ni intentaron darle consejos bienintencionados.

Solo estuvieron.

Y eso, precisamente, era lo que necesitaba.

Diego le entregó las fotos restauradas que había enmarcado. Habían quedado perfectas. Los ojos de una Alexia de doce años le observaban desde la imagen. Era una adolescente desgarbada, pero ya apuntaba a que se iba a convertir en toda una belleza. Su hermano mayor parecía muy serio, y el pequeño Leo era un niño precioso.

Sintió un pellizco en el corazón al ser consciente de que esos eran los únicos recuerdos que tenía Alexia de sus hermanos.

Al día siguiente, preparó un paquete con los dos cuadros y lo envió a su dirección. No añadió ninguna nota, aunque le picaban los dedos por hacerlo. Dos días después recibió un wasap de ella.

Tengo las fotos. Dale las gracias a tu hermano Diego.

Y nada más.

Le dolió.

¿Pero qué había esperado? Después de la fría despedida, su confianza había desaparecido. Ahora eran como dos extraños.

Su mirada pesarosa recorrió el salón con desidia.

Eran los mismos muebles, cuadros y fotos de hacía un par de semanas. El parquecito de Mía, la alfombra de colores y los juguetes desperdigados por el suelo. Todo estaba igual que siempre, nada había cambiado. Sin embargo, la estancia le parecía fría y desangelada.

Mientras Alexia estuvo en su vida, ese piso amueblado sin demasiado encanto ni personalidad había llegado a parecerle un verdadero hogar. Ella lo había llenado de calor, lo había iluminado. Todas las tardes, cuando llegaba a casa y escuchaba las voces risueñas procedentes del dormitorio, o la música infantil llenando el ambiente, se había sentido como en casa.

Feliz.

El sonido de su móvil le sobresaltó y le devolvió a la realidad.

Era Iván.

—Hola, Luke. Mañana por la noche vienes, ¿no?

Había una cena en casa de Diego e Iván. Todos los hermanos Alba iban a acudir.

—Claro. Mis padres se quedan con Mía.

—¿Cómo está la princesa?

—Tan bonita como siempre. Mi madre tiene que estar a punto de traérmela.

Mientras él iba a hacer la última entrevista fallida con su posible futura niñera, su madre se había encargado de cuidar a Mía.

—¿Has encontrado ya una sustituta para Alexia?

«Alexia es insustituible».

Aquel pensamiento acudió veloz a su cabeza.

—No.

—Te va a costar.

—Mucho. Ninguna es como ella.

Después de esa confesión llegó el silencio.

—Lámala —sugirió Iván.

Lukas apretó los párpados. No había nada que deseara más, pero

recordó el modo en que se habían despedido y la bilis le subió a la garganta.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No estoy preparado.

Si ella no era la dueña de las pastillas, no entendía por qué no se había defendido y le había dado una explicación. Le parecía una falta de confianza enorme; pensaba que ya había superado ese punto y que había algo especial entre ellos.

Y si las pastillas eran suyas, no quería saberlo. No necesitaba una confirmación. No le gustaba pensar que ella pudiese trapichear con droga o incluso consumirla. Prefería ignorarlo.

—¿La echas de menos?

—Más de lo que pensaba.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Iván con suavidad.

Eso. ¿Qué iba a hacer?

—Supongo que olvidarla.

Un resoplido incrédulo llegó desde el otro lado de la línea.

Sí, él tampoco lo creía.

En ese momento, llamaron al timbre.

—Oye, te dejo. Creo que es mi madre.

—Vale. Nos vemos mañana.

—Sí. Dale un beso a Dieguito.

Dejó el móvil sobre la mesa y se levantó. Se dirigió a la puerta y la abrió. Era su madre con Mía en el carrito. La niña estaba dormida.

—¿Qué tal se ha portado? —preguntó, cediéndole el paso.

—Muy bien. Hemos ido al centro comercial y le he comprado ropita. *Sehr schöne Dinge!* Están en la mochila.

—Ya tiene demasiada ropa —protestó.

—Es mi primera nieta, déjame. Y también le he dado el biberón. No hace falta que la despiertes.

Él sacó a la niña del cochecito con mucho cuidado y se la llevó al dormitorio. Con movimientos pausados le quitó el anorak. Luego la tendió sobre la cama y la rodeó de almohadas para que no pudiera caerse. Conectó el vigila bebés y regresó al salón.

Su madre se había sentado en el sofá y echaba un vistazo a su teléfono. Estaba tan guapa como siempre, sin maquillaje y sin arreglar, con vaqueros y un jersey amplio de lana roja. No aparentaba los cincuentaún años que había cumplido hacía unos meses.

—¿Qué tal la chica? ¿Buena?

Lukas se sentó a su lado y compuso una mueca.

—No me ha gustado.

—¡Pero es enfermera y tiene experiencia con niños!

Era la hija de una clienta de la imprenta y había sido su madre la que le consiguió su teléfono.

—Ya, pero bizqueaba de un ojo. Y tenía una sonrisa un poco lúgubre.

Anna Schwarz giró el cuerpo hacia él y le contempló con los ojos muy abiertos.

—Ojo bizco y sonrisa lúgubre. ¿Eso es importante para cuidar a Mía?

Él se encogió de hombros y apartó la mirada. Sabía que su argumento era ridículo y bastante cuestionable.

—Lukas, ninguna va a ser Alexia —dijo su madre—. Nadie te va a gustar tanto como ella si sigues haciendo comparaciones. Si quieres una Alexia, solo tienes que llamarla.

Él se echó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—Tú no sabes lo que pasó entre nosotros.

—No lo sé porque no has querido contármelo.

—No puedo —murmuró y la miró de reojo.

—¿Tan terrible fue?

Él no respondió.

Ella se revolvió en el sofá y se pasó una mano por la pernera del pantalón. Era evidente que quería decirle algo, pero no sabía cómo. Era flemática y reservada y no solía inmiscuirse en las vidas de sus hijos.

—No tengo ni idea de lo que sucedió, pero sé que ella era especial para ti. Te devolvió la ilusión. Después de que Eva se fuese, estabas muy triste y sin ganas de nada. Nosotros estábamos preocupados, pero cuando llegó Alexia fue como verte revivir.

Lukas suspiró bajito.

—Creo que deberías hablar con Soraya —añadió su madre.

—¿Cómo? —Se incorporó con brusquedad y clavó la mirada en ella—. ¿Te ha dicho algo? ¿Te ha contado...?

—No me ha contado nada —le interrumpió—. Solo me ha dicho que se trata de un malentendido. Ella ha hablado con Alexia y sabe toda la historia. Apúntate su teléfono y llámala y que te lo cuente ella —dijo al tiempo que buscaba el contacto en su móvil. Se lo tendió.

Lukas sacó su teléfono y copió el número. De pronto, notaba que su corazón se había acelerado.

—Tengo que irme porque tu padre me está esperando para irnos a cenar fuera, pero hazme caso y no lo dejes pasar. Llevas semanas de mal humor y triste. Otra vez.

Se incorporó y cogió su abrigo que había dejado en el otro

extremo del sofá. Se lo puso. Luego se encaminó hacia el pasillo, pero antes de abandonar el salón, se giró y le miró.

—Lukas, esa chica te hacía bien. Cuando la trajiste a casa me gustó. Le di las gracias y no fue por cómo cuidaba a Mía. Le di las gracias porque desde que ella llegó a tu vida tú volvías a ser el Lukas de antes, el que nos hacía reír siempre —concluyó con una sonrisa—. *Wir lieben Dich sehr. Vergiss es nicht*⁹.

—*Ich liebe Euch auch*¹⁰.

Después de aquella declaración de amor, se marchó y él se quedó inmóvil, dejando que la última frase de su madre revoloteara por su cabeza una y otra vez.

Le di las gracias porque desde que ella llegó a tu vida tú volvías a ser el Lukas de antes, el que nos hacía reír siempre.

Se puso de pie y se acercó al balcón. Pese a que era pronto, ya había anochecido y un cielo oscuro en el que titilaban algunas estrellas se abría ante sus ojos. Su reflejo en el cristal le reveló que tenía una expresión severa y un aspecto demacrado, como si en lugar de veintidós años tuviese unos cuantos más. Era verdad que, en los últimos días, tenía la sensación de que la vida le pesaba demasiado.

La marcha de Alexia le había dejado tocado.

Mucho.

Se frotó el esternón para intentar disolver la presión que sentía en el pecho cada vez que pensaba en ella.

Quizá solo era necesaria una simple llamada telefónica para resolver todas sus dudas y aclarar el malentendido.

Se sacó el móvil del bolsillo, dispuesto a poner fin a su incertidumbre, pero antes de poder marcar el número de Soraya, un sonido ahogado le avisó de que su hija se había despertado. Un sollozo emergió del altavoz del vigila bebés.

Se apresuró a ir al dormitorio. Mía estaba sentada en la cama haciendo pucheritos y con la carita empapada.

—No llores, muñeca. Papá ya está aquí —le susurró con ternura mientras la cogía en brazos.

La niña se acurrucó en su pecho y dejó escapar un suspiro lastimero y lleno de congoja, algo que le conmovió profundamente. A veces se preguntaba si Mía era capaz de notar su estado de ánimo. Nunca pensó que los bebés pudieran ser tan empáticos, pero tenía la sensación de que, cuando él estaba triste, la pequeña también lo estaba.

Paseó por el piso con ella en brazos. Había una canción que siempre le cantaba Alexia y que a la niña le encantaba, algo de unos alpinos y una guerra. Mía se reía mucho con el cataplán que finalizaba

cada estrofa, pero él era incapaz de recordar ni la letra ni la melodía exacta. Así que le canturreó una canción de Police, *Every Breath You Take*. Tendría que bastar porque su imaginario de canciones infantiles era muy escaso. Apparently, a Mía no le desagradaba Sting porque se calmó. Luego volvió al dormitorio, la tumbó sobre la cama y le cambió el pañal. Se esforzó por no transmitirle su melancolía y le habló con entusiasmo y tono muy animado mientras le hacía pedorretas en la tripa provocándole carcajadas risueñas.

Adoraba verla así.

La vistió con un cómodo pelele rojo y él se quitó los vaqueros y la camiseta y se tumbó a su lado en la cama. Apagó la luz y encendió la lámpara infantil que proyectaba diferentes formas y emitía una melodía armoniosa y tranquila.

A Mía le encantaba. Se quedaba absorta, contemplando las figuras que se reflejaban en la pared y en el techo, maravillada, como si fuera lo más hermoso del mundo entero. Y probablemente lo fuera para sus ojos de bebé.

Lukas la observó con ternura y le dio un beso en la coronilla, antes de coger su móvil y hacer la llamada que esperaba le sacara de su miseria.

—Hola, Soraya.

Capítulo 22

Alexia

Cuando recibió las fotos restauradas en sus bonitos marcos artesanales se le encogió el corazón por la pena y derramó amargas lágrimas de nostalgia. Leo estaba tan tierno con sus expresivos y emocionados ojos negros. Y Gael, impertérrito y serio, con ese instinto protector que siempre le había caracterizado. Aunque había visto las dos fotos cientos de veces con anterioridad, fue como revivir aquellas dos situaciones de nuevo, como retornar al pasado.

Junto a los dos marcos, había un sobre blanco y en su interior encontró dos pequeñas reproducciones también restauradas, con el tamaño ideal para poder llevarlas en la cartera.

Le pareció un detalle conmovedor por parte del hermano de Lukas, y las ganas de llamarle y darle las gracias la acuciaron, pero su despedida fue tan fea que pensó que a Lukas no le apetecería hablar con ella. Se encontraban ambos en dos puntos tan distantes que lo único que pudo hacer fue mandarle el escueto mensaje. Y nada más.

No volvió a llorar.

Sabía que no le iba a servir de mucho y la vida le había enseñado a ser pragmática, así que se concentró en sus estudios y en su trabajo. Intentaba estar ocupada la mayor parte del día y de la noche y no dejarse llevar por la añoranza. En algunos momentos de debilidad —que no eran muchos porque no se lo permitía—, echaba un vistazo a su galería de imágenes y contemplaba las fotos de Mía, preguntándose qué estaría haciendo, con quién estaría y si ya habrían encontrado a otra niñera que la cuidara. De su padre solo conservaba dos fotos, la de Fin de Año, y un selfi borroso en el que aparecían los tres.

Los echaba mucho de menos. Más de lo que pensó.

Sabía que las probabilidades de cruzarse con él y con Mía eran muy escasas. Pese a que Benidorm era una localidad pequeña, era lo suficientemente grande y vivían en dos zonas opuestas de la ciudad. No obstante, a veces, cuando veía algún chico joven con un carrito de bebé se le encogía el pecho.

En una ocasión, creyó verle en el Go, entre toda la gente. Ella estaba en la plataforma de baile y, de repente, una cabeza castaña clara le llamó la atención. Todo su cuerpo se puso rígido y su

respiración se aceleró. Siguió frenéticamente con los ojos al chico de camisa negra por todo el local hasta que este se giró y pudo comprobar que no era Lukas.

Ni siquiera se parecía a él.

Solo Soraya estaba al tanto de todo. Había intentado convencerla para que llamara a Lukas y le explicase su versión de los hechos, pero ella se había negado. Quizá no era culpable al cien por cien de la situación, pero consideraba que la responsabilidad sí era suya. Quiso creer que esa especie de doble vida que llevaba no iba a salpicar a Lukas ni a Mía y que iba a poder mantener ambos mundos separados, pero había fracasado.

Ahora solo tenía que aprender a aceptarlo.

Lo superaría. Al igual que había superado otras cosas en su vida.

Al menos, el idiota de Borja no había vuelto a acercarse a ella, aunque sospechaba que solo era cuestión de tiempo porque veía cómo la miraba, con un destello de posesión en los ojos. Ella se limitaba a ignorarle. Esa era otra batalla que libraría cuando llegara el momento.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Rebeca, su compañera de clase, trayéndola de vuelta al presente.

Giró la cara y la miró.

—Ni idea —bisbiseó.

Intentó concentrarse en lo que decía el profesor, pero estaba demasiado dispersa. Los lunes eran el peor día porque llegaban con la resaca de todo un fin de semana de trabajo en el Go y sin haber dormido apenas. Le costaba muchísimo centrarse en las clases. Y, para colmo, esa era la asignatura que peor se le daba: Inglés. Nunca fue muy buena en idiomas. La única parte positiva era que solo restaban diez minutos para que sonara el timbre y poder irse a casa. Tenía muchas horas de sueño atrasadas que pensaba recuperar esa tarde.

Reprimió un bostezo con dificultad y su mirada se fue hacia el exterior. Estaba lloviendo. Las gotas golpeaban el cristal con fuerza y el viento agitaba las escasas hojas de uno de los árboles que había delante de la escuela. El cielo se había tornado grisáceo y tristón. No le gustaban esos días ventosos de lluvia si tenía que salir de casa y, por supuesto, había olvidado coger un paraguas.

—Para el jueves tenéis que preparar un *writing* sobre vuestros planes para el fin de semana. Lo vais a tener que leer delante de toda la clase, así que practicad vuestro acento —dijo el profesor—. Y utilizad el presente continuo. No lo olvidéis. ¿Alguna duda?

El ruido de sillas arrastrándose por el suelo fue la única contestación.

Eran catorce alumnas, todas chicas. Ni un solo espécimen del

género masculino se interesaba por la educación infantil, aparentemente.

Raquel se acercó con una sonrisa jovial. Solía sentarse en primera fila y era bastante aplicada. Era un año menor que ella y bastante tímida, pero desde el primer día habían hecho muy buenas migas.

—¿Qué tal el fin de semana? Yo estuve con Héctor en Valencia en el Oceanográfico. Lo pasamos genial.

—No me des envidia, anda. Yo currando como siempre.

Salieron del aula parlotando y atravesaron el largo corredor que llevaba a la salida. Raquel sacó un paraguas rojo de su mochila, lo abrió y cobijó a ambas debajo, pero el viento estuvo a punto de arrancárselo de las manos. Ambas rieron mientras luchaban para que el pequeño paraguas no se diera la vuelta. Gracias al cielo, la parada del bus estaba a solo cincuenta metros de distancia.

—Alexia.

Una voz masculina la hizo detenerse y girarse.

Lukas.

Notó el calor concentrándose en la parte baja de su espalda y reptando por su columna vertebral hasta alcanzar su nuca. Terminó poseyendo todo su cuerpo.

Él estaba al otro lado de la calle, bajo un paraguas negro, con vaqueros y chaqueta de cuero marrón. Su cara tenía una expresión inescrutable.

Antes de que hubiera podido reaccionar, él atravesó la calzada y se acercó a ellas.

—Eh, Raquel, vete tú. Yo me voy a quedar un rato —articuló sin mirar a su compañera; solo tenía ojos para el chico que se encontraba a un paso.

—Vale. Hasta mañana.

Apenas le cayeron cuatro gotas encima porque Lukas y su paraguas llegaron para sustituir al de Raquel. De repente, él estaba tan cerca que podía oler el champú de su cabello y hasta sentir su calor corporal.

Durante unos cuantos segundos ninguno abrió la boca. Ella estaba demasiado sorprendida y él parecía indeciso. Sus ojos tampoco se encontraron.

—¿Me dejas que te lleve a casa? —comenzó él con un ligero carraspeo—. Tengo el coche a la vuelta de la esquina.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Todavía estaba demasiado perpleja por su presencia y las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta.

¿Qué hacía Lukas allí?

Echaron a andar uno al lado del otro, sin premura. Alexia estaba nerviosa, pero adecuó su paso al de él y se mostró indiferente. La acera estaba llena de charcos y se concentró en no pisarlos. El coche, tal y como le había dicho, estaba a pocos metros de allí.

Lukas le abrió la puerta del pasajero y ella tomó asiento, complacida por escapar del viento y la humedad. A través del parabrisas empapado por la lluvia vio que él rodeaba el coche y dejaba el paraguas y la cazadora en la parte trasera. Luego accedió al interior del vehículo.

Durante un rato que a ella le pareció eterno, el silencio reinó entre ellos. Solo se escuchaba la fuerza del agua contra el cristal. No había nadie por la calle y ni siquiera circulaban vehículos. Los únicos movimientos que llegaban desde el exterior eran los árboles agitados por el viento y el reguero de agua que bajaba por la calle en pendiente. Era extraño, como si el mundo se redujera a ese instante y ese lugar. Ellos dos solos en la intimidad de la cabina de un coche, aislados de todo y de todos.

—Quiero pedirte perdón.

La voz de él llegó queda e insegura.

Ella le lanzó una rápida ojeada y evaluó su cara de circunstancias.

—¿Perdón? ¿Por qué?

—Por juzgar mal la situación. Por no confiar en mi instinto y no haber dejado que te explicaras —dijo, avergonzado—. Cuando recuerdo todo lo que te dije... Lo lamento muchísimo.

Alexia meneó la cabeza con incredulidad y le miró de frente. Vio el arrepentimiento reflejado en sus ojos y una mueca de culpabilidad en su boca.

—Supongo que habrá sido Soraya la que te lo ha contado. Le dije que no lo hiciera —protestó fatigada—. ¿Cuándo has hablado con ella?

—El viernes.

Vaya. Había coincidido con ella todo el fin de semana en el Go y no le había dicho nada. Menuda amiga, pensó sin demasiada acritud.

—No puedes enfadarte con ella. En realidad, tendrías que habérmelo dicho tú. Fue todo muy injusto. Mis acusaciones fueron horribles. Tenías que haberte defendido.

—¿Defendido? ¿Cómo? Tenías razón cuando dijiste que había puesto en peligro a Mía.

—Pero no fue tu culpa —protestó al tiempo que se peinaba el cabello con los dedos

—Quizá no directamente, pero el resultado fue el mismo.

—¿Quién es el hijo de puta que te puso la bolsa en la mochila?

Alexia chasqueó la lengua con disgusto. Lo último que quería en ese momento era hablar de Borja.

—Un tío que trabaja conmigo. Un imbécil con quien tuve un rollo, de lo que me arrepiento —dijo con frustración—. Pensaba que tenía buen criterio, pero con él metí la pata.

Después de eso hubo otro silencio, uno largo y espeso.

Le miró a hurtadillas. La sombra de una barba le oscurecía el mentón. Estaba guapísimo, pero debería haberse afeitado para no dañar las delicadas mejillas de Mía con esa barbita. Estuvo a punto de decir algo al respecto, pero se mordió la lengua. ¿Quién narices era ella para decir algo así?

—¿Me vas a perdonar? —repitió él, bajando la vista a su regazo, como si le costase mirarla.

Ella se fijó en sus manos que agarraban el volante con fuerza. Tenía los nudillos blancos por la tensión. No estaba tan sosegado como pretendía aparentar.

—No tengo nada que perdonarte, Lukas. Está todo bien.

—Quiero que vuelvas a casa —susurró él.

Le dio un vuelco el corazón. Lukas había empleado las palabras equivocadas. Aquel piso en el que vivían él y Mía no era su casa. Ellos dos sí lo habían sido durante un tiempo. Se le estrechó la garganta por la emoción contenida.

—Mía te echa de menos —añadió él.

Alexia tragó saliva y apartó la vista. Seguía lloviendo con mucha intensidad. Los goterones se deslizaban por la ventanilla hasta ir a morir en su extremo inferior.

«¡Yo os he echado de menos a los dos!».

Quería gritarlo una y mil veces, pero se obligó a coger aire por la nariz y expulsarlo por la boca con tranquilidad.

—No quiero ser un problema.

—¿Tú un problema? —inquirió él con sorpresa—. El único problema es que no estás.

Ella volvió a mirarle. Tenía los ojos muy abiertos y las aletas de la nariz dilatadas.

—¿No has encontrado otra niña?

La estudió como si hubiera perdido el juicio. Se pasó una mano por el pelo de nuevo, alborotándose, y soltó un exabrupto.

—¿Otra niña? —masculló—. ¿Crees que solo he venido aquí porque no encuentro otra niña?

Ella negó. No iba a fingir que no sabía el motivo por el cual

Lukas había ido a buscarla.

—Sabes que no estoy aquí solo por Mía. Es cierto que te has portado muy bien con ella y que te ha cogido un cariño inmenso. Igual que tú a ella, lo sé. —Hizo una pausa de lo más efectiva y su mirada se oscureció—. Pero he venido por mí —añadió con firmeza—. Porque te he echado de menos. Quiero que vuelvas, pero no solo para ser la niñera de Mía. Quiero que vuelvas *conmigo* —enfaticó la última palabra—. Quiero que sigamos siendo lo que éramos.

Mientras hablaba le tendió una mano con la palma hacia arriba y su expresión se tornó suplicante.

Alexia se quedó mirando su mano extendida. Le gustaba la franqueza de Lukas. Su forma de ser tan abierta y directa. No ocultaba nada ni había dobleces en su carácter. No conocía muchas personas que fueran así, tan sinceras y transparentes.

No se iba a hacer de rogar porque no había nada que deseara más que estar con Lukas y con Mía.

Posó la mano sobre la suya con ligereza. Los dedos de él se cerraron en torno a los suyos fuertemente.

—¿Esto es un sí?

—¿A ti qué te parece?

Sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa incipiente. Cuando ella le apretó la mano, la sonrisa se hizo mucho más profunda y amplia y su hoyuelo quedó al descubierto. Alexia no pudo reprimirse y alargó la otra mano para acariciarlo con su dedo índice.

—¿Sabes que te sale un hoyuelo?

—Sí. ¿Te gusta? —le preguntó casi sin aliento.

—Mucho.

—¿Lo suficiente como para salir conmigo?

¿Salir con él? ¿Cómo en la época en la que iba al instituto?

Ella aguantó una risa. A veces se le olvidaba lo joven que era Lukas. La carga de responsabilidad que llevaba consigo le hacía parecer mucho más maduro.

—Pero solo porque combina con este de aquí —repuso y bajó el dedo hasta su mentón.

—¿Ese también te gusta? —Había travesura en su tono.

—Sí. Y esta peca —continuó y deslizó el dedo hasta su sien donde tenía un lunar diminuto.

—Son tres razones de peso —murmuró él.

Le recorrió el rostro con los ojos. Ignoró los hoyuelos y se centró en sus marcados pómulos y su nariz recta hasta recalar sobre su boca. Era de un color indeterminado a caballo entre el coral y el ocre. Su labio superior era algo más fino que el inferior. Estaba húmeda.

—¿Me vas a besar ya o tengo que seguir provocándote?

Él dejó escapar una risa. Luego se acercó y la besó.

Ella le echó los brazos al cuello y profundizó la caricia.

Era su segundo beso, pero Alexia se sintió como si ya se hubiesen besado cientos de veces con anterioridad. Quizá porque encajaban muy bien o porque se había imaginado los besos de Lukas muchas veces. No lo sabía, solo sabía que su boca era tan familiar como la suya propia.

El agua caía con fuerza sobre el techo del coche, provocando un ruido potente y sordo, que se mezcló con el de sus jadeos y sus respiraciones aceleradas.

Muy lentamente, se apartaron unos milímetros.

—¿No trabajas hoy? —preguntó ella casi sin aliento.

—He trabajado hasta hace un rato y ya no voy a volver —dijo con un encogimiento de hombros. Depositó un beso sobre sus labios—. Tengo la tarde libre.

—¿Y Mía? ¿No hay que ir a recogerla a la guardería?

—Se encarga mi madre —contestó y le dio otro beso.

Ella sintió los dedos de él enredándose en sus gudejas y echó la cabeza a un lado, gesto que él aprovechó para inclinarse y darle un beso en el cuello que le provocó un gemido placentero.

Las cosas estaban yendo por un camino que solo tenía un final y era indudable que los dos lo deseaban.

—¿Vamos a tu casa o vamos a la mía? —sugirió ella en un susurro.

Lukas alzó la cara y la contempló.

—¿Has comido? —le preguntó.

—No.

—Vale. Te propongo algo. Pasamos por tu casa y coges ropa. Luego te invito a comer por ahí y terminamos en mi piso. ¿Qué te parece?

—¿Me estás proponiendo que pase la noche en tu casa?

—Sí —respondió sin vacilar.

—¿Como una fiesta de pijamas?

—Sí, pero sin pijamas.

Ahora fue ella quien le besó.

—Vale. Acepto.

La sonrisa de él iluminó el interior del coche, el grisáceo día y la puñetera Vía Láctea. Alexia sintió un pellizco de gozo en el abdomen. Con una risa burbujeante, se echó hacia atrás y regresó a su asiento.

Lukas arrancó y encendió la radio. Tenía sintonizada una emisora de música y sonaba una canción antigua muy famosa, pero

ella no conocía el título.

—¿Cómo se llama?

—¿El grupo o la canción?

—Ambos.

—El grupo es The Animals. La canción es *House of the rising sun*.

—Me encanta. Aunque mi inglés es horrible y no entiendo nada.

—Mi inglés es bastante bueno. Te traduzco si quieres.

Ella giró la cara y le miró, esperanzada.

—No hace falta que me traduzcas, pero me podrías echar un cable con una redacción que tengo que hacer.

—¿Quieres que te ayude a hacer los deberes? —preguntó, sorprendido.

—Sí.

—Así voy practicando para cuando Mía sea mayor —dijo en tono de broma.

Alexia se quedó callada. Tenía ganas de decirle unas cuantas cosas, pero no era fácil hablar dentro del coche. La radio, el ruido de la lluvia y el de los parabrisas moviéndose deprisa creaban una cacofonía de sonidos fastidiosos. Se inclinó y bajó el volumen de la música.

—¿No te has molestado en buscar otra niñera?

—Lo he hecho. He entrevistado a cuatro. Todas muy competentes, con referencias y experiencia.

—¿Por qué no has contratado a ninguna?

—Ninguna eras tú.

No pudo evitar sentirse halagada y conmovida al escucharle decir eso. Había muchos sentimientos implícitos en esa frase y hacía mucho tiempo que nadie le decía algo así.

—Te quería a ti —siguió él hablando. No la miraba. Estaba pendiente de la mojada carretera.

—¿Tanto me ha echado de menos... Mía? —preguntó con fingida inocencia.

Él la miró de reojo con una ceja arqueada.

—Muchísimo. Lloraba todos los días y no quería comer, ni dormir —dijo con entonación muy exagerada—. He empezado a caerle mal porque piensa que yo soy el responsable de que te hayas ido. Cada vez que le cambio el pañal me mira con desprecio y cuando la baño protesta y grita. Está insoportable. Además, quiere que le cante la canción esa de los alpinos y no me la sé. Necesito que vuelvas. —Hizo una pausa muy significativa—. Por el bien de mi hija, claro.

—Claro —repuso de buen humor.

Tenía ganas de soltar una carcajada. O unas cuantas. Estaba

eufórica. Pero se limitó a subir el volumen de la radio de nuevo. La canción era otra. Sonaba la archiconocida *Sufre mamón* de los Hombres G. Una canción ideal para su estado de ánimo.

—Ella se fue con un niño pijo en un Ford Fiesta blancooo y un jersey amarillooo —cantó.

Él la secundó.

De pronto, su mirada fue a parar al polo que él llevaba puesto. Era, inequívocamente, amarillo pálido. Y su coche, un Ford Fiesta blanco.

Se echó a reír con fuerza, provocando que él la mirase confuso.

—Ford Fiesta blanco y jersey amarillo —se rio, intentando explicarle el porqué de su ataque de hilaridad.

Lukas bajó la vista a su jersey y pareció entenderlo al fin. Rompió también en carcajadas.

—Sufre mamón. Devuélveme a mi chica o te retorcerás entre polvos pica pica...

Ambos terminaron cantando con entonación desafinada entre risas.

Sin saber muy bien cómo, la mano de ella acabó sobre la de él, que se apoyaba sobre el pomo de la palanca de cambios.

Capítulo 23

Lukas

Todo había salido tal y como él había deseado. Habían ido al piso de Alexia a buscar ropa, luego a comer a un indio que había en la calle Lepanto y habían terminado en su casa. Incluso le mandó un mensaje a su madre y le preguntó si podía quedarse con la niña esa noche. Recibió una respuesta afirmativa.

Todo preparado y perfecto.

Todo menos él, que estaba tan alterado como si fuera la primera vez que se encontraba a solas con una mujer.

En cierto modo, casi lo era.

Tenía quince años cuando empezó a salir con Eva —que fue su primera novia— y durante todo ese tiempo no había estado con nadie más. Después, tampoco. Así que no podía presumir de ser experimentado, precisamente.

Desde que el viernes por la tarde habló con Soraya y ella le contó la verdad, solo había ansiado que llegara el lunes para ir a buscar a Alexia y pedirle perdón. No quiso hacerlo ese fin de semana porque sabía que ella trabajaba muchas horas y terminaba agotada, por eso el sábado y el domingo se le habían hecho eternos.

Sin embargo, ni en sus más impensables sueños habría imaginado que las cosas pudieran acabar así entre ellos. No lo había planeado. Pero después del tórrido beso en el coche, los acontecimientos se habían descontrolado y allí estaban, en su piso, los dos solos, con muchas horas por delante y una desmedida atracción sexual entre ellos.

—¿Quieres beber algo? —le propuso.

Habían llegado hacía unos minutos y Alexia estaba sentada en el sofá, descalza y rebosante de serenidad. Él no había dejado de dar paseos erráticos por el salón.

—No tengo sed, pero si eso hace que te calmes, puedes traerme un vaso de agua.

Se detuvo y la miró con intensidad.

—¿Tanto se nota que estoy nervioso?

—Si sigues paseando así vas a hacer un surco en el suelo.

Él se dejó caer en el sofá, a mucha distancia de ella con una sonrisa trémula.

—Créeme si te digo que nada de lo que está sucediendo hoy estaba planeado —comenzó.

—Todo lo que sale espontáneo es mucho mejor —dijo ella.

Lo sabía. Él siempre había sido espontáneo e imprevisible, pero desde el nacimiento de Mía su vida era organizada y tenía que seguir horarios y reglas. No había lugar para la improvisación. De pronto, se sentía torpe e inseguro.

¿Lukas Alba, torpe e inseguro?

Era patético.

—Eva fue mi primera novia —explicó.

Ella le miró con una ceja arqueada. Era obvio que no entendía a qué se refería.

—Quiero decir que antes de Eva no hubo ninguna otra. Y después, tampoco —dijo con tono de disculpa—. Con Mía, no tengo tiempo...

—Vale —dijo ella cabeceando—. Me quieres decir que solo has estado con una chica y que eres casi virgen.

Él levantó la cara con brusquedad. Se había puesto rojo, lo notaba. La miró y comprobó que ella sonreía burlona.

—Tampoco hace falta que lo digas así —masculló, mortificado—. Y he tenido algún rollo más.

—No te preocupes, Lukas. Yo sé cómo hay que hacerlo —dijo ella con exagerada vanidad—. Te iré dando instrucciones.

No pudo evitar soltar una risa al escucharla. Sus bromas le relajaban. Su seguridad y su aplomo le gustaban. No había mucha diferencia de edad entre ambos, solo tres años, pero en ese momento parecía como si Alexia fuera una mujer adulta y él un simple adolescente.

Volvió a mirarla y se dio cuenta de que ella se había acercado. Unos diez centímetros separaban sus muslos, ambos enfundados en tela vaquera. Cualquiera de los dos podía tomar la iniciativa, solo había que acercar la pierna un poco más o que extender la mano.

Los ojos de ella irradiaban picardía y su sonrisa era traviesa a la par que provocadora.

Aquello le hizo decidirse.

Alargó su brazo y posó la mano en el sofá. Su dedo meñique casi podía rozar su pierna. Comenzó a respirar deprisa, anhelando lo que pudiera llegar a continuación.

—Vale. Ahora yo tengo dos opciones —dijo ella con un ronroneo después de haber observado su maniobra—. Puedo poner mi mano encima de la tuya y así, poco a poco y milímetro a milímetro, como quien no quiere la cosa, ir deslizándola hasta que llegue a tu muslo o

quizá incluso a otro sitio. Todo con mucha lentitud. —Hizo una pausa muy efectiva—. O puedo hacer otra cosa.

Su voz era tan tentadora que a Lukas se le erizó el vello de la nuca.

—¿Qué cosa? —preguntó sin aliento. Tenía la mirada clavada en su bello rostro de ojos almendrados.

—Puedo hacer esto.

No le dio tiempo a reaccionar. Antes de que hubiera asimilado lo que hacía, ya estaba sentada a horcajadas sobre su regazo y enroscaba los brazos en torno a su cuello.

—Veo que no te andas con rodeos —jadeó, subyugado por su electrizante cercanía.

—Es que sé lo que quiero. Y te quiero a ti. Me gustas muchísimo, Lukas.

Él se estremeció ante su confesión.

Sus labios estaban a muy poca distancia. Tan cerca que él pudo apreciar que tenía una pequeña cicatriz blanquecina en el borde inferior a la derecha. Era tan diminuta que nunca se había percatado.

—Tú también me gustas mucho, Ale. Demasiado.

—¿Demasiado? ¿Eso es bueno o malo?

No intentó acercarse más ni besarle. Estaba inmóvil, como si esa postura en la que se encontraban no la afectara de ningún modo. Él, por el contrario, estaba muy alterado. Podía sentir sus muslos presionando contra los suyos y su entrepierna pegada a la suya, que comenzaba a despertar. Una tortura.

—Es bueno y malo. Es bueno porque tengo muchas ganas de ti. Es malo porque hace más de un año que no me acuesto con nadie y es probable que tenga un ligero problema... en la cama, me refiero —explicó.

—¿Gatillazo?

—¡Yo no he dicho eso! —se indignó.

—¿Eyaculación precoz?

La contempló con el ceño fruncido. Sonreía burlona.

—Quizá —admitió y volvió a sonrojarse.

El beso le pilló desprevenido. Sus labios que, solo segundos antes habían estado a centímetros de distancia, de pronto estaban sobre los suyos, forzándole a abrir la boca y a corresponder con la misma pasión que ella empleaba.

Lo hizo.

La besó con ansia mientras sus brazos le rodeaban el talle.

Sus respiraciones se mezclaron y sus lenguas jugaron la una con la otra. Alexia arqueó la espalda y sus senos encontraron cobijo en

el torso de él. Enterró las manos en su cabello, disfrutando de su suavidad, y notó que ella hacía lo mismo y tironeaba de los cortos mechones de su nuca. Sus cuerpos se acoplaron y se mecieron al unísono, provocando que la erección de Lukas adquiriese una consistencia casi dolorosa.

—Dios...

Llevaba mucho tiempo deseando que aquello sucediera y no quería estropearlo por las prisas. Quería que fuese algo especial. Único. Así que se apartó, aunque le costó la vida misma hacerlo.

—Creo que...

—¿Ya? ¿Ya te has corrido? —inquirió ella con los ojos muy abiertos.

—Eres muy graciosa, ¿lo sabías?

Alexia rompió a reír. Era una risa feliz y contagiosa.

—Lo siento. Cuando estoy eufórica me sale hacer bromas.

—¿Estás eufórica?

—Mucho.

Él sonrió ampliamente. Su corazón se había embalado y no sabía si era por el beso o por verla tan entusiasmada.

—Bueno, es halagador saber que mis besos te provocan felicidad.

—Lo hacen.

Algo dentro del abdomen de Lukas efectuó un triple salto mortal.

Volvió a besarla. ¿Cómo no hacerlo después de lo que había dicho?

Solo cinco minutos después, se había deshecho de su jersey y su camisa y tenía los vaqueros desabrochados. Ella había sido más lanzada y se había quitado el jersey y los pantalones. Solo llevaba unas braguitas blancas de algodón y un sujetador color canela.

Lukas la estudió fascinado. Su piel era morena, de un tono más oscuro que su ropa interior. Ya sabía que era voluptuosa porque la había visto bailar en el Go sin apenas ropa, pero tenerla al alcance de sus manos y saber que podía acariciarla a su antojo era como un sueño hecho realidad. ¿Cómo era posible que en algún momento hubiera pensado que no le interesaban las mujeres con tantas curvas? Con la respiración contenida, alargó las manos y las posó sobre sus pechos generosos, que casi no podía abarcar. Ella se arqueó contra él de un modo sensual y erótico y su miembro se sacudió con impaciencia dentro de su bóxer.

Era consciente de que estaba a punto de alcanzar el clímax.

Alexia era mucha mujer y él estaba demasiado excitado.

Dispuesto a no quedar como un pardillo, la empujó hasta que pudo cambiar de posición y tumbarse sobre ella.

—Ahora vas en plan macho alfa —jadeó con una risita. Mientras decía eso enroscó las piernas a su cintura y le atrajo hacia sí.

—No voy en plan macho alfa, voy en plan macho que tiene que cambiar de postura porque está a punto de correrse y no quiere hacer el ridículo.

—¡Ups! —se rio ella—. Perdona —dijo con inocencia y relajó las piernas, bajándolas de su talle.

Él lo agradeció en silencio. Luego posó las manos nuevamente sobre sus senos y los acarició. La punta de sus dedos rozó la piel que quedaba libre por encima del sujetador. Era como acariciar seda, pensó. Ella le miraba con los ojos encendidos y los labios húmedos, la estampa de la sensualidad.

—¿No es mejor que me quites el sujetador?

—Eh, sí, claro.

Tragó saliva, embriagado por todo lo que estaba sucediendo. La ayudó a incorporarse para poder desabrochárselo. Ella se apresuró a librarse de la prenda y la arrojó al suelo, junto al resto de la ropa que se habían ido quitando.

Sus pechos eran amplios y redondeados, de color tostado como toda la piel de su cuerpo, y sus areolas, más oscuras y no muy grandes. Los pezones enhiestos pedían a gritos que los tocara.

Y Lukas lo hizo.

Dejó que rodaran entre sus dedos y como recompensa recibió sus gemidos cargados de placer y un estremecimiento del femenino cuerpo.

Su miembro se sacudió impaciente y él lo ignoró. Rodeó sus senos antes de resbalar las manos por su torso y su vientre, deleitándose en su piel. Terminó por sumergir los dedos en el borde de sus bragas y, sin vacilar demasiado, se las quitó, deslizándolas con lentitud por sus muslos mientras se echaba hacia atrás. Una fina línea de vello oscuro cubría su monte de Venus.

Ella jadeó.

Él también.

Allí estaba esa chica, gloriosamente desnuda, que le miraba hambrienta y ansiosa.

Los nervios se apoderaron de él. No solo hacía mucho tiempo que no practicaba sexo oral, sino que solo lo había hecho con Eva. ¿Y si Alexia pensaba que era un inepto? ¿Y si no estaba a la altura de las circunstancias? Sorprendentemente, esa inseguridad que le sobrevino de repente hizo que su erección se desinflara. Su estado de ánimo debió de verse reflejado en su rostro, porque Alexia se incorporó en el sofá y le echó los brazos al cuello mientras esparcía un reguero de

besos por su mandíbula.

—¿Y si vamos despacio?

Él la apretó contra su cuerpo. El olor de su pelo le entró por las fosas nasales. Olía a champú de coco. A él le encantaba el coco. Quizá fue su olor o sus palabras tranquilizadoras o sus besos ligeros sobre su cuello, no pudo precisarlo, pero su miembro volvió a endurecerse.

Decidido a explorar nuevos territorios, la empujó y ella se dejó caer de nuevo sobre el sofá. Sin dejar de mirarla, Lukas se quitó los vaqueros con prisas y también los calzoncillos.

—Estás muy bueno, lo sabes, ¿verdad?

—Eh, claro —respondió con pretendida suficiencia.

Siempre había pensado que estaba demasiado delgado. No era tan fornido ni musculoso como sus hermanos y eso, en ocasiones, le había hecho sentirse inseguro, pero el rostro de Alexia reflejaba pura admiración mientras le contemplaba.

Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral.

Se tendió sobre su cuerpo y comenzó a besarle los pechos con delicadeza hasta que consiguió arrancarle ásperos suspiros. Descendió con la boca por su esternón y por su estómago hasta llegar a su ombligo, que llenó de besos. Alcanzó su trepidante vientre y mordisqueó la parte superior de su monte de Venus. Siguió bajando hasta que su boca encontró su sexo, húmedo y caliente.

Ella gimió sin control.

Aspiró y se llenó de su esencia. Luego hundió su lengua entre sus pliegues rosados, disfrutando con su sabor almizcleño. Se dejó guiar por el volumen de sus jadeos, ajustando el ritmo y la velocidad. Sus dedos encontraron el pequeño capuchón que cubría su clítoris y lo abrió, dejando este al descubierto. Estaba hinchado y enrojecido por la excitación. Se apoderó de él y lo lamió y succionó con pasión.

Estaba ebrio de placer. Su aplomo había regresado y una oleada de orgullo le invadió. Sabía que a ella le estaba gustando. Su sexo estaba empapado y se contorsionaba con violencia.

Él mismo notaba que su erección le golpeaba el vientre espasmódicamente, ansiosa y dispuesta a adentrarse en ese calor suyo.

—¡Más deprisa! —exclamó ella—. Me voy a correr.

No tuvo que repetírselo dos veces. Lukas se empleó a fondo con la lengua, los labios y los dedos y, solo unos segundos después, su sexo se contrajo y palpitó. Ella enterró las manos en su cabello y emitió un profundo gemido mientras se ponía rígida.

Él permaneció quieto, jadeante y con un sonoro zumbido en los oídos. El corazón amenazaba con salirse del pecho. Una voz en su interior le decía una y otra vez que lo había logrado, que había

conseguido que alcanzara el clímax, que no era tan imbécil como se sentía.

Las extremidades de Alexia se tornaron laxas y desmadejadas y una risa lánguida resonó en la quietud del salón.

—Fóllame ahora —pidió ella en voz muy baja.

Creó no haber oído bien y elevó la cara para mirarla. Su rostro estaba enrojecido y sus ojos refulgían como si todas las estrellas del firmamento se hubieran concentrado en ellos.

Estaba hermosa.

Mucho.

—Fóllame —repitió ella después de humedecerse los labios con la punta de la lengua.

Su mente fue hasta su dormitorio. Los condones estaban en una cajita dentro del primer cajón de su mesilla. A trompicones, logró ponerse de pie y apartarse de su cálido cuerpo. Ella protestó y compuso un mohín de disgusto.

—Ahora mismo vuelvo.

Voló. Esquivó la ropa que regaba el suelo y sus pies alcanzaron su habitación en un abrir y cerrar de ojos. Abrió el cajón, cogió un preservativo y rasgó el envoltorio con los dientes sin detenerse. Se ajustó el látex a su erección en el pasillo y cuando llegó al salón ya estaba más que preparado.

Alexia le lanzó una mirada provocativa a través de las pestañas mientras le tendía los brazos. Tenía aspecto de mujer saciada y muy satisfecha.

Lukas se tumbó sobre ella y sostuvo su peso con los brazos. Estaba muy excitado y cuando sintió su miembro justo en su entrada ardiente y empapada, un suspiro escapó de su boca.

La penetró de un único envite sin encontrar ningún tipo de resistencia.

Las paredes del femenino sexo se cerraron en torno a su dureza, aprisionándole, y el calor se apoderó de él. Todos los poros de su cuerpo se erizaron.

—Madre mía —farfulló.

Un jodido paraíso era aquello.

—Fóllame —volvió a repetirle ella, sacando la lengua y lamiéndole el lóbulo de la oreja. Alzó las piernas y le rodeó con ellas, clavándole los talones en el trasero.

Él gruñó como un poseso.

La vida era muy injusta, pensó justo antes de moverse en su interior. No pudo embestirla más de una vez cuando ya notó cómo los hilos del deseo tiraban de él y el orgasmo le golpeaba. Perdió la

noción del tiempo mientras su semen salía disparado y todo su cuerpo se tensaba.

—¡Joder! —masculó con un estertor.

Sintió su abrazo tierno cuando se dejó caer sobre ella. Le costaba respirar. Una nube de vergüenza oscureció su mente y cerró los ojos, abochornado, incluso a sabiendas de que ella no podía verlo porque tenía la cara enterrada en su cuello.

Tuvo ganas de llorar.

¿Cuánto había aguantado? ¿Tres segundos?

Nunca más iba a poder mirarla de frente de nuevo.

Ella comenzó a acariciarle la espalda con movimientos rítmicos.

—¿Estás bien? —le preguntó al cabo de unos instantes.

—Físicamente, sí. Es solo mi dignidad la que está sufriendo —confesó.

—¿Por?

—¿Cuánto he durado? ¿Cero coma dos segundos?

—¿Y? Primero te has ocupado de que me corriera yo. Y ha sido increíble.

—¿De verdad? —preguntó, alzando la cabeza. Él mismo se dio cuenta de que sonaba extremadamente ansioso y se calló. ¿Cuántos años tenía? ¿Doce?

Ella le sonrió con pereza y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

—Ha sido fantástico.

—Ya, bueno, supongo que la habilidad no se pierde —murmuró.

Ella se echó a reír entre dientes. Todo su cuerpo se agitó por su risa.

La contempló fascinado por su belleza salvaje de exóticas facciones. Tenía el pelo enmarañado y eso le llevó a recordar su primer encontronazo en el Go.

Chica leopardo.

¿Quién le iba a haber dicho hacía solo unos meses que iba a terminar con esa chica en su cama? Mejor dicho, en su sofá. Todavía no terminaba de creerlo. Una tonta emoción le embargó. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Las ganas de soltar una carcajada feliz le invadieron, pero se conformó con emitir un jadeo y abrazarla fuerte. Sus sudores se mezclaron y aquello le pareció lo más excitante que había experimentado jamás.

—Si supieras lo mucho que me gustas —dijo casi sin aliento.

—No te cortes a la hora de decírmelo —le animó ella en tono de broma.

—Me gusta todo de ti.

—¿Qué es lo que más? —le preguntó con tono provocador.

Él levantó la cara y la contempló con intensidad. Tenía muy clara la respuesta.

—El modo en que sonríes a Mía.

La expresión del rostro de ella cambió. Pasó de ser juguetona a tornarse seria.

—Adoro a Mía.

—Lo sé.

Un corto beso siguió a esa declaración.

—Sabes a mí —musitó ella.

—¿Te molesta?

—En absoluto. Bésame otra vez.

Lo hizo. Se besaron con languidez.

Lukas se retiró lo justo para poder deshacerse del condón; lo anudó y lo arrojó al suelo. Luego se apresuró a abrazarla de nuevo. Se acomodaron en el pequeño espacio, tumbados de lado y mirándose a los ojos. Era absurdo quedarse allí cuando en la habitación contigua había una cama de matrimonio, pero ninguno propuso levantarse. Él tiró del borde de la manta que tenía sobre el respaldo del sofá y los cubrió a ambos.

—Tenía miedo —confesó ella de pronto.

—¿Miedo? —Arqueó las cejas, perplejo.

—De no volver a veros a Mía y a ti.

Descubrió genuina preocupación en su cara. Se inclinó y la besó en el pómulo.

—Me pasó lo mismo —admitió. Le retiró un mechón de pelo de la frente y se lo puso tras la oreja.

—Sois muy importantes para mí —continuó ella en voz baja.

—¿Los dos? —le preguntó él con intención.

—Los dos. Mía es adorable y tú eres también adorable.

Él hizo una mohín al escuchar ese epíteto.

—¿Solo adorable?

Ella le miró de forma muy directa. Alzó una mano y le acarició la mejilla.

—Jamás me he enamorado, Lukas. Así que no sé si lo que siento por ti es amor. Solo sé que nunca me había sentido así con nadie.

El corazón de él palpitó furioso. Tuvo ganas de estrecharla con fuerza entre sus brazos, pero ella todavía no había acabado.

—Pienso en ti, a todas horas. Ya sea en clase, como en el curro, como si voy andando por la calle. Me pregunto constantemente qué estarás haciendo. Y me imagino que te cuento cada pequeña cosa que me pasa. Mi primer impulso es llamarte para contártelo todo —dijo

con tranquilidad. Era indudable que le había dado vueltas al tema y que no le importaba admitir sus sentimientos—. Y también hago planes contigo. Empiezo a pensar en que llega el fin de semana y que podríamos ir a comer por ahí, con Mía o sin Mía, tú y yo solos. He llegado a imaginarnos paseando por la playa con la niña o de viaje o sentados viendo una peli. No sé. De algún modo siempre estás en mi mente. —Hizo una pausa que llenó con un suave carraspeo antes de continuar. No le miraba. Tenía la vista fija sobre su pecho—. Estas semanas en las que no te he visto, te he echado muchísimo de menos. En realidad, he creído verte en multitud de ocasiones, cada vez que llegaba un chico de tu complexión al Go o cuando veía a un padre con un carrito de bebé. Siempre pensaba que eras tú y me decepcionaba que no lo fueras —se rio con suavidad—. Además, me descubro arreglándome para ti, poniéndome la ropa más bonita que tengo por si acaso te veo. No sé si esto es amor, Lukas, pero así es como me siento.

Él se había quedado atónito y tardó en darle una respuesta.

—Ale, me dejas sin aliento —confesó—. Yo tampoco sé cómo llamarlo, pero yo me siento igual.

Alexia se agitó entre sus brazos. Tenía una curiosa expresión en el rostro que él no supo interpretar.

—¿No estabas enamorado de Eva?

Él se revolvió. Su historia con Eva era complicada.

—Empezamos a salir cuando teníamos quince años. En aquella época uno no se planteaba si estaba enamorado. Te gustaba una chica y salías con ella y una cosa llevaba a la otra. Éramos demasiado jóvenes para saber que lo que sentíamos era amor, creo.

—Pero estuvisteis mucho tiempo juntos. Las personas maduran y los sentimientos crecen.

—Sí. Puede ser. Pero ya no sé si estábamos juntos por costumbre, por dependencia o yo qué sé. Cortamos muchas veces y cada vez que lo hacíamos, yo sufría como un condenado mientras ella se liaba con algún otro. Al final siempre volvíamos. ¿Amor? No tengo ni idea. Supongo que sí hubo amor, sobre todo al principio. Sí, nos queríamos como se supone que se quieren dos adolescentes.

No le dolía hablar de Eva. Y mucho menos delante de Alexia. Sentía que podía decirle todo lo que se le pasara por la cabeza, tal era el grado de confianza que tenía con ella.

—¿Tú nunca has salido con nadie?

Ella negó.

—He estado con algunos tíos, pero si tu pregunta es si he tenido una relación, la respuesta es no. Nunca. Ya sabes cómo ha sido mi vida, siempre yendo de un sitio a otro, lo último en lo que he pensado

ha sido en tener algo serio con alguien.

—Pero ahora ya te has decidido y vas a quedarte aquí, ¿no? —
Sonaba más ansioso de lo que había pretendido.

—Hasta que acabe el módulo. Luego ya veré.

Eso le dejaba dos años para convencerla de que se quedara en la costa.

Con él.

«¿No vas a la velocidad de la luz, Lukas? Solo os conocéis desde hace tres meses».

Cierto. Tenía que pisar el freno.

—He estado a punto de llamarte en cientos de ocasiones solo para oír tu voz estas semanas pasadas —confesó ella—, pero no lo he hecho porque me sentía avergonzada.

—No tienes nada de qué avergonzarte. Fui yo el que interpretó mal la situación,

—Con motivo.

La besó en la frente.

—No hablemos de eso. Hablemos mejor de lo mucho que te pongo —dijo con tono burlón.

Ella soltó una risita ronca. Luego, acercó la rodilla a su entrepierna, que reaccionó en consecuencia. Su mano no tardó en sustituir a su rodilla sobre su erección y él gimió sin poder evitarlo. Una sacudida de placer le recorrió.

—Creo que se está preparando para la segunda ronda.

—Genial —musitó ella, dándole un beso en el hueco que había entre su clavícula y su mandíbula.

—Y creo que esta vez voy a aguantar un poco más.

—No te preocupes si no puedes, tu boca también me sirve —le provocó.

—¿Que no puedo? —gruñó.

Se levantó de un salto y tiró de ella. La manta que los cubría cayó al suelo.

Sus risas se mezclaron en el silencio del apartamento mientras corrían hacia el dormitorio.

Capítulo 24

Alexia

Quedaban apenas dos minutos para volver a ver a Mía y estaba ansiosa. Acababa de llegar a la puerta de la guardería y, como de costumbre, saludó a los otros padres que aguardaban frente a la entrada del centro. Una de las mamás se interesó por su ausencia durante esas semanas y ella se escabulló de la pregunta comentando que había estado de viaje.

Cuando Esther, una de las cuidadoras, abrió la puerta, ella fue de las primeras en entrar. Recorrió el corto pasillo hasta el aula de los más pequeños con pasos veloces. Mía estaba sentada en su sillita, al fondo, entre otros bebés que esperaban a ser recogidos. Llevaba sus pantalones rojos y su anorak azul marino con estampado de ardillas. Y un gorro de lana también rojo con un pompón en la parte superior. Estaba monísima.

El corazón de Alexia le dio un saltito en el pecho.

La niña tardó en verla por el revuelo que había organizado con los otros niños y padres, pero cuando se plantó delante de ella, sus enormes ojos azules mostraron gozo y empezó a agitar los bracitos en el aire mientras balbuceaba algo ininteligible.

—Mi niña bonita —murmuró Alexia, acucillándose a su lado y dándole besitos en la cara, emocionada.

Olía a suavidad, a ternura, a amor del bueno.

Se apartó para poder contemplarla de nuevo. Tenía la sensación de que en los días que no la había visto, había crecido.

—Mama —balbuceó la pequeña.

Alexia abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca, conmocionada. Miró a su alrededor para ver si alguien la había escuchado, pero nadie le prestaba atención. Se le había formado un nudo en la garganta y tragó saliva para disolverlo. Tenía sentimientos encontrados con esa palabra y con que Mía la hubiera utilizado para referirse a ella. Le acarició la mejilla a la niña con dulzura.

—Mama, mama, mama.

Alexia cerró los ojos, insegura.

—Lleva todo el día diciendo mamá —dijo Susana, otra de las cuidadoras, que se había acercado—. Es su primera palabra y está muy orgullosa de decirla, ¿verdad, amor? —le dijo al tiempo que le

ponía una cara graciosa.

La niña se rio.

—Te echábamos de menos —comentó la cuidadora, dirigiéndose a ella—. Anna nos dijo que estabas enferma. ¿Estás mejor ya?

Alexia se incorporó y fingió una sonrisa. Así que la madre de Lukas había contado esa mentira en la guardería, como si esperase que ella fuera a regresar.

—Eh, sí, estoy mucho mejor. Gracias.

—Me alegro.

Alguien la llamó por su nombre y se despidió con un gesto de disculpa, dejándolas solas de nuevo.

—Bueno, rubita. ¿Nos vamos? —le preguntó a la pequeña.

—Mama.

Un pellizquito le mordió el pecho. Se sentía rara, como fuera de lugar. Leo también la había llamado así.

Se situó detrás del cochecito y lo empujó. Dijo adiós a los otros padres y las empleadas del centro y abandonó la guardería. Hacía una tarde de sol espléndido, pese a que estaban a finales de enero. La temperatura en el exterior no era muy fría.

—Hoy tengo una sorpresa, ¿sabes? No vamos a casa. Vamos a esperar a tu papá.

Echó a andar cuesta abajo, camino de la playa que se encontraba a escasos doscientos metros de distancia. Había quedado con Lukas en el paseo marítimo. Fue idea de él salir antes del trabajo y dar un paseo por la playa con Mía antes de que anocheciera. Y ella estuvo de acuerdo. Habría estado de acuerdo con cualquier cosa, a decir verdad. Cuanto más tiempo pasara con Lukas y con su hija más feliz era.

Ni siquiera habían transcurrido veinticuatro horas de su maravillosa tarde en el piso de él y Alexia todavía tenía resaca de su encuentro. Estaba pletórica. Las horas a su lado fueron increíbles. Nunca había sentido tanta complicidad con ningún chico. Podía hablar con él de todo, sin tapujos ni vergüenza. Y lo más importante, podía ser ella misma y no tenía que pretender ser quien no era. Podía dejar de fingir que era madura y segura de sí misma y comportarse como una chica casi adolescente. Bromear y decir tonterías.

Y el sexo fue una pasada. No solo el que habían compartido en el sofá; en la cama hubo más, mucho más. Tanto, que terminó exhausta y con agujetas. Quizá Lukas no fuera el amante más experimentado del mundo, pero lo compensaba con su entusiasmo y su atrevimiento. Y, sobre todo, con su cariño, su ternura y sus ganas de complacerla. No tenía arrogancia ni pretendía saberlo todo. Era humilde y le preguntaba por sus deseos. La escuchaba.

Eso era tan bonito.

A lo largo de las horas que compartieron se estableció una intimidación tal entre ellos, que al final de la noche ni siquiera tenían que hablar, parecían entenderse solo con la mirada.

Alexia nunca le había pasado nada igual.

Se sacó el móvil del bolsillo y le mandó un wasap. La aplicación estaba llena de mensajes entre ambos. La habían utilizado indiscriminadamente durante todo el día, como si tuvieran miles de cosas importantes que decirse, cuando la realidad era que casi todo lo que habían intercambiado fueron emojis tiernos.

Alexia: Ya estamos en la playa. Te esperamos.

Lukas: Diez minutos y estoy ahí.

No pudo reprimir una sonrisa. Diez minutos y volvería a verle.

Dejó el cochecito junto a un banco y bajó a la niña, que parecía entusiasmada por el entorno. Se aseguró de que su anorak estuviera bien abrochado y que no hubiera perdido ninguna manopla. Había varias gaviotas en la arena, cerca del paseo, y Mía agitó los brazos con brío mientras las contemplaba maravillada. Alexia la dejó en el suelo y le sujetó las manitas. Ya había comenzado a dar sus primeros pasos, agarrada. Sabía, porque se lo había dicho Lukas, que había aprendido a ponerse de pie ella sola sujetándose a lo primero que encontraba: una silla, una mesa, una pierna...

Era increíble lo rápido que crecía.

No había nadie más en aquella parte de la playa. Unos cientos de metros más adelante comenzaban los bares y restaurantes, pero en aquella esquina y dado que el Massai, el local de moda de la zona, estaba cerrado, no había nadie más. A lo lejos se veía a una pareja de jubilados que paseaban cerca de la orilla.

Mía pretendía avanzar más deprisa de lo que podían hacerlo sus pies y el nerviosismo la llevó a dejar escapar grititos. Alexia la llevó hasta la pasarela de madera y dejó que anduviera por allí, conteniéndola para que no bajara a la arena, que era donde estaba el objeto de su interés: las gaviotas. Una de ellas echó a volar y Mía soltó una exclamación.

—Se ha ido la gaviota.

La carita de la niña con la boca abierta por el asombro hizo que Alexia se echase a reír.

—¿De quién es ese niño?

La masculina voz a su espalda la llevó a girarse con brusquedad. Su rostro se oscureció al ver a Borja a unos metros de distancia. Cogió a la niña en brazos y se encaró con él. El enfado se expandió por todo su cuerpo.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Me has seguido?

—¿Quién es ese crío? —volvió a preguntar, señalando a Mía. Llevaba una cazadora negra de cuero sin abrochar. Y debajo, una camiseta de cuello holgado, marcando pectorales, como siempre.

—No te importa —le contestó ella sin dejarse avasallar. Él se interponía entre ellas y el carrito.

—¿Es un crío de esos que cuidas?

—No. Me quedé preñada hace dos días y di a luz ayer —repuso con sarcasmo—. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar. ¿Me has seguido?

Él se encogió de hombros, sin negar ni afirmar.

—No vuelvas a hacerlo.

—Tengo que hablar contigo.

—Yo no tengo nada que decirte y tampoco me interesa lo que tú puedas decirme.

Estaba muy indignada. No le suponía ningún problema enfrentarse a él y mucho menos desde que tenía la grabación en su poder, pero estaba con Mía y eso no le gustaba nada.

Dio unos cuantos pasos hacia el cochecito. Él se interpuso en su camino y la cogió del brazo. Ella se sacudió para liberarse. Mía parecía asustada y su carita se contrajo.

—Te juro que como hagas llorar a la niña te hago la vida imposible —siseó. Luego abrazó a la pequeña y le dio un besito en la cara—. No pasa nada, amor. Todo está bien.

Borja era indudablemente un imbécil, y cuando ella se puso en marcha de nuevo, trató de sujetarla del brazo otra vez.

Entonces todo sucedió muy deprisa.

Alexia se vio arrastrada hacia un pecho masculino, que las envolvió a ella y a la niña. Pese a que la sorpresa la invadió, sabía a quién pertenecía. Tanto su envergadura como su olor eran inconfundibles. Elevó la cara y se encontró con la mirada aguamarina de Lukas que despedía chispas de ira.

—¡Ni se te ocurra tocarlas! —dijo con voz ronca y amenazadora.

Nunca le había visto tan cabreado. Todo su cuerpo estaba en tensión —podía notarlo a través de su ropa—, y un rictus duro y poco familiar deformaba sus facciones.

Le recordó a un animal salvaje defendiendo a su cría.

Borja cometió el error de ponerse chulito. Dio un paso hacia delante y trató de plantarle cara a Lukas. Eran los dos igual de altos, pero Borja era más fornido. Quizá debió de pensar que su superioridad física intimidaría al otro, pero Lukas se irguió y compuso una mueca

desafiante mientras daba un paso y se enfrentaba a él sin vacilaciones.

Alexia no pudo evitar compararlos. Quizá no era del todo objetiva, pero el camarero del Go le pareció un machito gilipollas mientras que Lukas tenía un aspecto imponente.

—¿Quién cojones eres tú? Esa es mi chica —masculló el imbécil de Borja.

—¿Tu chica? —Lukas se rio con mordacidad—. Ah, vale, ya sé quién eres. Eres el tipo de las drogas —dijo con desdén—. Te equivocas en una cosa. Las dos son mis chicas.

Borja frunció el ceño. Parecía dispuesto a decir algo más, pero Alexia salió de detrás de Lukas y le tendió a Mía, que había comenzado a llorar sin consuelo.

—Déjame a mí —le pidió en un susurro.

Él cogió a la niña y la miró con preocupación, pero ella le sonrió para transmitirle tranquilidad.

—Será solo un momento —le aseguró. Luego se acercó a Borja que había cambiado la expresión de su cara y sonreía triunfal, como si ella hubiera tomado una decisión y le hubiese escogido a él—. Borja, este es el padre de la niña y... mi novio. Creo que será mejor que te vayas y nos dejes en paz.

La mirada de ojos verdes se nubló, y cuando hizo amago de alzar la mano para volver a sujetarla, Alexia perdió la paciencia. Le dio un manotazo y se apartó. Luego, antes de que él pudiese aproximarse de nuevo, se sacó el móvil del bolsillo.

—Creo que deberías escuchar esto —le dijo.

Él la miró con suspicacia.

Le dio al *play* y la conversación que habían tenido en Los Jazmines hacía unas semanas se escuchó claramente.

En un primer momento, Borja no reaccionó de ninguna manera, pero según transcurrían los segundos, su rostro iba mostrando su enfado.

—*¿Solo pasas en el Go o en más sitios?*

—*Principalmente en el Go.*

—*¿Y lo sabe el gerente?*

—*¿Cómo lo va a saber?*

—Mierda —farfulló e hizo un amago de quitarle el móvil, pero ella se alejó deprisa.

—Esta no es la única copia. Se lo he pasado a unas cuantas personas más.

—Eres una hija de puta —masculló entre dientes.

Lukas soltó un exabrupto. Alexia se dio la vuelta y vio que todavía estaba intentando calmar a Mía, pero que la observaba

alterado. Le hizo un gesto con la mano. Tenía la situación controlada.

—¿Tú crees que soy una hija de puta? Puede ser. —Se giró de nuevo hacia Borja—. Solo te voy a decir una cosa, como me sigas molestando le envío la grabación al gerente del Go. Ya sabes lo que opina de que se meta mierda en su local. Y también sabes que es el presidente de la Asociación de Locales de Ocio de Benidorm y puede conseguir que no te contrate nadie en toda la ciudad. Tú mismo. —Se encogió de hombros con displicencia.

Alexia sabía que Borja adoraba Benidorm y que no entraba en sus planes marcharse. No solo se había comprado un piso hacia poco y había invertido casi todos sus ahorros en la reforma, sino que allí tenía todo su círculo de amigos.

—Eres una zorra —siseó.

—Sí. Lo soy —respondió y le envió una sonrisa lobuna con suma satisfacción.

Le vio ponerse lívido y apretar los puños, furioso. También vio el instante en el que se dio cuenta de que había perdido. La derrota asomó a sus iris.

Por enésima vez se preguntó qué demonios había visto en ese energúmeno para acostarse con él.

Solo unos segundos después, él se dio la vuelta y se alejó con paso rápido, dando grandes zancadas coléricas, como si alguien le persiguiera. Alexia le siguió con los ojos hasta que dobló una esquina. No fue consciente de lo tensa que estaba hasta que su figura desapareció del todo. Soltó un sonoro suspiro y se giró.

Lukas y ella se miraron por encima de la cabecita de Mía, que parecía haberse calmado y tenía la carita enterrada en el cuello de su padre.

—¿Estás bien? —le preguntó él en voz queda.

—Sí. ¿Cómo está Mía? —inquirió ansiosa, aproximándose.

La niña levantó la cabecita y al verla, le tendió los brazos.

—Mama.

Alexia se quedó paralizada y lanzó una ojeada nerviosa a Lukas. Quizá a él no le gustara que su hija la llamase así.

—Se lo dice a todo el mundo —explicó deprisa.

—¿Te molesta que te lo diga? —inquirió él. Esbozaba una sonrisa.

—No... No sé. Quizá a ti no te guste.

La niña seguía empeñada en que su padre la soltara.

—Mama, mama, mama, mama.

—Por Dios, con tanta insistencia, no puedo negarme —se rio él. Y le tendió a Mía.

Ella la cogió y le dio un beso en la mejilla.

—Tú y mi madre sois lo más parecido a una madre para Mía —continuó él en voz baja. Había desviado la vista hacia el mar y se había metido las manos en los bolsillos de la cazadora.

A Alexia esas palabras le encogieron el corazón, pero no dijo nada. Se limitó a mirarle de soslayo. Vestía de modo informal con vaqueros, botas de cordones y una sudadera negra bajo la cazadora de cuero. El viento le había alborotado el cabello.

Parecía triste.

Quería acercarse a él y besarle, pero se contuvo. La sensación de culpabilidad por todo lo sucedido se abría paso en su interior y amenazaba con ahogarla. Por más que había tratado de que sus dos mundos no colisionaran, había vuelto a fracasar.

Mía empezó a forcejear, insistiendo en que la soltara.

—Solo quiere caminar —murmuró. Y dejó a la niña en el suelo.

Lukas se acercó a ellas. Cogió una de las manitas de Mía y dejó que Alexia cogiera la otra. Echaron a andar por la pasarela de madera, siguiendo el ritmo torpe de la niña, cuyo afán era acercarse a las gaviotas que se reunían cerca de la orilla.

—Lo siento mucho —dijo Alexia al cabo de unos segundos de silencio.

—¿Qué sientes?

—Que ese imbécil haya asustado así a Mía —dijo, apesadumbrada—. Me siento fatal, pero te prometo que no va a volver a pasar.

—No creo que vuelva a molestarnos —dijo él con convicción—. Muy astuta con la grabación. Como en las películas.

No pudo responder porque Mía empezó a chillar emocionada cuando las gaviotas echaron a volar todas juntas. Sus gritos llenos de entusiasmo hicieron que ambos se rieran.

—Está feliz —dijo Lukas. Giró la cara y la miró con los ojos brillantes.

Ella le correspondió con una sonrisa y, de nuevo, las ganas de besarle la sobrepasaron.

Como si le hubiera leído los pensamientos, él cogió en brazos a Mía, que seguía mirando al cielo, hacia las aves que volaban sobre ellos, señalándolas con las manos. Con el otro brazo atrajo a Alexia hacia su torso, que se dejó atrapar sin oponer ninguna resistencia. Con rapidez, inclinó la cabeza y le robó un beso.

En realidad, no fue un robo.

—Me ha encantado eso de que dijeras que soy tu novio. Dilo otra vez, anda.

Ella rio contra su boca.

—Novio.

—Otra vez.

—Novio.

—Otra vez.

Alexia soltó una risa.

—Tonto.

—Qué chica más cruel.

Se besaron de nuevo.

Mía metió una de sus manos envuelta en la manopla entre sus caras, interrumpiendo los besos.

—¡Está celosa! —exclamó Lukas, mirando a su hija con sorpresa.

—Normal. Yo también lo estaría si una chica guapa intentara besarte.

—No lo estés. No me interesan otras chicas que no seas tú.

Sabía que estaban bromeando, pero aquellas palabras la llenaron de calor.

Mía giró la cara de su padre hacia dos gaviotas que se habían posado cerca de ellos y luego las señaló con la mano.

—Parece que le da igual que nos besemos —comentó él sonriente—. Lo que quiere es una gaviota. Vamos.

Le pasó un brazo por encima del hombro y ella se agarró a su talle. Echaron a andar hacia las aves mientras la niña emitía grititos de felicidad.

Capítulo 25

Lukas

Enero dio paso a febrero y febrero a marzo. Los días eran fríos y húmedos, pero ellos tres se encontraban en una confortable burbuja de calidez.

Mía pronto cumpliría un año y pensaban celebrarlo por todo lo alto. De eso se encargaban sus padres. Era su primera nieta, así que había que tirar la casa por la ventana. Estaban preparando la fiesta del siglo.

Y había más cosas que celebrar, porque Alexia había aprobado todas las asignaturas de ese trimestre. Y, gracias a él, también había sacado una nota bastante aceptable en Inglés.

Los fines de semana se habían convertido en un acontecimiento familiar. Pasaban los sábados los tres juntos hasta que ella se iba a trabajar. Y la mayoría de los domingos subían al chalet para estar un rato con su familia, que había acogido a Alexia como si fuera una hija más, tal y como era su costumbre. Su madre le había confesado que estaban todos muy felices porque, gracias a esa chica, él había vuelto a ser el antiguo Lukas y había recuperado la ilusión.

Sí. Así era como él se sentía: lleno de vida y con muchas ganas de hacer cosas.

Incluso su odioso trabajo ya no le parecía tan odioso. No era el lugar en el que pensaba quedarse de por vida, pero mientras Mía fuera pequeña, era ideal. Así que había decidido ser más positivo. A fin de cuentas, trabajar en un periódico, aunque fuera regional, era un buen dato para engrosar su currículum.

Alexia le había hecho plantearse su vida de otra manera, le había hecho ver lo afortunado que era con lo que tenía y le había aportado una estabilidad que necesitaba con urgencia.

Durante esos meses habían construido una relación sólida, llena de complicidad y muy intuitiva. Apenas necesitaban palabras para entenderse, solo una mirada bastaba. Ambos se complementaban a la perfección.

Era imposible para él no comparar lo que tenía con ella con lo que había tenido con Eva. Con su ex no se había tomado nada en serio, habían discutido por chorradas y se habían separado mil veces solo porque uno de los dos no había querido seguirle la corriente al

otro. Los dos habían carecido de madurez emocional.

Con Alexia todo era diferente.

Las circunstancias de la vida los habían llevado a ambos a madurar muy deprisa. Habían aprendido a base de golpes y caídas a tener paciencia, tolerancia y a valorar lo importante. Lukas era muy consciente de que había una personita que tenía absoluta prioridad sobre todas las cosas. Alexia también.

Adoraba cómo ella siempre incluía a Mía en todos sus planes. Ya fuera un paseo, una comida, una tarde de televisión o una cena de pizza, siempre estaba pendiente de la niña. A Lukas le encantaba observar cómo interactuaban la una con la otra. Fue Alexia la que se encargó de forrar su casa de protectores de bebés. Ya no había ni un solo tirador, pico, borde o enchufe que estuviera desprotegido, a la espera de que Mía diese sus primeros pasos, algo que no iba a tardar mucho en suceder porque la niña era muy valiente y atrevida y se movía a toda velocidad apoyándose en el sofá o en las sillas. Crecía tan deprisa que daba vértigo. Tenía ya un extenso repertorio de palabras, extraordinario para una niña tan pequeña, aunque su monosílabo favorito era *No*, que utilizaba indiscriminadamente para cualquier cosa, algo que tanto a él como a Alexia les resultaba muy gracioso.

Sonrió sin poder evitarlo cuando la imagen de su hija con la carita enfurruñada acudió a él. Tenía mucho carácter.

—¡Lukas!

El grito de Alexia le sacó de sus cavilaciones. Se incorporó deprisa, pensando que algo había sucedido.

—¡Trae el móvil! —volvió a exclamar ella con un tono más moderado.

Cogió el teléfono de encima de la mesa y se encaminó al dormitorio, dejando atrás el portátil y el artículo en el que llevaba un rato trabajando a medio escribir.

Se encontró a Alexia cerca de la puerta, en cuclillas, y a Mía de pie, con las manitas apoyadas en la cama y un gesto resolutivo en la cara.

—Grábalo, porque creo que estamos a punto de ver sus primeros pasos —le dijo ella en un susurro.

Él se apresuró a enfocar el móvil hacia su hija y comenzó a grabar.

Justo a tiempo.

Mía se soltó y permaneció quieta un par de segundos hasta que, de pronto, echó a andar sobre sus tambaleantes piernas hasta llegar a Alexia, que la cogió en brazos con una risa de felicidad.

Lukas notó que sus ojos se humedecían. ¡Dios! Todo lo que hacía su hija le emocionaba sobremanera.

—¡Mía! ¡Qué bien! ¡Qué niña más valiente! —dijo, agachándose a su lado y abrazando a las dos.

Habían sido unos ocho pasos nada más, pero Mía tenía una sonrisa enorme, como si supiera que había alcanzado un hito importantísimo. Sus seis dientecitos, cuatro arriba y dos abajo, quedaron al descubierto.

—Muy bien, Mía —decía Alexia una y otra vez—. Ha sido una pasada.

Se giró para mirarle y él se dio cuenta de que estaba tan conmovida como él.

La besó en la frente.

—Tengo que mandarle el vídeo a mis padres y a mis hermanos.

La niña se soltó y regresó a la cama con pasos inseguros. Luego los miró como esperando sus alabanzas.

Ambos se rieron.

—Estoy feliz de poder compartir contigo estos momentos —dijo él, incorporándose y tirando de ella para que se pusiera de pie también.

Alexia le abrazó y le dio un beso rápido en los labios.

—Yo también estoy feliz de formar parte de estas cosas. Mía me está ayudando a sanar algunas viejas heridas.

Él asintió con seriedad.

Lo sabía.

Lo sabía porque no era la primera vez que hablaban del tema. Alexia le había confesado que había comenzado a ver su pasado de otra manera, que poco a poco podía recordar a sus hermanos sin sentir ese terrible y asfixiante dolor. Ahora, cuando hablaba de ellos —algo que sucedía de tanto en tanto—, lo hacía con cariño y dulzura. La amargura del principio se había suavizado.

No quería atribuirse el mérito de aquello. Estaba seguro, tal y como ella acababa de decir, que se trataba de su creciente afecto por Mía. Y solo eso.

—Voy a mandar el vídeo, a ver qué les parece.

—Van a alucinar —repuso. Luego se encaminó hacia la pequeña. La cogió en brazos y le demostró su alegría dando unas vueltas con ella que hicieron reír a la niña.

La reacción al vídeo no se hizo esperar demasiado.

Tony: Mi nieta es la mejor del mundo. Voy a tener que alejar a los chicos a puñetazos.

Anna: Qué bonitos primeros pasos! < 3

Diego: Me encanta. Es un dulce. Cada día se parece más a ti.

Juls: Por favor, qué monada!

Jorge: Le tiemblan un poco las piernas, no? Jajaja. No, en serio, es genial.

Erika: Igual de mona que yo cuando era pequeña. Va para modelo, mirad qué estilazo.

Iván: Jo, tío, qué emoción! Manda más vídeos.

Una sonrisa se instaló en su boca al leer las respuestas. Volvió a ver el vídeo una y otra vez mientras se dirigía al salón para terminar su artículo. Alexia había comenzado a cantarle la canción esa que tanto le gustaba a Mía, la de los alpinos, y su voz alegre llenaba el ambiente del piso.

Sí. Era afortunado.

No le habían puesto nombre a lo que tenían, ¿para qué? Daba igual si eran novios, amantes, pareja o familia. Ambos estaban satisfechos con la situación, se llamara como se llamara.

Era sábado y Alexia tenía que trabajar, así que se dio prisa en terminar el artículo para poder pasar las horas que les restaban libres los dos juntos. Se había comprometido a escribir sobre las pésimas condiciones en las que se encontraba una urbanización de viviendas unifamiliares en Denia. El día anterior se había desplazado hasta la localidad para hablar con los vecinos afectados, y ahora solo tenía que redactar el texto que debía entregar el lunes a primera hora.

Se concentró en la pantalla.

Solo media hora después releía lo escrito y lo editaba hasta que se dio por satisfecho. Hacía ya un rato que las voces de Alexia y Mía no se escuchaban, por lo que era probable que la niña se hubiera quedado dormida.

Apagó el portátil y fue al dormitorio.

Mía dormía en su cuna y Alexia estaba tumbada en la cama, leyendo. Cuando le vio entrar dejó el libro electrónico a un lado.

—¿Qué lees? —le preguntó él, tendiéndose junto a ella.

—Una novela de suspense —contestó.

Lukas la miró interesado. No era objetivo en absoluto, pero ¿no estaba especialmente guapa con el pelo suelto esparcido por la almohada? La luz de esa tarde soleada que entraba por la ventana ponía de manifiesto la tersura de su cutis. Dejó que uno de sus dedos resbalara por su mejilla.

—Sigue leyendo, si quieres, y no me hagas caso.

—¿Crees que puedo leer cuando te tengo tan cerca y sé que me estás mirando?

Él dejó escapar una risa traviesa. Se acomodó a su lado y le pasó

un brazo por encima del estómago mientras apoyaba la cabeza en su pecho.

—¿Qué ha dicho tu familia del vídeo? —preguntó ella.

Se sacó el móvil del bolsillo y se lo dio.

—Míralo tú misma.

Poco después, la que reía bajito era ella. Pudo sentir las vibraciones de su risa bajo su oreja.

—Típico de ellos.

—Sí.

Después de eso, permanecieron en silencio. La mano de Alexia había comenzado a acariciarle el cabello. Sus movimientos eran tan pausados que Lukas suspiró satisfecho. Si alguien le hubiese dicho solo hacía seis meses que iba a estar así con ella, no lo hubiese creído. El destino tenía un sentido del humor curioso, propiciando que las personas más dispares se unieran.

Era indudable que el destino estaba a su favor, porque nunca había sido tan feliz.

—¿Qué piensas? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Nada en particular.

—Mentiroso.

Él rio.

—Vale, sé que va a sonar muy cursi, pero estaba pensando que soy feliz.

—¿Es por lo de los primeros pasos de Mía?

Alzó la cabeza y la miró con atención. Ella tenía una expresión de fingida inocencia, pero sus ojos refulgían.

—Sí. Es solo por eso.

—Vale —repuso ella con indiferencia.

—Pues vale.

—Pues eso.

Se mordió los labios para no soltar una estridente carcajada. Miró la cunita de reajo. Mía dormía plácidamente y no se había movido ni un centímetro.

—¿Nos vamos al salón? —propuso.

Era una propuesta indecente y ambos lo sabían.

—Me llevo el Kindle para seguir leyendo.

—Claro. Me parece bien.

Se pusieron de pie, muy dignos, intentando aguantar una risita. Lukas cogió el vigila bebés y la caja de condones de la mesilla y ella, su libro electrónico.

No esperaron a alcanzar el salón. En el pasillo ya se estaban besando.

—¿Crees que conseguiremos llegar hasta el sofá? —jadeó ella tras unos segundos de ansioso frenesí.

—No.

Una carcajada ahogada rompió el silencio que se respiraba en el piso.

—Silencio. Como Mía se despierte se acabaron los jueguecitos —advirtió él.

—Si se despierta, la duermes tú.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, se separaron y se encaminaron al salón. Lukas cerró la puerta y puso el vigila bebés sobre la mesa, después se dirigió a ella con pasos largos y mirada depredadora.

Alexia había tomado asiento en el sofá con las piernas cruzadas debajo de su cuerpo. Tenía el libro electrónico en las manos y fingía leer. Su cara era una mezcla de diversión y fingida concentración. Él se detuvo frente a ella y se quitó la sudadera con un contoneo sensual. No llevaba nada debajo. Después, se deshizo también de sus pantalones de chándal y sus bóxers. Desnudo y excitado, la contempló a través de las pestañas.

Ella no había apartado la vista de la pantalla de su libro, pero el tono de su tez se había oscurecido y su respiración se había acelerado.

—Mira el regalito que tienes delante —dijo él, haciendo una pose de culturista.

No tenía sentido del ridículo con ella.

—¿Qué es esto? ¿Lo que pides por internet y lo que de verdad te llega? —ronroneó ella con intención.

—¡Ja! Sé que te encanta lo que te ha llegado. Mírame bien y dime si no me parezco a Timothée Chalamet —adujo con displicencia.

Ella adoraba a Chalamet —desde que estaban juntos había insistido en ver *Call me by your name* cuatro veces—, y él sabía que se daba un ligero aire al famoso actor. Su cuerpo era delgado y fibroso, sus facciones angulosas y sus ojos claros.

Alexia dejó el libro electrónico en la mesa, se incorporó sobre las rodillas y le echó los brazos al cuello, pegándose a él.

—Mi Chalamet —murmuró justo antes de apoderarse de su boca.

Los besos con ella eran una delicia y estaban repletos de matices. Lukas todavía no había encontrado una definición que los describieran correctamente. Podían ser suaves y tiernos, para convertirse en pasionales y fieros solo un segundo más tarde. A veces, eran dulces como la miel o picantes y ardientes, y le robaban el aliento. Alexia era una maestra del beso.

—Me encanta cómo me besas —le susurró ella a escasos

milímetros de la boca.

—Estaba pensando lo mismo.

—Vaya, pues sí que tenemos suerte de habernos encontrado.

Sus alientos volvieron a mezclarse.

Y sus ganas de más también.

Alexia se echó hacia atrás y, tal y como él había hecho antes, se despojó de su jersey y sus pantalones y los arrojó a un lado. Su ropa interior, unas sencillas bragas de algodón de la pantera rosa, sufrió el mismo destino que el resto de las prendas y terminó en el suelo. Luego se pegó a él con deliberada parsimonia y enterró la cara en su cuello para besarle el lateral de la garganta.

A Lukas se le puso la carne de gallina y su miembro vibró de impaciencia al sentir toda esa carne desnuda envolviéndole. Alexia era la voluptuosidad en persona y, pese a que su cuerpo y su cálida piel ya no le eran desconocidas, seguía sintiéndose como si sus caricias y sus abrazos fueran algo nuevo. Seguía trepidándole el abdomen cada vez que ella se desnudaba y se entregaba por completo.

Sí, así de pillado estaba.

Solían hacerlo en el sofá debido a que Mía era la dueña y señora del dormitorio, así que no les resultó demasiado complicado encontrar una postura cómoda para ambos. Terminaron tumbados uno frente a otro. Ni un soplo de aire hubiese cabido entre sus cuerpos.

—¿Te he dicho alguna vez que eres preciosa?

—Cientos de veces.

—Pues lo repito.

—Si pretendes decirme cosas bonitas para llevarme a la cama, no hace falta.

—Qué fácil eres.

—Ni te lo imaginas.

—¿Y yo? ¿No soy yo un chico muy atractivo?

—Del montón.

—¿Del montón? ¿Pero tú has visto mi cuerpazo y mi cara? Soy espectacular. ¿No has dicho que me parecía a Chalamet?

—Te das un aire, pero él es mucho más guapo.

—¡Ja! Ya le gustaría a Chalamet tener mi carisma.

—Si tú lo dices.

Volvieron a besarse.

La erección de Lukas había encontrado un hueco justo entre los muslos cerrados de ella. Vibraba ansiosa, pero no tenía prisa. Adoraba esas conversaciones tontas y susurradas que solían intercambiar antes de hacer el amor. Y sabía que ella también las disfrutaba.

—¿Cuál es tu país favorito?

—Alemania. La cuna de mi madre.

—¿Has ido alguna vez?

—Sí. Muchas veces. Mis abuelos viven allí. ¿Y el tuyo?

—Australia.

—¿Has estado?

—Nunca he salido de España.

—¿Por qué te gusta, entonces?

—Porque está lleno de desiertos. Viajo mucho allí, yo sola.

—Creía que no habías salido de España.

—Viajo a través de Google Maps. En Australia puedes recorrer miles de kilómetros y no encontrar una sola persona. Me imagino al conductor del coche de Google, viajando en solitario y atravesando todas esas carreteras desiertas hasta llegar a un lugar donde, repentinamente, aparece alguien —se interrumpió y compuso una mueca—. Hay un supermercado a las afueras de un pueblo llamado Coolgardie, en el que hay una señora en la puerta. Debí de ser como una fiesta para ese pobre hombre descubrir de pronto a esa mujer.

La miró con los ojos entornados, estupefacto. Cada vez le fascinaba más esa chica.

—¿En serio has descubierto eso?

—Sí.

—Flipante.

—Ah, y también me gustan los canguros.

—¿Es tu animal favorito?

—Uno de ellos.

—¿Cuáles son los otros?

—Las cebras.

De nuevo, los besos interrumpieron su absurda conversación. Sus cuerpos permanecían enardecidos, pero ninguno trataba de ir más allá. Solían llevarse al límite antes de hacerlo.

—Pensé que te molaban los leopardos.

—¿Y eso?

—Por lo de *chica leopardo* del Go.

—Ah, era simple maquillaje, en plan disfraz.

—Pues me gustó.

Más besos. Delicados y tiernos. Y alguna caricia más osada. Lukas subió la mano hasta uno de sus pechos y lo apretó con delicadeza. Ella gimió.

—No quiero que te vayas a trabajar.

—No me queda más remedio. Tengo que ganar dinero.

—¿Y si te pago yo?

—¿Con qué? ¿Con besos?

—Mis besos valen más que todo el dinero del mundo.

—No exageres. Tus besos no están mal, pero donde esté un buen fajo de billetes...

—¿En serio los cambiarías por pasta?

—Depende de la cantidad. Por uno o dos euros, no, pero si me dieran diez...

—¿Diez euros? ¿Solo eso? Qué superficial eres.

—Es que cuando hay necesidad...

—Ya.

Otro beso.

—¿Y tú? ¿Por qué cosa cambiarías mis besos?

—Por nada del mundo. Podría vivir del aire si me besaras todos los días.

Ella hundió la cara en su cuello mientras todo su cuerpo se sacudía por la risa. Él se contagió y terminó riendo también.

Todo era ridículo y al mismo tiempo muy especial.

—Creo que deberíamos...

No pudo continuar porque la mano de ella había agarrado su sexo con solidez. Un estremecimiento placentero le recorrió la espalda.

—Hablas demasiado, Lukas Alba. No sé lo que ibas a decir, pero yo sí que creo que deberíamos follar.

—Qué vulgar eres —dijo con un jadeo.

—Y a ti te encanta.

Su mano comenzó a bombear arriba y abajo, provocándole un gemido.

Estar con Alexia era una jodida maravilla.

Su móvil empezó a sonar.

—¡Mierda!

Llevaba la canción de *Smell like teen spirit* de Nirvana. Y sabía que en solo unos segundos la melodía empezaría a subir de volumen.

—Cógelo antes de que se despierte Mía —le instó ella, empujándole.

Se levantó a toda prisa y fue hacia la mesa de comedor, donde había dejado el móvil antes.

Número desconocido.

Tuvo ganas de desconectarlo, pero en un impulso aceptó la llamada. Como fuera alguien de alguna compañía telefónica le iba a mandar a la mierda.

—¿Sí?

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

Alexia se había incorporado en el sofá y le miraba con la cabeza

inclinada. Estaba muy sexi con el cabello alborotado cayéndole sobre los desnudos pechos. Las ganas de continuar donde lo habían dejado le invadieron.

—¿Sí? —repitió con impaciencia.

De nuevo solo recibió silencio. Puso los ojos en blanco y se apartó el aparato de la oreja, dispuesto a colgar.

—Lukas, soy Eva.

Capítulo 26

Alexia

No tenía ni idea de quién podía estar al otro lado de la línea, pero la cara de Lukas mostraba que no era alguien con quien le hubiese apetecido hablar. Se había puesto pálido y un rictus deformaba sus facciones. Había retrocedido hasta que sus piernas chocaron con una de las sillas, sobre la que se dejó caer, desmadejado. Su erección se había desinflado con rapidez.

Alexia le observó preocupada. Él se limitaba a escuchar con la mandíbula apretada y una mano apoyada en su rodilla, como si le costase sostener el peso de su cuerpo.

Se levantó y se vistió con el largo jersey que se había quitado antes. El estar desnuda en esa situación le parecía inapropiado.

Tenía un mal presentimiento.

Vio como él asentía, pero sin abrir la boca.

La tensión en el ambiente era palpable.

—Bien. Voy para allá.

Esa fue la única frase que pronunció. Luego dejó el móvil sobre la mesa y hundió la cabeza en los hombros mientras soltaba un gemido angustiado.

Alexia se acercó y le puso una mano en el hombro, rozándole apenas. Solo quería que supiera que estaba ahí, en caso de necesitarla. Notó su rigidez bajo la palma de la mano y el calor de sus músculos que parecían a punto de estallar.

Permanecieron en silencio hasta que él, por fin, alzó la cara y la miró. Su expresión estaba nublada y sus ojos, opacos, como si acabase de presenciar la situación más desagradable de su vida. Su piel había adquirido la palidez del mármol.

—Era Eva.

Esas dos palabras, pronunciadas en un tono casi estrangulado, entraron en su canal auditivo y se escurrieron dentro de ella, rebotando con fuerza en las paredes de su cuerpo. Tardó en comprender su significado, entumecida como estaba.

Eva.

La ex de Lukas.

La madre de Mía.

Hasta ese instante había sido solo un nombre, una presencia

incorpórea de alguien que solo existía en retazos de conversaciones, pero no una persona de carne y hueso.

Eva.

Tragó saliva y se recompuso con rapidez.

—¿Qué quería? —preguntó. Su mano apretó el hombro de él con más firmeza.

—Quiere ver a Mía.

Sonaba derrotado.

—Ya.

De nuevo, el silencio. Silencio que fue roto unos segundos después por una carcajada seca que emergió de la garganta de Lukas. Tenía la mirada extraviada, como si se encontrase muy lejos de allí.

—Es irónico —dijo, al tiempo que meneaba la cabeza—. No tiene sentido.

Alexia no supo qué decir. Ella misma estaba en shock.

—Estoy en shock —dijo él, verbalizando los mismos sentimientos de ella—. Todavía no puedo creerme que acabo de escuchar su voz. Y está aquí, en Benidorm. Quiere ver a la niña.

Se alborotó el cabello y bajó la mirada a su regazo. De pronto, pareció darse cuenta de que estaba desnudo, porque se levantó y cogió su ropa del suelo. Se puso la sudadera y el pantalón, prescindiendo de la ropa interior. Dio unos paseos irregulares por el salón, sin rumbo, hasta que se detuvo frente a la cristalera del balcón.

—Está en el Asia Gardens. Me ha pedido que vaya a verla para hablar.

¿El Asia Gardens? Era un lujoso complejo hotelero de estilo asiático con diversas piscinas, restaurantes, spa, jardines tropicales y suites de ensueño al estilo balinés. Solían frecuentarlo los ricos y famosos. Por lo que ella sabía, el precio por habitación rondaba los cuatrocientos o quinientos euros la noche; las suites llegaban a alcanzar los tres mil euros.

¿La ex de Lukas se alojaba allí?

Tomó asiento en una de las sillas, tratando de calmarse. La noticia de que Eva había regresado a la vida de Lukas la había afectado mucho más de lo que había creído. Estaba confundida.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

Él se dio la vuelta y la miró con expresión sombría. Ella nunca le había visto así. Mostraba una curiosa calma vacía que no terminaba de encajar con su carácter.

—Llegó ayer, y creo que no ha venido sola porque ha dicho nosotros. Dice que ha llamado a sus padres hace un rato para decirles que estaba aquí y luego me ha llamado a mí. Quiere hablar conmigo

en persona y ver a Mía. Y eso es todo. No se ha disculpado por largarse de ese modo. Ni siquiera lo ha mencionado. —Hizo una pausa y se frotó los ojos—. Ha sido raro.

—¿Cómo estaba?

—Distante. No parece la misma chica que yo conozco. Me ha costado reconocerla.

—¿Y cómo estás tú?

Él volvió a soltar una risa áspera.

—Ni idea. Tengo la sensación de que esto no me está pasando a mí, es como si estuviera viendo una película.

—¿Qué necesitas de mí? —inquirió.

Él enfocó la vista en ella y su gesto se tornó más cálido. Se acercó de unas zancadas y se acucilló frente a ella al tiempo que posaba las manos sobre sus desnudos muslos.

—Necesito que te quedes con Mía hasta que yo vuelva. Estaré aquí a tiempo para que puedas ir a trabajar.

—Puedo llamar al trabajo y decir que estoy enferma. Tú tómate el tiempo que necesites.

Él cerró los ojos y negó, rechazando su oferta.

—No puedo pedirte eso.

—No me estás pidiendo nada, te lo estoy ofreciendo yo.

Durante los últimos meses había llegado a conocerle lo suficiente para saber que, cuando volviera, lo último que necesitaba era estar solo. Lukas era un ser muy sociable que no disfrutaba de su soledad. Necesitaba compañía. Necesitaba hablar de sus problemas.

Él vaciló, pero terminó por asentir con lentitud. Luego, se arrodilló y se instaló entre sus muslos, apoyó la frente en su abdomen y la abrazó. Su aliento caliente traspasó la tela de su jersey y le llegó al vientre. Aquello la conmovió sobremanera. Parecía muy frágil y vulnerable, como si le hubieran arrancado el suelo de debajo de los pies. Le acarició el cabello con dulzura.

—¿Qué hago si quiere llevarse a Mía? —preguntó muy bajito.

Alexia apretó los labios con desmayo. No había querido pensar en esa posibilidad que, por supuesto, existía. A fin de cuentas y pese a su horrible comportamiento, era su madre.

—Mírame, Lukas.

Él lo hizo. Sus ojos brillaban llenos de angustia. Era obvio que su compostura se sostenía solo por un fino hilito y que estaba a punto de romperse.

—Escúchame. Nadie. Y repito: *nadie* —enfaticó mientras le acunaba la cara con las manos— va a llevarse a Mía. Mía es tuya. ¿Me oyes? Tuya. Nadie te va a quitar a tu hija.

Estaba convencida de ello. Era un padre excepcional y lo había demostrado.

Él cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca antes de desviar la vista hacia el monitor del vigila bebés. La niña dormía en su cuna, ajena a todo.

—Sí. Tienes razón —dijo. Acto seguido tragó saliva y agitó la cabeza, como si necesitara despejarse—. Ha sido solo un momento de debilidad, pero ya estoy bien.

—No hace falta que te hagas el fuerte. Conmigo puedes ser débil y romperte en mil pedazos —le dijo con intensidad—. Yo estoy aquí para ayudarte a recomponerte, si es eso lo que necesitas.

Carraspeó al darse cuenta de que su voz flaqueaba. No sabía por qué estaba tan emocionada de repente. Esa puñetera llamada no solo le había desestabilizado a él. Tuvo ganas de repetir cientos de fechas en silencio hasta recuperar la calma, pero no había tiempo de eso. Lukas la necesitaba entera.

Él la miró y fue como si una corriente eléctrica la traspasara. Había tal confianza en sus ojos y tanto... ¿amor? que el corazón le dio un vuelco. Sintió unas ganas enormes de abrazarle y no volver a soltarle.

—Gracias —susurró él. Luego le sujetó la nuca con la mano y la obligó a bajar la cabeza hasta que sus bocas se encontraron.

Pese a que el beso fue tierno y suave —apenas una ligera caricia —, resultó profundo e íntimo, como una confesión o una promesa.

—Me voy a ir —bisbiseó él, separándose unos milímetros.

—Te espero aquí. Tómate el tiempo que necesites.

Le acarició la mejilla. Estaba áspera porque no se había afeitado desde hacía unos días. Pese a que a Mía no le agradaba, a ella sí. Adoraba esa incipiente barba que le arañaba la piel en cada beso.

Él se incorporó con reticencia y echó a andar camino del dormitorio

Alexia se quedó quieta, con las manos hundidas en el regazo que, después de su marcha, se sentía vacío. De hecho, toda ella se sentía vacía. No era capaz de hilar ni un solo pensamiento coherente. Solo una frase se repetía una y otra vez en su mente, como una letanía.

La madre de Mía había regresado.

Sus ojos se clavaron sobre el monitor. Lukas deambulaba por el dormitorio con sigilo mientras se vestía. La niña no se había movido ni un milímetro.

Irguió la barbilla y trató de recuperar su aplomo, respirando hondo. Luego se puso de pie, cogió sus prendas de donde las había dejado caer y se las puso. También se recogió el pelo en una coleta. Ya

vestida y peinada se sintió menos insegura. Tener el control sobre su aspecto exterior le ayudaba a mantener a raya su estado de ánimo.

Lukas apareció en el umbral de la puerta. Se había puesto unos vaqueros oscuros, un polo negro, unas botas de cordones y llevaba su cazadora de cuero en la mano. No se había molestado en peinarse y el cabello le caía rebelde sobre la frente. Su expresión era sombría.

Incluso así, estaba guapo.

Muy guapo.

Alexia sintió un aguijonazo en el pecho. Sin vacilación, se acercó y le abrazó. Él la estrechó con vehemencia entre sus brazos durante unos instantes antes de apartarse y regalarle una sonrisa. Una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Todo va a ir bien —dijo, pero su voz carecía de convicción.

—Lo sé —repuso ella con la entereza que le faltaba a él—. Mía y yo te estaremos esperando.

Él asintió. Luego se dio media vuelta y se fue. Solo unos segundos después, el sonido de la puerta de la entrada cerrándose llegó hasta ella.

No se demoró. Lo primero que hizo en cuanto estuvo sola fue coger su móvil y llamar al Go. El teléfono sonó unas cuantas veces antes de que alguien contestara.

—Go Beach Club, buenas tardes.

¡Mierda! Era Borja.

—¿Está el gerente? Soy Alexia.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Se escuchaban los ruidos típicos del local: música, risas, voces.

—No está. Ha salido —contestó él con un tono extremadamente borde.

—Vale, pues cuando vuelva dile que esta noche no puedo ir a currar. He tenido un percance y no puedo llegar a tiempo. Díselo.

—¿Qué percance?

—Dile que me llame si quiere saberlo. Adiós.

Cortó la comunicación.

Lo último que deseaba era seguir hablando con Borja.

Desde que se encontraron en la playa aquella fatídica tarde y le mostró la grabación, él no había vuelto a molestarla. Por el contrario, cada vez que sus horarios coincidían en el Go, la evitaba. Sabía por Apolo, que él había ido comentando que se había hartado de ella y la había abandonado. No le importaba demasiado que contase eso, si su orgullo de machito lo necesitaba, a ella le daba lo mismo.

Un idiota menos en su vida.

Fue al dormitorio a echar un ojo a Mía, que seguía dormida. La

contempló en silencio, preguntándose si la vida de la niña estaría a punto de cambiar ahora que su madre había vuelto.

No solo la vida de la niña, también la de Lukas.

Y la suya.

Le causaba vértigo saber que la estabilidad de la que disfrutaba dependía por completo de una extraña, de alguien a quien no conocía.

Terminó por encaramarse a la cama, apoyar la mejilla en la almohada y encogerse, mientras dejaba volar su imaginación.

Lukas no hablaba demasiado de Eva. Solo la mencionaba de vez en cuando, de pasada, cuando contaba historias antiguas de reuniones, fiestas o acampadas. Ella siempre estaba presente en esos recuerdos, como una más de la familia. Sin embargo, él no hablaba mucho de los últimos tiempos con ella, ni de su embarazo o de lo que ocurrió después, como si prefiriese olvidar esos meses que fueron malos y mantener en su memoria solo los buenos tiempos.

Alexia se preguntaba en ocasiones si él todavía la añoraba, si sentía algo por ella. A fin de cuentas, no solo era la madre de su hija. Era la chica con la que había estado seis años.

Su primer amor.

Y el primer amor era difícil de olvidar, ¿no?

Ella no había tenido nunca un primer amor. Sus relaciones habían sido esporádicas, carentes de profundidad y bastante decepcionantes. Era la primera vez que experimentaba un sentimiento genuino con alguien. Era la primera vez que se sentía así, tan plena y feliz. Tan llena de vida y con ganas de comerse el mundo. Efervescente. Eufórica.

Lukas era su primer amor.

Y él sentía lo mismo por ella. Lo sabía.

Pero hasta ese instante, Eva no había entrado en la ecuación.

Se preguntó si él sería capaz de perdonarla, después de todo el daño que le había hecho. Su instinto le decía que sí, que Lukas no podía guardar rencor. Era muy generoso.

Sí. La perdonaría.

Se giró en la cama y clavó la vista en el techo mientras notaba una creciente sensación de desasosiego en el pecho.

¿Qué suponía para ella que la madre de Mía hubiese regresado?

No. La pregunta era otra.

¿Había regresado solo para recuperar a su hija o para recuperarlos a ambos?

Capítulo 27

Alexia

Fue el llanto de Mía lo que la despertó. Sobresaltada, dio un respingo y se incorporó en la cama. Seguía vestida y la habitación estaba a oscuras. Debía de haberse quedado dormida sin encender la lamparita infantil. Su melodía y las formas que proyectaba en el techo tranquilizaban a la niña cuando se despertaba por la noche.

—Mía, bonita. No llores. Estoy aquí —susurró mientras se acercaba a la cunita y la cogía en brazos.

La niña continuó sollozando.

Encendió la lámpara y una musiquita serena se escuchó en el dormitorio. Un cielo de estrellitas azules se reflejó en el techo.

Comprobó que Mía no tuviera el pañal mojado antes de empezar a pasear con ella, meciéndola. No tardó mucho en dejar de llorar y acurrucarse en sus brazos. Sus preciosos ojos azules la contemplaron somnolientos.

Buscó su móvil y lo localizó sobre la mesilla. Cargó el peso de la niña con un solo brazo y lo cogió. Vio que faltaban cinco minutos para las seis de la mañana y que había una notificación sobre su icono de Whatsapp. Era un mensaje de Lukas de hacía unas horas. Lo abrió con prisas.

Lukas: Voy a tardar. No me esperes levantada. Mañana te contaré. No te preocupes, estoy bien.

En cuanto hubo leído las cuatro sencillas frases que deberían haberla tranquilizado, su agitación alcanzó proporciones enormes. Él se había marchado a las seis y media de la tarde y de eso hacía casi doce horas. Frunció el ceño, confusa. ¿Qué habría sucedido? ¿Dónde habría pasado la noche?

Mía debió de percibir su complicado estado de ánimo, porque comenzó a gimotear y a revolverse en sus brazos.

—Todo está bien, rubita —musitó—. No pasa nada.

Empezó a cantarle su canción favorita mientras continuaba dando paseos por el piso y se rompía la cabeza por la ausencia tan prolongada de Lukas.

Quizá la conversación con Eva había sido un desastre y él estaba tan destrozado y triste que no quería volver a casa hasta no encontrarse mejor.

O se había ido a dormir a casa de sus padres o de alguno de sus hermanos. Pero si fuera así, ¿no la habría avisado de dónde estaba?

O quizá, durante el encuentro —y ese pensamiento la llenó de zozobra—, se habían avivado sentimientos pasados entre ellos.

Sin permitir que la preocupación tiñera su voz, continuó canturreando con suavidad hasta que sintió que Mía se quedaba dormida de nuevo. Regresó al cuarto y, con sumo cuidado, la depositó en su cuna y la tapó. Le acarició la mejilla una última vez.

Se dirigió al salón, arrastrando los pies, hasta que terminó frente a la cristallera del balcón. No había mucho que ver, solo un trozo de jardín que pertenecía a la urbanización, a esa hora, a oscuras. Y en el bloque de enfrente, una de las ventanas del último piso estaba encendida. Alguien había madrugado mucho ese domingo.

Se abrazó a sí misma cuando un leve temblor le recorrió la espalda. No tenía frío. Era otra cosa. Era desazón.

Volvió a revisar su móvil, pero nada había cambiado, solo la hora. Eran las seis y media. Demasiado tarde para intentar localizarle. O demasiado pronto.

«¿Y si no está solo?».

Agitó la cabeza para ahuyentar esa voz que se manifestó en su interior. No quería ni pensar en eso, pero una vez que aquella idea acudió a su mente, ya no pudo deshacerse de ella. ¿Y si Lukas y Eva habían pasado la noche juntos? ¿Y si habían hecho más cosas que solo hablar?

No era una persona celosa, nunca lo fue. Sin embargo, también era cierto que nunca se había sentido así con nadie. Lo que había entre Lukas y ella era muy especial.

Se sentó en el sofá, sin encender la luz, y se permitió el lujo de dejar caer su coraza protectora, aceptando que su vulnerabilidad aflorase al exterior. Imaginó que su relación con Lukas terminaba, que él volvía con Eva y que su presencia ya no era necesaria en la vida de Mía.

Mía.

Su niña preciosa con esa carita dulce y esos ojos vibrantes y hermosos.

Un nudo enorme se le formó en la garganta.

El seis de diciembre de mil novecientos setenta y ocho se aprobó la Constitución española.

El veinte de julio de mil novecientos sesenta y nueve llegó el primer hombre a la luna.

Las primeras bombas atómicas cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de mil novecientos cuarenta y cinco.

En mil novecientos treinta y uno se proclamó la Segunda República española.

Se detuvo de pronto, siendo consciente de lo que hacía. ¡Volvía a repasar fechas! Era la primera vez en mucho tiempo que recurría a ellas. Los últimos meses habían estado tan llenos de felicidad, entusiasmo y cariño que no había necesitado hacerlo.

Se golpeó el muslo con el puño y respiró hondo varias veces hasta que halló algo de paz. Estaba a punto de ponerse de pie y regresar al dormitorio para vigilar a Mía, cuando escuchó la llave en la cerradura. La puerta de la entrada se abrió y se cerró con un golpe seco.

Aguardó con la respiración contenida, pero él no apareció, así que salió a su encuentro, llena de ansiedad

Lukas estaba reclinado contra la pared del pasillo y tenía la cabeza hundida en los hombros, en una postura poco natural. Había dejado caer su chaqueta al suelo.

—¿Lukas?

Al escuchar su voz, alzó la cara y la miró, pero la penumbra no le permitió distinguir sus rasgos. No obstante, el olor a alcohol que desprendía era muy penetrante.

—Alexia —balbuceó. Y echó a andar hacia ella, tambaleándose—. Perdóname —dijo y la abrazó, mientras apoyaba la frente en su hombro—. Perdóname, por favor...

Le costó sujetarle porque apenas se tenía en pie. Se había dejado caer sobre ella, desmadejado.

—Has bebido —musitó con la nariz arrugada.

—He bebido —admitió.

Era algo tan fuera de lugar y tan poco propio en él que no supo cómo reaccionar.

—Tengo que darte las gracias por todo. Y pedirte perdón. Perdóname, Alexia.

No entendía por qué le estaba pidiendo perdón. ¿Qué había pasado?

Sus miedos crecieron exponencialmente y las ganas de zarandearle le hormiguearon en los dedos, pero él comenzó a repetir frases inconexas, de las cuales ella solo pudo entender el nombre de Mía.

—Mía está bien. Está dormida. No hagas ruido.

—Shhh... —siseó de un modo muy exagerado—. No hago ruido.

Ella puso los ojos en blanco y le ayudó a llegar hasta el salón. No quiso llevarle al dormitorio porque apestaba a alcohol y era tan ruidoso como un tornado. No quería que despertara a la niña.

Lukas se tiró sobre el sofá y gimió.

—Perdóname.

—Que sí, que te perdono —exclamó, impaciente.

Encendió la lámpara de pie para no andar a oscuras y le quitó las botas. Ni siquiera intentó desnudarle. Dejó que se tumbara y le contempló en silencio, observando los estragos que la bebida había provocado en él. Parecía demacrado y era evidente, por las sombras que había bajo sus ojos, que había llorado.

Le dolió verle así. Mucho.

Cogió la manta que había sobre el respaldo del sofá y le tapó con ella. Luego apagó la lámpara. Él ni se inmutó. Había comenzado a respirar fuerte, como si se hubiera quedado dormido. Le escuchó murmurar algo y se inclinó.

—Eva, Eva...

Se irguió bruscamente y apretó la mandíbula.

¿Era por eso por lo que le pedía perdón todo el rato? ¿Porque se sentía culpable? ¿Qué había hecho para sentirse así? ¿Había acertado pensando que, al ver a Eva después de tanto tiempo, habían aflorado los sentimientos en él?

El desasosiego se le concentró en el pecho.

Se dio media vuelta y se marchó al dormitorio. Se sentó en el borde de la cama y apoyó los brazos en la cunita de Mía. La contempló en la penumbra. Su silueta se dibujaba sobre el colchón, bajo la alegre colcha de jirafas. La tenue luz azul cargada de estremitas que proyectaba la lámpara se reflejaba también sobre parte de su carita.

Desprendía ternura.

Amaba a esa niña con todo su corazón.

No pudo reprimirse y alargó la mano para posarla con delicadeza sobre su estómago, que subía y bajaba al ritmo de su tranquila respiración. Su olor impregnaba el cuarto. Ese olor a bebé, a dulce de leche, a vainilla y canela, a bienestar, felicidad y a amor... Aspiró y se llenó de él.

Y allí, en la penumbra y solo con Mía como testigo involuntario, admitió lo que llevaba tantas horas tratando de ignorar: tenía pánico.

Tenía pánico de perder a la niña. Pánico de perder a Lukas.

No quería prescindir de ninguno de los dos. Ambos se habían convertido en el motor que movía su mundo.

Bajó los párpados y contuvo las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos. Las contuvo porque sabía que no le iban a llevar a ninguna parte, pero un dolor sordo y profundo se le expandió por el pecho.

Dolía. Dolía mucho pensar que, en un futuro próximo, podría estar sin ellos.

Apenas se permitió unos instantes de debilidad. No podía dejarse llevar por la angustia y la pena. Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca unas cuantas veces mientras se frotaba el esternón con la palma de la mano.

Se recompuso a sí misma lentamente, como había hecho tantas otras veces en los últimos años. Sabía que, si llegaba el día que tuviera que despedirse, lo soportaría. Le dolería mucho, pero soportaría esa pérdida al igual que había soportado otras pérdidas.

La vida le había enseñado a ser resiliente.

Nadie se moría de tristeza.

Se separó de la cuna y se incorporó. Irguió los hombros y se rehízo la coleta con movimientos rápidos. Luego, se encaminó a la cocina para preparar café.

Tenía que ser pragmática.

Capítulo 28

Lukas

No sabía qué era lo que le había despertado, pero en seguida notó el dolor expandiéndose por su cabeza. Le latían las sienes como si tuvieran un corazón propio. Pestañeó unas cuantas veces para intentar ahuyentar el entumecimiento que sentía, pero solo consiguió que una descarada luz le penetrase en los ojos y le hiriese las retinas. Notaba la boca pastosa y seca.

Resaca.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan mal.

Se revolvió. No estaba en su cama, eso era obvio. Por una rendija a través de las pestañas, descubrió que se encontraba en su sofá y que el borde de uno de los cojines se le clavaba en la mejilla.

¿Cómo había llegado hasta allí?

De repente, con un rápido fogonazo, recordó todo lo ocurrido.

¡Dios!

Eva...

—Hay café y te he preparado también un ibuprofeno.

La voz pausada de Alexia llegó desde la mesa. Giró la cara y vio que estaba sentada en una de las sillas, con las piernas cruzadas y los pies descalzos. Llevaba la misma ropa del día anterior y estaba muy seria.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¿A qué hora llegué anoche?

—Has llegado esta mañana a las seis y media.

Emitió un exabrupto y se tapó la cara con las manos. ¡Qué desastre!

—Lo siento.

—Deja de disculparte y levántate. El café está recién hecho.

Quizá era debido a su resaca, pero ella sonaba muy seca.

Se incorporó, sintiéndose como un anciano. Hacía muchísimo tiempo que no bebía tanto. Era como descender a los infiernos.

—¿Y Mía? —preguntó. La voz le salió estrangulada.

—Está con tu madre.

—¿Con mi madre? —La miró extrañado.

—Sí. Es domingo. Ha venido a recogerla a las diez para ir al

porque de bolas.

Parpadeó, intentando despejar su embotada cabeza. Sí, su madre se había ofrecido para llevarse a Mía.

—¿Ha dicho algo sobre mi estado? —preguntó.

—Le he dicho que seguías durmiendo porque habías pasado mala noche.

Gracias a Dios. No necesitaba a cientos de Albas pululando por allí para ver qué había sucedido.

—Voy a traerte un café. Y después será mejor que te des una ducha para que vuelvas a ser persona —le dijo ella, levantándose.

—Sí, gracias.

Se dejó caer en una de las sillas de comedor y enterró la cara en las manos. Las sienes seguían palpitándole como locas, así que alargó la mano y cogió el blíster de pastillas. Se tomó una sin agua. Le costó tragársela y un sabor amargo se le expandió por la boca, pero todo era mejor que el espantoso dolor de cabeza.

—Toma.

Ella le puso una taza de humeante café bajo la nariz. También una botella de agua.

—Gracias.

Bebió el agua a grandes tragos hasta casi vaciar la botella y luego le dio un sorbo a su café. Casi de inmediato, una sensación de bienestar se esparció por su cuerpo. Al menos y pese al dolor, ya comenzaba a sentirse como un ser humano.

Alzó la cara para mirarla y se encontró de nuevo con esa expresión serena y fría en su rostro. Se maldijo en silencio. Era normal que ella estuviera enfadada, a fin de cuentas, había faltado al trabajo por su culpa, y él no había aparecido en toda la noche. Vaya marrón. Una actitud muy responsable, se dijo con sarcasmo.

—Lo siento mucho, Alexia.

Ella soltó un suspiro.

—Vale, lo he pillado. Deberías ducharte porque apesta a alcohol.

Se sonrojó. Y sin decir ni una palabra más, se terminó el café con rapidez. Luego se incorporó, dispuesto a dirigirse al baño.

—Eh, ¿me esperas y hablamos?

Ella asintió sin mirarle. Parecía tremendamente ocupada dibujando garabatos con el dedo sobre la mesa.

Lukas se dio prisa en ducharse, en lavarse el pelo, en secarse y en cepillarse los dientes tratando de borrar cualquier rastro de olor a alcohol de su cuerpo. Se contempló en el espejo que había sobre el lavabo y se sintió como un verdadero tonto al ver su aspecto

demacrado, sus ojos enrojecidos y sus ojeras. Lo último que deseaba era decepcionar a Alexia, pero los acontecimientos del día anterior le habían golpeado con vehemencia, dejándole demasiado débil y expuesto.

¿Se podía ser más patético?

Su dolor de cabeza, después de la ducha, se había mitigado bastante y, cuando se reunió con ella en el salón, se encontraba muchísimo mejor y estaba preparado para dar explicaciones.

—Quizá no quieras oír mis excusas, pero de verdad que siento haberme comportado así. Ver a Eva fue un shock.

—Me lo puedo imaginar. ¿Cómo está?

Tomó asiento a su lado y suspiró.

—Mal.

Era una palabra demasiado simple y que no explicaba en absoluto el estado de Eva, pero le estaba costando trabajo encontrar las frases adecuadas para hablar de lo sucedido.

—Me fui de aquí tan enfadado y furioso —dijo con pesar—, pero cuando llegué allí y la vi y me contó su historia todo mi cabreo se diluyó. No sé. Físicamente ha cambiado mucho. Pese a que se había arreglado y maquillado, es innegable que ha perdido muchísimo peso. Tiene un aspecto desmejorado. Solo podía mirarla y sentir una tristeza enorme. A fin de cuentas, la chica que tenía enfrente era la chica de la que me enamoré, la mujer con la que estuve seis años, la madre de Mía... —se interrumpió y negó con una mezcla de lástima e incredulidad—. Fue duro.

Alexia permaneció en silencio, quieta. Rígida y muy seria.

Alzó la cara y la miró de frente. Ella tenía la mirada nublada por lo que parecía ser preocupación. No era la Alexia de las últimas semanas, esa chica alegre y despreocupada. La chica que tenía enfrente volvía a mostrarse tan reservada como al principio. Tuvo ganas de preguntarle por el motivo de su cambio de actitud, pero no tuvo ocasión porque ella se puso de pie y echó a andar hacia el balcón.

—Supongo que esto será el principio y que tendréis muchas cosas que deciros —dijo sin darse la vuelta.

—Sí. Lo de hoy, bueno, lo de ayer, ha sido una sorpresa y creo que me ha podido la emoción cuando la he visto después de todo este tiempo. Todavía hay muchas cosas que aclarar, pero es un comienzo.

—Lo entiendo —repuso Alexia. Seguía dándole la espalda—. Entiendo que queráis decidir el futuro de Mía los dos juntos. Sois sus padres.

Él no dijo nada, pero tenía la sensación de que algo no marchaba

bien. Tampoco era extraño, se dijo. Se había comportado como un niño. Era normal que ella estuviera mosqueada. Quiso pedirle perdón de nuevo, pero se tragó sus palabras, sabiendo que sonaría repetitivo.

—Supongo que, si vais a criar a la niña juntos, mi presencia ya no va a ser necesaria. No me entiendas mal, me alegro mucho de que os hayáis reconciliado.

—¿Reconciliado?

Debía de seguir un poco obtuso por el alcohol porque no entendía lo que estaba diciendo. ¿Cómo que su presencia ya no iba a ser necesaria?

—Admito que me duele perderos —continuó ella con voz calmada—. Esto que teníamos me hacía feliz. Éramos como una familia, Mía, tú y yo. —Hizo una pausa y él creyó oportuno intervenir antes de que siguiera malinterpretando la situación, pero ella no le dejó porque prosiguió con su diatriba—. Pero siempre he tenido muy presente que algo así podía pasar, a fin de cuentas, yo soy solo la niñera de Mía y no su madre.

Lukas se incorporó con brusquedad y se dirigió a ella.

—Alexia.

Al escuchar su nombre, se dio la vuelta y se encaró con él. Su rostro estaba pálido y sin expresión.

—Lukas, no pasa nada. Lo entiendo.

—Pues yo creo que no entiendes nada.

Una sonrisa forzada apareció en los femeninos labios y su mirada se extravió en algún punto sobre el hombro de él. Era como si no quisiera mirarle de frente.

—Lo siento mucho por Eva. Creo que se merece volver a estar bien y estoy segura de que tú vas a ser un gran apoyo para ella. Y el estar con Mía también va a ser positivo.

Él resopló con impaciencia. ¿Cómo se le había metido en la cabeza que él iba a volver con Eva? ¿Acaso no había sido lo suficientemente claro con ella durante todos esos meses?

Una sensación de enfado se le expandió por el pecho. Que Alexia pensase que su relación estaba a punto de acabar y que iba a perderlos a ambos probaba que no confiaba en él. Eso le dolió.

—Entonces, ¿te da igual que vuelva con Eva?

Ella se envaró, pero solo se encogió de hombros con fría calma.

—No es que me dé igual, pero lo entiendo. Es lógico, además. Habéis tenido una relación de seis años y ahora ella te necesita. Os necesita a ti y a Mía.

—¡Qué comprensiva eres! —masculló con sarcasmo.

Por fin le miró. Le brillaban los ojos y tenía la mandíbula apretada. Era obvio que estaba intentando enterrar sus verdaderos sentimientos bajo aquella capa de impostada indiferencia. Aquello le molestó. Le molestó mucho. Hubiera deseado que se comportase de otro modo, que le mostrase lo que sentía por él y le dijera que no quería perderle. Que luchara por lo que habían construido juntos.

—Creo que será mejor que...

—¿De verdad vas a seguir pretendiendo que separarnos no te duele? —la interrumpió—. ¿De verdad? —le preguntó con incredulidad.

—No he dicho que no me duela. He dicho que comprendo la situación —espetó entre dientes.

—¡Pues yo no comprendo nada! —exclamó, enfadado—. Sé que mientes. ¿Por qué lo haces? ¿Para evitarme dolor a mí? ¿O para evitártelo tú?

—A los dos —contestó, sucinta.

—Pues lo estás haciendo fatal, porque a mí me estás haciendo mucho daño con tu indiferencia.

—No soy indiferente —protestó.

—Lo pareces.

—Sé que la situación es complicada para ti, Lukas. Esta noche, he tenido muchas horas para pensar y llegar a un acuerdo conmigo misma. Sé que sientes algo por mí y yo también siento algo por ti, pero puedo entender que al ver a Eva se te haya removido todo por dentro y que hayan vuelto a aflorar tus sentimientos por ella. —Hizo una pausa y bajó la mirada al suelo—. Entiendo que hayáis pasado la noche juntos. Supongo que por eso te emborrachaste, porque te sentías culpable...

—¡Cállate!

Ella dio un respingo y volvió a fijar la vista en él. Pese a que seguía con esa expresión neutra, un ligero tremor agitaba su barbilla.

—¿De verdad crees que me he acostado con ella? —farfulló.

Le parecía increíble que creyese que él podía traicionarla de ese modo.

—Cuando has llegado esta mañana me pedías perdón todo el tiempo y no dejabas de repetir su nombre.

Lukas se llevó las manos a la frente al escucharla y cerró los ojos con fuerza. ¡Joder! Era un verdadero gilipollas.

—Vale. He metido la pata —admitió con impotencia—. No me he acostado con ella. Ni siquiera se me ha ocurrido. Y mis sentimientos no han revivido al verla, como tú dices. Solo podía sentir pena y remordimientos. Nada más. —Hizo una pausa—. Nos

limitamos a hablar, solo hablar. Me fui antes de las diez. Y terminé en mi coche, bebiendo yo solo y sintiéndome culpable por haberle fallado cuando más me necesitaba. Eso fue lo que pasó anoche. Y lamento no haber vuelto a casa para hablar contigo. Lamento que hayas pasado una noche de mierda pensando que te estaba traicionando, porque no es así.

Alexia asintió. De pronto, su figura se relajó. Hundió la cabeza en los hombros y pareció desmoronarse. Como si su coraza de frialdad se resquebrajase poco a poco, terminó por llevarse una mano a los ojos y cubrírselos con ella. Poco después, se escuchó un gemido que emergía de su garganta.

—¿Ale?

Ella hizo un ademán, conminándole a no acercarse.

Todo el enfado que Lukas había albergado en su interior se disolvió y solo quedó la preocupación y la impotencia. No soportaba verla así. Alexia era una chica fuerte que no solía mostrar su vulnerabilidad. Solo la había visto en ese estado al principio, cuando le habló de sus hermanos. Las ganas de acercarse y abrazarla le invadieron, pero ella seguía con la mano levantada, frenando un posible avance. La observó indeciso mientras ella se rompía frente a él.

—No hay nadie más que tú, Alexia —comenzó en voz baja pero enérgica—. No sé qué se te habrá pasado por la cabeza esta noche, pero quiero que sepas que eres muy importante para mí. ¿Acaso no sabes lo que siento por ti? ¿No sientes tú lo mismo? ¿No te lo he demostrado todo este tiempo? Te admiro y te respeto. Me haces sentir el chico más afortunado del mundo —dijo con emoción—. Quizá no seas consciente de lo mucho que significas para mí, pero de verdad que eres muy importante. Tuvimos un comienzo accidentado, pero te has convertido en la chica a la que quiero. Eres *la única* —enfaticizó—. No cambiaría los últimos meses a tu lado por nada. Por nada, ¿me entiendes? Tú y Mía sois las personas más importantes de mi mundo. No puedo imaginarme una vida sin ti.

Mientras hablaba se había ido aproximando hasta detenerse a un paso de ella. No trató de tocarla, respetando su espacio. Quería que le mirase y que viera todos los sentimientos que llevaba escritos en el rostro y que se derramaban por sus ojos. Si las palabras no eran suficientes, estaba seguro de que cuando le mirase, vería todo lo que sentía.

Ella lo hizo. Elevó la cara y le miró. Tenía las pestañas húmedas, pero no lloraba.

—Cuando no viniste a dormir, me imaginé que estabas con ella.

De algún modo, traté de convencerme de que, si eso era lo que deseabas, tendría que aceptarlo. Ella estaba primero —confesó con un hilo de voz—. Y luego, cuando esta mañana has llegado borracho y la llamabas, di por hecho que mis sospechas eran ciertas. —Hablabas con comedimiento y mucha calma—. Admito que me ha dolido mucho pensar que ya no íbamos a estar juntos. Me he pasado horas intentando convencerme de que podía superar una separación, que podía salir adelante sin ti y sin Mía... —se interrumpió cuando le falló la voz. Se aclaró la garganta antes de continuar—. Yo soy fuerte, Lukas. Nunca he necesitado a nadie. Sé apañármelas sola. Pero tú y Mía sois muy especiales para mí. Me dolía tanto pensar que no iba a formar parte de vuestras vidas. Que ibas a prescindir de mí...

Lukas no pudo reprimirse más y la abrazó. Ella enterró la cara en su cuello y él pudo sentir su cálido aliento sobre la piel. La envolvió con sus brazos y ella se acopló a su pecho.

—¿Prescindir de ti? Alexia, tú para mí eres imprescindible —musitó—. ¿Me oyes? No hay nadie como tú. Nadie. No quiero estar sin ti.

No hubo respuesta, pero sintió el suave temblor que recorrió su cuerpo. Cerró los ojos y la estrechó con más fuerza. Sabía que lo que estaba sucediendo era algo insólito. Ella nunca perdía así los nervios. Jamás se mostraba tan vulnerable.

—Estoy bien —susurró ella.

—Pero yo no. Necesito que me abrases.

Permanecieron abrazados un buen rato, proporcionándose calor mutuo.

Lukas cerró los ojos y se abandonó al abrazo. El simple hecho de poder sostenerla así y sentir su cuerpo pegado al suyo le hacía sentirse en casa. Era increíble, pero en solo unos meses Alexia se había convertido en su hogar.

Se merecía saber toda la verdad.

—Déjame que te cuente cómo ha sido todo... —susurró mientras trataba de hilar sus pensamientos.

Capítulo 29

La tarde anterior

Lukas

El trayecto en coche hasta el Asia Gardens se le hizo demasiado corto. Hubiera preferido que durase horas porque no estaba preparado para ver a Eva. Tenía sentimientos encontrados, si bien predominada el enfado. La llamada de teléfono le había caído encima como un jarro de agua fría. Si Alexia no hubiera estado presente, habría reaccionado de otro modo, quizá gritándole al móvil o golpeando la mesa. Pero su simple presencia le había mantenido sereno de un modo inesperado. Saber que ella estaba a solo unos metros de distancia le había servido para no perder el control.

No obstante, cuando estuvo a solas dentro de su coche, golpeó el volante con fuerza unas cuantas veces hasta que se hizo daño. No podía quitarse de la cabeza su voz impersonal y carente de sentimientos al otro lado de la línea, y el miedo todopoderoso que le había apesado nada más colgar, cuando la idea de que Eva había vuelto porque quería quitarle a la niña le rondó por la mente.

Mía era suya. Solo suya. Eva no tenía ningún derecho. No después de su abandono.

Suya.

Eso se repetía una y otra vez mientras iba dejando atrás los kilómetros de carretera que le separaban del complejo hotelero. Sus padres no vivían muy lejos de allí, pero nunca había estado en ese hotel, uno de los más lujosos de la zona.

¿Cómo podía permitirse Eva alojarse allí?

No accedió al parking privado, sino que dejó el coche cerca de la entrada, en la rotonda del fuego —así se llamaba la circunvalación donde se encontraba el hotel—, y se apeó con una expresión hosca en el semblante. A pesar de que ya eran las seis y media de la tarde, seguía haciendo calor y prescindió de la cazadora.

Eva le había dicho que estaría en la terraza de la Palapa, uno de los restaurantes, y que dejaría en la garita de la entrada su nombre para que pudiera entrar en el complejo. Un chico de su edad, muy amable, le cedió el paso cuando le dijo quién era. Atravesó el camino que conducía a la recepción sin entretenerse en admirar el entorno, pese a que era como adentrarse en una salvaje selva de la polinesia,

repleta de árboles, plantas y flores coloridas.

No tenía ojos para disfrutar de toda esa belleza.

Saber que Eva estaba a escasa distancia de él hacía que le costase caminar con soltura y que su corazón amenazara con estallarle de un momento a otro.

La recepción era enorme, con forma de edificio balinés, altos techos de madera y amplios ventanales. Había algunos huéspedes allí y al percatarse de su aspecto elegante se sintió fuera de lugar con su viejo polo y el desgastado vaquero, pero desterró ese pensamiento de su mente. Estaba allí con un propósito y su apariencia le importaba más bien poco. Una de las recepcionistas le indicó dónde estaba la Palapa y cómo llegar hasta allí. Bajó las escaleras con lentitud, retrasando el momento definitivo de encontrarse con ella.

Los exteriores del Asia Gardens eran famosos por su originalidad, y el restaurante al que se dirigía estaba situado justo entre los jardines tropicales y las piscinas infinitas que refulgían al sol, creando una suerte de ambiente exótico y peculiar.

Se respiraba clase, estilo y belleza por todas partes.

Unas inmensas sombrillas blancas cuadradas proporcionaban sombra a las mesas de la terraza, de las cuales solo unas cuantas estaban ocupadas. Pese a que recorrió todas ellas con los ojos, no encontró a Eva. Finalmente, fue ella la que le localizó a él. De refilón, vio que alguien alzaba el brazo desde una de las mesas del fondo. Se quedó inmóvil sin saber si estaba viendo visiones. Aquella chica no se parecía en nada a Eva.

A su Eva.

Era increíble lo que podían hacer ocho meses.

Con pasos un poco inseguros, se encaminó hacia la mesa mientras la estudiaba atónito. La mujer que se puso de pie para recibirle parecía recién salida de una revista de moda. Delgadísima — mucho más de lo que él recordaba —, vestía un elegante vestido de color salmón y una chaquetita marrón entallada. Tenía el cabello oscuro recogido en una coleta apretada y de su cuello pendía una gargantilla dorada que hacía juego con sus pendientes. Unas gafas de sol de diseño completaban el atuendo. Se las quitó cuando él se plantó a su lado y por fin pudo verle la cara.

Eva.

Una Eva diferente.

Estaba tan delgada, que sus facciones, antes muy naturales, se mostraban afiladas y angulosas. Su maquillaje era sencillo pero impecable. Y sus uñas, que siempre había llevado cortas, mostraban una manicura de un pálido color crema con brillantitos en dos de sus

dedos.

Parecía una estrella de Hollywood.

Era una extraña.

Ni siquiera sabía cómo dirigirse a ella.

—Lukas.

Hasta su voz era otra. Al menos eso le pareció. Más modulada y seca.

Él no dijo nada. Tomó asiento frente a ella y se mantuvo alerta.

Un camarero acudió presto a tomarle nota. Él se fijó en que ella estaba bebiendo agua con gas. Pidió una cerveza.

Un incómodo silencio los envolvió.

No sabía hacia donde mirar. La piscina, las palmeras, la mesa, sus manos... Cualquier lugar era mejor que mirarla a ella.

El camarero regresó con su cerveza.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella.

—Bien.

—¿Y Mía?

¿Qué derecho tenía ella a preguntar por la niña? Las ganas de ponerse de pie y bramar como un loco le acuciaron, pero cogió aire y aguantó.

—Mía está muy bien —repuso entre dientes—. ¿Qué quieres, Eva?

Ella elevó la barbilla con mucha dignidad y extravió la mirada en una de las piscinas sin gesticular, como si fuera de cera. Era como ver a un personaje de ficción. ¿Dónde estaba la mujer graciosa y algo histriónica que él conocía? ¿La chica alocada que se reía constantemente?

—He vuelto a Benidorm para arreglar unas cosas. Quiero ver a mi hija.

Esas dos frases salieron de su boca sin emoción alguna y Lukas sintió que su enfado crecía.

—¿Así de fácil? Te presentas aquí después de ocho meses sin dar señales de vida y me dices fríamente que quieres ver a tu hija.

—Sí. Es mi hija —dijo ella y volvió a mirarle. Lo único que la hacía parecer humana fue que su mano acariciaba con descuido la solapa de su chaqueta, por lo demás, sus ojos no decían absolutamente nada.

Él frunció el ceño.

—¿Qué te pasa, Eva? Antes no eras así. No lo entiendo. ¿Y por qué te alojas aquí y vas vestida así? No me encaja nada.

La expresión del femenino rostro se suavizó.

—Me alojo aquí con Matthias.

—¿Matthias? ¿Es el capullo que conociste por internet? ¿Con el que te largaste a Bélgica? —inquirió con amargura.

—Sí.

Después de eso ninguno de los dos pronunció palabra. Lukas estaba tratando de digerir el encuentro mientras una sensación de pesadumbre le quemaba el estómago.

—¿Ni siquiera te vas a disculpar por lo que hiciste? —inquirió al cabo de un rato.

Ella bajó la vista a la mesa de láminas de madera y dejó escapar un suspiro.

—Hice lo mejor para Mía. Dejarla contigo.

El sabor a bilis invadió su boca. ¿Ya estaba? ¿Esa era su disculpa?

—Me parece increíble lo que me estás diciendo, Eva. No tengo ni puta idea de quién eres —se rio con sarcasmo—. ¿Qué clase de madre hace lo que tú hiciste? Te largaste y dejaste a tu hija sola. ¿No te arrepientes?

—No la dejé sola. La dejé contigo y con tu familia.

—Ya sabes a lo que me refiero —masculó—. ¿Qué cojones pasó? ¿Tanto te ponía el tal Matthias que decidiste abandonar a tu hija sin mirar atrás?

—No es eso —rechazó con un ademán.

Lukas la miró con atención. Notó que no estaba tan tranquila como quería aparentar. Le temblaban las manos que tenía apoyadas sobre la mesa. Eva jamás se había comportado así. La Eva que él conocía y que había sido su pareja durante tantos años no tenía nada en común con esa mujer.

—¿Qué es, entonces? ¿Por qué te fuiste? —preguntó con un tono de voz más calmado.

—No la quería —confesó al fin—. No quería a la niña.

Lukas se echó hacia atrás con brusquedad al escucharla. Era algo que no hubiera esperado jamás y que le hizo sentir como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho. ¿No quería a Mía? ¿Cómo era posible que después de llevarla nueve meses en su interior no quisiera a Mía? ¿Qué clase de madre no quería a su hija?

—No lo entiendo —balbuceó. Ella seguía sin dar muestras de arrepentimiento. Ni siquiera estaba alterada—. ¿Y me lo dices así y no te inmutas? ¿No quería a mi hija, y ya está?

Tenía ganas de levantarse y largarse de allí. No quería escuchar nada más.

—Estoy medicada —murmuró.

¿Medicada? Inclínó la cabeza a un lado y la observó con

intensidad. ¿Estaba enferma?

—Me han diagnosticado una depresión y tomo antidepresivos y ansiolíticos. Ahora estoy mejor.

El desconcierto le invadió. ¿Antidepresivos y ansiolíticos?

—¿Desde cuándo?

—Me medico desde hace meses.

—No. ¿Desde cuándo estás deprimida?

Ella tardó en responder. Seguía pareciendo una muñeca sin expresividad alguna en el semblante.

—Creo que incluso desde antes de dar a luz.

Lukas contuvo un exabrupto.

—¿Por qué no me dijiste nada?

Ella le dio un trago a su agua y bajó la mirada a su regazo.

—No lo sé. Todos estabais tan contentos con lo de Mía. Erais felices y no parabais de comprarle cosas y de hacer planes. Y yo... solo quería que viniese al mundo para ver si esa sensación rara de tristeza que sentía se iba cuando naciera. —Hizo una pausa—. Pero no se fue. No lo hizo. Solo empeoró... —Su voz se había ido perdiendo hasta ser solo un simple susurro.

Lukas se tensó. De hecho, ya había sospechado que ella no estaba bien. Apenas miraba a la niña, se negó a darle el pecho y parecía triste y agobiada. Pero él mismo estaba tan ocupado intentando adaptarse a su propia vida que no tuvo en cuenta el estado de ánimo de ella. Quizá si no hubiese sido tan egocéntrico, habría sabido que no estaba bien y habrían podido ponerle remedio.

La culpa le atenazó la garganta y su mandíbula se endureció.

—No entiendo por qué no me dijiste nada. Siempre nos lo hemos contado todo.

—Sé que tampoco era fácil para ti. Y no quería ser un problema. Me sentía mal porque sabía que no era normal lo que me estaba sucediendo. Todo el mundo estaba loco por la niña y yo... no. Eso me hacía sentir fatal. No sé. La miraba y no era capaz de sentirme vinculada a ella. Era como si estuviera cuidando al bebé de un extraño. No tenía la sensación de que fuese... mi hija.

Escuchar eso dolía. Dolía mucho.

Mía era tan especial. Que su propia madre no hubiera sentido amor por ella...

—Me pasaba el día entero queriendo desaparecer. Le daba el biberón, le cambiaba los pañales y la acunaba como un autómata. Mi único momento bueno del día era cuando tú y tu familia regresabais del trabajo y os hacíais cargo de ella. Era entonces cuando por fin podía respirar. Eso también me hacía sentir muy culpable. Sabía que

era una madre horrible.

Lukas cerró las manos en puños y tragó saliva. Se había quedado sin palabras. Lo peor era saber que él había estado con ella y no había notado que las cosas fueran tan mal.

—Perdí el interés por todo y todos. Dejé de llamar a mis amigos y a mis padres. Estaba agotada, pero no podía dormir, y cuando por fin me quedaba dormida tenía sueños muy raros. En todos ellos, Mía se moría. Y cuando me despertaba no podía parar de llorar porque pensaba que todo era mi culpa y que era una inútil. Tenía un único pensamiento recurrente, que era mucho mejor que me muriese, que, de ese modo, la niña estaría mejor.

Ella narraba todo aquello con voz impersonal, sin sentimientos. Quizá era debido a la medicación, pero su tono carecía de matices. Y debido a esa falta de emociones, el relato resultaba mucho más desgarrador.

—Eva...

Ella le interrumpió con una mano alzada.

—Déjame que termine de contarte todo. No te pido ni que me perdones ni que me entiendas. Solo quiero que sepas lo que sucedió. —Volvió a detenerse brevemente y luego continuó con frío aplomo—. Busqué información por internet. Y descubrí que era probable que tuviera una depresión posparto. Tenía que habértelo dicho y haber buscado ayuda profesional, lo sé. Pero incluso eso se me hacía cuesta arriba. Tenía la sensación de que no me entenderías. No sé, cuando te veía interactuar con Mía eras genial. Incluso estando cansado o, aunque no hubieses dormido, tenías una paciencia infinita y el amor te resbalaba por los ojos. Me daba envidia. Era como si ese amor incondicional estuviera dentro de ti, de un modo innato, y yo no era capaz de sentirlo... Me avergonzaba admitirlo, la verdad... —se interrumpió y carraspeó, aclarándose la garganta. Desvió la vista de nuevo hacia las piscinas antes de continuar—. Entonces conocí a Matthias. Fue en un foro de ayuda a mujeres con depresión posparto. Su mujer tuvo una depresión severa después de dar a luz a su hijo y terminó suicidándose y... matando al bebé. —Hizo una pausa muy efectiva y se alisó el borde del cuello de la chaqueta con agitación—. De eso hace ya diez años y desde entonces él se dedica a ayudar a madres que lo están pasando mal. Les da consejos y habla con ellas. Forma parte de una asociación belga que se ocupa de casos como el mío. Fue increíble conocer a alguien que me entendía y que sabía por lo que estaba pasando. Llegó cuando más lo necesitaba.

Lukas se retorció en la silla con incomodidad. Según la historia iba tomando forma, empezaba a entender ciertas cosas que hasta el

momento le habían resultado incongruentes. No obstante, era muy duro escucharla.

—Al principio solo fue un amigo para mí —continuó ella—. Alguien en quien podía confiar, que me entendía cuando le decía que no sentía amor por mi hija y que solo quería... morirme. Jamás me juzgó. Quizá fue eso lo que propició que me sintiera tan a gusto hablando con él.

Volvió a callarse y le dio un trago a su agua. Luego se entretuvo en alisarse la solapa de su chaqueta sin necesidad. Un rayo de sol que se había colado por debajo de la sombrilla impactaba sobre el lateral de su cuello, poniendo de manifiesto su extrema delgadez. La piel de su garganta parecía casi translúcida, las venas se le marcaban de un modo antinatural.

Lukas la contempló a través de las pestañas con la respiración contenida. Había llegado allí con ganas de gritarle y maldecir su egoísta comportamiento. Había querido echarle en cara mil cosas, zarandearla y encararse con ella y, de pronto, veía cómo su enfado se diluía y desdibujaba y ya ni siquiera sabía qué pensar. Una sobrecogedora sensación de vacío se afianzó dentro de él.

—Un par de días antes de marcharme estuve a punto de cometer una locura. Recuerdo que Mía no paraba de llorar y yo ya no sabía qué hacer. Empecé a oír voces en mi cabeza que me decían que hubiera sido mucho mejor que no hubiese nacido. —Se detuvo e inhaló—. Comencé a echarle la culpa de todo. De mi tristeza, de mi soledad, del cansancio, del insomnio, de mi mal humor y de mis ganas de morirme. Y eso me asustó mucho. La miraba y solo veía algo... desagradable, un problema, una carga, un error. Y quería que dejase de existir. Ese día llamé a Matthias llorando y él me dijo que no me preocupara, que vendría a buscarme. Y lo hizo. Vino a buscarme y me llevó lejos. —Hizo una pausa y volvió a acariciarse la solapa de la chaqueta—. Lo único bueno que pude hacer por Mía fue alejarme de ella.

Después de eso solo hubo silencio.

Lukas giró la cara y contempló la superficie de la piscina. Poco a poco, el sol iba descendiendo en el cielo y los colores rosados y naranjas del atardecer se reflejaban en el agua. Parecía casi absurdo que un entorno tan bello fuera testigo de una historia tan sórdida.

Cerró los ojos.

Las palabras que Eva había dicho se agolpaban en su cabeza sin orden ni concierto. Rebotaban potentes dentro de él, le golpeaban desde dentro, impidiéndole hilar un solo pensamiento coherente. Se le revolvían las tripas al pensar en todo ese dolor. En todas esas

emociones horribles y descarnadas que había experimentado Eva. En lo sola que debía de haberse sentido, en lo perdida que tenía que haber estado... En su sentimiento de culpa...

Tanto dolor y tanto miedo.

Le costaba respirar.

La carita de su hija se materializó ante él. Su dulce Mía, durmiendo en su cunita, ajena a que su madre había sido incapaz de quererla.

Aquello le dolió mucho. Mucho.

Le ardió la garganta de impotencia.

Se aferró a la imagen de su hija para retornar a la realidad y no desvanecerse en el horror de esa historia.

Abrió los ojos y miró a Eva, cuya expresión seguía siendo neutral y fría. Había recalado la mirada en su agua con gas y parecía inmovible.

Una pena enorme le invadió.

Después de haberla escuchado, pese a todo el sufrimiento que había originado, no se sentía capaz de odiarla.

—¿Y cómo estás ahora? —preguntó al fin.

—Me han diagnosticado un trastorno extremo del estado de ánimo llamado psicosis posparto. Estoy en tratamiento psiquiátrico.

Él asintió, mudo, sin saber qué decir.

—¿Matthias y tú...?

—Sí. Ni siquiera sé cómo surgió, pero estamos juntos. Me ha ayudado mucho. Sin él, no creo que hubiese podido seguir adelante.

Por primera vez desde que había llegado vio animación en el rostro de ella. Una leve sonrisa y un destello fugaz en sus iris oscuros.

—Ha sido idea suya que regresara a España y que hablase contigo. Tanto él como mi psiquiatra piensan que va a ser bueno para mí que me enfrente a mi pasado.

La observó con un cúmulo de sensaciones en su interior. Ella seguía mostrándose impertérrita, a años luz de la Eva del pasado.

—Mis padres me han dicho que Mía está preciosa.

Él agitó la cabeza y aclaró la vista.

—Sí. Está preciosa y es muy inteligente.

—¿Tienes alguna foto?

Lukas tragó saliva. Un zumbido se le había instalado en el oído. Por supuesto que tenía fotos de su hija, cientos de ellas, pero cuando se sacó el móvil del bolsillo para mostrárselas, lo hizo con reticencia.

Eva alargó la mano y cogió el aparato. Fijó los ojos en la pantalla y pasó unas cuantas imágenes con el dedo índice. No mostró ninguna señal de agrado o disgusto.

—Sí que es preciosa. Es igual que tú. Tiene tus ojos y tu pelo. Y tu sonrisa.

Era muy doloroso escucharla hablando de su hija con tono impersonal, como si fuera la hija de otra persona. Lukas tenía ganas de llorar, pero se mordió el labio y tomó control de sus emociones. Ya lloraría cuando estuviera a solas, o con Alexia.

—¿Qué es lo que quieres, Eva? —preguntó, después de un ligero carraspeo.

Ella alzó la cara y le miró. Tardó en responder.

—Quiero ver a la niña y que hablemos del futuro.

¿Del futuro? Su corazón se agitó y notó cómo los músculos de sus hombros se agarrotaban. ¿Y si de verdad quería llevarse a Mía? ¡No podía consentirlo! Cerró los puños por debajo de la mesa y frunció el ceño, dispuesto a rebatir cualquier propuesta que ella pudiese hacer.

—¿Qué futuro? El futuro de Mía está aquí, conmigo —dijo entre dientes.

Ella le devolvió el teléfono y, después, se sacó el suyo del bolso que reposaba en una silla contigua. Trasteó con él hasta dar con lo que buscaba.

—Este es el teléfono de nuestro abogado. Anótatelo. Es experto en derecho de familia. Ha preparado un convenio regulador. Te llamará en un par de días.

—¿Qué estás diciendo? —se exaltó—. ¿Te has buscado un abogado? ¿Por qué? ¡¿Quieres quitarme a Mía?! —gruñó.

Los ocupantes de la mesa más cercana se volvieron con curiosidad, pero a Lukas le daba igual montar un espectáculo.

Eva negó con la cabeza y alzó una mano.

—No. No es eso lo que quiero. En el convenio regulador te he cedido la guarda y custodia.

Lukas se echó hacia atrás en la silla, como si alguien le hubiera empujado con violencia. Toda la ira que le inundaba se disolvió de golpe y la miró, anonadado.

—¿Me has cedido la guarda y custodia? —inquirió, estupefacto.

—Sí —repuso ella con gravedad—. También se ha establecido una pensión alimenticia y un régimen de visitas, pero por el momento no creo que venga a España con frecuencia. Cuando el abogado contacte contigo y te pase una copia del convenio que ha redactado, ya me dirás qué te parece.

—¿Por qué? —balbuceó.

Pese a todo lo que le había dicho le resultaba inconcebible que alguien pudiera renunciar con tanta facilidad a un hijo. No podía

comprenderlo.

—Yo... no estoy bien —admitió ella con la voz pastosa—. No podría criar a un hijo. Creo que he hecho lo mejor para Mía.

La estudió largo rato. Si bien parecía afectada, no tardó en recomponerse y darle un ligero trago a su agua. Luego volvió a palparse la solapa de su chaqueta. Era la tercera o cuarta vez que lo hacía. Debía de ser una especie de tic nervioso.

—No obstante, cuando firmemos el convenio, antes de regresar a Bruselas, me gustaría ver a Mía —dijo, sin mirarle.

Él vaciló, pero terminó por asentir. ¿Cómo iba a rechazar su petición? No podía negarle absolutamente nada. No después de todo lo que le había dicho sobre su estado de ánimo y su enfermedad. Lo único que le podía echar en cara, de algún modo, era que no hubiese confiado en él. En el fondo, se sentía miserable por no haberse dado cuenta de lo que le estaba pasando. ¿Cómo era posible que se le hubiese pasado por alto que Eva estaba tan mal?

—Claro. Podemos arreglarlo.

Ella alzó la vista y le sonrió.

Él tuvo ganas de llorar, de nuevo. Apenas podía reconocer en esa sombra de mujer a la Eva del pasado.

—La chica que está con Mía en las fotos, ¿es su niñera? —preguntó de repente.

—Sí.

Ella extravió la vista de nuevo en las piscinas.

—Parece muy simpática. ¿Estáis juntos?

—Sí —respondió.

—¿Y quiere a Mía?

—La adora —repuso con fiereza.

—¿Y Mía...?

—Sí —la interrumpió antes de que completara la pregunta—. Es recíproco.

—Me alegro. ¿Y tú, la quieres?

Lukas asintió con vigor. No podía hacer otra cosa más que admitir la verdad.

—Sí, la quiero.

—Bien. Quiero que seas feliz.

En solo una hora, todos sus pensamientos y sentimientos se habían visto comprometidos y su mundo había pegado un giro de ciento ochenta grados. Había llegado allí convencido de algo que había resultado no ser cierto. Toda la inquina y rencor que podía haber sentido por Eva se habían esfumado y, de pronto, solo quedaba la lástima, la impotencia y una profunda tristeza.

—Yo también quiero que seas feliz —logró articular.

Después de eso, ninguno de los dos habló. Anocheecía despacio y la temperatura comenzaba a descender. El restaurante, poco a poco, se había ido llenando de turistas que acudían a cenar.

—¿Te vas a quedar muchos días?

—No. Lo justo para ver a mis padres, firmar los papeles y ver a Mía. Luego regresamos a Bélgica —dijo—. Matthias quiere que... nos casemos.

¿Casarse? ¿No era muy repentino? Apenas se conocían.

—¿Casaros?

—Todavía no lo he decidido, pero creo que diré que sí.

Él no sabía ni qué decir.

—Enhorabuena —murmuró.

—Gracias.

Un opresivo silencio se cernió sobre ambos.

Seis años de relación en los que lo habían compartido todo y ahora, eran dos extraños, que no sabían de qué hablar.

Lukas soltó un suspiro.

—Me voy a ir. Si te parece bien, te llamo cuando me contacte el abogado y quedamos. ¿Al número desde el que me has llamado hoy?

—Sí.

Él se puso de pie y sacó la cartera de su bolsillo.

—No hace falta —dijo ella con un gesto—. Esto nos lo cargan a la habitación.

—Vale. Gracias. Eh, pues... Hablamos.

—Sí. Cuídate.

—Tú también.

Después de la torpe despedida, Lukas se dio media vuelta y desanduvo el camino andado. Las piscinas estaban iluminadas y los senderos bordeados por frondosa vegetación también, por lo que no le resultó complicado guiar sus pasos hasta la salida. Se despidió del joven que estaba en la garita y se dirigió hacia su vehículo. Miró la hora en la pantalla de su móvil y se percató de que eran cerca de las nueve. Había estado dos horas con Eva, aunque tenía la sensación de que solo habían transcurrido unos minutos.

Se montó en el coche y apoyó las manos en el volante con la vista extraviada en la oscuridad exterior. Una agobiante sensación de pesar se le alojó en el estómago mientras pasaba revista al surrealista encuentro y a la imagen de esa nueva Eva. Una Eva vacía, fría y enferma. Una vena comenzó a latirle con furia en la sien, presagio de un incipiente dolor de cabeza.

Inesperadamente, los recuerdos de la otra Eva, de la chica de la

que se había enamorado, le asaltaron.

La primera vez que la vio pensó que nunca había visto a nadie con una risa tan contagiosa. Era el inicio de curso y coincidieron a la salida del centro. Ella estaba con dos chicas más, riéndose a carcajadas y eso le llamó la atención. Delgada y fibrosa, como si practicara algún deporte. Quizá no era la chica más guapa del mundo, pero a sus ojos de quinceañero, se lo pareció. Era llamativa y escandalosa. Hablaba en voz muy alta y gesticulaba mucho. El cabello negro le caía en suaves ondas sobre los hombros y sus ojos oscuros sonreían, como si no fuera capaz de estar seria nunca.

Se coló por ella.

Tardó más de un mes en atreverse a pedirle salir. Cuando lo hizo, ella aceptó sin dudarle, para su sorpresa. Fueron al cine a ver una película de ciencia ficción, *Total Recall*, con Colin Farrell, una adaptación de la peli noventera de Schwarzenegger, compartieron palomitas y bebida y ambos salieron de la sala encantados.

Aquella noche se besaron por primera vez, en el portal donde ella vivía.

Su relación prosperó porque se complementaban muy bien. Pese a que eran muy diferentes, tenían un humor similar, hacían deporte juntos y se divertían mucho. Eva era su media naranja. Discutían con frecuencia y dejaban de hablarse, pero siempre terminaban haciendo las paces, de un modo u otro. Incluso sus separaciones duraban poco, a lo sumo unas pocas semanas. No sabían estar el uno sin el otro.

Siempre creyó que estaban destinados a estar juntos.

Eva fue la chica que le enseñó a besar. La persona con la que hizo el amor por primera vez. La mujer con la que lo aprendió absolutamente todo.

Eva y Lukas.

Eran un tándem perfecto.

Recordó su peculiar forma de andar, demasiado masculina para una chica, su risa escandalosa, su carácter pragmático, su alocada forma de bailar, sus guiños pícaros y el modo en que siempre le miraba cuando le decía que le quería.

Sí, la había querido mucho.

Mucho.

Un par de amargas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Capítulo 30

Lukas

—... y eso fue lo que pasó —concluyó.

Le había costado narrar todo lo sucedido. Y estaba seguro de haberse dejado algunas cosas sin decir, pero había sido lo más preciso posible, pese al dolor que le producía hablar de Eva y de su compleja situación.

Alexia le había escuchado con atención, sin hacer preguntas, dejando que fuera a su ritmo. Le había tomado de la mano y le acariciaba la palma con movimientos rítmicos del pulgar, probablemente sin ser consciente de ello.

Estaban ambos sentados en el sofá, uno junto al otro. Muy cerca.

—Yo no me di cuenta de su situación —prosiguió, agachando la vista a su regazo—. ¡No me di cuenta! Durante meses estuvo sufriendo, deseando morirse y yo... no tenía ni idea. ¿Lo puedes creer? Pensé que era algo pasajero, que se le pasaría, que no era para tanto. Yo qué sé —farfulló—. Estaba demasiado ocupado con mis propias mierdas para darme cuenta de que ella se estaba muriendo por dentro. ¡Dios! —exclamó con la voz rota—. Soy un jodido desastre. ¿Cómo no me di cuenta? Estuvo a punto de suicidarse y yo... solo sabía quejarme porque no iba a hacer un puto máster. —Soltó una risa amarga. De nuevo tenía ganas de llorar, pero ya no le quedaban lágrimas que derramar. No después de la noche anterior. Se sentía vacío y muy triste—. ¡Vaya un jodido egoísta que fui! Me he pasado meses maldiciéndola por habernos abandonado y, mientras tanto, ella estaba luchando por salir a flote, por ponerse bien... Me siento tan culpable...

—No hables así, Lukas —intervino Alexia en voz queda—. La situación no fue fácil para ti tampoco. No te reproches el no haberte dado cuenta de su estado. Tú mismo estabas desbordado y pendiente de Mía. Si Eva no quería que te enterases de lo que le estaba sucediendo y te lo ocultó, era complicado que lo percibieras.

—De hecho, si soy sincero conmigo mismo, sí me di cuenta de que algo pasaba, pero no le di importancia —confesó.

—No eres médico ni psicólogo. Eres solo una persona normal con tus virtudes y tus defectos. No eres un súper hombre. A veces, incluso los profesionales tienen problemas para ayudar a la gente que tiene un

trastorno psicológico. Es muy difícil saber lo que hay que hacer para echarle un cable a otra persona. No te martirices.

Sabía que lo que decía ella tenía lógica, no obstante, no podía dejar de pensar que también tenía su parte de responsabilidad.

Guardó silencio durante unos minutos, enfrascado en esa sensación de culpa que le consumía mientras Alexia permanecía a su lado, silenciosa, como un pilar de apoyo. Si ella no hubiera estado ahí, tan firme y sólida, él se habría derrumbado.

—Entonces, ¿le... has enseñado fotos de la niña? —rompió ella el silencio al cabo de un rato.

—Sí —contestó.

La tristeza nubló su vista al recordar la falta de interés de Eva al verlas. Su educada y contenida reacción había sido como recibir un puñetazo en el pecho.

—¿Y?

—Dice que es preciosa y que se parece a mí —dijo con un suspiro—. Pero ha sido extraño, como si estuviera contemplando a la hija de otra persona. No había ningún tipo de calor en su voz. Ni afecto. —Tragó saliva—. También me ha preguntado que si tú y yo estábamos juntos.

Alexia se separó y le miró con los ojos entornados.

—¿Le has hablado de mí?

—Era inevitable. Estás en casi todas las fotos con Mía.

—Eh, claro.

Él le acunó la cara con las manos y apoyó la frente sobre la suya. Su cercanía le provocaba una paz inmensa. Qué tonto había sido al no acudir a ella y haber pasado la noche bebiendo. El alcohol no le había proporcionado lo que realmente necesitaba y que solo Alexia podía darle: seguridad y perspectiva.

—Va a casarse —dijo repentinamente.

—¿Cómo?! —Alexia le contempló estupefacta.

—Sí. Va a casarse con ese tal Mattias. Bueno, se lo está pensando, dicen pero creo que lo hará.

Ella no dijo nada en un primer momento, se limitó a extraviar la mirada en algún punto lejano.

—Supongo que su situación personal tan... similar los habrá unido —dijo al fin, exteriorizando exactamente lo que pensaba él.

—Sí. La verdad es que solo cuando hablaba de él se le animaba la cara. No sé. El resto del tiempo era como hablar con un maniquí. No se parece en nada a la Eva del pasado.

—Si está medicada es normal, ¿no?

—Supongo.

De nuevo otro silencio en el que solo se pudo escuchar las respiraciones de ambos.

—Y te ha cedido la guarda y custodia... —No era una pregunta, era una afirmación algo incrédula.

Él mismo estaba bastante desconcertado por toda la situación.

—Eh... Sí.

—No sé ni qué decir.

—Yo tampoco. Es todo bastante surrealista. Al principio, cuando me ha dicho que quería ver a la niña, he pensado que era una idea pésima, pero es su madre. Me he pasado meses creyendo lo peor de ella y la verdad es tan diferente... —Se detuvo y la miró con insistencia—. ¿Tú qué piensas? ¿Hago bien dejando que la vea?

Su voz sonaba inquieta e insegura. No le gustó demasiado, pero si había alguien ante quien poder mostrarse vulnerable era ella, sin duda.

Alexia se echó hacia atrás con los ojos muy abiertos.

—Yo... no puedo decidir por ti. Ella es su madre y yo no soy nadie para...

—¿Perdona? —la interrumpió, molesto—. ¿Que tú no eres nadie? Te has convertido en mi apoyo. Mía está creciendo contigo. Ahora mismo, lo eres todo para nosotros —exclamó con fiereza.

Ella le miró durante unos segundos hasta que terminó por asentir con lentitud.

—Vale. Eh, pues yo...

—Dime tu opinión sincera.

—Creo que no estaría mal que la viera.

No tuvo tiempo de contestar porque el timbre del portero automático resonó con estridencia en el piso.

—Supongo que será tu madre —aventuró Alexia—. Aunque es pronto y me ha dicho que no volvería hasta mediodía. Espero que no haya pasado nada con Mía.

—No creo. Habría llamado por teléfono —dijo mientras se dirigía a la puerta.

Descolgó el auricular y se lo llevó a la oreja.

—¿Sí?

La voz que escuchó a continuación no era la de su madre.

—Hemos venido a ver a nuestra sobrina favorita.

—¿Diego?

—Sí. Estamos aquí Iván y yo. ¿Nos abres?

—Eh, es que Mía no está. Se la ha llevado mamá al parque de bolas. Pero podéis subir si queréis.

—Mejor baja y nos tomamos algo en la playa.

—Es que no estoy solo.

—¿Está Alexia contigo? —intervino Iván.

—Sí.

—Pues mejor, que se venga.

Se dio la vuelta y vio que Alexia había abandonado el salón y se apoyaba en la jamba de la puerta. Le miraba con curiosidad.

—Son Diego e Iván —explicó—. Quieren que bajemos a tomar algo con ellos.

—¿Tú qué quieres?

No se lo pensó demasiado. Quería bajar. Quería encontrarse con su hermano y su mejor amigo y ponerlos al día de lo sucedido. Pese a que ya había tomado una decisión con respecto a Eva, quería que ellos lo supieran.

—Quiero verlos.

—Claro, por mí, perfecto —repuso ella.

La estudió durante unos segundos, indeciso. Pensaba que todo había quedado dicho y que se habían aclarado los malentendidos entre ellos, no obstante, quiso asegurarse.

—Vale, bajamos. Pero solo si me aseguras que todo está bien entre nosotros y que eres plenamente consciente de que en mi mundo solo hay una chica y esa eres tú. Eres la única —dijo con vehemencia.

Ella arqueó una ceja.

—¿Solo una chica? No sé qué pensaría Mía de todo esto.

Lukas esbozó una sonrisa, quizá la primera desde que se había levantado.

—Bueno, pues dos. Mía y tú. Nadie más —sentenció.

Alexia le devolvió la sonrisa: una cegadora de cien mil vatios que cayó sobre él con la potencia de un ciclón y le inundó de luz.

¡Oh, Dios! ¿Se podía ser más resplandeciente y perfecta?

—Eh, chicos —habló al auricular, pero sin apartar la vista del femenino rostro—. Ahora bajamos. Dadnos cinco minutos... Bueno, mejor diez.

Después de decir eso, colgó.

—¿Diez minutos? —inquirió ella, perpleja—. Si estamos vestidos y listos.

—Lo sé. Pero necesito besarte.

Capítulo 31

Alexia

La familia Alba al completo se había reunido en el chalet. Pese a que era un día de diario, la situación era lo suficientemente importante para que se vieran. La idea de cenar juntos surgió de manera espontánea, pero todos se apuntaron.

Aunque hacía meses que los conocía, a Alexia todavía le sorprendían sus costumbres. Apparentemente, los problemas de uno eran los problemas de todos. Y si cualquiera de sus miembros tenía alguna preocupación, los demás intervenían y daban consejos sin molestarse en preguntar si sus opiniones eran bienvenidas. Todos opinaban sobre la vida de todos.

Ella, que se había criado en una familia tan disfuncional y que llevaba tanto tiempo viviendo por su cuenta, no terminaba de asimilar esa manera de comportarse. Pero le agradaba. Le agradaba que los Alba fueran así y que la hubiesen acogido en su pequeño círculo como si fuera una más del clan. Era emocionante tener a gente a su alrededor, preocupándose por ella y su bienestar de ese modo bienintencionado y afectuoso.

Le gustaba esa sensación de pertenecer a algún lugar.

Hacía rato que habían disfrutado de una cena rápida de ensaladas y sándwiches y estaban reunidos en el salón, jugando con Mía, que se resistía a dormirse a pesar de la tardía hora. Estaba entusiasmada con la algarabía y la atención que todos le prestaban.

—Ya viene Eli.

Todos se giraron hacia Tony que se aproximaba desde la cocina con el móvil en la mano.

La tal Eli era la vecina de los padres de Lukas, era abogada y se había ofrecido a echar un vistazo al convenio regulador que le había enviado el abogado de Eva a Lukas esa misma mañana por correo electrónico. Por eso estaban allí.

—Yo creo que está todo bastante claro —dijo Diego, acercándose a la cristalera que daba al jardín. Por el camino se cruzó con Iván y le acarició el brazo con suavidad—. Eva sabe que no puede ocuparse de Mía y que va a estar mejor contigo. No me extraña que te haya cedido la guarda y custodia, y la cantidad que propone como pensión alimenticia me parece muy generosa.

—Sí. Es una pasta —le dio la razón Lukas—. Supongo que Matthias tiene mucho dinero. La ropa que llevaba parecía muy cara y el Asia Gardens no es barato.

—No lo es —dijo Erika, que estaba sentada en el suelo mientras Juls le hacía una trenza en el pelo—. Es un sitio de Cayetanos.

—Me parece tan triste —intervino Anna con un hilo de voz. Estaba en uno de los sofás, algo apartada de los demás, jugueteando con uno de los cuentos de Mía—. Eva siempre fue una chica tan alegre. No puedo imaginar su sufrimiento.

Hubo un silencio generalizado, un silencio pesado y cargado de malestar. Era evidente que tanto Anna como Tony se culpaban por no haberse dado cuenta de lo que le sucedía a Eva. Desde que Lukas les había contado lo ocurrido, su madre no había parado de hacerse reproches.

—Mamá —le dijo Jorge—, no te mortifiques. Nadie podía sospechar que estuviera tan mal.

—Lo peor es que yo pensaba que era una egoísta —dijo con la voz entrecortada. Estaba a punto de echarse a llorar.

Tony se sentó a su lado y la abrazó en señal de consuelo.

—Sí, mamá —intervino Lukas—. No te culpes. Todos estábamos desbordados por la situación y ella nos ocultó su estado. Es muy difícil saber lo que hay que hacer para ayudar a alguien que no quiere pedir ayuda o no sabe cómo hacerlo —concluyó, alargando la mano y posándola sobre el muslo de su madre.

Alexia le miró con afecto. Eran las mismas palabras que había empleado ella el día anterior. Se alegraba de que le hubieran servido y hubiesen calado en él. La culpa era una emoción muy negativa que podía llevar a la absoluta frustración. Ella lo sabía muy bien. Durante meses se culpó injustamente por no haber estado en casa con sus hermanos cuando se declaró el incendio. Tardó mucho tiempo en aceptar que no era culpa suya.

Estaba sentada en el suelo, cerca de Lukas, vigilando que Mía no hiciera ninguna de sus travesuras habituales. La niña, desde que había dado sus primeros pasos hacía un par de días, se había vuelto muy osada y solo quería explorar por su cuenta, pese a que sus andares eran de lo más torpes. Trataba de librarse de cualquiera que intentase detenerla.

—¡Mama! ¡No! —exclamó enfadada cuando chocó con la pierna que Iván había extendido para que no desapareciera por el pasillo—. Mama, mama, mama.

Sus gritos distendieron el ambiente y desviaron la atención de todos hacia ella.

—Creo que se refiere a ti —dijo Jorge en tono guasón, señalando a Diego.

Cualquier respuesta que hubiera podido darle, quedó interrumpida por el timbre de la puerta.

Tony se levantó.

—Debe de ser Eli.

—¿Puedes encargarte de Mía? —le preguntó Lukas a Alexia.

—Claro.

Cogió a la niña, que se retorció como una anguila porque quería que la soltara, y la sentó en el parquecito. En un primer momento, protestó enfurruñada, pero Alexia tenía un as en la manga. Encendió la linterna de su móvil y proyectó la luz contra la pared del fondo. En cuanto entrelazó los dedos y formó la silueta de un conejito, Mía abrió mucho los ojos y se quedó quieta. Adoraba las sombras chinas.

De reojo, mientras creaba diferentes animales para Mía con las manos, vio entrar a una mujer alta, delgada y rubia al salón, acompañada por Tony. Debía de rondar los treinta y cinco o treinta y seis años y, a pesar de que vestía con informalidad, con vaqueros, un holgado jersey blanco y un largo collar de cuentas rojas, se movía de un modo muy fluido y elegante. Estaba muy embarazada.

—Hola a todos —saludó con afabilidad.

—¡Qué guapa estás! —le dijo Erika, al tiempo que se levantaba y se aproximaba a ella para darle un abrazo.

—Sí, claro —replicó con sarcástico buen humor—. Si parece que me he tragado una sandía. —Sus ojos castaños descubrieron a Mía y su expresión cambió, dulcificándose—. ¡Ay, qué bonita está! Se parece mucho a ti, Lukas —dijo al tiempo que se aproximaba a la niña.

—Bueno, ella es más guapa —dijo este con timidez, pero era evidente que le había agradado el comentario. La satisfacción se leía claramente en sus facciones.

—Ha crecido muchísimo —continuó ella—. Tú debes de ser Alexia.

—Eh, sí.

—Yo soy Eli. Vivo aquí al lado. No te sorprendas de que sepa tu nombre. Cada vez que veo a Lukas solo sabe hablar de ti.

Mientras la recién llegada se agachaba y le decía algo a Mía que, de pronto, parecía fascinada por su largo collar, Alexia se incorporó y se acercó a Lukas, que intentaba disimular su azoramiento.

—Así que solo sabes hablar de mí —siseó, conteniendo una risa.

Él la miró de reojo. Sus mejillas estaban teñidas de rojo. Con un ademán nervioso, se alborotó el pelo y desvió la vista hacia otro lado.

Estaba tan adorable que ella no pudo hacer otra cosa más que

suspirar.

Lukas, el encantador chico de los hoyuelos...

Un poco más tarde, después de que se hubieran intercambiado todos los saludos de rigor, la reunión se tornó más seria. Eli se sentó en uno de los sofás, rodeada por los Alba, y cogió las hojas de papel que le tendió Lukas. Todos guardaron silencio mientras ella leía las estipulaciones del convenio con atención.

Mía volvía a protestar así que Alexia regresó a su lado y continuó con las sombras chinescas. A la niña le encantaba que hiciera la del pájaro volando que, casualmente, también era la favorita de su hermano Leo. Se tragó la repentina nostalgia que se le agarró al pecho y continuó sonriendo a la pequeña mientras la distraía.

—No soy una experta en derecho de familia, pero a simple vista está todo muy claro. —Escuchó que decía Eli—. Han contado con un buen asesor jurídico. Es un cese de custodia temporal y aportan los certificados médicos de Eva que la incapacitan para poder ocuparse de Mía por el momento. El régimen de visitas aparece en suspensión debido a su estado de salud, y la pensión alimenticia es bastante generosa. Mañana hablo con un compañero del bufete que es experto en situaciones de este tipo y te llamo —se dirigió a Lukas—, pero te adelanto que es todo bastante correcto.

—Vale —respondió este con un asentimiento.

Alexia le contempló. De nuevo, parecía muy joven e inseguro, muy diferente al padre responsable que fingía ser durante la semana. Se prometió en silencio que le apoyaría en todo y que sería su soporte cuando lo necesitara. Su roca. Quizá fueran los dos unos críos, pero juntos podrían con cualquier cosa.

—Tienes cara de estar maquinando algo.

La frase llegó desde su derecha. Se volvió y vio a Iván, que se arrodillaba a su lado y hacía una mueca graciosa para hacer reír a Mía.

—Puede. Era más bien una cara de determinación.

—¿Determinación? —inquirió él con las cejas arqueadas.

Ella le estudió con detenimiento. Iba vestido con pantalones gruesos de estampado militar y un jersey negro de lana, y llevaba el pelo largo suelto sobre los hombros. Era la antítesis de su novio. Físicamente, no encajaban en absoluto. Diego tenía un aire distinguido y elegante e Iván era todo lo contrario. Sin embargo, había compartido unos cuantos ratos con ellos y adoraba contemplar cómo interactuaban. Si el amor se pudiera medir en unidades de longitud, el que destilaban ambos equivaldría a unos cientos de años luz. A Alexia le gustaba mucho Iván. De algún modo se veía reflejada en él. No

había tenido una vida fácil, pero había sabido superarse. A Lukas le encantaba hablar de su amigo y siempre lo hacía con admiración.

—Estaba pensando que estoy decidida a apoyar a Lukas en todo —dijo al fin—. Solo eso.

—¿Solo eso? No es algo trivial.

—Quizá. Pero es un compromiso que me he hecho a mí misma.

Iván guardó silencio mientras dejaba que Mía tirase de una de las pulseras de cuero que adornaban su muñeca.

—Me gustas —murmuró, dirigiéndole una mirada profunda.

Alexia le sonrió.

—Tú a mí también.

—¡No! —gritó Mía.

Ambos se miraron y soltaron una carcajada.

—¿Y esas risas? —inquirió Lukas, agachándose a su lado.

—Tu hija, que tiene mucho genio —contestó su amigo.

La niña comenzó a hacer pucheros mientras se frotaba la cara con los puñitos.

—Está agotada —dijo Alexia. La cogió en brazos—. Hace horas que debería estar dormida.

La meció con suavidad, tarareando su canción favorita, la de los alpinos. Una de las manitas de la niña se posó sobre su garganta y sus enormes ojos azules no tardaron en cerrarse.

—Deberíamos irnos —sugirió Lukas.

Eli se había incorporado del sofá donde había estado hablando con Tony y Anna y se acercó con sigilo a ellos.

—Buenas noches, chicos —les dijo en voz muy baja—. Lukas, estás haciendo una labor maravillosa con Mía. Bueno, los dos —agregó.

Alexia sintió un pellizquito en el pecho al escucharla. No solía emocionarse tanto por los cumplidos y menos si provenían de alguien a quien acababa de conocer, sin embargo, la mirada sincera de aquella mujer y el tono con el que se dirigió a ella la llenaron de satisfacción.

—Muchas gracias, Eli —dijo Lukas y le dio un abrazo—. Hablamos mañana.

La rubia se despidió de todos y se marchó, dejando tras de sí un sutil aroma a perfume afrutado y fresco.

—Nosotros nos vamos —dijo Diego, situándose al lado de Iván, que había comenzado ya a ponerse su chaqueta.

—Nosotros también. —Lukas se dirigió a sus padres—. Mía se ha quedado dormida. Es muy tarde.

—Quedaos a dormir —propuso Tony.

—Eso es favoritismo —masculló Jorge desde el otro lado del

salón—. A nosotros siempre nos mandáis a casa.

—Cuando nos deis un nieto podréis quedaros.

—Y encima nos chantajea —se quejó Juls, poniendo los ojos en blanco.

—Ya sabes que siempre fui su favorito —repuso Lukas con una risa—. Gracias, papá, pero no podemos quedarnos. Mañana Alexia tiene clase y tenemos que llevar a Mía a la guardería.

Tony no insistió.

Erika ayudó a Alexia a ponerle el abrigo a Mía, que ni se inmutó. Lukas fue recogiendo todo lo que habían llevado, la bolsa de los pañales, el cochecito y los juguetes. Salir de casa con un niño pequeño implicaba trasladar una tonelada de cosas. Se despidieron de todos y abandonaron la casa. Ataron en la sillita del coche a Mía, que apenas abrió los ojos para balbucear algo ininteligible y siguió durmiendo como un perezoso.

—¿Estás bien? —le preguntó ella cuando ya se habían puesto en marcha. Era algo casi imperceptible, pero había notado que estaba serio.

—No. Bueno, en general, sí —suspiró—. Me parece genial que lo del convenio regulador esté bien y que no haya problemas, pero no sé. Tengo una sensación de... malestar.

—¿Malestar?

—Te parecerá una tontería, pero ¿y si cuando Eva mejore quiere quedarse con la niña y llevársela a Bélgica? No sé qué podría hacer yo sin ella... —Había bajado mucho la voz, pero la preocupación se deslizaba en cada una de sus palabras.

No era ninguna idea descabellada. Nadie podía saber lo que iba a deparar el futuro. Quizá, tal y como él temía, Eva cambiara de opinión e intentase luchar por Mía y llevársela lejos.

Sí, aquello podía suceder.

A ella misma se le había pasado por la cabeza, pero no había querido mencionarlo.

Extendió la mano y la posó sobre su muslo, tratando de mostrarle su apoyo. Notó cómo se le tensaban los músculos de la pierna.

—Lukas, no te voy a decir que eso no va a pasar, porque no tengo ni idea y quizá suceda. La vida da muchas vueltas, las situaciones cambian y la gente, a veces, hace cosas inesperadas. —Hizo una pausa y le miró. Aunque parecía muy centrado en la carretera, tenía la mandíbula rígida—. Lo único que puedo decirte, y que sí está en mi mano, es que, si eso llega a suceder en algún momento, lo afrontaremos juntos. Tú y yo. Lucharemos por Mía con

todas nuestras fuerzas —concluyó, poniendo en esa frase toda su determinación.

Él la miró. Pese a la oscuridad que reinaba dentro del coche, las luces de la consola fueron suficientes para que ella se percatara de que tenía los ojos húmedos.

—Es lo que necesitaba escuchar —susurró—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé. Yo también te quiero a ti.

Capítulo 32

Lukas

El día elegido para que Mía se reencontrase con su madre fue el día del primer cumpleaños de la niña. Lo cierto era que no lo habían planeado, pero las cosas surgieron así, como si el destino hubiera hecho de las suyas.

Lo más triste de todo fue que, cuando habló por teléfono con Eva para decidir la fecha, ella ni siquiera recordó que era un día especial y él no se lo dijo, ¿para qué? Por su tono de voz apático y falto de interés era evidente que o estaba medicada o no le daba importancia.

El lugar elegido para el encuentro fue Terra Natura. Estaba bien situado, cerca del chalet de sus padres y también cerca del hotel donde se alojaba Eva. Ella se negó a ir a la playa o a algún restaurante de Benidorm, por miedo a encontrarse con alguien que pudiese conocerla, y propuso el parque zoológico. No era temporada alta y la afluencia de público sería reducida.

A él no le gustaban los zoológicos, no le gustaba pensar que había animales en cautividad para el deleite de los seres humanos, pero no puso ninguna pega. Eva y él habían ido allí en una ocasión, cuando empezaron a salir, hacía millones de años. Lukas no recordaba mucho del parque o de los animales, solo recordaba que se habían reído muchísimo aquella tarde, sobre todo ella. Esa risa suya tan contagiosa todavía resonaba en sus oídos, incluso todos esos años después.

Terra Natura y la risa de Eva.

Aquellos dos conceptos iban de la mano.

Quizá había sido una pésima idea establecer el encuentro allí.

Habían quedado a las doce y media del mediodía, pero Lukas estaba tan nervioso que a las doce menos cuarto ya había estacionado frente al enorme recinto. No había muchos coches en el enorme aparcamiento, solo un par de furgonetas y algún que otro turismo.

Apagó el motor, pero no retiró las manos del volante. Permaneció inmóvil con la mirada clavada en el espejo retrovisor. Mía iba sentada en su sillita y sus ojos azules, muy abiertos, contemplaban el exterior con interés.

—¿Cómo crees que reaccionará al verla? —musitó.

—No lo sé —murmuró Alexia a su lado—. Si no se encontrara en

una situación tan complicada, te diría que solo se puede reaccionar de una única manera al ver a Mía: con afecto. Es tan preciosa... Pero las circunstancias son las que son.

En los últimos días habían investigado todo lo que habían encontrado en internet sobre la psicosis postparto para tratar de entender a lo que se enfrentaba Eva. Lo que habían averiguado los había dejado estupefactos. Era un grave trastorno mental poco frecuente, que si no se detectaba a tiempo podía llevar al suicidio o a que la madre hiciera daño a su bebé. Las mujeres que lo sufrían padecían síntomas como alucinaciones, delirios, comportamiento desorganizado y depresión, y necesitaban ayuda psicológica y farmacológica en la mayoría de los casos; los pacientes afectados más severamente necesitaban años para recuperarse.

Una persona con psicosis postparto no estaba en condiciones de ocuparse de un bebé.

Todo el rencor y el enfado que Lukas todavía albergaba hacia Eva se habían esfumado según iba leyendo blogs y artículos sobre la enfermedad. Cualquier sentimiento negativo había sido sustituido por la pena. Una pena profunda y abrasadora que le encogía las tripas. Si no hubiera tenido a Alexia a su lado se habría derrumbado.

La miró de reojo.

Hacía tiempo que había prescindido del maquillaje y los peinados que la hacían parecer mayor. Con sus vaqueros, sus zapatillas deportivas, su sudadera negra debajo de la cazadora vaquera y el pelo suelto sobre los hombros, aparentaba exactamente la edad que tenía: diecinueve. Sin embargo, Lukas sabía que bajo ese juvenil aspecto se ocultaban una madurez y una fortaleza interior apabullantes.

—Ale...

—Dime.

—Gracias. Por estar a mi lado, apoyándome en todo esto.

Ella volvió la cara y ancló su mirada de rasgados ojos castaños en la de él. Las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa.

—Tampoco tengo otra opción —repuso—. Cuando se quiere a alguien es con todas las consecuencias, ¿no?

A Lukas le dio un vuelco el estómago.

Qué fácil era todo con ella. Cuánta paz le proporcionaba. Con solo una frase podía serenarle y hacer que se sintiera capaz de cualquier cosa. La contempló con adoración. Las ganas de acercarse y darle un beso le embargaron. ¿Y por qué no? Ella parecía desearlo tanto como él. Se acababa de humedecer el labio inferior. Aquello era una invitación en toda regla.

Se inclinó hacia ella todo lo que el cinturón le permitía...

—¡Shia! —gritó Mía desde el asiento trasero, rompiendo la magia. Se agitaba impaciente. Quería bajarse de la sillita.

—Momento romántico interrumpido —se lamentó él—. Lo siento. Mía es tan oportuna...

—Bueno, nunca me has ocultado que veníais en pack —dijo Alexia. Luego se bajó del coche y liberó a la pequeña de su silla—. Si te soy sincera, si ella no formara parte de esta ecuación, es probable que tú y yo no estuviésemos juntos.

Lukas, que también había bajado del vehículo, frunció el ceño, pensativo, tratando de imaginar cómo se habrían conocido Alexia y él si Mía no existiese. Quizá se habría fijado en ella en el Go al verla bailar, o se habría cruzado con ella en la playa o en cualquier otro sitio... Lo que sí tenía claro era que se habrían encontrado. Y también tenía claro que se habría enamorado de ella igualmente.

Que ellos dos estuviesen juntos era algo inevitable.

—Creo que el destino nos habría unido —dijo al fin.

—No sé —dijo ella en tono de broma, mirando a la niña, que trataba de que la dejara en el suelo—. Mía juega un papel muy importante en que yo me haya enamorado de ti. Al menos un setenta por ciento es mérito suyo. ¿A que sí, rubita?

—¿Solo valgo un treinta? —preguntó, risueño, mientras sacaba el carro del maletero.

—En realidad, solo un quince. El otro quince por ciento es por tu familia. Se han ganado mi cariño.

Lukas abrió el carrito y lo dejó en el suelo.

—¿Mi familia, un quince por ciento? Pero si son desesperantes y demasiado intensos.

—Quizá, pero los adoro.

Él resopló con exageración, si bien en el fondo le gustaba mucho eso que ella decía. Sabía que Alexia se había sentido a gusto entre los caóticos Alba casi desde el primer momento, y también sabía que todos los miembros de su familia la querían.

—¿A quién prefieres?

—Me gustan todos, pero tengo debilidad por tu hermano mayor y por Iván —repuso ella al tiempo que sentaba en el carrito a la niña, que se retorció con tozudez.

—¿El cuadriculado Diego y el imbécil de Iván?

—Oh, oh, ¿detecto celos?

Lukas se rio.

Todo el nerviosismo que había sentido al llegar al parking había desaparecido.

—No sé si me siento cómoda viniendo a un zoo —dijo ella—. Lo de los animales en jaulas no me hace sentir cómoda.

—A mí tampoco, aunque este sitio es algo diferente.

Echaron a andar uno junto al otro hasta alcanzar las taquillas. Alexia empujaba el carrito. Pagaron la entrada y accedieron al enorme parque.

—No me lo esperaba así —dijo Alexia, sorprendida.

Terra Natura no era un zoológico al uso. El recinto estaba dividido en varias zonas que recreaban los hábitats del supercontinente Pangea y de los continentes de América, Asia y Europa. En Pangea había una muestra de los animales más venenosos del planeta, en su mayoría reptiles. En América, se podía visitar un bosque tropical que contenía un aviario y diferentes animales procedentes de ese continente, como los monos capuchinos o los jaguares. En Asia, se encontraban los elefantes, los rinocerontes y los tigres. Y Europa era una representación muy bien conseguida de un bosque mediterráneo, donde gamos, burros y ciervos campaban libremente. Había incluso una granja en la que convivían gallinas, cerdos y cabras enanas.

En cuanto Mía vio que había animales al alcance de su mano, intentó bajarse de la silla. Al no conseguirlo, comenzó a protestar.

—¡Papa! —exclamó.

Lukas era un blando. Cada vez que escuchaba a su hija llamarle así, algo que no sucedía con frecuencia, no podía evitar que se le encogiera el corazón. Se derritió.

—Eh... Mejor la bajamos —murmuró.

—Si la bajamos, estamos perdidos.

—Ya. Pero es que me ha llamado papá. Compréndelo.

Solo hacía dos días que Mía había añadido esa palabra a su vocabulario. Debía de haberse percatado que él hacía todo lo que ella quería cuando la pronunciaba, así que la utilizaba estratégicamente. Era una diminuta chantajista emocional.

Alexia puso los ojos en blanco y soltó una suave carcajada.

—¿Dónde has quedado con Eva? ¿Muy lejos?

—No. Aquí al lado. ¿Ves esas edificaciones blancas con cúpulas azules? —Señaló hacia las construcciones que había al otro lado de la granja, que representaban un típico pueblo mediterráneo—. Hay un bar en la plaza que se llama Dimitris. Pues ahí, en la terraza.

Mía ya no aguantaba más la silla y comenzó a hacer pucheros al ver que una cabrita color canela con manchas negras se acercaba a ellos. Solo la separaba del camino un fino alambre, que impedía que pudiera salir de su entorno. Lukas la sacó del cochecito, la puso en el

suelo y le dio la mano. La cabrita no se alejó cuando la niña se aproximó sobre sus vacilantes piernas. Debía de estar acostumbrada al contacto con los visitantes.

—¿Te gusta la cabrita, Mía? —le preguntó Alexia, agachándose a su lado.

La pequeña exclamó algo ininteligible. Sus ojos refulgían emocionados mientras el animal, no mucho más alto que ella, la miraba interesado.

Lukas dejó a la niña en manos de Alexia y se alejó. Se sacó el móvil del bolsillo y comenzó a hacer fotos.

Sí, era de esos padres a los que se les caía la baba a cada rato.

Mía llevaba unos vaqueros, un jersey blanco con corazones rojos y su anorak también rojo, cuya capucha tenía orejas de gato. Sus deportivas blancas con cordones carmesí completaban el conjunto.

Estaba preciosa.

Todo gracias a Alexia.

Esa mañana, ella se había presentado en su casa mucho antes de la hora convenida. En un principio, habían quedado en que él iría a buscarla en coche, así que cuando la joven entró en su piso a las nueve y media, se sorprendió, aunque jamás se había alegrado tanto de ver a alguien en su vida.

Toda la ropa de Mía estaba desperdigada por la cama, porque él era incapaz de decidir qué ponerle a la pequeña para ese encuentro. Vestidos, pantalones, camisas, jerséis y hasta peleles habían sido desechados y él seguía contemplando el desastre, desquiciado. Pero entonces llegó Alexia y en un santiamén seleccionó la ropa que llevaba la niña.

A veces se sentía como un verdadero inútil.

Así se lo había dicho a ella.

—No te infravalores, Lukas —había respondido—. Hoy es un día muy significativo, es normal que dudes y que estés inseguro.

—Tú no dudas nunca.

—Yo dudo cada cinco segundos, solo que me esfuerzo para que no se note.

Él había suspirado.

—Es solo que quiero que Mía vaya... perfecta.

—Mía ya es perfecta, da igual qué ropa lleve —le había dicho, acallando todas sus dudas.

Cuánta razón...

Contempló a su hija, que parecía fascinada con los animales. A la primera cabrita se habían unido otras dos más y un gamo. Ella intentaba a toda costa tocar una de las cabras mientras Alexia la

vigilaba con ojos de halcón.

Sí. Mía era perfecta.

Cientos de fotos después, se unió a ellas y soltó exclamaciones maravilladas ante cada aspaviento de Mía. Una vocecita interior le decía que se acercaba la hora de ver a Eva de nuevo y que en solo unos minutos llegaría el temido encuentro.

—¿Quieres que me quede por aquí? —sugirió Alexia—. Quizá sea mejor que vayas tú solo con la niña.

—No —rechazó—. Ven conmigo.

No tardaron en ponerse en marcha. Mía protestó porque no quería despedirse de los animales, pero Lukas fue inflexible y la cogió en brazos. Trató de distraerla, mostrándole unos pájaros que volaban en bandada por encima de su cabeza. Lo consiguió.

Había dos mesas ocupadas en la terraza del restaurante. Eva y su acompañante, que les daba la espalda, estaban sentados en la más alejada. No los habían visto y Lukas aprovechó ese instante para estudiarlos a ambos. Ella llevaba un abrigo corto oscuro con botones dorados y el pelo recogido en una coleta. Al igual que hacía días, cuando la vio en el Asia Gardens, rezumaba una elegancia que encajaba poco con la chica que fue su novia durante tantos años. El hombre lucía un abrigo azul marino y tenía el pelo de un tono castaño oscuro.

Eva alzó la vista y los vio. Su expresión cambió radicalmente y el pánico asomó a su cara. Se puso de pie con precipitación. El tal Matthias la imitó y se giró.

Por fin pudo verle de frente. Era un tipo de unos treinta y cinco años, con ojos claros y gesto afable. Era obvio quién había seleccionado la ropa de Eva, porque se complementaba perfectamente con la de él. Bajo el abrigo llevaba un traje de chaqueta gris y una corbata granate destacaba sobre su camisa blanca.

Lukas estableció una comparativa mental entre la pareja que formaban Alexia y él y la que se erguía a solo unos metros de distancia.

No podían ser más dispares.

¿Y si no habían acertado vistiendo a Mía con vaqueros?

En cuanto aquel pensamiento acudió a su mente, se llamó imbécil en silencio. Tal y como Alexia había dicho, Mía era perfecta.

La niña seguía mirando al cielo, concentrada en la bandada de pájaros que parecían indecisos y repetían su recorrido adelante y atrás una y otra vez.

Como si supiera que lo necesitaba, la mano de Ale rozó la suya, infundiéndole ánimo. La miró de soslayo y le sonrió.

—Está todo bien —siseó.

Solo unos pasos más los situaron frente a la pareja.

—Hola —dijo Eva—. Eh... Este es Matthias.

Parecía ausente y evitaba mirar a la niña. Su voz carecía de matices.

El tal Matthias alargó el brazo y estrechó su mano con vigor.

—Encantado —dijo con un fuerte acento francés.

—Lo mismo digo —respondió Lukas—. Ella es Alexia.

No hubo besos ni más apretones de manos. Unas simples inclinaciones de cabeza bastaron.

Mía se había quedado mirando a los dos desconocidos con interés.

—Es muy guapa —dijo el belga, contemplándola con una sonrisa resplandeciente—. Hemos traído un regalo por su cumpleaños. Es solo un vestido y un muñeco —añadió, tendiéndole un paquete.

Lukas lo cogió.

—Muchas gracias.

No hizo amago de abrirlo, estaba muy bien envuelto en papel dorado. Se lo dio a Alexia para que lo dejara en el cochecito.

Eva estudiaba el suelo. Estaba pálida y muy tensa. Matthias le pasó el brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia su cuerpo con suavidad. Luego le lanzó una mirada de disculpa a Lukas.

Era una situación surrealista.

De pronto, la vocecita aflautada de Mía resonó potente en el silencio que se había creado entre ellos.

—Mama.

Y todo se descontroló.

Eva alzó la cara con brusquedad. El pánico oscureció sus facciones y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras su mirada recalaba en su hija. Un jadeo involuntario salió estrangulado de su garganta. Se retorció tratando de desasirse del abrazo de Matthias. Este la soltó y ella echó a correr, alejándose de ellos.

—Lo lamento —murmuró el belga, yendo tras ella.

Lukas y Alexia se miraron, perplejos.

Mía seguía diciendo *mama, mama, mama* como si fuera una letanía, sin dirigirse a nadie en particular.

Capítulo 33

Alexia

Se le habían nublado los ojos al ver la escena. En realidad, todo era tan triste que tenía el corazón encogido desde hacía rato, pero no había querido que Lukas lo supiera. Él necesitaba alguien fuerte y sólido a su lado. Sin embargo, ver esa sombra de mujer y compararla con la Eva que ella conocía de las fotos que tenían los Alba, había resultado descorazonador. Su forma de evitar la presencia de Mía, sus temblores, su pánico incontrolable y esa reacción cuando la niña pronunció aquellas dos fatídicas sílabas: mamá.

¡Dios!

Terrible y desgarrador.

Estuvo a punto de empezar a recitar fechas para calmarse, pero se contuvo.

Lukas se giró para mirarla. Tenía los ojos húmedos. Abrió la boca como si quisiera decirle algo, pero era evidente que le faltaban las palabras. Terminó por enterrar la cara en el cuello de Mía, que balbuceaba cosas ininteligibles.

Alexia se acercó a él para que pudiera sentir su presencia. Tampoco sabía qué decir.

Matthias y Eva estaban a unos cincuenta metros de distancia. Él la había alcanzado antes de que ella hubiera podido alejarse demasiado. La abrazaba y parecía estar acunándola en sus brazos mientras susurraba.

—Quizá no tendríamos que haber venido —murmuró Lukas—. Ya sé que era ella la que quería ver a Mía, pero no creo que esté preparada.

Alexia le dio la razón internamente.

Permanecieron unos cuantos segundos quietos y silenciosos hasta que la niña empezó a impacientarse y se retorció con brío para que su padre la bajara al suelo.

—Vamos a sentarnos en la mesa y esperarlos —propuso él.

Tomaron asiento y Lukas hizo algo que Alexia sabía que no le gustaba demasiado: sacó su móvil y puso unos dibujos de Pocoyó a Mía para mantenerla entretenida. Ella alzó los brazos e insistió en que fuera Alexia la que la sentara sobre sus rodillas.

Una camarera llegó y les tomó nota. Pidieron ambos un refresco.

En la distancia, Eva y Matthias seguían abrazados y se mecían con suavidad.

—La adora —meditó Alexia en voz alta, que no podía apartar la vista de la pareja. Despertaba en ella una especie de triste ternura.

—Sí. Y eso me tranquiliza. Todavía no me puedo creer que esto esté sucediendo. Estoy en shock.

El ambiente era singular. Irreal.

Poco después, Eva y Matthias regresaron, cogidos de la mano. Él se mostraba calmado y ella, aparentemente, también. Seguía sin mirar a la pequeña, pero no estaba tan pálida y temblorosa como antes. Ni siquiera cuando se sentaron, él soltó su mano, como si fuera el ancla que Eva necesitaba para no zozobrar en un océano inmenso. Fue Matthias también quien empezó a hablar. Quizá para llevar la reunión a un puerto seguro y menos peligroso, se dirigió a Lukas y le dio las gracias por no haber puesto ninguna pega al convenio y haberlo firmado con tanta rapidez. Los dos se entretuvieron hablando de temas legales y Alexia aprovechó para estudiar de soslayo a Eva, que se había sentado a su derecha.

Miraba a Mía, mas lo hacía a hurtadillas, a través de sus espesas pestañas negras. Tenía la mirada baja, clavada sobre la mesa, pero de vez en cuando la elevaba fugazmente y la posaba sobre la carita de la niña, que estaba muy atenta a Pocoyó y sus amigos.

Su rostro era una mezcla de angustia, terror, ansiedad y vergüenza.

Alexia tenía la garganta encogida.

No sabía qué hacer.

¿Y si iniciaba una conversación, preguntando algo banal? Se devanó los sesos con insistencia hasta que se le ocurrió algo.

—Me gusta tu camisa —dijo tras una leve vacilación.

Eva la miró desconcertada. En el pasado tenía que haber sido muy guapa, pero había adelgazado mucho y sus facciones resultaban en exceso afiladas. No obstante, sus ojos castaños eran hermosos, lástima que no tuvieran brillo alguno. Su nariz respingona era exacta a la de Mía y la forma de su barbilla también.

Alexia tuvo ganas de llorar. Se sentía como una intrusa, aunque era innegable que a Eva le sucedía lo mismo. El deseo de coger a la pequeña y ponerla sobre el regazo de su madre para que se estableciera alguna conexión entre ellas le arañó el estómago.

—Gracias. Es un regalo de Matthias... —repuso, acariciando el cuello de la prenda con nerviosismo.

Después de eso solo hubo silencio.

Lukas y el belga continuaban hablando, pero era indudable que

ambos estaban muy pendientes de ellas.

—Me gusta la ropa de la niña —expresó Eva de pronto—. ¿La has elegido tú?

El corazón de Alexia se saltó un latido. Le lanzó una rápida mirada a Lukas, que también parecía impactado.

—No. La ha elegido Lukas —mintió—. Es un padre genial.

Eva asintió.

En ese instante, Mía elevó la cara y le puso una mano en la mejilla para forzarla a mirar la pantalla del móvil.

—Mama —exclamó.

Alexia se sonrojó con violencia y una sacudida de calor la recorrió de arriba abajo.

—Se lo llama a todo el mundo —se apresuró a explicar, mortificada.

Lukas y Matthias habían dejado de hablar.

Eva se había tensado en su silla y su mano apretó la de su pareja, pero no mostró más reacción que esa. Tardó unos pocos segundos en serenarse.

—No te sientas mal —dijo en voz baja e insegura—. Es lógico que te llame mamá. No me molesta. Gracias por... serlo para ella...

Alexia tuvo ganas de llorar de nuevo.

Un silencio espeso y profundo se abatió sobre los cuatro adultos. Un silencio que fue roto, inesperadamente, por Eva.

—Está preciosa —murmuró. No había anhelo en su voz, era una simple constatación de algo evidente—. Se parece mucho a ti —comentó, dirigiéndose a Lukas—. ¿Podéis... contarme algo sobre ella?

Como si solo hubiera estado esperando su permiso, Lukas empezó a hablar de las virtudes y bondades de Mía. Relató que ya andaba y que hablaba mucho. Se refirió a su inteligencia, a que no lloraba con frecuencia, a que comía muy bien y no solía protestar. Les habló de su obstinación y de su buen carácter. Y se explotó contando cientos de anécdotas.

Su voz destilaba calidez, orgullo y amor.

Alexia adoraba escucharle hablando de su hija. ¡Irradiaba luz!

Eva se limitó a prestar atención muy silenciosa, mientras que Matthias intervenía y hacía alguna que otra pregunta con mucho respeto. Era muy educado y guardaba las formas. Alexia le observó con admiración al recordar su historia. Debió de ser terrible para él lo que hizo su esposa. Tenía que ser un hombre de gran templanza para haberse recuperado de un golpe así y haber formado un grupo de apoyo para mujeres con problemas psicológicos.

Mía no tardó en cansarse de ver dibujos y quiso explorar por su

cuenta. Incapaz de contenerla por más tiempo, Alexia dejó que se bajara al suelo y que anduviera de silla en silla mientras la vigilaba atentamente. Los demás siguieron hablando mientras ella iba tras la niña. Pese a que era muy osada, nunca se alejaba demasiado de los adultos.

—¿Puedo hacerle una foto?

Escuchó la voz a su espalda y se giró. Eva se había puesto de pie y tenía el móvil en la mano. Pese a que su expresión era bastante neutral, parecía estar pidiendo permiso con sus gestos. Alexia volvió a sentir el desgarró en la boca del estómago. Todo era surrealista y estaba del revés.

La madre suplicando a la niñera.

—Por supuesto.

Chasqueó los dedos para que la atención de Mía se centrara en ellas. La pequeña se giró sobre sus tambaleantes piernas y las miró. Una sonrisa desdentada adornaba su cara. Después, echó a andar hasta que llegó junto a Alexia y se sujetó a sus pantalones.

—Es... tan bonita —musitó Eva mientras tomaba fotos.

Alexia solo podía darle la razón. Lo era.

—¿Quieres cogerla?

Eva alzó la cara con violencia.

—¡No! —rechazó con un ademán.

Sin embargo, la decisión le fue arrebatada por la niña que, inesperadamente, descubrió que los botones del abrigo de Eva eran muy interesantes y tenían forma de ancla, y se acercó a ella, dispuesta a manosearlos.

Fue un momento peculiar. Todos contemplaron la escena con diferentes grados de aprensión y la respiración contenida.

Eva se quedó quieta como una estatua mientras Mía chocaba con sus piernas y agarraba uno de los botones. Alexia estuvo a punto de lanzarse a por la niña para que no estropeará el abrigo —era un Louis Vuitton y, con toda seguridad, auténtico—, pero se contuvo y pasó a ser un testigo más.

Mía tiró con fuerza de uno de los botones, que eran gigantescos para sus puñitos, pero estaba muy bien cosido a la prenda y no pudo hacerse con él. Protestó con su lengua de trapo y alzó la mirada hacia Eva como si la estuviese regañando. Esta la miró con una insólita expresión en el semblante, una mezcla de curiosidad y respeto.

—Eres muy bonita —repitió con un tono de voz casi inaudible.

Bajó la mano y le acarició la mejilla. Después de eso, hizo algo desconcertante. Tiró de uno de los botones dorados de ancla hasta que se desprendió de la prenda y se lo dio a Mía, que lo cogió ansiosa y le

regaló la sonrisa más dulce del mundo.

La emoción más profunda embargó a Alexia. Pese a que la escena había sido breve y apenas había durado unos segundos, sabía que acababa de presenciar algo increíble. Mientras tragaba saliva, echó una ojeada a Lukas y a Matthias y vio que ellos también estaban conmovidos. En especial, Lukas, que había bajado los párpados y trataba de mantenerse impertérrito, pero los movimientos agitados de sus manos le delataban.

Mía dio unos pasos con su preciado tesoro en la mano, sin saber que era el centro de atención de todas las miradas. No tardó en percatarse de que el botón era un estorbo para poder sujetarse en su paseo y se acercó al carrito para dejarlo allí.

—Pienso que... tenemos que irnos —dijo Eva con aspereza.

Alexia la miró. Estaba rígida y su mandíbula había adquirido la consistencia de una roca. Su mirada extraviada recalaba en algún lugar lejano. Era indudable que estaba a punto de romperse y no deseaba que ellos fueran testigos.

Fue Matthias el primero en salir del estupor en el que se hallaban inmersos todos. Apresuradamente, dejó un billete sobre la mesa, pese a las protestas de Lukas. Luego le proporcionó su número de teléfono y le dijo algo de que estarían en contacto.

Mía se había alejado y Alexia corrió tras ella, pero por el rabillo del ojo vio que Lukas hablaba con Eva y ella asentía sin demasiado entusiasmo. Matthias había dado unos pasos a un lado, como si quisiera proporcionarles intimidad, pero era obvio que ella no parecía muy cómoda y que estaba deseando que esa conversación terminara cuanto antes.

La despedida fue torpe y un poco confusa. Hubo un apretón de manos con el belga, que se acercó a Mía para acariciarle la cabeza con afecto. No hubo contacto físico con Eva, que había retrocedido unos pasos y parecía estar muy lejos de allí.

No volvió a mirar a su hija.

Poco después, Matthias y ella se alejaron.

Alexia dejó escapar el aire que había contenido en los pulmones. La imagen de esa mujer fragmentada, desolada y triste no se le iba a olvidar nunca. Una mujer que había reaccionado con terror cuando la niña se acercó a ella. Una mujer incapaz de sentir el típico e innato afecto que todas las madres mostraban hacia sus hijos. Ella sabía lo que significaba provenir de una familia desestructurada y carecer del amor de una madre, pero Eva, en lugar de despertarle desprecio, como su propia madre, solo le despertaba angustia y conmiseración.

Lo vivido los había dejado a ambos muy callados y taciturnos.

Echelon a andar, volviendo por el camino que los había llevado hasta allí. Mía había decidido que estaba cansada y Lukas la había cogido en brazos. Alexia empujaba el carrito.

Se detuvieron justo frente a la granja, donde las cabritas llegaron para saludar, tal y como había sucedido con anterioridad, pero la niña no parecía muy interesada. Había enterrado la cara en el hueco del cuello de su padre y un enorme bostezo abría su boca.

—Creo que está agotada. Hoy hemos madrugado mucho —murmuró Lukas.

—Siéntala y vámonos.

Él lo hizo. La colocó en el cochecito y le abrochó el cinturón. El botón dorado de ancla terminó, de algún modo, en su manita. Cuando Lukas intentó quitárselo, se aferró a él e hizo un pucherito.

—No quiero que se lo lleve a la boca —comentó él.

—No te preocupes. Es muy grande para que se lo pueda tragar. Se lo quitamos luego, cuando se duerma.

A su cabeza regresó la imagen de Eva, arrancándose el botón para dárselo a Mía, y se le encogió el pecho, robándole el aliento.

Las últimas horas habían sido una catarata de emociones.

Se pusieron en marcha de nuevo, encaminándose hacia la salida. Apenas había gente en el parque y no se cruzaron con nadie. De fondo sonaba una melodía instrumental muy bajita que salía de altavoces estratégicamente colocados, ocultos para los visitantes, y se respiraba una cierta paz.

Alexia miró a Lukas de soslayo. Estaba muy serio y caminaba muy erguido sin despegar la vista del frente.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Tengo ganas de llorar —respondió en voz muy baja.

De mutuo acuerdo, se detuvieron bajo uno de los pocos árboles que bordeaban el camino. No hacía mucho calor, pero se agradecía estar a la sombra. La niña estaba a punto de quedarse dormida.

—Le he dicho a Eva que puede llamarme cuando quiera si quiere saber algo de Mía, pero no la he visto muy entusiasmada, la verdad. He notado más entusiasmo en él... —dijo Lukas con desánimo.

—Creo que es un buen tipo y que Eva va a estar bien con él —dijo ella, convencida.

—Yo también lo creo. Me ha gustado. Me ha recordado a Diego, tan responsable y protector... —Hizo una pausa—. ¿Qué te ha parecido Eva?

Alexia no tenía que pensar demasiado.

—Nunca había visto a nadie tan... roto. Me ha provocado una tristeza enorme.

—Se me ha roto el corazón al verla interactuar con Mía —murmuró Lukas.

Se había metido las manos en los bolsillos de la cazadora y tenía la vista perdida. Sus ojos aguamarina brillaban de una forma imposible, llenos de dolor. Una lágrima rodó por su mejilla.

Alexia le abrazó.

Y él se cobijó en su abrazo.

Ella sintió cómo su mirada también se empañaba por la humedad.

—Estoy hecho una mierda —confesó él—Me siento fatal.

—Déjame que me sienta fatal contigo, entonces.

El abrazo se hizo más intenso.

Durante unos minutos no se separaron. Era reconfortante saber que podían proporcionarse consuelo mutuo.

—Creo que hoy te quiero todavía más —musitó él. Su aliento le acarició el cuello.

—¿Por qué? —Se sorprendió.

—Por tu forma de tratar a Eva. Por tu serenidad. Has estado genial.

Alexia meditó un instante. ¿Genial? No había hecho nada especial y sentía que no merecía el halago. ¿Acaso había otro modo de tratar a alguien que no estaba bien?

—Solo he sido amable.

—Has sido más que eso, Ale. Te admiro. Creo que Mía y yo tenemos mucha suerte —dijo con la voz entrecortada.

No replicó nada. No quiso contradecirle.

Alzó la cara para poder mirarle y la calidez invadió su cuerpo hasta llegarle a los huesos. Lukas tenía cara de adolescente eterno, de chico alocado y un poco sinvergüenza. Sin embargo, ella sabía que bajo su apariencia juvenil y traviesa se escondía una persona con profundos sentimientos, leal, fuerte y decidida, alguien dispuesto a luchar y dejarse la piel y la vida por su hija.

«Si hay que matar dragones, pues mataremos dragones».

Esa frase se la había oído decir en alguna que otra ocasión cuando hablaba con la niña. Y sabía que era cierto. Lukas mataría dragones, si hacía falta.

Era ella la que se sentía afortunada de haberle conocido.

Él la besó y luego pegó la mejilla a la suya.

—¿Nos vamos a casa? —propuso.

Casa...

Qué bien sonaba.

Epílogo

Primavera – Dos años después

Lukas

—¡Puntazo para las chicas! —gritó Eri después de que la pelota se le hubiera escapado a Jorge de las manos al otro lado de la red.

—¿A quién llamas chica? —Iván se acercó a ella y le dio un azote.

—Eso te pasa por jugar en nuestro equipo.

Los cuatro hermanos Alba y sus parejas —todos menos el novio de Eri, que tenía trabajo en Madrid— habían bajado a la playa a pasar la tarde, aprovechando que corría algo de brisa y que el sol no era demasiado potente. En mayo, uno podía encontrarse con una temperatura de treinta grados en Benidorm, pero no era el caso. Habían llevado toallas y neveras con bebidas y sándwiches.

Fue idea de Jorge coger también una pelota para poder disputar un partido de voleibol. Se habían formado dos equipos. Uno estaba compuesto por Diego, Jorge y Lukas y el otro por Erika, Juls e Iván. Alexia había rechazado jugar para quedarse con Mía, pese a que todos habían insistido en hacer turnos.

—¡Vamos ganando nosotras! —gritó Juls, haciéndole un gesto obsceno a Jorge.

Este se rio y le lanzó la pelota. Ella se la pasó a Iván que la devolvió al otro lado de la red. Fue interceptada por Diego.

Lukas lanzó una ojeada al grupo de palmeras, bajo el que se sentaban Ale y a Mía. Estaban construyendo algo similar a un castillo deforme. Habían llenado dos cubos de agua de la orilla y los usaban para humedecer la arena. Tenían las cabezas muy juntas y se estaban riendo. Una sonrisa tonta apareció en su boca al escuchar sus risas. ¡Qué bonito era verlas juntas! Jamás se cansaba de esa imagen.

—¡Lukas, joder!

Giró la cara y se dio cuenta de que se le había escapado el balón. Jorge le miraba con reproche y Diego con diversión.

—Seguid sin mí —les dijo.

Se fue corriendo por la arena sin hacer caso a los insultos que le seguían.

Alexia levantó la cara al verle llegar y le sonrió. Mía estaba demasiado ocupada haciendo agujeritos con su dedo pulgar en lo que

parecía ser una muralla de arena. Ni le miró.

Del altavoz que habían llevado salía una de las canciones más conocidas de los Sex Pistols, *God Save The Queen* a un volumen bastante discreto. Instantáneamente, supo a qué móvil estaba conectado. A Alexia le encantaba el punk de los setenta. Incluso Mía parecía haberse acostumbrado a The Clash, Ramones y otras bandas.

—¿Ya te has cansado de jugar? —le preguntó.

—No. Es que estaba viendo la chapuza de castillo que estáis haciendo y he tenido que venir para arreglarlo —repuso, tirándose a su lado sobre la toalla.

—¡Qué creído!

La niña levantó la cara y le miró con sus enormes ojos azules muy emocionados. Su carita estaba sonrosada por el esfuerzo.

—Mamá y Mía castillo.

La pequeña pronunciaba las palabras con una exactitud increíble. Incluso su pediatra estaba sorprendido. Les había dicho que los niños de tres años solían conocer una media de entre ciento cincuenta y doscientas palabras, pero que no era muy común que hablasen con tanta claridad.

—Es un castillo muy bonito.

La cara de felicidad de su hija iluminó la playa entera.

—Qué bien mientes —le susurró Alexia al oído.

—A ver, para haberlo hecho una niña de tres años sola, está perfecto.

—Capullo. Sabes que la he ayudado.

Se rio bajito. Después se quedó absorto mirando a sus hermanos que habían reanudado el juego. A Jorge y a Diego no parecía importarles que los hubiera dejado tirados porque en ese momento marcaban un punto impresionante. El grito cabreado de Erika llegó con claridad hasta él.

—Mira, mamá —dijo Mía.

Alexia se inclinó para admirar la obra, haciendo aspavientos maravillados. El largo pelo oscuro le cayó sobre el hombro.

Lukas las estudió a ambas con profundo afecto. Para Mía, Alexia se había convertido en su madre. Hacía tiempo que había dejado de llamar así a las demás personas, y solo Ale disfrutaba de ese privilegio. Cuando fuera mayor, le explicarían cuál era su verdadero parentesco. Lukas no quería ni imaginarse el momento de tener que contarle a Mía que su verdadera madre vivía muy lejos y que era la mujer a la que ella conocía como tía Eva. Iba a ser difícil, pero como decía Alexia, todo a su debido tiempo.

Poco después de su encuentro en Terra Natura, Eva y Matthias se

habían casado. Desde entonces, la pareja había viajado a España en tres ocasiones para ver a Mía. Eva había mostrado signos de mejoría, pero nunca había vuelto a ser la misma chica del pasado. Le habían diagnosticado una depresión severa y seguía en tratamiento psiquiátrico. Lukas había hablado con Matthias hacía unos días para preguntarle por su estado de salud. Aparentemente, estaba mucho mejor y habían planeado una visita a España para el verano.

Las interacciones de Eva con Mía eran peculiares. Cada vez que veía a la niña, se comportaba como si fuera un familiar lejano, mostrándole educación y un ligero afecto, pero nada más. Mía todavía era demasiado pequeña para comprender la situación y se limitaba a dejarse acariciar por esos señores que venían de lejos y siempre le traían regalos.

A Lukas todavía le dolía el corazón cada vez que veía a Eva tocarle el pelo a su hija de ese modo tan cortés, como si no llevaran la misma sangre.

El futuro era bastante incierto, pero por el momento, las cosas funcionaban. Ninguna de las partes había mostrado interés en cambiar las condiciones del convenio regulador. Y, gracias a la generosa pensión alimenticia que Lukas recibía, había podido llevar a Mía a una escuela infantil privada que tenía un horario más amplio y flexible.

Hacía tiempo que Ale ya no era su niñera.

Se había graduado hacía unos meses y estaba trabajando a media jornada en el centro infantil donde había hecho las prácticas. Todavía seguía bailando en el Go, aunque su intención era dejarlo cuando encontrara un trabajo a tiempo completo.

Y continuaba negándose a compartir piso con él, aunque la mayoría de las noches las pasaba en su casa.

—Cuando tenga un trabajo en condiciones, me iré a vivir contigo. Mientras tanto, no. Estamos bien así.

Eso le decía cada vez que él insistía en que se mudara a su apartamento.

Era muy cabezota. Tanto como Mía, o más.

Un soplo de viento llegó hasta él, estremeciéndole. La temperatura era agradable, pero se había quitado la camiseta para jugar al voleibol y ahora que estaba quieto y en la sombra se estaba quedando frío. Rebuscó en una de las bolsas de playa y sacó su camiseta. Se la puso.

Los demás llegaron hasta ellos, trayendo ruido y alboroto, y se tiraron sobre las toallas, tal y como Lukas había hecho poco antes. Abrieron una de las neveras y comenzaron a sacar latas de cerveza, refrescos y sándwiches.

En un instante, la calmada escena se había convertido en un caos.

—¡Pero qué muralla más bonita! —exclamó Eri.

Mía, que estaba acucillada junto a su obra, la miró con el ceño fruncido.

—Castillo —la corrigió.

—Sí, eso, castillo —dijo muy seria, pero cuando la niña no la miraba, puso los ojos en blanco.

Lukas se rio para sus adentros. La pequeña los tenía a todos hechizados. Era la niña más consentida y amada del universo.

—¿No viene tu chico este finde? —le preguntó a su hermana—. ¿O estáis en un momento de esos que no os habláis?

Erika se puso unas gafas de sol y soltó un resoplido.

—Nos hablamos. Pero tiene mucho curro. Intentaré escaparme yo a Madrid en unos días.

La historia de Eri y su chico era una historia peculiar, digna de una telenovela turca, llena de altibajos. Apparently, se hallaban en una de sus etapas buenas.

—¿Sándwich? —le preguntó Jorge al tiempo que le lanzaba uno envuelto en papel de aluminio, que él atrapó al vuelo.

—¿De qué es? —Le dio la vuelta y vio que alguien se había molestado en poner etiquetas en los envoltorios—. Jamón con tomate —leyó—. Perfecto. ¿Quién ha sido tan mono de escribir esto? Es nuevo.

—He sido yo —respondió Diego.

—¿Esto no es muy gay? —inquirió con provocación.

—Si Ale fuera un tío, tú serías gay —intervino Iván con la boca llena.

Cierto. No iba a protestar.

—No lo niegues —dijo la propia Ale, que se había hecho con otro de los sándwiches—. Adoras el suelo que piso y no sabes vivir sin mí.

Juls y Eri se rieron.

Mía, al escuchar las risas, se unió a ellas y soltó una carcajada estentórea.

—Hasta Mía lo sabe —dijo Jorge—. ¿A que tu papá está loco por Ale? ¿A que sí, Mía?

—¡Sí! —gritó la niña. Luego se dirigió hacia Lukas y se sentó sobre su regazo. Sus piecitos descalzos estaban llenos de arena.

Mientras todos se burlaban entre risas, él inclinó la cara y habló con su hija en un tono lastimero.

—Se están riendo de mí. Tú no lo haces, ¿verdad? Tú eres la

niña de papá.

Ella le miró muy seria. Agitó la cabeza y su pelo de rizos rubios, que llevaba recogido en una coleta alta, osciló a un lado y al otro.

—De mamá.

Aquella respuesta solo suscitó más risas.

Ahora fue Lukas el que puso los ojos en blanco.

—Mamá hace castillo y papá come con Mía —dijo la niña.

—Por lo menos sirvo para algo —masculló—. ¿Habéis traído también algo para ella?

—La duda ofende —dijo Diego. Sacó un sándwich y un táper de la nevera que tenía más cerca y se los tendió.

En el táper había un plátano troceado y el sándwich era de pavo. Mía agarró este último con ansia, como si llevara días sin comer, y le dio un bocado.

—Despacio, tragona —la amonestó Lukas.

Entre charlas y risas, continuaron devorando sándwiches e intercambiando historias mientras de fondo sonaba Blondie y su *Heart of Glass*. Reuniones como esa tenían lugar constantemente, aunque solían hacerlas en el chalet de sus padres, solo que ese fin de semana, Tony y Anna estaban en Alemania, visitando a los padres de ella.

—¿Te has decidido ya a hacer el máster? —le preguntó Juls.

Lukas negó con la cabeza.

Juls hablaba del máster que ella misma había cursado el año anterior, un Máster en Periodismo Multimedia. Lo ofertaba la Universidad Internacional de Valencia y era a distancia. Ella estaba muy contenta de haberlo hecho y se lo había recomendado a Lukas.

No era exactamente lo que él había soñado, pero ya hacía tiempo que había abandonado la idea de ser corresponsal en el extranjero, así que, formarse dentro del campo del periodismo multimedia con todos los avances tecnológicos que había experimentado la profesión, le parecía una gran idea para progresar en su carrera.

Sin embargo, sabía que no tenía muchas posibilidades. En primer lugar, porque el máster costaba un pastón que él no tenía y se negaba a pedirles dinero a sus padres. En segundo lugar, no tenía tiempo. Trabajaba todos los días hasta las siete y las noches y los fines de semana se los dedicaba a Mía. ¿Cuándo iba a poder estudiar?

Era imposible.

Mía se había terminado su sándwich y ahora señalaba el táper con uno de sus deditos.

—Pásamela y se lo doy yo —pidió Erika—. Ven con la tía, rubita.

La niña no dudó. Se levantó y se acercó a su tía, que la abrazó y le dio veinte mil besos en la mejilla.

—¿Y esta tarta? ¿Quién la ha traído? —Se oyó la voz de Iván de pronto.

Había abierto una de las bolsas y había sacado una caja de plástico transparente, dentro de la cual se podía ver una tarta de chocolate.

—Yo no he sido —apuntó Diego, que se había encargado de la mayoría de la comida.

—Nosotros tampoco —dijo Jorge, incorporándose.

—A mí no me miréis —añadió Erika—. Ese pastel parece casero y yo solo sé hacer huevos fritos y la mayor parte de las veces me salen fatal.

Se miraron unos a otros con curiosidad.

—Mamá —gritó Mía.

Alexia se echó a reír.

—Vale, sí, he sido yo —admitió—. Mía es una chivata.

Lukas giró la cara y la miró con el ceño fruncido.

—¿Dónde lo traías? Hemos venido juntos y no lo he visto.

—Iba con las cosas de la niña —repuso, sonriente.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Juls, maravillada.

—Sí.

—Es una pasada. Si hasta lo has decorado con florecitas.

—Me gusta la repostería.

—Ya sé quién va a hacer el pastel de mi cumpleaños este año —dijo Eri.

—¿Algo que celebrar? —preguntó Iván.

—Puede ser.

Lukas volvió a mirarla con insistencia. ¿Había algo que celebrar y no se lo había dicho?

—No será un embarazo, ¿verdad? Que ya sabes que Lukas es muy fértil... —dijo Jorge con guasa.

Lukas le tiró una zapatilla, que su hermano esquivó con facilidad, y Ale se rio con ganas.

—Nada de eso. Es otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Me han propuesto contratarme a jornada completa a partir de septiembre, cuando empiece el nuevo curso escolar. Además, quieren que sea una de las monitoras de los campamentos de verano para los más pequeños, que empiezan en junio —dijo con una expresión llena de satisfacción.

—Oh, eso es genial —exclamó Erika—. ¡Enhorabuena!

Las felicitaciones y los aplausos se sucedieron.

Mía empezó a dar palmas, imitando a los adultos.

—¿Desde cuándo lo sabías? —le preguntó Lukas, inclinándose para hablarle al oído. Estaba muy feliz por ella. Era exactamente lo que había deseado.

—Desde hace dos días.

—Y no me lo habías dicho... —murmuró sin acritud.

Ella le miró con sus chispeantes ojos castaños. Su tez morena estaba sonrosada por la felicidad y sonreía.

—Quería sorprenderte.

—Pues lo has hecho. Y estoy muy feliz por ti.

Le dio un suave beso en la comisura de los labios. Luego otro en la boca. Ella le correspondió echándole los brazos al cuello con entusiasmo.

—¡Eh! —gritó Erika—Marchaos a otra parte a comeros la boca.

—¡Comer la boca! —la secundó Mía, haciendo los mismos gestos que ella.

Todos estallaron en risas.

—Estáis convirtiendo a mi hija en un monstruo —protestó Lukas.

—Mirad la puesta de sol. Es espectacular —dijo Iván, señalando el horizonte—. Anda, alejaos y daos el lote en la orilla. Nosotros nos quedamos con la niña.

Era cierto. La puesta de sol era una pura maravilla. El cielo desplegaba sus más bellas tonalidades naranjas, lilas, violetas y azules para despedir al día. La ardiente esfera reflejaba sus rayos en el tranquilo mar convirtiéndolo en una lámina plateada.

Lukas no se lo pensó. Se levantó de un salto y le dio la mano a Alexia, que también se incorporó.

—¡Ni se os ocurra empezar la tarta sin nosotros! —gritó.

Unos cuantos silbidos y exclamaciones los siguieron mientras se alejaban.

Alexia

Mientras caminaban hacia la orilla y sus pies se hundían en la arena, le iba mirando de reojo. Nadie que le viera sospecharía que ese chico con aspecto de adolescente y hoyuelos traviesos era padre de una niña de tres años y la persona más responsable del mundo.

Admiró su tez bronceada y su cabello despeinado que siempre que se acercaba el verano se aclaraba con el sol.

Estaba tan guapo...

Una sonrisa involuntaria acudió a su boca.

Tenía ganas de decirle lo que llevaba días guardando en su interior. Le había costado mantener el secreto, pero no había querido

contárselo hasta no estar segura del todo.

La familia Alba había sido de gran ayuda.

Aguantó una risa al recordar las caras de fingido asombro cuando Iván sacó la tarta. Eran todos unos pésimos actores, pero Lukas se lo había tragado, aparentemente.

—Sí que es bonita la puesta de sol —reconoció él, deteniéndose cerca del agua. La luz anaranjada se reflejó en su semblante.

—Sí. Es una pasada.

Él la abrazó por el talle y le dio un beso en la punta de la nariz. Clavó su mirada clara en la de ella al tiempo que esbozaba una gran sonrisa.

—Me alegro muchísimo de lo de tu trabajo. Sabía que algo así pasaría, en cuanto se dieran cuenta de lo mucho que vales.

Le sonrió. Lukas no era muy objetivo, pero le gustó que le dijera eso.

—¿Y lo de los campamentos de verano? ¿Vas a tener que viajar a algún sitio?

—No. Son en La Nucía. Están enfocados para padres trabajadores que no tienen vacaciones en verano. Pasamos el día con los niños, haciendo actividades deportivas y de ocio, pero vuelven a casa por la tarde.

—Suenan genial.

Ella asintió. Cuando el director del centro le propuso formar parte de ese proyecto complementario para el verano, había estado a punto de saltar de emoción. No solo iba a estar rodeada de niños, algo que la entusiasmaba, sino que su cuenta bancaria también iba a recibir un empujoncito.

Se besaron.

Los besos de Lukas eran tan maravillosos como él y, tal y como su aspecto exterior hacía, engañaban. Empezaban siendo dulces y suaves, como de adolescente, y terminaban por convertirse en puro fuego.

Alexia se apartó antes de que su mente se perdiera en sus caricias. Primero necesitaba decirle algo. Se encontró de frente con sus gloriosos ojos aguamarina que la contemplaban con calidez.

—Tengo algo que decirte —comenzó con la voz entrecortada.

—¿Más sorpresas?

Ella asintió con vehemencia.

—Mete la mano en el bolsillo trasero de mi pantalón —le pidió.

La miró con las cejas arqueadas, pero lo hizo, y sacó la cuartilla de papel doblada en cuatro que ella llevaba allí.

—¿Esto qué es? ¿Una carta de amor?

Alexia resopló.

Él soltó una risita mientras desdoblaba la hoja y comenzaba a leer. Le observó con minuciosidad mientras lo hacía, tratando de descifrar todas las expresiones que pasaban por su rostro. Primero fue la incomprensión, luego el asombro y, finalmente, el enfado.

—¿Qué has hecho? —preguntó con el ceño fruncido.

Ella se encogió de hombros. Sabía por qué estaba molesto, pero también sabía que su enfado no duraría. Lukas no era capaz de mantenerse cabreado más de diez minutos.

—Conseguirte lo que deseabas.

—¿Tú... me has pagado el máster? —Había incredulidad en su tono.

—Te *hemos* pagado el máster.

—¿Hemos?

—Sí, entre todos. Tu familia y yo.

Lukas cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia delante. Tardó unos segundos en reaccionar. Cuando levantó la cara, miró hacia donde estaban sentados sus hermanos a unos cien metros de distancia. Estos empezaron a silbar, a hacer gestos de victoria con los dedos y a elevar los pulgares. Era evidente que habían estado muy pendientes de la escena.

Ale tuvo que contener una risa.

—Estáis locos. Os habéis gastado una pasta —dijo él, volviéndose hacia ella. Su cara era una mezcla de enojo y satisfacción.

—No ha sido tanto. Hemos colaborado todos. Tus padres también.

—Joder...

—Si tan mal te sientes, devuélvenos el dinero a plazos.

Él guardó silencio y se giró hacia el mar.

Alexia se situó a su lado. Aguardó, expectante.

El sol cada vez se encontraba más bajo y su reflejo sobre el agua hería las retinas.

Sabía que Lukas quería hacer ese máster y también sabía cuáles eran sus motivos para no matricularse. Él era una persona que nunca pedía nada y que siempre estaba dispuesto a darlo todo, así que ella se había puesto manos a la obra para conseguir que cumpliera uno de sus sueños, al menos. Se lo merecía.

Vio cómo se apartaba el pelo de la cara y le escuchó emitir un suspiro.

—Os estoy muy agradecido, de verdad —rompió él el silencio al fin—. Pero no creo que pueda. No es solo por el dinero. Ya sabes cómo es mi vida. Entre el trabajo y Mía, apenas tengo tiempo.

—Ahora lo vas a tener —le interrumpió.

Él ladeó la cabeza. Una interrogación se reflejó en sus ojos.

—Lo vas a tener porque me voy a ir a vivir contigo —continuó ella—. Así puedo hacerme cargo de Mía por las tardes y tú puedes estudiar.

Lukas abrió la boca, asombrado.

—Pero, y el Go...

—Lo he dejado. En dos semanas me voy.

Él soltó algo similar a un jadeo. Luego le puso las manos sobre los hombros y la miró con intensidad.

—Vale. Repítemelo todo porque creo que no lo he entendido bien.

Ella se echó a reír y le rodeó el cuello con los brazos, pegándose a él.

—Que me voy a vivir contigo, que he dejado el Go, que vas a hacer el máster que querías... No sé, ¿me dejo algo?

—¿Que me quieres? —inquirió con la nariz arrugada y ese hoyuelo suyo de la mejilla al descubierto.

—Eso también.

Se abrazaron.

Alexia había hablado el día anterior con el gerente del Go. Este no parecía muy feliz de que ella quisiera marcharse justo antes de que empezara la temporada veraniega, pero no le había puesto muchas pegas, a fin de cuentas, el trabajo de gogó era estacional y los bailarines solían ir y venir.

Lukas llevaba mucho tiempo insistiendo en que ella dejara su pequeño apartamento y se mudara con él y con Mía. En un principio se había negado porque quería estar segura de su relación. No deseaba entrar en la vida de esa niña y ponerla patas arriba si las cosas con Lukas no funcionaban. Sin embargo, hacía ya mucho tiempo que sabía que Lukas y ella estaban hechos el uno para el otro. Quizá eran muy jóvenes, pero ambos se habían visto obligados a madurar a marchas forzadas.

Sí, ella estaba preparada para compartir su vida con él.

Y él también lo estaba.

—¿No te han puesto pegas en el Go? ¿Qué van a hacer ahora sin su chica leopardo?

Que él todavía siguiera llamándola así después de tantos años le resultaba gracioso. Nunca más, después de esa primera noche, había vuelto a usar ese maquillaje.

—Me das más valor del que tengo —contestó con un chasquido de la lengua—. Hay cientos de chicas esperando a ocupar mi puesto.

—Para mí siempre serás la mejor gogó del mundo —dijo él con un ronroneo.

Ella sonrió internamente. A lo largo de esos años, Lukas había acudido muchas veces a verla bailar. Dejaba a Mía con sus padres o con alguno de sus hermanos y se iba al Go. Siempre se apostaba en un rincón de la barra y la miraba con deseo y admiración hasta que terminaba su turno y podían irse juntos a casa. Alexia admitía que las noches en las que él no estaba se le hacían más largas y aburridas.

—A partir de ahora, bailaré solo para ti.

Volvieron a besarse. Luego, sus caras se giraron hacia el horizonte y disfrutaron del silencio mientras el sol se ponía lentamente. El agua se mantenía serena. Las olas que llegaban hasta sus pies para romper en la orilla eran como suaves caricias.

—¿En serio han contribuido todos? —le preguntó él, apartándose. Parecía que todavía le costaba aceptarlo.

—En serio.

—Qué capullos... —dijo con un carraspeo.

Alexia se percató de que tenía los ojos húmedos.

—Te adoran.

—Por supuesto. Soy el favorito de la familia —murmuró con arrogancia impostada, parpadeando para ahuyentar las lágrimas—. A ti también te adoran.

Ella asintió. Lo sabía. Los Alba se habían convertido en su propia familia, en esa familia que había perdido y que tanto había echado de menos.

A Leo y a Gael los llevaba dentro de su corazón, y ya no sentía esa profunda y arrasadora pena cuando pensaba en ellos, solo una dulce y cálida nostalgia. Ya no perdía el aliento ni sufría ataques de pánico. Tampoco necesitaba enumerar fechas de hitos históricos y batallas. Ahora, las únicas fechas que rondaban por su cabeza eran las de los cumpleaños de Mía, de Lukas y de los Alba. O la de su aniversario o la del día en que Mía dio sus primeros pasos...

—¿Cómo es posible que alguien tan maravilloso como tú se haya enamorado de un desastre como yo? —le preguntó él, alzándola en volandas y sacándola de sus cavilaciones.

Ella dejó escapar un grito de sorpresa.

—Era inevitable, Lukas. Eres el desastre que necesitaba. Eres perfecto para mí —le dijo entre risas.

—Tú sí que eres perfecta.

La hizo descender despacio hasta que sus pies volvieron a tocar la arena húmeda de la orilla. Sus miradas se entrelazaron y se dijeron mil cosas. No necesitaban palabras para comunicarse.

La sangre comenzó a fluir rápida por las venas de Alexia. Y estaba segura de que a él le sucedía lo mismo.

—¡Mamá, papá!

La vocecita de Mía llamó su atención.

Se giraron y vieron que se acercaba corriendo por la arena. Su vestido azul estaba arrugado y unos cuantos rizos rubios se habían escapado de su coleta. Se cayó, pero volvió a ponerse de pie y continuó corriendo con determinación. Llevaba las rodillas llenas de arañazos y también en su barbilla había un pequeño moratón, señales de lo impulsiva y temeraria que era.

Alexia sintió el corazón henchido de felicidad.

El que Mía la llamara mamá ya no la impactaba tanto como al principio. Aunque sabía cuál era su situación y que algún día tendrían que contarle la verdad, ella se sentía como si la niña fuera su verdadera hija. Quizá no la había llevado en su vientre durante nueve meses, pero el amor profundo que sentía por ella era equiparable al que una madre podía sentir por su hija biológica.

Los últimos años habían estado repletos de vivencias bonitas. De sonrisas de dientes de leche, de lágrimas sentidas por la pérdida de un peluche, de abrazos de bracitos gorduzuelos, de besos húmedos, de risas contagiosas y cosquillas compartidas, de noches en vela vigilando sueños intranquilos...

Y de amor, de mucho amor.

Si alguien le hubiera dicho solo hacía unos años que las heridas que llevaba en su interior iban a sanar, y que iba a construir una familia y a ser tan dichosa, jamás lo hubiera creído.

Sin embargo, ahí estaba su pequeña familia.

Lukas se acucilló y esperó a que llegara la pequeña para cogerla. Esta se arrojó en sus brazos y él se incorporó con su preciosa carga.

—Beso. Beso —dijo Mía.

Acto seguido, trató de juntar sus caras con las manitas.

—Es una orden —dijo él con tono de circunstancias—. Ale, bésame.

Alexia lo hizo, mientras contenía una risa. Fue un beso delicado y tierno, apto para menores.

Mía aplaudió.

—Sois mis dos chicas guapas —susurró Lukas con la voz teñida de afecto.

—Mía guapa. Mamá guapa —dijo la niña.

—Eso. Anda, vamos a darnos prisa antes de que se coman el pastel.

Alexia miró a Lukas y le descubrió observándola. El contraluz

que creaba la puesta de sol a su espalda no le dejaba distinguir sus facciones, pero sabía exactamente lo que decían sus ojos.

Fin

Lista de canciones

S&M - Rihanna
Sexy and I know it - LMFAO
Loba – Shakira
Ooh La La - Goldfrapp
Adagio for strings - Tiësto
Wake me up – Avicii
Viento de cara - Supersubmarina
Rebel Yell – Billy Idol
Blitzkrieg Bop - Ramones
One Kiss – Calvin Harris, Dua Lipa
Bonito es – Los Sencillos
Highway to Hell – AC/DC
Faded – Alan Walker
Every breath you take – The Police
House of the rising sun – The Animals
Devuélveme a mi chica – Hombres G
Smells like teen spirit - Nirvana
God save the Queen – Sex Pistols
Heart of Glass - Blondie

<https://open.spotify.com/playlist/6xSg7uj03bQYUXaLYE1Pda>



Agradecimientos

Escribir los agradecimientos es siempre complicado porque sabes que hay mucha gente que te ha ayudado a llegar hasta aquí y sabes que quizá se te olvide alguien y ardas en las eternas llamas del infierno, pero lo intentaré.

Solo un par de cositas antes.

Tal y como las dos primeras novelas de la serie, Inolvidable e Inalcanzable, esta también es un pequeño homenaje a la ciudad de Benidorm, ciudad que me acogió hace unos años y en la que pasé una parte muy importante de mi vida.

Escribir la historia del pequeño de los hermanos Alba no ha sido fácil. Quizá porque no es el típico protagonista de mis otras novelas. Quizá porque escribir sobre la vida de un padre soltero me ha resultado complicado. No sé, pero admito que me ha costado y que he puesto todo mi empeño para que resultara una historia creíble, alejada de clichés románticos. Quería que fuera lo más realista posible, a lo mejor por eso me he centrado tanto en la figura de Mía. No me podía imaginar que un chico tan cariñoso como Lukas y tan consciente de la importancia de la familia no se desviviera por su hija. Tenía muy claro que ella debía de ser el eje de su mundo y el eje de la novela.

Espero haber logrado que hayáis empatizado con su historia. Y con la de Alexia (un personaje difícil también por su pasado y sus cicatrices). Es maravillosa.

Aquí tengo que detenerme para darle las gracias a una de mis lectoras, Isabel, que fue la que me sugirió que la protagonista se llamara así. Mil gracias, preciosa. Ha resultado ser el nombre perfecto.

Por si acaso sentís curiosidad, la idea es escribir también la novela de Erika. Ya está en marcha y os aseguro que va a ser bombástica, tal y como es ella.

Y ya no me demoro más y procedo a la tarea de agradecer.

En primer lugar y como siempre quiero agradecerle a Nere su trabajo de maquetación y a Nune su trabajo en el diseño de la portada. Tengo suerte de poder contar con grandes profesionales en el

ámbito técnico. Gracias, chicas. ¡Hasta el infinito y más allá!

Gracias a mi hermana Fely y a mi sobrina Angy, son siempre las primeras en leerse mis novelas y en animarme a seguir adelante.

Gracias también a Paco, mi mayor crítico (debo confesar que siempre discuto con él porque no me gusta que me diga cosas negativas, aunque luego le hago caso y acepto sus comentarios sin rechistar). *Te quiero, amore.*

Gracias a mis lectoras cero: Mayte, que está a mi lado desde el principio apoyándome sin condiciones, Josephine, con la que me tiro las horas muertas hablando por teléfono de mil y una cosas. Se ha convertido en una persona muy importante para mí. Y a Mar, que se lo ha currado muchísimo y me envía fotos de paisajes bonitos para animarme.

También, por supuesto, quiero dar las gracias a todas esas personas bonitas que me leen y disfrutan con mis historias porque sin ellas nada de esto sería posible. Es un sueño que estén ahí, conmigo.

Gracias a los que estáis ahí desde el principio y a los que vais llegando. Gracias de corazón.

Espero haber cumplido vuestras expectativas y haber conseguido que os enamoraseis un poquito de los personajes, creo que se lo merecen.

Yo los amo mucho.

Y, sin más, me despido de todos vosotros y os deseo una vida llena de lecturas y aventuras por vivir. Mil besos y mil gracias.

Esto no es un adiós, es un hasta la próxima historia ♥

Sobre la autora

Laura Sanz aprendió a leer antes que a hablar y a escribir antes que a andar. Así que después de largos años de no saber qué hacer con su vida, además de irse al extranjero y aprender idiomas, trabajar en sitios diversos y escribir compulsivamente en servilletas de bar... decidió publicar.

Todos sus libros tienen #happyending garantizado.
Actualmente vive en Madrid con su marido y sus gatos.

Le encanta recibir mensajes de sus admiradores y detractores.
Por favor, contactad con ella en: laurasanzautora@gmail.com
Probablemente conteste :)

Si queréis saber más sobre ella y sus próximos lanzamientos, visitad: www.laurasanzautora.com

Además, la podéis encontrar en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

[TikTok](#)

Otras novelas de la autora

La chica del pelo azul
La historia de Cas (Landvik #1)
La lucha de Jan (Landvik #2)
La culpa de Till (Landvik #3)
Harry Wolf
Le llamaban Bronco (Wild West #1)
Su nombre era Rico Salas (Wild West #2)
La irrelevancia de llamarse Poncho
My shining Star
Tan fuerte, Marianne
Inolvidable (Hermanos Alba #1)
Inalcanzable (Hermanos Alba #2)
De la A a la Z

Notas

- 1 Tu hija está bien.
- 2 Mami en alemán.
- 3 Trabajo de Fin de Grado.
- 4 Mi dulce niña.
- 5 Abuelita.
- 6 Increíble.
- 7 Lo sé.
- 8 ¡Cosas muy bonitas!
- 9 Te queremos mucho. No lo olvides.
- 10 Yo también os quiero.